

18+

Call Girl

VOL. 1

ESCAPE

SUSANTHA



Call Girl

VOL. 1

RESORT

SUSANTHA LUST



COPYRIGHT.

©Call Girl. ESCORT vol 1. 2019

Autora: ©Susantha Lust (Regla María Pérez García)

Imagen de cubierta: © Pixabay.com by Chantele89 / CC0

Diseño portada: MARÍA VEGA

Correctora: López de Val ~ Gemma Riancho

Asesoras novelas: Pilar Colom Escandell y Lidia López.

Prólogo: Pilar Colom Escandell

© Call Girl. ESCORT. 1ª. Ed. Marzo 2019

Regla María Pérez García - Registro: 1903290460938

1. Narrativa. 2. Ficción. 3. Romántica. 4. Erótica. 5. Contemporánea.

Todos los derechos reservados. Está prohibido reproducir, compartir o descargar de la forma que sea en todo o en parte, ni registrar en/o transmitir por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímica, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor esta obra. Los derechos de esta obra recaen y son solo de su autora. Este libro electrónico tiene licencia solamente para uso personal, y atendiendo al Art. 270 del Código Penal contra la Piratería (Art. 270 y siguientes), el revenderlo o compartirlo con otra/s persona/s recae en la infracción de los derechos mencionados con anterioridad y puede ser constitutiva de delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sucesos y demás, son obra de la imaginación de su autora y son empleados de forma ficticia. La mención de alguna marca o lugar, no supone ningún tipo de publicidad o de beneficio alguno por parte de su autora.

LA AUTORA HACE SABER QUE: Esta obra no pretende hacer apología de la prostitución. Esta obra en sí, es una mera obra de ficción cuya trama se centra en el oficio más antiguo del mundo. Y donde se trata de forma respetuosa el derecho de muchas mujeres a decidir qué hacer y cómo llevar su vida. Mujeres como las protagonistas de esta historia (mayores de edad) que de manera libre e independiente, han elegido la prostitución como su medio de vida y subsistencia. Y que la asumen y defienden como un trabajo tan digno como otro.

¡ADVERTENCIA!

+18

**ESTA NOVELA CONTIENE
MATERIAL PARA ADULTOS Y
ESCENAS DE SEXO EXPLÍCITO.**

**SI LO QUE BUSCAS ES UNA NOVELA ROMÁNTICA LIGHT O
UNA NOVELA ERÓTICA LIGHT, ESTE LIBRO NO ES PARA TI.**

Para...

Mi familia

Loli Sánchez

Pilar Colom Escandell

Lidia López

López de Val

Gemma Riancho

Pathy Hernandez

Noelia C. Tejada

*Y para ti por todo lo dado
y contado...*

Gracias

CONTENIDO

COPYRIGHT.

CONTENIDO

ARGUMENTO:

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

[SUGERENCIA DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[ACERCA DEL AUTORA](#)

ARGUMENTO:

A ver, por donde empiezo...

Así, creo que lo mejor y más acertado sería empezar por el principio ¿no?

Al igual que toda historia tiene un principio, la mía, la del viaje de mi vida, como toda historia, tiene principio y fin. Aunque ponerle una apertura, un inicio es sólo una mera formalidad para acceder a ella.

Pues bien, empecemos por ese arbitrario inicio.

Lo primero de todo, permíteme que me presente: mi nombre es Cat, Catherine Wayne. Y el por qué decidí ser una CallGirl y posteriormente una Escort, en gran parte no fue ni por obligación ni coacción ni nada por el estilo. Esto quiero que te quede claro. Y aunque no lo creas, nadie, absolutamente nadie me obligó a ello. Más bien fue la necesidad surgida de un momento concreto de mi vida lo que me llevó a tomar esa decisión. Eso, y mis deseos de conseguir los propósitos y la vida que siempre, por determinadas circunstancias, se me negaron. Puede que me creas o no, pero la verdad, es que, si acogí ese rol para mi vida, fue una decisión del todo aceptada y adoptada de forma siempre libre e inteligente por mi parte. Porque para quien no lo sepa o no lo crea, y creo que tú probablemente puedes ser una de esas personas, esta profesión o negocio —es indistinto la forma en la que lo llamemos—, siempre ha sido y será, para mujeres “libres” dotadas de cierta inteligencia social y claro está, emocional.

Sí, creo que es muy importante dejar en claro que para adoptar esta filosofía de vida: hay que ser una mujer libre de pleno derecho. Porque una cosa es la prostitución y otra la esclavitud sexual, algo a lo que siempre diré: NO.

Dicho esto, creo que sería correcto el que te esclareciera y determinara desde ya; en lo referente siempre a mi persona, que fue el puro deleite por el sexo uno de los motivos (no el primero, pero sí el segundo) el que me llevó a asumir este nuevo rol en mi vida. Un disfrute; el del sexo, que desde muy temprana edad se convirtió en la mayor de mis adicciones y aficiones. Y por qué no decirlo, y hasta admitirlo: nací con una habilidad o talento innato para él. Aunque quizá, todo se debiera a una singular “herencia familiar”.

¡Ahí te lo dejo!...

No. No me avergüenza el confesarte que fue de manos de un amigo de mi padre, algunos años mayor que yo, quien me inició en tal delirio. Con él tuve mi primera experiencia sexual y con él descubrí los placeres de la carne, así como las numerosas posibilidades y privilegios que se me brindaban tras un buen polvo. Y no quiero con esto condicionarte ni a ti, ni a tu vida.

Que quede claro que esa no es mi intención. Y nunca lo será.

Tú vida es tuya, y solo tú mandas en ella y decides por ella. Como yo hice con la mía.

Después de decirte todo esto, el que te confiese que más pronto que tarde, el sexo pasó a convertirse en un adictivo entretenimiento que trajo consigo diversas bondades y recompensas, que lo hicieron para mí, mucho más atractivo si cabe..., puede que no te extrañe.

Como tampoco te extrañará el llegar a comprender y/o entender, que el paso que di para ser una “CallGirl”, resultó ser menos dilatado en la duda de lo que yo misma hubiera esperado. Pero claro, el porvenir de una “clase social desfavorecida”, degradada a la alcantarilla emocional a la que nos condenaron aquellos que se creían mejores que nosotras —sin serlo—, también puede que de alguna forma influyera en buena parte en quien me convertí y soy: una mujer que tomó la firme decisión de vender su cuerpo, obteniendo con ello, no solo dinero, sino el negado nivel de vida mucho más elevado y placentero al que estaba acostumbrada. Ese que siempre envidié y al que siempre deseé subirme sin demasiado acierto. Y claro está, el disfrute que conlleva tal acción (en algunos casos).

Así, poco a poco, y eso sí, siempre con las miras muy altas y la mente muy clara, es como me desenvolví en ese siempre desconocido mundo, convirtiéndome en una inmejorable profesional del trabajo más viejo del mundo: el de ser una meretriz, una prostituta, una cortesana, una mesalina, una hetaira, una pelandrusca y todo lo que tú quieras, pero una puta no. No. Eso no. Ese apelativo pertenece a otras, no a mí y a muchas de mis compañeras.

En cuanto a esta profesión, yo contaba a mi favor con la personalidad, el cuerpo y la mente adecuada. Además de una singular particularidad que me diferenciaba de buena parte de mis “compañeras”: mi rechazo total y absoluto a cualquier tipo de relación de pareja, así como al mismo Amor.

Por qué te preguntarás, ¿verdad?

Pues porque tras las experiencias vividas de una forma directa e indirecta, el Amor se convirtió para mí en un incómodo y angustioso lastre.

Para que me entiendas: el Amor duele, hiere, te hace sangrar sin hacerlo,

te puede convertir en un ser despreciable o en un mero pelele. Te destruye, te consume. Te anula. Pero ojo, este es solo mi punto de vista.

Y sí, puede que esta anodina diferencia con el resto del mundo en el que me movía, fuese lo que me hizo más que propicia para tal profesión. Porque cuando rehúas de escuchar a tu corazón y solo atiendes a la razón, el entregarte en la forma en la que me entregaba a otras personas, sencillamente pasa a convertirse en un mero trabajo. Así es como sobreviví en este mundo. Un mundo muchas veces peligroso.

Igual por todo eso siempre me fue tan fácil “abrirme”, en la forma en la que lo hacía, a otras personas: hombres y mujeres. Quizá por eso me fue tan sumamente fácil aceptar y adoptar este modus vivendi, así como el despojarme por horas de la ajada y deslucida piel con la que se vestía Catherine Wayne, y envolverme con la suave y licenciosa sinuosidad de la que estaba dotada Channtel.

¿Qué quién es Channtel?...

Mi otro Yo.

Y dicho todo esto, ahora déjame que te cuente como nació: Channtel.

¿Estás preparado?

Pues nada, bienvenido a mi vida...

CAPÍTULO 1

Recuerdo perfectamente aquella tarde de viernes. Sobre todo, porque para estar ya a finales de septiembre, hacía un sol de justicia en WearGreen. Una extraña eventualidad que se fue repitiendo con demasiada frecuencia en esos últimos días de verano. Días en los que las elevadas temperaturas que se llegaron a registrar, resultaban ser demasiado inusuales en el pequeño rincón de Maine donde nos encontrábamos. Al igual que lo era la perenne rutina que las chicas y yo habíamos adoptado en esos letárgicos días de un más que agónico verano.

Esa tarde en cuestión, las tres andábamos de vagas en la piscina de Judith. Una asumida y fastidiosa práctica ya demasiado aplicada como repetitiva.

Todo un fastidio.

Yo, como de costumbre en mí, poco tardé en impacientarme por estar tanto tiempo tendida en aquella tumbona sin hacer absolutamente nada. Bueno, hacer, hacer... sí hacía algo. Porque el estar tumbada a la bartola y tostarme al sol cual lagarto *Juancho* se puede considerar como hacer vagamente algo ¿no? Eso sí, de cuando en cuando, tocaba voltearse y/o adoptar ridículas poses para que el tostado (más bien asado), fuera lo más uniforme posible.

Dada mi cargante (así la denominarían algunos) forma de ser, el hastío no tardó en superarme, y al final, terminé estallando en una elevada queja que incomodó, como era de esperar, a la siempre rectilíneo de Judith. Quien se encontraba tumbada medio somnolienta a mi izquierda.

—Cat, por favor. ¡Para ya! —terminó por gritarme. Una chirriante acción que la llevó a no mover ni un solo músculo de su airoso cuerpo.

—Jooo... ¡Es que me aburro! —Suspiré mientras veía pasar perezosamente las pocas nubes que decoran ese día el cielo de WearGreen—. Me aburro, me aburro, me aburro... —insistí cual niña latosa.

—¿Y, por algún casual, tengo yo la culpa de eso? Te pregunto —la ironía siempre tan fría de Judith, la cual podía llegar a resultar un tanto insufrible, me superó.

—Ummm. Pues no creas que no lo he pensado —le respondí entre risitas.

Casi de un salto, me incorporé y la observé en silencio. Ahí, tumbada, inmóvil. Totalmente inanimada como las mismas facciones con las que había

decorado su rostro.

—¡Aaahh! —Suspiré—. ¡Dios! Es que me aburro —concreté en un tono algo más elevado.

—¡Genial! Y ahora que ya nos lo has dejado bien claro, tanto a mí como a Zoe, ¿puedes darte un puntazo en ese pico de cotorra que tienes, por favor? Gracias —me respondió sin ni siquiera dignarse a mirarme o moverse.

—No, no puedo. Y no puedo porque estoy muy, muy... aburrida.

—¡Joder Cat! —explotó—. ¿Es que no te puedes estar calladita ni tan siquiera media hora? Deja de dar el coñazo, tía. Tú... —chasqueó la lengua—, sí que me aburres. Y mucho —se quejó la siempre impertérrita Judith Patterson dedicándome, eso sí, una rápida mirada de disgusto por encima de las oscuras gafas de sol que llevaba puestas.

Inmediatamente después a sus palabras, se giró para cambiar de posición quedando esta vez boca abajo.

Ya le tocaba.

—¡Joder Judith! Es que me aburro. ¿Qué quieres que haga? —el verla ahí tumbada de nuevo, totalmente inerte, me enervaba. Esto es insoportable. Que alguien me pegue un tiro, por favor...

—¡Dios! Eres un auténtico coñazo. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Qué va! Pero si soy más buena que la tonta de Zoe, ¿a qué sí Zoe? —mis palabras fueron acompañadas de un pequeño puntapié a la susodicha que ni tan siquiera chistó.

Dios, esperaba que al menos Zoe, tumbada a mi derecha, reaccionara. Pero no. A lo mucho que llegó fue a pronunciar un sarcástico ¡Ya! Después de recibir un segundo puntapié.

Las miré, primero a una y después a la otra, y el solo verlas completamente en su pasiva terquedad, hizo aflorar en mí un enorme y más que sentido suspiro de queja que me llevó a tumbarme otra vez. Y de nuevo, toda mi atención fue a parar al brillante y aburrido cielo color turquesa que en esos momentos se encontraba vacío de nubes. «¡Genial!».

Judith. Mi muy querida y bien odiada Judith.

La eterna niña de papá y mamá. La perfecta hija, la perfecta estudiante, la perfecta... ¿amiga? ¡Ja, ja, ja!

¡La zorra de todas las zorras es lo que era!

En serio, si sus padres hubieran estado al tanto de todas y cada una de sus lujuriosas correrías —con el que fuera socio de su padre, el fibroso

profe de gimnasia, con su tutor (el del último año y años posteriores) y con algún que otro miembro del galardonado equipo de ciencias y ajedrez en el que ella, además, era quien cortaba el bacalao (como se suele decir)—, la buena de Judith hubiera terminado sus días encerrada a cal y canto en un convento de clausura. O puede que incluso terminara prisionera en el sótano de la lujosa mansión de la que disfrutaba la opulenta y opaca familia Patterson.

Ella y solo ella, fue siempre la abeja reina de una colmena donde todos y cada uno de sus integrantes, parecía tener claro cuál era su sitio. Es más, aun hoy me pregunto como yo, una don nadie, pudo llegar a formar parte de su selecto y cerrado grupo de amigas (dos en toda su vida, y una de ellas yo). Aunque quizá, la respuesta a mi pequeño dilema, radique principalmente en mi singular “particularidad”. Una peculiar “particularidad” personal —de la que ya os hablaré más adelante—, que siempre jugó de una forma u otra a mi favor, o a su favor. Según se mire.

Una particularidad; la mía, que según el intérprete —y en WearGreen los había de muy distinta índole—, podía ser una excusa o una pesada losa cada vez más difícil de sobrellevar.

A modo de burla, diré que yo era la encargada de avisarla para que se la sacaran a tiempo. Y no es un decir ni una frase hecha. ¡Qué va, para nada! Esta era una realidad que la convertía en lo que en resumidas cuentas era Judith Patterson: una auténtica hija de PE-U-TE-A (léase: P-U-T-A), en más de un sentido.

A tiempo para evitar un escándalo, del que seguro, su padre —el omnipotente y todo poderoso, a la par que puritano y dictatorial Jeff Patterson—, no se hubiera recuperado en su vida. A pesar de que él mismo, cometió uno de los peores escándalos de todo WearGreen. Y del que a día de hoy, sigue siendo la comidilla de tertulias y demás reuniones.

Una desafortunada licencia que el siempre bien mirado bienhechor de WearGreen, trató de hacer pasar por una de tantas coyunturas que el destino nos pone en el camino.

Pero a pesar de su perpetuo empeño por quitar trascendencia a su vil acto, un tanto inmoral a mi parecer, las heridas que este abrió, aun hoy, siguen escociendo a más de uno, pero sobre todo a una.

¿Imagináis quién puede ser?

—¡Ah! Ya no puedo más. De veras que no. Como no me mueva o haga

algo, os juro que me va a dar algo. ¡Y gordo! Quedáis avisadas. Las dos — dije al tiempo que me revolvía en la tumbona cual cola de lagartija recién separada de su cuerpo.

—Cat, ¡cállate! —me gritó Judith incorporándose de un brinco en su tumbona.

—Chicas, por favor. Shsss. Shsss —protestó Zoe—. Ya está bien. Callaos, joder. Me estáis dando dolor de cabeza, en serio. Así que parad ya, o me largo y os quedáis aquí solitas. Pero antes, juro por Dios que os rompo esas boquitas de verduleras que os gastáis. Quedáis avisadas. ¡Las dos! —La sutileza no es que fuera precisamente el fuerte de Zoe, y menos cuando de amenazas se trataba.

Chasqué la lengua a modo de disgusto.

La dulce de Zoe (Zoe Sullivan), era una calcomanía en grado ínfimo de Judith. Pero a diferencia de aquella, Zoe sí que era amiga de sus amigas. De sus muy pocas amigas. Incorruptible diferencia que siempre le agradeceré.

De Zoe diré que aparte de ser la eterna líder de las animadoras — algo que nunca la alzó en la pirámide de las populares, pues ese lugar era usufructo de Judith—, siempre jugó a dos roles muy diferentes: el que le trazaba Judith y el que ella misma se administraba de forma algo equivocada.

Zoe, en su eterna e infructuosa búsqueda de la figura paterna —esa que nunca estuvo presente en su vida—, encontró la excusa perfecta para hacérselo con algunos miembros del equipo de baloncesto del instituto. Así como con algunos de los componentes del equipo de béisbol o el de atletismo, sin olvidar a alguno del descerebrado equipo de los molones. A excepción claro, del de ciencias y ajedrez porque estos eran condominio exclusivo de Judith.

Pero no solo de chicos se alimentaba el ego antropófago que sufría en silencio mi querida Zoe. A su larga lista de víctimas masculinas, había que sumar un sinnúmero de mártires femeninos. Pues muchas fueron las chicas que bebían los vientos por ella y por sus muy alabadas dotes amatorias.

Pero lo realmente cierto y triste en su disipada vida, se encontraba justo detrás de su eterna sonrisa. Esa con la que trataba de ocultar lo triste de su existencia al lado de una mujer, su madre, que nunca se dio a valer como lo que era: una Mujer. Un desafortunado hecho que ambas

compartíamos de muy diferentes formas. Pero no sería justo atribuir a Emma, madre de Zoe, toda la culpa por su disoluta vida. No.

No sería justo.

Porque a diferencia de otras —en las que incluiremos a mi madre—, fueron meros caprichos del destino lo que la llevaron a buscar al hombre de su vida en muchos que nunca llegaron a ser ni eso: hombres. Ni tan siquiera la sombra de lo que tanto Emma ansiaba encontrar.

Una lección que desgraciadamente no solo Zoe aprendió a pies juntillas. Junto con ellas, yo compartía en cierto modo ese vacío, difícil de llenar o rellenar.

—¡Se acabó, chicas! —cité, con fija determinación en lo que iba a hacer—. Yo ya no lo soporto más —protesté enérgicamente levantándome como un resorte de la tumbona en la que ya llevaba demasiado tiempo tirada sin hacer nada. Absolutamente nada. Solo aburrirme como una ostra. —Así que...

—¡Cat! Pero, ¿qué demonios haces? —me preguntó Judith al verme desatar los nudos de la parte superior de mi bikini.

—Liberarme —expuse en un sentido suspiro.

Despacio, desquiciándola, y mostrándome del todo indiferente a sus innumerables quejas, desaté los nudos. Tras hacerlo, me puse de pie y sin pensarlo, lo alcé sobre mi cabeza ondeándolo como si de una bandera de victoria se tratara.

—¡Dios, estás loca! De veras que estás como una puñetera cabra —me dijo Zoe entre risas.

Por el rabillo del ojo vi como a Judith se le descuadraba la cara. Todo un poema digno de ser observado.

—Vamos, no te contengas, Judith. Sé bien que estás deseando hacerlo, ¿a qué sí? —Mi pregunta, un tanto fanfarrona, fue la gota que colmó su ya repleto vaso.

—Cat, no. Póntelo... ¡ya! —me gritó.

—Ni de coña. Pero si esto es genial —apelé a pleno pulmón entre risas sin cesar en mi agitado empeño. Ese que tanto parecía desquiciar a Judith.

—¡Por Dios Cat, tápate! ¡CAT! ¡Que te tapes, joder! Ya sabes que no me gustan este tipo de bromas. Al menos no aquí, en mi casa —protesté enfurruñada, a la vez que trataba de arrebatarme el sujetador. ¿Qué pretendía, ponérmelo ella? Bueno, al menos conseguí algo: que se moviera—. Ponte el

jodido sujetador ¡ya! —volvió a reclamarme colérica.

—¡Ni lo sueñes! Pero si estamos solas —miré a Zoe—. ¿Y tú Zoe, te unes a mi causa?

—Cat, por favor —el tono de voz de Judith bajó unos decibelios—. Mi padrastro puede llegar en cualquier momento, como mi madre —hice oídos sordos—. ¡Joder, Cat! No quiero volver a tener problemas con mi madre, y mucho menos por tu culpa —alegó tras una nueva y contundente queja—. ¡Cat! Ponte el jodido sujetador, ¡ya!

La ignoré como quien ignora el viento.

—¡Hey, chicas! —nos habló Zoe.

Rápidamente desvié la mirada hacia Zoe y, para mi sorpresa, vi cómo se deshacía de la parte superior de su escueto bikini. Pero ella fue un paso más allá lanzándoselo a Judith a la cara. Mis risas fueron tan elevadas como las mismas quejas que Judith escupió. Todas malsonantes.

—¡Sí! —gritó Zoe mientras daba saltitos al más puro estilo cheerleader—. ¡Acabemos con la opresión machista a la que someten a nuestras domingas! —Ambas reímos al unísono.

—Zoe, pero... ¿qué demonios haces? ¿Qué demonios estáis haciendo las dos? —se quejó Judith una vez más.

Aquella vena de un ligero tono violáceo que palpitaba en su frente, parecía estar a punto de estallar. ¡Genial!

—Venga, Judith. Cat tiene razón. Además, ¡qué coño! Disfrutemos del poco tiempo que nos queda de estar juntas. Así que venga, ¡a divertirnos se ha dicho! —Chilló Zoe mientras continuaba dando aquellos ridículos y compaginados saltitos—. Y si lo piensas bien, no creo que tu padrastro se asuste por ver un par de pechugas —rio—. Y mucho menos, siendo como es, socio honorífico del club de estriptis de la 45B.

—Zoe, ¡cállate! —Gritó Judith—. ¡No digas estupideces! —atrás quedó la poca paciencia de la cual nunca fue meritoria Judith Patterson.

—¿Quién se viene al agua? —grité.

—Yo —asintió Zoe.

Acto seguido, ambas corrimos en dirección a la piscina para lanzarnos de cabeza en ella.

—Joder, estáis locas. ¡Las dos estáis completamente locas! —protestó Judith sentándose en su tumbona cruzándose de brazos.

Bien sabíamos Zoe y yo, cuanto detestaba Judith aquellas maniobras que tachaba de infantiles. Pero poco tardó doña estirada en seguir nuestros

pasos deshaciendo las lazadas de su dorado bikini. En cuestión de segundos, su sujetador descansaba sobre el verde césped que pisaban sus pies. Y así, sin mediar palabra, corrió a lanzarse a la piscina cayendo a poso centímetros de donde Zoe y yo chapoteábamos.

—¡Wow! Así se hace —gritamos Zoe y yo.

Como ya hiciéramos en aquellos lejanos días de nuestra infancia, las tres comenzamos a jugar en el agua como cuando éramos niñas. Una y otra vez, nos subimos una encima de las otras, nos tiramos en bomba, nos salpicamos en un puro estallido constante de risas y gritos, ajenas a todo. Completamente a todo. Pero a diferencia de aquellos años de jovial e inocente juventud, ahora existía una notable discrepancia en cada una de nosotras con respecto a esas niñas que fuimos. Sí. Y muchas de estas eran ya muy evidentes a simple vista.

A nuestros recién estrenados veinte años; pocos meses de diferencia separaban un aniversario de otro, las tres dejábamos atrás esa etapa de crías, de niñas inocentes y pasábamos a convertirnos en consolidadas personas adultas.

Prueba notable de ello, eran sin lugar a dudas las sinuosas curvas que adornaban ya nuestros cuerpos, así como la redondez de nuestros pechos, además de nuestra larga lista de libidinosas apetencias y pecados.

Todo hay que decirlo.

En nuestros ojos ahora afloraba ese peculiar brillo que sin lugar a dudas, inunda los ojos de cualquier futura mujer que muere por comerse el mundo. Y a fin de cuentas, así es como nos sentíamos nosotras: locas por devorar nuestro mañana y todo lo que estuviera por venir. Ávidas por saborear cada uno de los bocados que le pudiéramos robar a nuestros futuros días.

Pero claro, la llegada del fin del siempre precedero periodo estival, supondría que Judith se trasladaría a *Greenwich Village*, en pleno centro de Manhattan, para continuar con sus estudios de derecho. Zoe se mudaría de forma definitiva junto con su madre a una pequeña ciudad en el estado de Virginia. Lugar donde; según su madre, irían en busca de una nueva oportunidad para ser felices. Aunque lo cierto es que iban detrás del novio de turno de esta.

Y yo...

Yo regresaría un año más a mi trabajo al lado del sobón de Patt Harry. Propietario éste de una inmunda cafetería de carretera. El único lugar de todo

WearGreen donde, a decir verdad, ya no se escandalizaban; muy al contrario, de la viciosa y disoluta vida que llevaba mi madre.

Como era de esperar, la caprichosa Diosa Fortuna, un año más me daba la espalda. Y como cada año, tocaba conformarse con aceptar mi presente futuro y seguir confinada en un trabajo de mierda. Porque eso es lo que era, al igual que el sueldo: unos mal contados y míseros tres pavos por hora. Y qué decir del trato que recibía en esa mugrienta cafetería por parte ya no sólo del sobón de Patt, sino de manos de alguno de sus repugnantes clientes. Aunque lo peor de todo no era tener que soportar las continuas miradas lascivas de Patt, así como sus continuas cachetadas en el culo y las friegas a las que me sometía cada vez que tenía oportunidad. No. Lo peor era tener que tragarme todos y cada uno de sus groseros y machistas comentarios sobre mi persona. Los suyos y los de otros tantos de sus clientes. Comentarios todos sexistas y repletos de picantes observaciones sobre lo que me harían de tener oportunidad o de dejarme hacer, claro.

Agudos comentarios a los que además había que sumarle los que varios “mojigatos beatos” (vecinos todos de WearGreen) me dedicaban. Y ya no sólo a mí, sino a mi reducida familia: mi madre y hermana Alice.

Ahí es donde residía mi dolor.

Mi agrio resentimiento para con ese pueblo.

Como es de suponer, esta desagradable eventualidad de mi vida —a la que se unían algunas más que dejaremos por ahora en suspenso—, hicieron que tanto la aversión como el asco comenzaran a enraizarse dentro de mí, germinando una total renuncia a quien era o a la misma procedencia de mi desastrosa existencia. Una realidad que no voy a negar.

Aunque no lo creas, desde muy temprana edad comencé a hartarme del pueblucho en el que nací y en el que me encontraba estancada. Ese en el que había compartido con mis amigas mi niñez y mi adolescencia. Y por qué no decirlo, alguna que otra travesura y desvergüenza. Porque alguna que otra desvergüenza cometimos. Todas...

Puede que ahora te preguntes qué pasaba con mis sueños, con mis aspiraciones ¿verdad?

Pues bien. Mis sueños nuevamente quedaban confinados al olvido o a meras y simples quimeras. Las mismas que tenían su apogeo entre las horas que compartía con mi almohada en la soledad de la que disfrutaba en mi

pequeña y sombría habitación. Vanas utopías que versaban en un improbable ingreso en una de las mejores y más prestigiosas escuelas de diseño de modas del país, y en un más que negado traslado a Manhattan —lugar donde se encontraba ubicada esta—. Todo era en suma una desgarradora imposibilidad dada mi delicada, o más bien, agónica situación económica.

En resumidas cuentas: mi futuro parecía estar confinado a servir cafés y grasientos menús del día, mientras fantaseaba con una vida mejor, lejos de allí, lejos de todos.

¿Crees que me conformaría con eso?

No.

Desde luego que no me iba a conformar con eso.

Ni mucho menos.

Fuera como fuera, tenía que escapar de allí. Y si para ello necesitara un pequeño empujoncito lo suficientemente contundente como para poner de una vez por todas, tierra de por medio entre WearGreen y yo. Yo estaba más que dispuesta a soportarlo, fuera cual fuera este.

En cuanto a mi adorada hermana Alice, y a pesar de llegar a parecer una egoísta, puntualizaré que en mis planes de futuro, al menos a corto plazo, no estaba el ir de su mano.

No.

Ella sencillamente, se merecía algo mejor.

Algo mejor que yo...

CAPÍTULO 2

Ángelo, el prometido de Michelle —madre de Judith—, llegó de su trabajo antes de lo previsto. En cuanto a Michelle, con seguridad continuaría por algo más de media hora enfundada en sus aburridas clases de yoga, como cada tarde.

¡Oh!... Ángelo Mancini.

El bueno de Ángelo para desgracia de Judith, pasó de ser un simple carpinterucho de tres al cuarto, a convertirse en un tipo venido a más. Pero todo ello gracias a la ayuda inestimable de su madre, y por supuesto, la chequera de su padre.

Ni que decir tiene que el fantoche del señor Mancini tuvo la grandísima suerte de su lado, cuando la insulsa de Michelle Pauling (ex del profuso y poco generoso Jeff Patterson) se cruzó en su vida aquel día. Aunque la atribución de tan desmerecido nombramiento es consecuencia del polvo de escasos seis minutos que este le regaló. Unos justos y precisos seis minutos que lo convirtieron en el elegante hombre de negocios que creía ser.

Permíteme que me ría: Ja, ja, ja.

Sí. Me rio yo de él y de su elegancia, así como de su saber en los negocios.

¡Un sinvergüenza en toda regla es lo que era ese tunante!

Un bueno para nada y un malo para todo, como lo calificaba acertadamente Jeff Patterson (el papá de la niña). Pero, sin embargo, Ángelo Mancini, a pesar de toda su fachosa existencia hacía algo medianamente bien: follar.

Sí, follaba bien.

Y creo que eso fue lo que cautivó Michelle.

Bueno, a Michelle, y puede que a más de una.

¡Ahí te lo dejo caer!

Como de costumbre a su llegada a la casa, Ángelo se dirigió derecho a la cocina para tomar de la inmensa nevera de acero inoxidable, una cerveza bien fría con la que refrescar su garganta tras horas de “ininterrumpida negociación” en su pequeña empresa de construcción. (Ja, ja). Aquella misma que Michelle fundó para él con el dinero de su ex. Tras eso, y después de un

primer largo trago, todos sus sentidos recaerían en lo bullicioso de nuestros juegos en la piscina.

Siendo el hombre de costumbres que era, de seguro que Ángelo se apostaría tras las cortinas que engalanaban el gran ventanal que precisamente daba a la zona de la piscina, y tras deslizarlas ligeramente, nos dedicaría clandestinas miradas desde su escondite. Mientras, nosotras, todo inocentes, continuaríamos jugábamos del todo indiferentes a sus lascivas y babeantes contemplaciones.

La verdad, es que resultaba un tanto chistoso el imaginárselo concentrando toda su atención, y algo más, en nosotras.

Sobre todo en mí.

Apostillaré que Ángelo pareció tener, desde el primer momento en que me conoció, cierta fascinación por mí. Una fascinación que no negaré que yo misma con mis malas artes, tejí. Esa que de una forma un tanto irónica, lo llevaban a gastarme numerosas bromas de cierto mal gusto, y muy en la línea conceptual que todos en WearGreen me dedicaban.

Burlas que a los demás podrían sonar a meros desprecios, pero que en realidad eran más bien contundentes adulaciones en toda regla que siempre tenían su muy merecida recompensa.

Una recíproca remuneración de la cual solo estábamos al tanto él, yo y... Zoe.

De la anticipada presencia de Ángelo en la casa, solo yo fui consciente. Solo yo me percaté de su furtiva presencia acechándonos como solo un halcón lo haría sobre su pobre presa.

¿El porqué de mi íntima intuición? Sencillo.

Ángelo, al igual que nosotras en esos días, venía repitiendo una y otra vez aquella insidiosa rutina de la cual fuimos conscientes alguna que otra vez. Pero fue principalmente el pequeño desplazamiento que aprecié en las siempre estáticas cortinas que vestían aquel ventanal, lo que me alertó de su presencia. Una no menos que efímera diferencia de la cual solo yo fui plenamente sabedora.

Más que divertido me resultaba el saber de su presencia allí, espiándonos mientras refrescaba su garganta y sus deseos más íntimos, por medio de una fría cerveza a la que seguramente, seguiría una segunda. Y por supuesto, el tiempo que durara esa primera cerveza, sería el mismo que él permanecería allí, fijo, escondido mientras contemplaba cada uno de mis

contoneados movimientos.

Ni que decir tiene que todos y cada uno de ellos, fueron perfectamente ideados y ejecutados, y que, desde el primero hasta el último, iban explícitamente dirigidos a él. Y más cuando por el rabillo del ojo podía distinguir con alguna que otra dificultad; dada la distancia que nos separaba, la inquietud de su velada efigie tras las efímeras cortinas que lo encubrían. Una contenida inquietud que se veía reflejada en los suaves espasmos que sufrían aquellas cortinas.

Imposible le resultaría al sinvergüenza de Ángel Mancini mantener la calma mientras observaba a su delicioso pecado hecho carne.

Así es como solía denominarme en sus continuados WhatsApp. Aquellos que compartíamos en el más completo anonimato. El mío y el de Zoe.

Aquella visión suya, observándome en caliente espera, me excitó. Mucho.

Una ligera sonrisa nerviosa se coló en la comisura de mis labios. La misma que recorrió todo mi cuerpo de arriba abajo como una enérgica corriente de deseo que desembocó en una firme y disimulada fricción entre mis muslos, que no hizo otra cosa que avivar mis deseos de tenerlo dentro. Un deseo que abarcaba el sentido más completo de dicha expresión.

Sin pensarlo, decidí dar un nuevo paso en el que era nuestro juego secreto.

«Sólo un poco más», me solía decir a mí misma una y otra vez. «Sólo un poco más Cat».

Poco, o nada, tardé en cansarme de la imposición que ambos establecimos. La misma que yo acepté de mala gana. Y no solo me cansé de ella. Me harté del absurdo límite que yo misma me había impuesto: respetar su espacio vital, es decir, aquella que consideraba su casa. Pero no sé por qué, ese día algo hizo “*clic*” en mi interior, y sin más, decidí saltarme las reglas de nuestro juego. Sin lugar a dudas, una arriesgada apuesta que podría dar lugar a que me jugara algo más que el tipo. Pero la sola idea de hacerlo en esa casa, con las chicas allí, con velada presencia (por así decirlo) de Judith. Me ponía... ¡Mucho!

Pero antes, debía subir unos grados el ambiente entre él y yo.

Para ello, eché mano de mis no menos gráciles maniobras de

seducción. Así, sin cortedad alguna, comencé con una acompasada provocación sumamente descarada mientras me secaba con la toalla. A esta le siguió alguna que otra absurda táctica de coacción. Aquella que lo mantendría fijo allí, mirándome, contemplándome boquiabierto, babeando por mí. Calentando motores para mi posterior disfrute.

Ajenas a todo, quedaban mis amigas. Sobre todo, Judith.

Pobre ilusa.

Poco a poco, y sin mesura o vergüenza alguna, fui ampliando mi grácil mortificación un poco más. Cada vez un poco más. Pero sólo lo suficiente para ponerlo un tanto febril. Lo justo y suficiente para poder disfrutarlo al máximo minutos después. Así que, despacio y con todo el descaro con el que la naturaleza me ha dotado, continué con aquellos no menos que ridículos contoneos y sobamientos que toda buena stripper desplegaría sobre el escenario. Poco a poco, fui aumentando el carácter lascivo de los sinuosos toques de toalla con los que me secaba. Toques que ascendían por mis piernas despacio hasta mis muslos, toques que continuaban después por mi vientre y terminar en mis pechos. Desnudos estos para “él”.

Todo tenía su por qué ese día: el poder disfrutar de un buen polvo. Polvo con el que quizás daría fin a toda una mañana de asumido aburrimiento.

Aquella visión mía que él tendría: descarada y ligeramente pecaminosa, le supondría a Ángelo todo un reto difícil de dominar, al igual que lo sería el alejar sus ojos de mí. Incluso puede que aquella cerveza quedara relegada a un segundo plano dado que toda su atención recaía en su pequeño pecado: yo.

Podría apostar sin error a equivocarme, que desde la distancia que nos separaba, sus maliciosos ojos no cesarían en devorarme de arriba abajo y de abajo arriba. Ojos que concentrarían toda su atención sobre todo en mis pechos; que a diferencia de los de Judith y Zoe, eran mucho más voluminosos al igual que lo eran las curvas que envolvían mi cuerpo. Y ya puestos a decir verdades, te diré que alguna que otra una vez le hice una buena cubana, algo que lo volvía loco. Y conociéndolo como le conocía, de seguro estaba deseando poder disfrutar de una buena y prolongada cubana esa calurosa

tarde, así como de mi jugosa intimidad tras ella.

En lo referente a mis seños, ni que decir tiene que lo volvían loco. Ángelo disfrutaba como un niño tomándolos entre sus manos para manosearlos a su antojo, para devorarlos, para chuparlos y lamerlos hasta quedar saciado. Algo que no hacía nada mal, la verdad. Follar, eso era otra cosa bien distinta.

Pero como ya digo, el aburrimiento dio pie a que la inocente ratoncita se cansara ese día de que fuera el gato el que siempre la persiguiera y le diera caza. La pequeña ratoncita se moría por dar caza al minino, y una vez atrapado, relamerse de gusto con los dulces beneficios que le sonsacaría.

¡Ñam, ñam! Ja, ja, ja.

Las reglas iban a cambiar, y ese, nuestro íntimo juego, iba a sufrir un inesperado giro de más de ciento ochenta grados. Al menos para él.

Pobre minino... ¡Miau!

Te prometo que no fue solo el aburrimiento lo que me llevó a desear esa mañana mantener un mano a mano, o lo que viene a ser un cuerpo a cuerpo (y nunca mejor dicho), con él. No. Mi afán en follármelo ese mañana, y allí, recaía principalmente en mis depravadas (así es como debería denominarlas) ambiciones sobre un hombre que siempre jugó a estar por encima de mí. De una vez por todas quería medir nuestras fuerzas. Quería demostrarle cuan peligrosa y perversa podía llegar a ser si me lo proponía. Pero sobre todo, quería calibrar todas y cada una de sus coacciones, quería saber cuánto de verdad había en tanta palabrería, en toda esa fuerza que se le iba por la boca. Por mi parte, diré que mis fuerzas estaban más que bien calibradas.

Dispuesta a todo, moví pieza.

Tengo que admitirlo, soy de esas personas que cuando ansían algo, lo quieren para ¡YA!

Así que...

—Judith. ¡Eh, Judith! —Le grité a pleno pulmón, ella y Zoe continuaban de juegos en la piscina—. Voy a la casa a coger un refresco. ¡Eh, chicas! ¿Queréis que os traiga algo? —Judith negó con su cabeza y se zambulló—. ¿Y tú Zoe, quieres algo?

—Sí. Una cerveza estaría bien Y ya que vas, tráete algo de picar. Pero no tardes. Estoy seca.

—No, descuida. Enseguida estoy de vuelta.

—¡No, no! Cerveza no. ¿Estáis locas o qué? —Alegó Judith mientras salía de la piscina.

—Vamos Judith. No seas aguafiestas. Un par de cervezas no nos van a hacer daño. Chicas, ahora regreso. Portaos bien. No seáis malas.

«Yo si me dejan, no dudaré en serlo».

¿Dudarías en que no me dejarían? Ja, ja, ja.

Yo desde luego no.

Cuando llegué a la cocina, Ángelo ya no se encontraba en ella. Cual rata cobarde, decidió escabullirse para no ser descubierto en tal libidinosa actuación. Quizá, mis claras intenciones de entrar en la casa fue lo que lo llevó a huir en forzosa estampida.

Tarde.

Muy tarde para tales temores.

Pues sin saberlo, ya hacía tiempo que había sido descubierto.

A decir verdad, mis deseos de refrescarme partieron de eso, del naciente apetito que se despertó en mí el verlo observándome desde su escondite. El de costumbre, para no variar. Y en lo referente a su vertiginosa retirada, esta sin duda se fundamentaba en el miedo que le tenía a la misma Michelle. Porque, a fin de cuentas, era ella quien sostenía su despreocupado y más que sustentado nivel de vida.

Por otra parte, ¿qué podría pensar su “adorada” Michelle si llegara a enterarse del desvergonzado comportamiento que venía manteniendo su prometido? Ja, ja, ja. Puede incluso que Michelle, no sé, llegara a tomarlo por un desvergonzado fisgón, por todo un indecente inmoral acosador de desamparadas jovencitas. Entre las que se encontraba, claro está, su adorada hija. Y eso desde luego, no sería nada bueno para él. No, no.

La verdad es que no.

Y mucho menos dada la acomodada posición que Michelle le otorgaba a un gandul como lo era él. Sin olvidar claro, que el mismísimo Jeff Patterson; el papá de la niña, se le echaría encima como un lobo sediento de sangre.

Por favor, permíteme un momento dejar de lado a tan singular espécimen como es Jeff Patterson. Ya tendré tiempo para explayarme a gusto sobre él.

En cuanto a la pobre de Michelle, te diré que ella siempre fue y será,

una insulsa redomada. Y mucho más tras su repentino divorcio del juicioso y todo poderoso señor Patterson. El que fue su adorado esposo y padre de su única hija (Judith) durante unos mal contados treinta años. Y lo fue hasta el momento en que la abandonó para irse con un “chochito” un tanto más joven y estrechito que el suyo.

La tonta de Michelle no encontró otra venganza contra tal desagravio, que tomar al inepto de Ángelo como su particular desquite contra su marido. Y lo hizo sin saber que caía en el peor de todos sus errores.

Si pensaba que con hecho de enredarse con un hombre algo más joven que el susodicho individuo de Jeff Patterson, se estaría vengando, se equivocó de pleno. Como se equivocaba al creer que Ángelo era el precio más que justo que Jeff debía sufrir por el daño que le había infringido. Craso error. Como el pretender moldear a tal gañán a su gusto y antojo.

Pobre idiota.

A lo más que llegaría con Ángelo Mancini, era a tener una buena colección de cuernos y una cartera más que vacía.

Si Michelle hubiera sido conoedora de todas y cada una de las correrías que su “adorado Ángelo” se montaba a sus espaldas, puede que incluso lo hubiera castrado. Como hizo con el pobre Señor Perlinos, su gato persa.

Sigilosa como sólo podría serlo una gata en celo, me dirigí rauda y no menos ansiosa al salón. Desde la puerta de este y en completo silencio, puede apreciar como Ángelo se descalzaba sus ridículas botas de cowboy, se aflojaba el nudo de su corbata y se deshacía tanto de ella como de su americana. Descubriendo para mí; sin saberlo, lo majestuoso de su torso, la seductora redondez de cada uno de los músculos que conformaban su pecho de fornido carpintero. Cubiertos estos por la sutil camisa de algodón egipcio que llevaba puesta.

Tras desabrochar algunos botones de su antes mencionada camisa (carísima), hizo lo mismo con el cierre del cinturón y con los dos primeros botones de su apretada bragueta.

Si te digiera que Ángelo era un hombre poco apuesto, te mentiría. Lo era, y mucho. Como también resultaba bastante seductor lo curtido de su cuerpo italiano. En resumidas cuentas, Ángelo Mancini en conjunto, era

poseedor de ese peculiar aire de tunante que tanto me gustaba, así como esa airosa y fachosa actitud desenfadada y tan juvenil que, sin serlo, se gustaba.

Hasta sus incipientes canas inmersas en un cabello negro ligeramente ondulado y el azul acerado casi indiferente de sus ojos, me gustaba.

Sí, había mucho en él que me gustaba. Motivo por el cual acepté ser uno de sus entretenimientos. Ya te digo que de no haber sido así, no hubiera conseguido nada de mí.

Si no hay atracción, aunque sea física, no tienen nada que hacer conmigo. Un pequeño pormenor que me diferencia de Judith. Una circunstancia que con el tiempo aprendería a obviar.

En silencio y apostada en el marco de la puerta, lo vi tumbarse en el sofá de piel blanca y posar sus pies sobre la mesita baja que se encontraba tanto frente a él como a la televisión. Lo vi buscar el mando entre los numerosos cojines de aquel inmenso sofá. Y fue cuando encendió la televisión y fue a echar mano a su refrescante cerveza, cuando reparó en que se había olvidado sobre la encimera de la cocina la cerveza. Ese era mi momento.

Rauda, corrí en dirección a la cocina y adopté mi ridícula pose de sorprendida.

—¡Vaya! Perdón —dije cubriendo con cierta desgana mis pechos—. Creí que no había nadie en la casa. Veo que estaba equivocada. Lo siento —le dije haciéndome la sorprendida mientras me mostraba como la inocente niña que tanto le gustaba que fuera—. Venía por un par de cervezas para las chicas y para mí. No te importa que te coja algunas, ¿verdad?

—¡Oh! No. No, no para nada. Yo, yo sólo —carraspeó varias veces mientras sus ojos iban directos a mis pechos—, sólo venía a coger mi... —tragó saliva—, mi cerveza. ¡Ahí está! Sólo quería eso. ¿Por cierto Cat?

—¿Sí?

—Procurad no formar mucho jaleo ¿vale? —pude apreciar como su mirada pasaba de mi cara a mis pechos, los cuales no tuve reparo alguno en exhibir—. Y... tápate, por favor. No estás en tu casa. Te lo recuerdo.

Al oírlo decir esto, dibujé una amplia sonrisa que lo puso mucho más nervioso de lo que ya lo estaba.

—Sí, ya lo sé. Allí no podría estar así. —Sí, así justamente es como me gustaba verlo. Nervioso, palpitando de pies a cabeza por mí. Así lo disfrutaría mucho más y mejor—. Es esto lo que buscabas ¿no? —

Descaradamente, tomé aquel botellín de la encimera, ese que había sido dejado frente a la ventana en su precipitada huida—. ¿Puedo? —le pregunté mostrándole el botellín y acercándolo sinuosamente a mis labios para con un sutil gesto; bastante insinuante y provocador, beber de él bajo su atenta mirada.

—Sí. Claro. Bebe.

—¡Ups! Vaya. Seré boba. Mira cómo me he puesto —dije mordiéndome el labio inferior, mientras sinuosas gotas derramadas intencionadamente por mi boca, descendían hasta mi canalillo.

Con completa complacencia, observé cómo sus ojos fijos en mis labios, comenzaron a seguir el serpenteante dibujo que aquellas doradas gotas de cerveza dibujan desde mis labios hasta el lugar donde las detuve. Al alzar la mirada, vi a Ángelo con el semblante desencajado, lo que me excitó mucho, pero mucho.

Volvía a beber clavando mis ojos en él, con saña.

—Humm... ¡Qué rica está! Bien fría, justo como a mí me gusta. La cerveza, claro —le ofrecí el botellín. Cuando sus dedos rozaron los míos, pude apreciar el latigazo de excitación que recorrió todo su cuerpo, al igual que el mío—. Otras cosas en cambio —bajé la mirada hacia su abultada bragueta—, me gustan más bien, calientes y duras.

Sí, sí, sí... Ya lo sé. Soy una buscona. Pero en mi defensa diré: “que estaba muy, pero muy aburrida”.

Ángelo apenas atinó a dar un pequeño sorbo.

Sin pensármelo, acerqué posiciones frente a él, para solicitarle un nuevo sorbo con más descaro que la primera vez. Pero eso ya era demasiado para él.

—Bueno—necesitó tragar saliva—. Te dejo. Me, me voy. Me voy al salón. Por cierto, no forméis mucho lío ¿vale? Y taparos, por favor. Michell puede...

—Tranquilo, Ángelo. Seremos unas niñas muy, pero que muy buenas. Te lo prometo —le dije mientras trazaba una cruz sobre mi pecho izquierdo. La sutil sonrisa que le dediqué, lo desarmó por completo. A él. A aquel fornido hombre que decía o creía ser.

Con nerviosos pasos, lo vi regresar al salón para volver a tumbarse en aquel sillón frente a la tele, en la cual retransmitían ese partido de baloncesto

que la noche anterior se perdió por complacer los caprichosos deseos de Michelle de cenar fuera.

De todo se entera una.

Con prudencia me acerqué al ventanal por el cual fuimos espiadas, y tras comprobar que mis amigas continuaban distraídas en la piscina, encaminé rauda mis pasos tras los de Ángelo.

Me situé tras él, y con sigilo, coloqué mis manos sobre sus hombros para preguntarle mientras le daba un pequeño masaje:

—¿Qué ves? —Ángelo dio un pequeño brinco en el sofá.

Para nada esperaba que yo le hubiera seguido, y mucho menos tal y como iba ataviada en ese preciso momento.

—¡Joder Cat! Me has asustado.

—Ja, ja, ja —reí—. Lo siento. No fue mi intención —me fijé en su cerveza casi vacía—. Vaya, sí que traías sed. ¿Quieres que te traiga otra cerveza bien fría?

—Gracias, pero no. Con esta tengo de sobra.

Ángelo estaba completamente desarmado. Podía sentir su cuerpo temblando de arriba abajo, y como ese nudo en su garganta, apenas le dejaba decir o hacer nada. Una pequeña eventualidad que me resultó un tanto divertida a la par que excitante.

—¿Me puedo sentar aquí, contigo? —le dije mientras apostaba posiciones frente a él, haciendo alarde todo lo largo de mi semidesnudez.

—Pues, la verdad, no.

—¿Qué ves? —volví a preguntar tomando posiciones a su lado, ignorando así su desaprobación.

—¡Eh, eh, eh Cat! No, no, no. Para nada conveniente que tú y yo... — apenas había terminado de formular su argumentación cuando aproximé posiciones junto a él—. Para Cat, para —volvió a tragar saliva, haciendo que la nuez de su garganta ejecutara un rápido movimiento de arriba abajo—. Estarás bien seca, ¿no? Ya sabes cómo es Michelle con respecto a las cosas de la casa y de...

¿En serio, le preocupaba que mojara el puñetero sofá?

Joder.

Esta desnuda y sentada casi encima de él. No sé, pero quizá eso pudiera llegar a molestar mucho más a Michelle que una simple mancha de

agua en su immaculado sofá de piel.

—Sí, ya sé cómo de quisquillosa puede llegar a ser tu futura mujercita. Pero tranquilo, estoy bien sequita —le tomé la mano izquierda y tras colocar mi pierna derecha sobre las suyas, posé su mano sobre mi muslo. Automáticamente, Ángelo dio un pequeño respingo. ¡Dios! La situación no podía ser más excitante y divertida para mí, la verdad—. ¿Lo ves? Estoy bien sequita. Toca, toca —comencé a deslizarla suavemente su fornida y áspera mano de carpintero por todo lo largo de mi muslo hasta conducirla a la cara interna de este. Mientras lo hacía, pude ver en sus ojos como se perdía entre la suavidad de mi piel y el dulce aroma de coco que toda yo desprendía

—Sí, sí. Ya, ya veo. Ahora quítate de encima, pue... puede entrar alguien —balbuceó.

—Como ves, estoy bien sequita. Pero si tú quieres, solo si tú quieres. Puedo ponerme muy, pero muy húmeda para ti. ¿Te gustaría? —le pregunté colocando su mano sobre mi cubierto sexo.

—¡Cat, por Dios, para! —me exigió retirándome la mano.

—Tranquilo, Ángelo, no pasa nada. Nadie va a entrar, te lo aseguro —tomé de nuevo su esquiva mano—. Ahora, déjame que te recuerde como puedes hacer que me ponga muy, pero muy húmeda. Así, así... —coloqué aquella temblorosa mano sobre uno de mis desnudos pechos tras sentarme a horcajadas sobre su regazo—. Así, sigue. Mmm... —suspiré mientras me acariciaba el pecho con ayuda de su mano, palpitante—. ¡Aaahhh! —gemí—. ¿Le gusta lo que tocas, señor Mancini? —Ángelo enmudeció. Mi frivolidad pareció superarlo. Al igual que la misma elevación de mis pezones.

—No, no —balbuceó.

—¡Oh! ¿No te gusta? —gimoteé.

—Sí, sí. Quiero decir que... ¡Joder Cat! —Volvió a tragar saliva—. No deberías estar aquí conmigo. Y mucho menos deberías hacer esto. No está bien, y lo sabes. Así que, para, por favor. Para y vete. Michelle puede llegar de un momento a otro. Y no quisiera otro numerito como el de...

—¿Qué pare de hacer el qué? —pregunté mientras continuaba masajeando mi pecho con su mano. La mano de un hombre que simplemente se dejaba llevar por una jovencita descarada como lo era yo.

Mano que, por cierto, no retiró ni hizo alarde de hacerlo.

—¡Para! Para por favor Cat. No sigas —insistió.

—¿De verdad quieres que pare? ¿En serio quieres que lo haga? —Sonreí descarada—. Para que lo sepas, sé que nos estabas mirando —agarré

su otra mano—. Qué me estabas mirando. A mí, solo a mí —sus ojos vaguaron nerviosos de un lado a otro—. No soy tonta señor Mancini. Sé que lo hace desde hace tiempo. Incluso puedo llegar a imaginármelo, ahí, tocándose su cosita mientras me mira —volví a reír—. Pero dígame señor Mancini, ¿qué es lo que te gusta de mí? Mis ojos, lo suave de mi piel, mis pechos. ¿O quizá es mi apretado...?

—¡Cat, basta! Este juego tuyo es demasiado peligroso.

—¿Qué juego? Yo no estoy jugando. No, para nada.

—Para Cat. Para.

—No. No creo que quieras que pare. Pero lo haré solo si me dices una cosa.

Suspiró.

—A ver, ¿qué es lo que quieres saber? —preguntó elevando una ceja ante el desconcierto que mi pregunta le incitó.

—Dime. De todo lo que ves y de lo que no ves, ¿qué es lo que más te gusta? —le pregunté mientras mi descaro fue en aumento y su cordura a menos.

Sin esperar respuesta por su parte, acerqué posiciones frente a su cuerpo, el cual temblaba bajo su varonil apariencia. Al igual que yo, Ángelo esperaba mi siguiente paso.

—Venga, Cat, no seas mala. Vete. Déjalo ya. Ya te has divertido bastante.

—Verás Ángelo, siempre he pensado que las chicas buenas son las que van al cielo, sí. Pero las malas. Las chicas malas como yo —aproximé mis labios los suyos para rezar en ellos—: vamos a todas partes. —Con la punta de mi lengua, acaricié la suave tersura de unos labios que temblaron bajo mis húmedas caricias—. ¿No lo crees? —Su cuerpo se estremeció de nuevo—. Ahora te voy a preguntar otra cosa. Y quiero que esta vez me respondas.

—Cat, para. Ya vale. Para.

—Pero si solo es una pregunta del todo inocente.

—No, se acabó.

—Por favor, venga. Por favor, por favor —le rogué enganándome de su cuello—. No seas así. Solo es un juego. Te prometo que después, me largo.

Clavó sus azules ojos en los míos.

—Está bien. Pero después te largarás, ¿verdad?

Sus ojos brillaron.

—Sí.

—Habla.

—Mi pregunta es bien sencilla. Solo quiero que me digas, si te gustan más las chicas buenas, o, por el contrario, prefieres a las chicas malas como yo —diciendo esto, dibujé con los dedos de mis manos el contorno desnudo de su pecho después de haberle desabrochado algún que otro botón más de su camisa. Ante su duda, me acerqué a su oreja izquierda para susurrarle al oído —: Si no quieres, no hace falta que me respondas. Sé bien que te gustan las chicas malas. Las chicas muy, muy malas —diciendo esto, di un pequeño mordisco al lóbulo de su oreja. Después, comencé a depositar pequeños besos en su cuello una y otra vez.

En esos momentos, ardía por deseos de tener dentro de mí su juguetero pene.

—Para, para... ¡para ya! —No, joder. No esperaba que me frenase y mucho menos que me obligara a apartarme de él de la forma tan urgente en la que lo hizo.

Mi respuesta fue clara: me reí divertida.

Me lo estaba poniendo difícil. Mejor. Mucho mejor.

—¡Eh, no se vale!

—Cat —suspiró algo molesto—, estás jugando con fuego. Y te vas a quemar. Nos vamos a quemar.

—Lo dudo. Estoy demasiado húmeda como para quemarme, te lo aseguro.

Sin censura clavé mis ojos en los suyos mientras me mordía con ganas el labio inferior.

Sin pensárselo un segundo, Ángelo me agarró por la cintura y me arrastró hasta él, hasta su boca. Hasta la firme erección que se encontraba subyugada dentro de la bragueta de sus pantalones y de su carísimo bóxers. Una elevada prominencia sobre la que tomé posiciones y que agasajé con recortados pero severos movimientos hacia atrás y hacia delante de mis caderas.

¡Dios! Aquella hinchazón era realmente formidable.

Mucho más que otras veces.

Preso de mis juegos, Ángelo comenzó a entrelazar sus dedos en mis cabellos, a jugar con ellos. A mover mi cabeza a su antojo. Hasta que su lasciva boca se aproximó a mis pechos, los cuales se le representaron como la más dulce de las ofrendas.

No dudó en asaltar mis pezones con la voracidad de una boca que ardía en ansias. Tanto, que llegó a doler. Pero, aun así, no hubo quejas por mi

parte. Al contrario.

—Sigue, no pares —cerré los ojos y gemí en pausado silencio mientras deseaba que aquello no acabara nunca. Y más cuando de poco a poco, Ángelo cesaba en su ardiente labor; esa con la que fustigaba a mis dolientes pezones, para soplar sobre la erección de estos, obligándome a suspirar una y otra vez.

Mi excitación pasó a un nivel superior, a ese en el que yo quería más que eso. Y así se lo hice ver cuando hundí con emergencia mis dedos entre su cabello obligándolo a que urdiera lamidas y succiones más contundentes e hirientes, además de algún que otra dentellada en la blanquecina piel de mis pechos.

¡Dios! Era desquiciantemente enloquecedor.

Tanto, que el ya seco tanga que me vestía, poco tardó en volver a humedecerse por las oleadas de excitación que de forma indirecta Ángelo, por medio de mis nerviosos movimientos, perpetraba en mi vagina.

Entreabrí los ojos y desvié mi mirada hacia lo que estaba haciéndome. Joder. Enloquecí de gusto al ver la forma en la que su lengua dibujaba sinuosos contoneos alrededor de la rosada aureola de mis pezones, al ver como su boca los succionaba una y otra vez obligándome a soportar los afilados agujonazos que sus succiones me producían.

De forma paulatina, pero aplastante, una desmedida excitación comenzó a recorrer todo mi cuerpo en pequeñas ráfagas de delirio que descendían en quejosos y reservados gemidos desde mi boca hasta mi sexo. Humedeciéndolo con cada pequeña convulsión de placer.

Aquel juego nuestro no había hecho nada más que empezar. Y el riesgo que corríamos de ser descubiertos lo hacía más que excitante.

Desesperada por tenerlo dentro, me afané en abrir su bragueta mientras le susurraba al oído:

—Quiero que me folles, aquí y ahora. Sí, fóllame —gemí—. ¡Oh, Dios! Estoy muy caliente —volví a gemir en el abismo de su boca—. Quiero sentir tu polla entrar y salir de mi pequeño agujerito. Si, ahora... ¡Fóllame Ángelo!

Busqué su lengua mientras hurgaba nerviosa dentro de su bragueta abierta. Poco o nada tardé en rodear con mis dedos el volumen de su eréctil miembro. Miembro que tutelé en dirección a la delgada y húmeda línea de mi sexo. Velado este aun por la fina tela de mi tanga. Un tanga que rápidamente relegué a un lado con ayuda de su pene y... ¡Joder! Aquella sensación, caliente

y suave era única.

Despacio, lo hundí en mi prieta y húmeda ranura.

—¿Estás loca? Para, para Cat —tomándome de los brazos con fuerza, me apartó de él arrojándome a un lado del amplio sofá, para acto seguido enfundar su erecto miembro dentro de su bóxer.

Ángelo dio por terminado el juego antes de lo que yo hubiera deseado y esperado. Pero muy equivocado estaba si pensaba que yo había dado también por concluido nuestro pequeño rifirrafe. No. Este apenas había empezado. Para nada iba a quedarme así, y mucho menos con el calentón que tenía.

Me incorporé, decidida a obtener lo que había ido a buscar.

—No, no lo estoy. Lo que sí estoy es muy, pero que muy caliente. Y con muchas ganas de que me folles —me acerqué a él, traté de besarlo, pero una vez más me apartó.

Difícil me lo estaba poniendo. Pero a terca y cabezota, no me ganaba nadie. Y sus contenidos disimulos; pues eso es lo que eran, de nada le valían conmigo.

—Estás loca ¿o qué? ¡Se terminó, lárgate!

Esa mal disimulada sonrisa con la que coronó su boca, lo decía todo.

No lo dudé, y le devolví la sonrisa.

—¡Dios! Estás completamente loca. —Precipitadamente se puso de pie, me tomó de la cintura y entre húmedos besos me arrastró de espaldas hasta el interior del amplio armario que se encontraba bajo las escaleras.

Las mismas que daban acceso a la planta superior de aquella casa. Un armario que contaba con el tamaño justo para que los dos; sin dificultad alguna, pudiéramos dar rienda suelta a nuestros furtivos juegos de forma cómoda.

Una vez dentro y antes de cerrar la puerta, Ángelo se cercioró de que nadie nos hubiera visto. Después, la cerró con cuidado para acto seguido, tomar posiciones frente a mí.

—Estás loca, loca... Y me encanta —me dijo obligándome a girarme de espaldas. Con el mismo ímpetu con el que lo hizo, despojó mi cuerpo de lo poco que lo vestía. En cuestión de segundos, el tanguita de mi bikini, antes de caer al suelo, resbaló por mis piernas trazando en mi piel erizantes emociones de placer.

Desnuda por completo quedé en cuerpo, no así en alma.

Poco me importó que a mis pies quedara relegado lo poco de cordura

o desvergüenza que tenía. En esos momentos, caliente como estaba, solo quería una cosa: ser la ganadora y beneficiaria del juego que yo misma había iniciado minutos atrás.

Solo quería terminar de una vez por todas con el insoportable aburrimiento de aquella tarde.

CAPÍTULO 3

Durante unos breves segundos, Ángelo estuvo contemplando y acariciando levemente la belleza de aquel cuerpo que tenía frente a sus azules ojos. Un cuerpo de apenas veinte años que temblaba una vez más por el creciente deseo que se había desatado en su interior. Mientras lo hacía, una de sus manos acariciaba despacio mis nalgas. Cuando la primera cachetada sonó, toda yo temblé, y mucho más tras la segunda y la tercera. Me encantaba que hiciera eso. Aquello ponía a cien, y me obligaba a tensar los músculos de mis piernas, sintiendo así el deseo preso en mi húmedo sexo.

Era de reconocer que, a sus treinta y nueve años, Ángelo era muy atractivo. Y el que fuera siempre bien vestido y afeitado, le añadía a su innato encanto varonil un plus más que evidente. Como ese siempre justo toque de perfume. Pero para qué engañarnos. Fue la misma Michelle quien había esculpido a golpe de talonario toda su elegancia y ese estilismo de latin lover del que él hacía tanto alarde. Un conjunto de labradas atribuciones a las que se sumaba su ya de por sí descarada insolencia italiana.

Y sí, Ángelo podría tener muchos defectos, pero el ser italiano no era uno de ellos.

Y sí, lo admito.

Todo en él me volvía loca. Pero mucho más la pequeña culebra que escondía entre sus piernas. Una culebrina juguetona con la que siempre podías pasar un buen rato.

Permanecí de espaldas a él con mis manos apostadas en la pared, temblando como un flan a la espera de su inminente entrada; y nunca mejor dicho. Mientras, a mi espalda, oía su agitada respiración unida a la febril exploración que de mi cuerpo hacían sus manos. Golosa, esperaba impaciente a que de una vez por todas decidiera entregarse sin ningún tipo de contemplación, al más puro y libidinoso de todos los placeres de este mundo: la fricción de su pene dentro de mi vagina.

Cuando su voraz boca se apostó sobre mi cuello para comenzar a besarlo palmo a palmo, toda mi piel se erizó de arriba abajo. Uno a uno, sus húmedos besos se fueron alargando hasta que su juguetona lengua se introdujo

en mi oído derecho. El susurro de su respiración agitó la mía más de lo que ya lo estaba, dando así, rienda suelta a pequeñas oleadas de placer que se alojaron en una y otra vez en mi sexo.

Tras de mí, sentí como por medio de un vivo movimiento sacó su punzante y casi doliente erección de su bóxer, liberándose así él con ella. Acto seguido, apostó su jadeante cuerpo contra el de mío. Sentí el imperioso acto que lo llevó a subir ligeramente su camisa para después en traviesas fricciones, restregar todo el volumen y la dureza de su masculinidad contra mi tembloroso cuerpo. Un cuerpo casi exhausto por la excitación de la espera, y rociado por cientos de perladas gotas de sudor que resbalaban por mi espalda hasta la redondez de mi trasero. El cual apreté involuntariamente cuando sentí su dura erección, rígida y potente apostada contra él.

La sentí palpar entre mis nalgas mientras la oprimía con cada restriegue. Incluso aprecié la suavidad de su recortado vello púbico.

Ese que alguna que otra vez, sustraje de mi boca.

De forma creciente, mi corazón comenzó a palpar atropelladamente incrementando mis pulsaciones a más de cien revoluciones. Mi respiración corrió la misma suerte, al igual que mis ausentes; hasta el momento, gemidos. Sin ser plenamente consciente de ello, recité a media voz una quejosa plegaria de pecados que impulsaron a Ángelo a apoderarse de mi sexo con la palma abierta de su mano derecha. Al hacerlo, comprobó cómo este estaba húmedo y caliente, y como temblaba al igual que yo. Y más cuando sentí como con sus dedos jugaba con mi depilado pubis, como los hacía desfilan por mi estrecha y mojada abertura. Un juego que alargó por algo más de dos minutos, y en el que continuó recreándose mediante elaboradas e irrisorias caricias que apenas se dejaban sentir. Mis reacciones, por el contrario, una tras otra fueron en aumento.

—Abre las piernas —me dijo mientras su mano seguía acariciando de forma furtiva mi humedad con pequeños toques y sutiles apretones que me sabían a poco.

—Fóllame Ángelo. ¡Fóllame ya! —Gemí.

Mi sexo palpitaba jugoso.

—¡Shhh! Cállate —cogió una de mis manos y la colocó sobre la cálida humedad de mi sexo. Me obligó a acariciarme con ella.

—Ángelo —gemí—. Por favor. No aguanto más. Fóllame, fóllame ya —con mi mano libre golpeé la pared y con mi cuerpo, arremetí con furia una y otra vez contra el suyo. Así, una y otra vez, mi trasero asestaba empujón tras

empujón contra su pene demandando lo que toda yo deseaba. Pero aun así él...

—Para, para Cat... ¡Para! —gruñó mientras continuaba con sus desquiciantes caricias que no me conducían a nada más que una desesperante excitación que me consumía.

—No, no. No voy a parar hasta que me la metas —farfullé, dirigiendo mi mano en busca de su polla, la cual una vez hallé, sujeté con ganas. El sonido quejoso de un contenido gemido que escapó de su boca, hizo que la lujuria se desatara dentro de mí dirigiendo un suplicante lamentado colmado de malsonantes peticiones que al fin fueron oídas.

Llevado por la más iracunda de las más oscuras pasiones, Ángelo me obligó a abrir un poco más las piernas, a curvar un poco más mi cuerpo para hacer más accesible la abertura de mi vagina, y tomando su pene con su mano derecha, desechando aquella mano mía con la que me obligaba a acariciarme, lo encajó en la chorreante abertura de esta.

Pero a pesar de lo esperado, durante un par de minutos, se dedicó a refregar su rosado glande lubricándolo con los cálidos jugos de mi palpitante sexo. Un deleitante retozo que duró apenas lo que pudo mantener a raya su desequilibrada cordura.

En cambio, la mía, justo antes de que me penetrara...

—Espera, espera.

—¡Joder! ¿Qué pasa ahora? —protestó.

—Quiero que te pongas una gomita.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Hablo muy en serio —la rotundez de mi petición no tenía marcha atrás. Bien lo sabía él.

—Está bien. Creo que llevo alguna en mi cartera. Espera. Dame solo un segundo.

Una vez encapuchada su colita, continuamos por donde lo dejamos: me penetró. Empotrando su duro miembro en mi oscuro y ceñido agujero. Una exacerbada acción que desató la salida de una profunda bocanada de aire de mi boca cuando sentí como su pene, precipitadamente, se abría paso en la jugosidad de mi estrechura.

—¡Joder nena! —Gruñó—. Como me gusta lo estrecho que lo tienes, sí... —exhaló. Acto seguido, colocó ambas manos en mis caderas y tiró de ellas con ganas hacia su dura erección, logrando que yo me arquease hacia atrás un poco más.

Con voracidad, Ángelo obligó a su pene a introducirse hasta mi fondo

donde permaneció unos deliciosos segundos que me supieron a muy poco. Transcurridos estos, despacio, comenzó a salir obligando a las aterciopeladas paredes de mi vagina a dilatarse para a continuación, cerrarse a su paso. Un arrebatador recorrido de éxodo que concluyó cuando casi por completo sacó su palpitante falo. El cual volvió a enterrar con más fuerza que la primera vez consiguiendo así, que casi me quedara sin aliento, que arañara aquella pared al igual que él lo hacía en mi piel.

Poco a poco, Ángelo fue imponiendo su ritmo. El ascendiente crecimiento de un delirio que me arrastró de manera casi involuntaria a morderme los labios impaciente por recibir más y más fuerte.

—Humm. Sí... Así, así —suspiré—. Sigue así. No pares. ¡Más fuerte! Métemela más, más adentro, más...

Fue toda una sorpresa recibir su mano sobre mi sexo, y más que se ensañara de la forma en la que lo hizo sobre el más que hinchado botón que en esos momentos era mi clítoris. Sin reparo, Ángelo lo mortificó una y otra vez, enganchando con su otra mano mis cabellos a modo de riendas, de las que tiró con fuerza.

¡Joder! Me estaba volviendo loca.

Pero yo quería más.

Mucho más y más fuerte.

—Fóllame, fóllame... ¡fóllame fuerte!

Mis exasperadas órdenes hicieron que todo lo largo de su sexo se hundiera dentro de mí, bamboleándose de atrás hacia delante en un incrementado ritmo que dio paso a silenciosos gritos y vulgares peticiones del todo lascivas.

—¿Te gusta que te folle así, Cat, te gusta? —me pregunto mientras entraba y salía de mí.

—Sí, sí. No pares. No pares. Más fuerte, más fuerte.

Sentí como una y otra vez separaba con sus dedos los suaves pliegues que envolvían mi pequeña ranura, abriéndola para él. Para que sus rabiosos dedos asaltaran con saña el pequeño secreto que aquella delicada envoltura escondía: el saliente botón de mi lujuria.

Mientras jugueteaba con total descaro con mi empalmado clítoris, mientras él hacía eso, yo clavaba literalmente las uñas en la pared y mordía con fuerza mis labios, procurando no emitir ningún tipo de sonido, de queja o de gemido que pudiera delatarnos. Aunque poco me importaba eso, la verdad.

Inesperadamente se salió de mí, y de la misma forma en la que lo hizo,

me giró clavando sus ojos en los míos a la vez que me acercaba aquellos ungidos dedos a la boca. Dedo que yo lamí con deleite bajo su atenta mirada mientras me afanaba en acariciar su untado e irritado miembro.

—¿Esto es lo que buscabas no, zorrita? —Mientras sus palabras desfilaban de entre sus labios, hundió dentro de mi vagina aquel dedo que yo había lamido, ese con el que me llevó a saborear los salinos jugos de mi cuerpo.

Un dedo ungido con mi propia saliva que propició que todo mi cuerpo probara las pequeñas descargas eléctricas que recibí cuando con saña, lo blandía en mi interior. Un sinfín de continuadas descargas de placer desataron un sinnúmero de mal sonantes peticiones todas de índole pecaminosa.

Sin darme cuenta dejé que, de mis labios, antes sellados por el acoso al que lo sometían de forma continua mis dientes, escapara un dócil gemido que se extendió susurrante en los reducidos condominios donde nos encontrábamos ocultos.

—Te gusta, ¿eh? —Me preguntó—. Dime que te gusta. Te gusta que te folle fuerte, ¿verdad? Esto es lo que querías, ¿no? —Agitó aún más aquel dedo en mi interior.

—Sí, sí —gemí, alargando mi mano en busca de su pene. Necesitaba tenerlo, sentir su dureza—. Sí, me gusta. Pero quiero más. Más... Quiero más. Quiero que me claves tu polla hasta el fondo y que me folles fuerte. Muy fuerte. Sí... —gemí—. Quiero oírte decir cuánto te gusta follarme, cuanto te gusta mi coñito. Métemela otra vez, venga, hazlo... —balbuceé rota por el deseo.

Ángelo dibujó una nerviosa sonrisa y me cogió por la cintura para ponerme de un empujón sobre la cajonera. Rápidamente, abrí mis piernas, lo tomé de la cintura acercándolo así a mi cuerpo a la par que adosaba sobre su cadera mis piernas. Tomé su aun hinchado pene y tras untarlo con los tibios y pringosos jugos de mi vagina, hice que me penetrara de una sola vez.

—¡Dios, sí! —grité de forma deliberadamente incontinida.

Una descarga eléctrica recorrió todo mi cuerpo cuando su miembro se embutió dentro de mí forzando que las contraídas paredes de mi vagina se volvieran a extender recubriendo así el peregrino grosor de su tiesura.

Ángelo comenzó a salir y entrar primero despacio, muy despacio. Pero mis insistentes peticiones hechas puras perversiones, lo llevaron a hacerlo de forma más enérgica. Casi violenta. Todo un deleite para quien las había esperado con tantas ganas.

Nuestro desahogo se volvió casi descontrolado. Al igual que la sucesión de penetraciones que se seguían las unas a las otras. Poco había de suavidad en aquel juego erótico que manteníamos, y menos de decoroso en los sordos gemidos que yo le suspiraba. Susurros que demandaban más y más. Sobre todo, cuando su boca se entretenía lamiendo y chupando mis pezones sin cansancio, pasando de uno a otro en un alocado e indeciso deleite.

Pero mis ausentes gemidos pronto comenzaron a erigirse como ráfagas de sonoro gozo en sus oídos, cacofonías de plena lujuria que rebotaban entre aquellas cuatro paredes.

—Shhh, shhh... Cállate, cállate por Dios. Que nos pueden oír. ¿A caso es eso lo que pretendes, que nos oigan? ¡Shhh! Cállate Cat, cállate —la seriedad del tono de su voz no hizo otra cosa que excitarme aún más.

Resultaba más que chistoso que precisamente él, me reclamaba cierta cordura a mí. Sobre todo, cuando continuaba metiéndome una y otra vez su pene en un calentón que parecía no tener fin.

Como aclaración, diré que Ángelo no es que gozara precisamente de un miembro “notable” (por llamarlo de alguna forma), no. Su pene tenía una talla normalita, más bien media. Eso sí, era un tanto grueso. Grueso y cabezón. Pero su virtud radicaba en la forma en la que lo meneaba. Aunque, para ser sincera, a duras penas podía silenciar mi fuego. Pocos lo lograban. Lo bueno que él tenía con diferencia del resto, es que al menos él lo intentaba. Y yo, yo hacía lo que me correspondía: dejarme llevar y disfrutar de los pocos buenos momentos que me regalaba. Momentos como ese. Aunque el encanto de ese momento radicaba en el hecho de ser descubiertos. Eso es lo que lo hacía tan placentero y lujurioso. Porque de tratarse de otro momento, a duras penas me hubiera saciado.

Para que os hagáis una idea, sería como querer apagar un tremendo incendio con simples soplidos.

—No hables y sigue. Sigue follándome así. Sí, sí... Quiero más. ¡Más! Dame más. Más fuerte. Métemela más.

Mis exigencias lo llevaron a tomarme por las nalgas clavando sus dedos en ellas, y a elevarme un poco más para facilitar tanto la penetración de sus acometidas como la profundidad de estas. Yo por mi parte, entrecrucé mis piernas alrededor de sus caderas a la vez que extendía mi cuerpo sobre la dureza de aquella cajonera, atendiendo sus constantes preguntas:

—Te gusta, ¿eh? Dime que te gusta. ¡Dímelo! Quiero oírtelo decir. Humm... ¡Oh, dios mío! Dime que te encanta que te folle así, así. Sí, sí. Quiero que me lo digas —su voz sonaba un tanto agotada—. Dime cuanto te gusta sentir mi gran polla dentro de tu apretado coñito. Humm... Venga nena. Dímelo, dímelo.

«¿Tu gran polla? Vamos, no me hagas reír», pensé.

—Sí, sí. Sí, me gusta. Me encanta sentir tu “enorme” polla dentro de mi estrecho coñito. Sí, sí... Oh sí, sí —definitivamente no era para tanto, porque una vez la tienes dentro, no resulta tan... En fin, ¿para qué darle un disgusto al pobre? Se lo estaba currando, y a base de bien. Así que decidí seguirle la corriente—: ¡Oh Dios mío! Sigue, sigue. No pares, no pares. Sí, sí, sí. Me vas a romper con tu gran polla. ¡Oh Dios mío! Sí, sí. Métemela más adentro. Más, más...

—Es esto lo que querías, ¿no? No es esto lo que buscabas, ¿eh? Pequeña zorrita buscona —protestó entre gemidos—. ¡Joder, sí! Me encanta este coñito tuyo —gruñó.

«No me hagas reír».

—Sí, sí. Más, quiero más. Sigue, sigue. No pares, no pares. ¡Sí! Aaaahh... No pares —pobre imbécil. Sin lugar a dudas eran mejor sus inquietos dedos.

—¿Te gusta? —Su respiración comenzaba a ser tan intermitente y discontinua como su habla. Como su propia respiración.

—Sí, sí, sí. Me gusta, me gusta. Sigue, por favor. Sigue. ¡No pares!

Aferro sus dedos en mis nalgas, me elevó un poco más y aceleró sus acometidas. Poco a poco sus fuerzas fueron mermando. Pero no así sus ganas de darme placer. Un placer que incrementaba con la sola idea de sabernos allí, sumidos en aquel irrisorio anonimato tan sumamente frágil. Expuestos a ser descubiertos. Eso sí que me ponía a cien.

Venga, lo admito.

Admito que el hecho, o la potencial posibilidad de ser descubiertos en aquel burdo escondite, me ponía muy, pero muy cachonda. Admito que fue eso lo que me llevó a provocarlo ese día, allí, en el único lugar donde se sentía libre de mí.

Bueno, eso, y el aburrimiento. Ja, ja, ja.

Y sí, sí... Ya lo sé. Soy una buscona.

Qué le voy a hacer.

—Espera, espera —me rogó un tanto sofocado. Ángelo fue reduciendo el ritmo de sus acometidas hasta detenerse por completo frente a mi boca donde me recitó casi sin aliento—: Espera nena. Necesito, tomar aire. —Vaya si lo necesitaba.

Sin mediar más palabras, se enderezó saliéndose de mí. Echo que me disgustó y que me llevó a seguir sus pasos. Tras incorporarme, le tomé de la cara y así, enfrentándolo a mirarme a los ojos, le obligué a darme un porqué de su inoportuna interrupción.

—Venga machote, no me vas a dejar así ¿verdad? ¿Verdad?

—No —me dijo elevando una débil sonrisa—. Claro que no nena. Solo necesito un par de... —resopló—, minutos. Solo eso.

—Lo siento, *nene* —cité con sarcasmo—, pero por desgracia, tiempo no es precisamente lo que tenemos —me agaché para recoger mi tanga, pero su mano interrumpió mi fachosa, porque eso es lo que era, búsqueda. Una trola bien fundamentada que obtuvo la respuesta deseada:

—¡Eh, nena! ¿Qué haces?

—Largarme de aquí —alegué con tono severo.

—De eso nada. Tú y yo no hemos terminado aún. Hasta que no consigas que me corra, no habremos terminado. —Sonreí del todo complacida al oírle decir eso.

Deseosa, me tendí de espaldas sobre la cajonera a la espera de más. De inmediato, Ángelo tomó mis piernas y las elevó por encima de sus hombros abriéndomelas en V, elevando con ello también mis caderas. Mi flagelada y encendida vagina quedó del todo accesible a su pene, el cual accedería sin problemas hasta el fondo de mis deseos. Esos que aún no habían sido saciados.

Dibujando una sonrisa lasciva, Ángelo agarró su pene y me penetró con ferocidad hasta lo más profundo de mí ser, clavando sus dedos en mis caderas. Aquel envite me provocó un ligero dolor que rápidamente fue suplido por una serpenteante oleada de excitación que curvó mi espalda y hasta los dedos de mis pies, avivando ligeras y perecederas convulsiones que lograron que su cuerpo, que todo él, entrara en un estado de frenética locura proveída de exacerbados movimientos casi compulsivos que obraron el primero de los milagros en mi cuerpo: un jadeante orgasmo.

Jadeé y resoplé en silencio, poniendo mis ojos en blanco. Tensando cada uno de mis músculos, reteniendo así en mi interior aquella delirante

sensación. ¡Dios, era fantástico!

¡Joder, sí! Que gustazo.

—Me voy a correr —me susurró—. Estoy a punto de correrme nena.

—Sí. Hazlo, hazlo. Quiero sentir como te corres dentro de mí. Pero no pares, no pares por favor. No pares de moverte.

Al sentirlo, al sentir como se iba dentro de mí, mi boca desplegó un extendido y profundo gemido que llevó a Ángelo a taparme la boca mientras su pene continuaba dentro de mí convulsionándose en pequeñas sacudidas que se extendieron por todo su cuerpo acopiando en el mío reminiscencias de su gutural y vivo desahogo.

Durante al menos un par de minutos, permanecí abatida en aquella cajonera, jadeando, haciendo mía la sensación que obraba en mi piel el descenso suave y cálido de los jugos de mi vagina mientras resbalaban paulatinamente por mis piernas, que temblaban de forma descompasada. De repente, la inesperada voz de Zoe sonó en la cocina. Una inesperada presentación que puso fin a nuestro “lascivo y fugaz” encuentro.

—¡Dios, Zoe! Joder. Tengo que regresar con las chicas. Tengo que... ¡Dios! Prometí no tardarme —sonreí sacándolo de mí—. Pero, ¿dónde demonios está mi tanga? No lo veo. ¿Lo ves?... ¡Mierda! No veo nada. ¿Dónde está?

—Shsss, shsss... Cállate y quédate ahí quieta. No te muevas. No se te ocurra hacer ruido. Tranquila —me susurró—. Yo voy a buscarlo. Espera. Debe estar por aquí. Tiene que estar por aquí.

—Date prisa —le pedí mientras trataba de averiguar con qué limpiar los restos de nuestra refriega, y nunca mejor dicho—. Quítate la camisa. ¡Rápido!

—¿Para qué quieres mi camisa?

Parecía no intuir mis claras intenciones.

—¿A caso tienes algo con lo que pueda limpiarme?

Retrocedió unos pasos.

—... ¡Oh, no! No. Ni de coña nena.

—Vamos, dámela, ¡ya! —Lo agarré y lo obligué a quitársela—. Gracias. Ahora, busca mi tanga. ¡Rápido joder!

Mientras me limpiaba, lo vi tantear en busca de mi pequeño tanga, que para colmo era negro.

—Aquí está —me dijo entregándomelo.

—Gracias. Tú camisa —reí divertida por lo recurrente de mi

ocurrencia—. Ahora sí que tengo que decirte, adiós —lo tomé de la cara y lo besé—. Gracias, doblemente —reí.

—Espera insensata —me agarró del brazo impidiéndome salir—. Espérate un poco. Hagamos las cosas bien ¿vale?

—Ok. ¿Qué hacemos?

En silencio e inmóviles, oímos a Zoe llamándome una y otra vez. Y no, no se cansaba la muy...

—¿Cat, Cat? ¡Joder tía! Dónde coño se habrá metido esta estúpida. ¿Catherine Wayne, dónde narices te has metido? ¡Cat!

La oímos entrar al salón, y tras unos breves minutos, apreciamos como sus pasos desnudos ascendían despacio, escalando uno tras otro, los peldaños de la escalera bajo la cual Ángelo y yo nos encontrábamos ocultos.

—Cat. ¿Dónde narices estás? ¡Sal ya de donde estés! —su voz parecía provenir de la parte alta de las escaleras. Una ventajosa situación que aproveché para salir de mi escondite y dirigirme rauda al pequeño aseo de la planta baja. Aquel que quedaba a unos pocos pasos de donde me encontraba oculta.

—¡Eh, Zoe! Estoy aquí. Aquí abajo, en el salón —la llamé.

—Cat, ¿pero, dónde demonios estabas? Judith está de los nervios —me gritó desde lo alto de las escaleras.

—Pues ahí al lado, en el aseo de la planta baja —le indiqué señalándolo con mi pulgar, mientras trataba de disimular la absurda sonrisa que tenía acoplada en mis labios—. Me entraron ganas de... —fue entonces cuando reparé en las pertenencias de Ángelo. Las que habían quedado en el salón a su llegada a la casa.

Sin dudarlo ni un segundo, y antes de que Zoe bajara las escaleras, apresuradamente las recogí, fui hasta el armario y tras abrirlo, las tiré dentro.

Justo al cerrar la puerta, oí tras de mí a Zoe.

—¡Catherine Wayne! ¿Qué haces? —Me reclamó en un ligero tono de enfado.

—¡Coño, Zoe! Que susto me has dado tía.

—¿Dónde narices estabas metida? Y quiero la verdad.

—Pues en el aseo. Ya te lo he dicho —reí, de forma no muy acertada.

—No. Ahí no estabas cielo. He mirado. Dos, veces. ¿Dónde estabas metida, Cat? Habla, y hazlo rápido. No me tientes.

Zoe podía llegar a ser una auténtica toca pelotas.

Y por lo visto, ese era uno de sus días malos.

—Pues, lamento tener que decirte mi querida y muy adorada Zoe, que mirar, lo que se dice mirar, no has mirado bien. No, no. Porque estar, yo estaba ahí dentro. Haciendo un pis.

—¿En serio? —Su cara lo decía todo—. Vale. Y, ¿puedes decirme por qué esta la tele encendida? —Ambas la miramos, después, volvimos a mirarnos—. ¿La has encendido tú?

¡Ups! Me pillaron.

—No —seca y rotunda.

—¿En serio? —Zoe giró la cabeza y oteó rápidamente el salón. Después volvió su atención a la televisión—. ¿Baloncesto, Cat, tú? Muy graciosa. —Me encogí de hombros e intenté actuar como si no supiera nada—. ¿Y esa cerveza, es tuya de casualidad?

—No.

Entonces...

—¿Cat?

—¿Qué? —respondí tratando de no mirar en dirección al armario. Pero miré. Miré. Lo que propició que Zoe terminara por acortar posiciones frente aquel armario, y agarrando el pomo de la puerta, con la intención de abrirla, me dijo:

—No sé por qué, pero creo que debería mirar en...

—¡No! No lo abras. No lo hagas. Ahí no hay nada que pueda interesarte —ágilmente me coloqué entre las puertas del armario y ella.

—Mmm... —dudó—. Ok —cruzándose de brazos, me lanzó la temida pregunta—: Cat, ¿me puedes decir por qué narices no puedo abrir ese armario? ¿Qué hay ahí que no debo ver?

—Nada. Ahí dentro no hay nada —le sonreí haciéndole un pequeño mohín que ella rápidamente supo interpretar.

—... ¿No? —murmuró a media voz abriendo sus ojos de par en par.

Sonreí mordiéndome el labio.

Ahora era mi cara la que lo decía todo.

—Zoe, creo que sería muy acertado por nuestra parte, regresar a la piscina. Judith tiene que estar echa un completo basilisco. Y Ángelo, puede llegar en cualquier momento —sonreí.

—Estarás de broma, ¿no? —Articuló con los labios sin emitir sonido alguno.

Me limité a sonreír.
—¿Nos vamos?

*Ups, vaya... Parece que me descubrieron.
Y mucho.*

—Sí, sí. Será lo mejor —balbuceó—. Judith debe estar como loca por nuestra tardanza. Creo que será mejor que regresemos cuanto antes —pronunció mientras me preguntaban, por medio de una exacerbada gesticulación casi ridícula, si había sido capaz de hacerlo allí, con él.

—Zoe, ¿tienes sed? Yo, mucha. No te puedes imaginar cuanta —la agarré del brazo y tiré de ella en dirección a la cocina elevando una gran carcajada.

—Sí, sí. Es verdad. Las cervezas.

Una vez frente al refrigerador, Zoe explotó:

—¿De veras te lo has montado con Ángelo, aquí?

Me agaché para coger tres cervezas y al incorporarme, le sonreí como solo podía hacerse tras un buen polvo.

—¡Dios Cat! ¿Cómo has podido hacerlo, y aquí?

—¿Hacer el qué? —Me eché a reír.

—¿El qué? Anda, echa un ligero vistazo a tu tanga. Lo tienes del revés —rió apoderándose de una cerveza.

Baje la mirada y... ¡Doble ups! Vaya metida de pata.

Suerte que fui avisada a tiempo.

—Venga, regresemos. Judith debe estar al borde del colapso total. Ya sabes cómo es —me dio un pequeño codazo—. Y ponte bien ese tanga, por Dios —rió.

Caminamos de regreso a la piscina entre risas. Al hacerlo, aprecié el tembleque del cual eran aun presas mis piernas.

—¿De veras tú y Ángelo, y aquí? Vaya huevos tienes, tía.

—Sí, pero solo me la ha metido un poquito —bromeé—. Solo la puntita.

—¡Joder Cat! Estás loca. Como una puta cabra.

—¿Yo? No. que va —solté una gran carcajada.

Tras aquella deliciosa vivencia, el resto de la tarde transcurrió con rapidez, eso sí, algo más tranquilo. Aunque lo mejor, fue el hecho de que tanto Zoe como yo, actuamos de la forma más natural del mundo frente a Judith.

Allí no había pasado nada. Absolutamente nada.
Nada malo, claro.
Porque bueno, lo que se dice bueno, sí que estuvo.

CAPÍTULO 4

El sofocante calor de esos días parecía haberse condensado a conciencia en mi habitación, aquella bostezante tarde de viernes. El aplatanamiento del cual era presa a causa del asfixiante calor y de la molesta humedad que lo acompañaba, me condenó a la pasividad de mi cama, al repliegue de las que eran mis mortificaciones, pero no logró atemperar mis más primarias intenciones y apetitos.

El ronroneo peregrino del ventilador y la flemática corriente de aire que de cuando en cuando me regalaba, fueron testigos de mi inmoral relajación.

Acomodada para la ocasión sobre el ruinoso colchón que me daba cobijo, con las piernas ligeramente abiertas y las bragas en los tobillos, comencé a masturbarme despacio con ayuda de dos dedos de mi mano derecha. Caricia tras caricia, toda mi piel se fue electrizando. Y mientras agasajaba mi sedosa y prieta intimidad, traté de concentrarme en aquel tipo enorme, aquel a quien hacia menos de una hora había servido un café con el plato del día.

No sé porqué pensé en él. No sé por qué lo convertí en el epicentro de mi húmeda fantasía. Pero había algo en él, algo en la forma en la que me miró así como en la forma en la que se desenvolvía, que me excito sobremanera. Tanto, que tuve la necesidad de propiciarme un buen polvo pensando en él. Mientras me masturbaba; ahora con mayor intensidad, imaginé cómo sería sentir su boca encarnizadamente devorando mi coño, como sería sentir su polla entrando y saliendo con fuerza de mí. Un deseo que rápidamente sería suplantado por aquel enorme y rugoso pepino, debidamente engomado. Sí, pensando en él y en la que debía ser su tremenda polla, decidí masturbé como nunca con un pepino. Mi fiel y frío amigo.

Con el deseo contenido en mi boca, lo metí despacio. Este entró sin esfuerzo dentro de mi mojada vagina, aunque lo sentí algo apretado ahí dentro. Lo saqué un poco, exhalando un hondo suspiró, para después, volver a meterlo con fuerza hasta sentir que había llegado al fondo.

—¡Oh, joder! —Gemí de placer mordiéndome los labios.

Me comencé a masturbar observando el movimiento de mi mano izquierda, examinando como sacaba y metía, de manera algo forzada, todo lo

largo de aquella prieta rugosidad en mí. No podría explicar con palabras la delirante punzada de dolor que sentía cada vez que lo embutía hasta el fondo, cada vez un poco más—. Oh, sí, sí... Métemela más, más adentró. ¡Oh, joder! —gemí al imaginar su polla, húmeda por mis jugos, saliendo y entrando en mi coñito.

Cuando atesoré el temblar de placer en mis piernas, acrecenté mis propias demandas masturbándome más y más rápido, más y más fuerte. Me incorporé un poco y fijé mi mirada en aquel acto impuro pero tan sumamente placentero hasta que sobrevino el tan ansiado final.

Dios, fue increíble.

Tumbada en el colchón, con el testigo de mi delirio aun en mi mano, asombrada por la cantidad de sensaciones vividas, traté de recuperar el aliento perdido así como buena parte de mi cordura.

No sé cuando fue, pero tumbada de lado y ligeramente vestida, me evadí de todo cuanto me rodeaba al sumirme en un ligero sueño. De hecho, ni tan siquiera fui consciente de la llegada, siempre caótica, de mi madre. Algo más que insólito dada su ya más que acostumbradas entradas: invariablemente desastrosas y repleta de ruidos y malsonantes gritos a los que se sumaban golpes y desmesurados estrépitos, que terminaron por conformar la tediosa cacofonía de esa desvencijada casa.

Una vez más, regresaba completamente ebria a casa.

Ese era el consiguiente resultado de sus inacabables horas de fiesta y de continuados excesos en los que había cabida para todo.

Sus crispados gritos no tardaron en inundar cada esquina y recoveco de aquella pequeña y desarticulada casa a la que me acostumbré a llamar: hogar. Disonantes alaridos que como de costumbre, iban acompañados de fuertes golpes y contundentes patadas que terminaron frente a la puerta de mi dormitorio. Como siempre. Una vieja costumbre demasiado molesta ya.

—Cat, Cat. ¡CAT...! ¡Maldita zorra hija de puta! ¿Aún sigues acostada, vaga de los demonios? —Golpeó rabiosa la puerta con los puños—. ¡Levántate zorra! ¡Cat, Catee! —repitió golpe tras a golpe—. ¡Sal inmediatamente de ahí...! ¡Me has oído grandísima hija de la gran zorra!

—Y una mierda —repliqué con desgana.

—Levántate y ven acá, pequeña zorra maldita—me ordenó.

—¡Déjame en paz y vete! —Le chillé con todas mis fuerzas—. Vete a

dormir la mona, ¡borracha! —Grité a la vez que me cubría la cabeza con la almohada. Una práctica ya demasiado repetida en estos días. Demasiado asidua en mi vida

—Maldita bastarda —protestó tras una nueva patada a la puerta del pequeño habitáculo que resultaba ser mi dormitorio—. ¿Cómo te atreves a hablarme así, zorra?

—Déjame en paz y vete a dormir la mona—le respondí en un tono algo más sereno. No tenía demasiadas ganas de entrar en discusiones. Esa tarde no.

—Serás zorra. ¿Quién demonios te crees que eres tú, eh? —aporreó la puerta con saña una y otra vez persistiendo en su búsqueda de una nueva trifulca. Una más que sumar a mis días—. Te voy a reventar esa sucia boca de perra deslenguada que tienes. Cat, abre la puerta. ¡Abre esta jodida puerta de una puñetera vez! —Golpeó con más fuerza—. ¡Abreee! Abre la puerta, Cat. ¡ABRE ESTA PUERTA MALDITA ZORRA DE MIERDA!

Inevitablemente al oírla, varias ideas desfilaron por mi mente. Muchas de ellas maduras hacía ya tiempo. Ideas que versaban en lo feliz que sería si no existiera.

Una y otra vez, mi madre descargó toda su ira contra una puerta que parecía negarse a ceder a su violencia. Una maltrecha puerta que, como yo, vedaba su afán de discusión ese día.

Pero tras varias patadas, la última —la que lanzó con todas sus fuerzas—, no solo abrió la puerta, sino que destrozó la cerradura de esta. Al hacerlo, al abrirse, todo mi cuerpo sufrió el devastador avance de un intenso escalofrío que me recorrió por completo. La amarillenta luz del pasillo; casi palpable y regada de cientos de vivaces partículas de polvo, se coló como un lánguido haz de luz en una habitación que hasta ese momento había permanecido a oscuras. Y junto con ella, mi madre irrumpió como un auténtico huracán arrasándolo todo a su paso.

Cuando las cortinas cayeron al suelo, y la mortecina luminiscencia de una tarde un tanto inflamada se apoderó de todas y cada una de las sombrías esquinas de aquella pequeña habitación, comprendí la gravedad de su estado de violencia. Mucho más elevado que otras veces.

—Pero... ¿Qué coño haces, eh? —Le grité saltando de la cama—. ¡Lárgate de mi habitación! ¡Vete, vete!... Qué te largues joder —Le grité con todas mis ganas—. ¡Dios! Apesta a alcohol. Me das asco. ¡A-S-C-O! —Le grité una y otra vez mientras trataba de sacarla a empujones de mi habitación—. Lárgate de mi habitación. ¡Fuera!

—No, no me empujes, zorra. ¡Qué no me empujes maldita zorra hija de la gran puta!

—Lárgate de una vez. Este es mi dormitorio —persistí en mi empeño de echarla del único lugar que consideraba mío—. ¡Lárgate! ¿Es qué estás sorda? Vete, vete. No tienes derecho a entrar aquí.

Una vez logré sacarla de mi habitación, cerré la puerta de un portazo, me aposté tras ella conteniendo así el correspondiente arranque de ira que sufrió. Mucho más violento que el anterior.

—¡Pero serás zorra! —aquel reproche, tan suyo, me supo a poco. Estaba mal acostumbrada a más—. ¿Has visto cómo está la casa? —Los golpes y patadas comenzaron a sonar de nuevo—. ¡Sal de una puñetera vez de esa habitación de mierda donde te escondes! La casa está hecha un asco. Todo está patas arriba. ¿Me has oído zorra? —gruñó—. ¡Ponte a limpiar de una jodida vez! Cat, Cat... ¡CAT!

Ahí fue cuando estallé.

—¿Qué has dicho, eh? Repítemelo —Grité abriendo la puerta de par en par, enfrentándola sin medir las posibles consecuencias—. ¿Qué demonios has dicho?

—Que eres guarra y una zorra buena para nada. ¿Por qué coño no está la casa en orden y limpia?

—De veras que esto es el colmo. ¿Pero en serio crees que yo voy a limpiar todas tus mierdas? Y tú. ¿Tú que vas a hacer mientras tanto, eh? ¿Beber, y después qué, follar con unos y otros para así seguir bebiendo? —Nuestras miradas se cruzaron. Miradas de pura furia y odio.

—No te atrevas a hablarme así. ¡Soy tu madre! —las palabras resbalaban de su boca.

—Dime, mamá... ¿qué vas a hacer tú? ¿Te vas a poner a limpiar también, o por el contrario vas a seguir bebiendo y poniéndote hasta el culo de toda esa mierda que te metes? —Mis palabras se precipitaron de entre mis labios—. No, claro que no. Desde luego que no. La señora como siempre, optará por encerrarse en la cuadra que tiene por habitación para seguir bebiendo y... —prometo que no la vi venir.

Sin mediar palabra, mi madre se me acercó y me propinó una gran bofetada que fue seguida por otra que sacudió mi rostro en una dirección y otra, rasgando además buena parte de mi labio superior. En los segundos previos a sendas bofetadas, no supe qué decir ni qué hacer. Simplemente me limité a limpiarme la sangre con el dorso de la mano mientras mis ojos seguían

clavados en ella.

Ella, quien apenas se inmutó. Al contrario.

—Maldita zorra. Mira lo que me has obligado a hacer —advertí como todo su cuerpo se tensaba, como la llama de la ira flameaba en sus ojos. Me puse en alerta de inmediato—. No te voy a permitir que me hables así. Y mucho menos que emplees ese tonito de voz conmigo —me afirmó con agresiva rotundez mientras con su dedo índice me daba duros toques en la frente—. Que te quede claro que no soy una de las guarras de tus amigas, ni tampoco uno de eso tíos a los que te follas por unas estúpidas zapatillas o unos jeans...

—No, me, toques —le aparté la mano de un manotazo—. Y si tanto te molesta ver la casa así, ¡ponte a limpiarla tú! —Me aparté de ella un par de pasos—. Espero que no se te haya olvidado que si la casa está así, es por tu culpa. Yo más de lo que hago no puedo hacer, ni tampoco esperes que haga más —vi como la expresión del rostro le cambiaba, igual que lo hacía su respiración—. Así que mejor limpia tú. Y quien sabe, quizá así hasta puede que se te pase la borrachera.

—Cállate, cállate. ¡Cállate! —Vi emerger la rabia en sus ojos, esa que descompasó hasta su respiración—. Cállate zorra, o te voy a...

—¿Qué me vas a hacer, eh? ¿Qué? —Me arriesgué. Es más, me reí en su cara—. Pero mírate. Sólo eres una maldita borracha, una jodida yonqui buena para nada. Me das asco. Me provocas vergüenza y náuseas. Das asco.

—¡CÁLLATE!

—No, cállate tú —la empujé logrando así apartarla de mí. Su cercanía solo me producía asco y desconfianza—. Te recuerdo que son casi las siete de la tarde. ¡Las siete! Y por si la señora se ha olvidado de ello, le recuerdo también, que tiene una hija de algo más de ocho años de la cual apenas se ocupa. ¿A caso también te has olvidado de ella?

—Cállate Cat. Cállate de una jodida vez... ¡CÁLLATE!

—¿Te has olvidado de tu hija pequeña Alice, verdad? ¿Verdad? —Sollocé—. Porque, aunque no la veas durante días y no te preocupes por ella, Alice existe. ¡Existe maldita sea! —le grité con furia.

—¡CÁLLATE!

—No, no pienso callarme hasta que oigas todo lo que tengo que decirte. —“Cállate, cállate”, me repetía una y otra vez mientras su furia pasó a ser mi debilidad, y con ello, su punto fuerte—. No, no te atrevas a hablarme así zorra. ¡Soy tu madre y me debes respeto!

—¿Respeto? ¡Ja! Ni tú misma sabes lo que significa esa palabra. Respeto dices —chasqueé la lengua a modo de repulsa, la que ella me causaba—. No me hagas reír. Hace mucho tiempo que has perdido todo mi respeto. Incluso el de Alice. ¡El de todos!

—¡Zorra! Te voy a... —ahí fue donde vino el tercer bofetón de aquel día. Un guantazo que más bien supo a puñetazo.

—¿Cómo? ¿Cómo has podido? No, no me vuelvas a tocar maldita borracha. No me toques. ¡No te atrevas a volver a pegarme o no respondo! — Todo mi cuerpo se tensó.

—¿O qué...? —Peligrosamente, mi madre acertó la distancia que nos separaba—. No, no tienes narices —me empujó—. ¿Y sabes por qué? Porque solo eres una basura al igual que lo era tu padre.

—No te voy a permitir que hables así de mi padre. ¿Me has oído? — Ahora fui yo quien la empujó—. Eres una, una maldita... ¡puta yonqui de mierda! ¡TE ODIO! —grité—. ¡Muérete de una maldita vez! ¡Muérete!

Aquella nueva bofetada me llevó a golpearme la cabeza contra la puerta. El golpe fue tal, que caí al suelo algo aturdida.

Cegada por la ira que la consumía, así como por el alcohol que aun corría por sus venas, mi madre se abalanzó sobre mí cual animal sediento de sangre y comenzó a golpearme una y otra vez, una y otra vez sin descanso. A la vez que me insultaba y me gritaba infinidad de agravios no sólo sobre mi persona, sino que se aferró en hacerlo en la figura de mi padre, a sabiendas de que era ahí donde más me dolía.

Estaba fuera de sí, cegada por la furia, por la rabia que la consumía día tras día. Así como por el mismo alcohol y la droga que había ingerido esa pasada noche y todo lo largo de ese día.

—No, no... —supliqué. Apenas podía defenderme tras las dos primeras patadas que recibí en el estómago—. No, no. Por favor. Para, para... ¡Para mamá! Para por favor. ¡Para!... No, no —gritaba sin descanso mientras me ahogaban las lágrimas de mi propio llanto, roto este por el dolor no sólo de los golpes que recibía, sino porque lo más doloroso de todo era el ser consciente de que quien acometía de esa forma tan brutal contra mí, era mi propia madre—. ¡Para, para! ¡No mamá!

La maldije sin descanso desde lo más profundo de mi alma, pues mi voz apenas podía cruzar el umbral de mis labios.

Quedé arrinconada junto a mi cama. Recibiendo golpe tras golpe, patada tras patada. Suplicando compasión. Y mientras me lamentaba no sólo

por la paliza que estaba recibiendo; una de tantas, lo hacía por la vida que me había tocado vivir a su lado tras la muerte de mi padre. Muerte que ella misma precipitó cuando se entregó a los brazos de otro hombre, rompiéndole con ello el corazón a mi pobre padre. Un hombre de ley, que, a diferencia de ella, sí la amaba y la amó. Pero poco le importó eso a ella.

Con mis manos, y como bien podía, intenté cubrir mi rostro. Pero todo intento de librarme de sus golpes era en vano, dado que mi madre estaba completamente ida, fuera de sí.

—Te voy a matar maldita zorra mal nacida. ¡Te voy a matar!

—¡Aaarg! No, no. Para por favor. Para. No, no, no. Para, para. Mama, por favor. ¡Aaarg! —apenas podía articular palabra.

—¡Maldita zorra hija de puta! TE VOY A MATAR...

—Mamá, mama. Para, para por favor. ¡No! —Grité mientras trataba de esquivar los puñetazos y las patadas que mi madre me propinaba sin descanso —. Mamá. Para por favor. ¡Aaarg! Para.

—Te voy a matar, zorra.

—Para, para por favor. No...

No lo recuerdo con claridad, pero probablemente serían pasadas las nueve; o algo más, cuando oí como la puerta de entrada se cerraba tras un gran portazo. Mi madre al fin se había marchado. Seguramente iría en busca de su nueva dosis de eso que ella denominaba: vida.

Minutos después, en la distancia, las sumisas pisadas de Alice resonaron apuradas en el pasillo. El miedo por fin la dejó salir de su escondite. Aquel que yo confeccioné para ella. Ese en el que le pedía que se escondiera cada vez que mamá llegase a casa más alterada de lo normal, como ese día.

Apenas fui consciente de su presencia en mi habitación. Apenas era consciente de mí misma, de mi estado. Mi mente voló lejos. Tanto, que le costó regresar a mi cuerpo, dolorido y magullado en más de un sentido.

Sus apresurados pasos se detuvieron justo después de cruzar el umbral de la puerta de mi habitación. El verme allí, toda ensangrentada, encogida, echa una bola que temblaba en el suelo mientras lloraba como una niña, no solo detuvieron sus pasos, sino que además pausó su agitada respiración. Tras un profundo lamento, Alice corrió hacia mí para abrazarme con todas sus fuerzas. Dolió.

Cuanto dolía aquel pequeño y dulce abrazo.

—Cat, Cat... ¿Estás bien?

Su voz era el puro reflejo del miedo.

—Sí, sí cielo —mascullé—. Es, estoy bien. No pasa nada. Nada. Tranquila. Ya pasó. Ya... ya pasó Alice.

Traté de abrazarla, dolía cada movimiento. Pero necesitaba sentirla cerca. Y más cuando ella siempre era mi balsa de aceite.

El mejor de los mejunjes para mi dolor.

—Sí, sí que ha pasado —sollozó mientras continuaba abrazada a mí.

—Alice, estoy bien cielo. De veras que estoy bien —la aparté de mí y le tomé la cara por la barbilla. Necesitaba que entendiera lo que le iba a pedir—. Alice, ahora quiero que me escuches con atención. ¡Alice, escucha! —Sus pequeños ojos verdes revoloteaban nerviosos por mi cara—. Quiero que vayas a tu dormitorio y que recojas todas y cada una de tus cosas. ¿Me has oído Alice?

—Pero —sollozó.

—¡Escúchame joder! —su cuerpo vibró—. Recoge todas tus cosas ¡ya! Nos largamos de aquí.

—Pero Cat...

—Alice, por favor, haz lo que te he pedido.

Sus ojos que me miraban sorprendidos.

—¿Pero, a dónde vamos a ir?

—Te voy a llevar a casa de tu padre. Está decidido. Esto no es vida para ti ni para nadie. Tú no te mereces vivir así cielo ¡Se terminó! ¿Lo entiendes, verdad Alice?

Movió la cabeza afirmando, pero bien sabía que no entendía nada. Ni yo misma lo entendía.

—Vamos, ve a tu habitación y empieza a recoger —traté de levantarme. Me tragué el dolor. Ese que agujeraba cada centímetro de mi cuerpo—. Yo voy a... a limpiarme y a vestirme —el ver como el miedo encharcaba sus ojos dolió mucho más—. ¡Oh, Alice! No llores cariño. No llores. De veras que estoy bien. No pasa nada, nada. Venga, ve a recoger tus cosas. Date prisa.

—Pero Cat, estas sangrando, mucho —lloró alargando su pequeña mano para acariciar mi cara.

—No pasa nada Alice —le aparté la mano—. Esto no es nada. Venga, haz lo que te pido.

—Pero Cat. Estás sangrando mucho esta vez.

—¡Vete a tu cuarto ya joder! ¡Y haz lo que te he dicho de una maldita vez! ¿Es que eres sorda? —Alice de un brinco se puso en pie. Al mirarla a los ojos, vi en ellos el miedo. El miedo que esta vez yo le había causado—. Alice, perdóname cariño. Perdóname, perdóname. No he debido hablarte así. Lo siento, lo siento mi vida.

—Tranquila, no pasa nada. Pero, ¿de veras que estás bien Cat? —sollozó.

—Sí cielo. No tienes por qué preocuparte por esto. En serio, estoy bien. Ahora haz lo que te he pedido, por favor. Venga, date prisa.

Recuerdo que me costó y mucho incorporarme. Me dolía todo el cuerpo. Pero lo que más dolía, era ver dibujado el miedo, el terror y la inseguridad que mi misma ansiedad perfiló en el pequeño rostro de mi hermana.

Alice volvió a abrazarme con más fuerza esta vez. Con todas las fuerzas que su pequeño cuerpo le proporcionaba.

—Alice, por favor. Te voy a manchar —mis palabras hicieron que Alice me abrazara con mucha más fuerza.

No pude reprimir el llanto y me ahogué en el cálido abrazo de mi hermana.

Durante unos interminables minutos estuvimos abrazadas, pero la razón me obligó a reaccionar. Era hora de ponerse en marcha y de hacer realidad la determinación que había tomado. Y debíamos hacerlo antes de que nuestra madre regresara. Algo que podría ocurrir en cualquier momento.

El que nos descubriera a ambas con las maletas, solo podría poner peor las cosas. Y la verdad, ya no me quedaban ni fuerzas ni ganas para seguir luchando. Además, no podía arriesgarme, y mucho menos por Alice.

Al levantar la vista del lavabo después de haberme enjuagado la cara, me enfrenté al reflejo que de mí misma el añejo espejo del baño me regalaba. Ahí fue cuando fui consciente del daño recibido por aquella que se decía llamar: mi madre.

No solo tenía el labio superior reventado, un gran hematoma cerraba casi por completo mi ojo izquierdo. Ojo que una vez entreabrí con alguna que

otra queja, se mostraba ligeramente ensangrentado. Inmediatamente después, mis angustiados ojos fueron regados por incandescentes lágrimas que escocían. Unos maltrechos ojos que aduras penas advirtieron los ligeros arañazos en ambos lados de la cara. Arañazos y moretones que se extendían a lo largo de mi cuello hasta mis hombros y brazos.

Después, al respirar profundamente y ahuecando un quejoso suspiro, advertí aquel dolor. Sí, dolió. Mucho. Tanto, que me aferré al lavabo y ahogué aquel grito que inundó mi boca.

De inmediato recordé la primera de las patadas. La primera...

Me giré ligeramente frente al espejo y despacio, atenuando los movimientos para así mitigar el dolor, me levanté la camiseta. En el costado derecho tenía un gran moretón que se extendía por todo lo largo de este. Un gran hematoma de diferentes tonalidades violáceas y purpúreas que, a decir verdad, si lo tocabas, apenas dolía. Pero al respirar profundamente, al hacerlo, eso era otra cosa bien distinta. El dolor era más que insoportable y se extendía como una iracunda llama por todo mi cuerpo llegando incluso a palidecer mi rostro. Roto este por la diversidad de dolores que en mí se aglomeraban.

Todo en mí interior se intensificó cuando comprendí que ya había llegado la hora de poner el punto y final a tanto maltrato sin motivo alguno. Un maltrato que, sin más en los últimos meses, se incrementó demasiado.

Dios sabe que intenté ser la mejor hija del mundo, la mejor estudiante, la mejor y más dispuesta a todo, pese a soportar el gran peso que arrastraba. Pero cuando te terminas cansando de no obtener la recompensa que esperas, al final, sin ser plenamente consciente de ello, porque así fue, terminas siendo un mero reflejo de aquello que tanto odias.

Te cansas de todo, sí.

Y yo terminé por cansarme de tantos malos tratos y del odio que los acompañaban.

Siendo sincera, te diré que nunca me creí merecedora de tanto dolor, de tanto odio, de tanto desgaste físico y psicológico. Y más cuando desconocía el porqué de tanta rabia contra mí, cuando el daño lo había cometido ella.

¡ELLA! Y no yo.

Ella fue quien engañó y abandonó no sólo a mi padre, sino a mí. Ella y sólo ella, fue quien literalmente colocó aquella pistola en la sien de un

hombre que no sabía vivir sin ella. Un hombre que la amaba más que a su propia vida. Incluso más que a mí. Una niña que apenas contaba siete años cuando aquello ocurrió.

Creo que ahora es cuando podrás llegar a comprender el porqué de mi rehúso al Amor... ¿no?

En cuestión de algo más de una hora, Alice y yo estábamos frente a las puertas de la casa de Patrick (Patrick Johnson), padre biológico de Alice. Un buen hombre al cual solo podía culpabilizar de haberse enamorado de mi madre como lo hizo. Porque ese en definitiva fue su único pecado. El haber sucumbió a sus malsanos encantos y de alguna forma; la cual yo ya he sabido o aprendido a perdonar, contribuir a la fatídica decisión que tomó mi padre aquella noche, cuando terminó con su vida.

Pues sí, Alice era fruto de una de tantas correrías de mi madre. Una de tantas que tuvo el afortunado o desafortunado desenlace; según se mire – para mí, afortunado desde luego, porque sencillamente adoro a mi hermana–, de un embarazo al cual ella; por el motivo que fuera, no renunció. A este no.

A día de hoy, no logro entender como mi padre aceptó a esa hija, ni como accedió al espinoso y no menos embarazoso hecho de que ésta naciera y se criara en el seno de su familia, cuando era la prueba evidente de una deslealtad por parte de la mujer que amaba.

Seguramente debió sentirse como una mierda, además de agraviado por partida doble: por ser un cornudo debilucho y consentido (como se suele decir) que aceptó el adoctrinamiento al que lo sometió su mujer, y por no tener los huevos suficientes para imponer su santa voluntad y tirar a la calle a la zorra de su mujer y a la bastarda de su hija.

Aunque en este último aspecto, Patrick tenía buena parte de culpa. Una culpa bien-sana, sea dicho de paso.

Patrick, como era de esperar, nos recibió más que sorprendido, y aún más al ver el mapa de golpes que mostraba mi rostro. Un atlas de moretones muy diferentes a los ya antes vividos. Pocas palabras hicieron falta entre ambos. Las explicaciones, esta vez, estaban de más, pero no así el esclarecimiento de mi inmediata y apremiante solicitud de ayuda en la

personita de Alice. Una ayuda que tanto él como Hannah, su esposa, extendió hasta mi persona.

En cuanto a Hannah, solo te diré que aparte de ser una bellísima persona, su frustración por no haber podido ser madre y esa absoluta devoción que sentía por Alice, la convirtieron de pleno derecho, en una madre postiza para Alice más que perfecta y necesaria. Algo que nunca sabré como pagarle.

Ahora, permíteme que no hable más de ella. Pues de alguna forma extraña, duele. Como duele no verse reflejada en los ojos de una mujer que deseaba ser madre incluso anteponiendo su propia vida.

En lo referente a la resolución que tomé sobre el presente futuro de Alice, claro que dolía, y mucho. La sola idea de separarnos era insoportable. Pero debía hacerlo. Era lo mejor para las dos. Sobre todo, para ella.

Imperdonable me hubiera resultado el vincularla a una vida incierta, de idas y salidas. Así como alejarla de lo que tanto precisaba: un hogar y una familia. Algo que de seguro encontraría junto a Patrick y Hannah Johnson

En el aire quedó, por el momento, la promesa que le hice a mi hermana de volver a vernos pronto.

Lo único que me puedo reprochar en la vida, es el abandono obligado al que forcé de una forma no deseada a mi propia hermana. Como consuelo, tenía el pensar que ella algún día, fuera cual fuese ese día, tras escuchar mis explicaciones y atender mi invitación al retorno a mi vida, pudiera llegar a entenderme. Esperaba que, llegado ese día, un día no demasiado lejano, Alice aceptará regresar a mi vida como yo a la suya. O al menos, aceptará formar parte de ella de una forma u otra.

Una vida que yo estaba dispuesta a erigir sobre los escombros de mi persona fuera como fuera. Pero claro, para ello antes, y muy a mi pesar, debía emprender un largo camino, y sola. Una ardua travesía que quizá me llevaría por muy diferentes derroteros muchas veces difíciles de solventar. Es por eso que Alice debía permanecer en aquella casa a la que sí podría llamar hogar. Al menos ella disfrutara de una familia.

Y nadie mejor que ella para cuidar a Hannah, ahora que se enfrentaba a su cuarto intento de embarazo.

CAPÍTULO 5

A día de hoy, aun no logro entender por qué guié mis pasos hasta aquella casa. No sé por qué pensé que allí podrían proporcionarme la ayuda que en esos momentos necesitaba. Probablemente, de haberlo pensado con algo más de detenimiento, quizá habría optado por otra posibilidad antes que ir hasta allí. Pero el que tanto mi espíritu como mis pensamientos estuvieran más interesados en paradójicas nimiedades que discurrían por las apartadas sendas que mi hermana Alice y yo deberíamos adoptar, fue lo que me llevó a las puertas de aquella su casa.

La razón de esto, la de obviar en cierta medida el futuro de mi hermana, radicaba en el hecho de la seguridad que me aportaba el saberla allí, junto a aquellas dos personas, dotadas ambas de mi plena confianza.

Después estaba lo otro. Mi irrupción en aquella casa y en la confortable vida, ajena a todo, que allí siempre se respiraba.

¿Y qué me llevó a confiar en ella? Aun no lo sé.

Como tampoco acierto a entender como ella, al verme abatida en el primer escalón de la entrada posterior de su casa, llorando a moco tendido, optó por desviar sus ojos en dirección al gran macuto que me acompañaba, y no así al escenario de purpúreos cardenales que dibujaban un mapa (ya de por sí muy habitual) en mi rostro.

Puede que peque de estúpida, pero en esos momentos esperaba algo más de ella que esa egoísta frialdad con la que me recibió. Aunque era de esperar que Judith reaccionara así.

Yo en cambio, al verla, no dudé en levantarme y lanzarme a sus brazos. Brazos que quedaron inertes, fríos y vinculados a una extraña y penosa sensación que se apoderó por completo de mí. La misma que me llevó a apartarme de ella sintiéndome la persona más ridícula del mundo.

Pues sí.

Cuando sentí ese gélido desapego emocional que desplegó sin consideración ante lo que me había ocurrido, la liberé de un abrazo que quedó vacío y que me llevó a mirarla a los ojos.

Para qué engañarnos, Judith siempre fue así, fría. Pero en ese momento, en ese preciso momento cuando más la necesitaba, su frialdad

llegó a ser casi glacial. Más de lo que yo misma hubiera esperado o deseado.

No negaré que fueron muchas las veces; incluida esa, en las que me replanteé si su amistad hacia mí era verdadera, o sólo una farsa más de las tuyas.

—¿No vas a decir nada, no me vas a preguntar nada? —le dije mientras con el dorso de mi mano, me limpiaba la nariz de las secreciones propias del llanto que limité en cuando ella abrió la puerta.

—¿Qué ha sido esta vez? —estúpida de mí, rompí en un interrumpido y roto llanto mientras desesperadas mis manos buscaban su contacto. Ella, al contrario de lo esperado, se limitó a apartarse para mirarme de esa forma, tan fría y distante—. Otra vez tu madre, ¿verdad? —ni asentí ni negué nada.

Para qué.

No hacía falta.

—¿Eso importa?

—Joder Cat. ¿Hasta cuándo va a continuar esto? Y encima, te presentas aquí, así. Joder.

—¿Me vas a dejar pasar o no?

Judith me miró nuevamente de arriba abajo, después me invitó a entrar a su casa y ambas subimos a su habitación en la planta superior de aquella gran casa de estilo colonial. Gracias a Dios, su madre no se encontraba en ella esa noche. Ni ella, ni Ángelo.

Una vez allí, en la seguridad de su dormitorio, Judith me obligó a ducharme. Mientras lo hacía, ella bajó a la planta baja para prepararme un largo trago de vodka con el que tranquilizarme. Para serte sincera, a pesar de su ayuda, tanto su actitud como su trato, me resultó desagradablemente distante y más que desconcertante.

Quizá todo fuera cosa del miedo o... No sé.

Pocas palabras o casi ninguna hicieron falta, para que Judith adivinara lo que había ocurrido. No era la primera vez que pasaba algo así. Y la verdad, más de una vez ella y Zoe me alertaron del inminente riesgo que corría si seguía tentando a la suerte como ese día.

«De no poner tierra de por medio, cualquier día, una de esas palizas será la última que recibas. Esa bruja mal nacida puede llegar a matarte Cat. Y lo sabes», me repetían constantemente. Una verdad que hasta ese momento no asumí como lo que era: una más que probable realidad.

Salí del baño de su habitación apenas vestida con una suave y gran toalla color melocotón.

—Toma.

Judith me hizo entrega de un par de pastillas y un vaso con al menos dos dedos de vodka.

—¿Qué es esto? —le di una rápida ojeada a las pastillas.

—Un analgésico y un relajante. Es lo que necesitas ahora mismo. Tómatelas. Te harán bien.

—Gracias —miré las píldoras y el vaso, inspiré profundamente acallando el ardiente dolor que cruzaba mi pecho, y tras un largo trago; durante el cual mis ojos se adherieron a los de Judith, me decidí en preguntarle de forma directa y sin rodeos—: ¿Puedo quedarme aquí un par de días? —Un gesto de disgusto traspasó su cara—. Te prometo que solo serán eso, un par de días. No más. Necesito... Tiempo. Tiempo para saber qué hacer con mi vida y a donde ir.

—A ver, Cat. Como quedarte, puedes quedarte —tomó el vaso vacío de mi mano y lo colocó en la mesita de noche que se encontraba a mi lado—. Eso sí, solo un par de días como dices. Y si te quedas, es porque mi madre y Ángelo están de fin de semana en Florida. De no ser así, ya sabes —asentí y bajé la cabeza—. Además, te recuerdo que este próximo martes regreso a Manhattan para continuar con mis estudios.

—Ok. Sin problema. —¿Qué le podía decir?—. Solo será por este fin de semana.

—¿Y piensas dar parte esta vez a la policía, eh?

—¡No! —El aire se coaguló en mis pulmones junto con el dolor—. No, no. Claro que no. ¡Por favor Judith! Es mi madre joder. Sería incapaz de hacerlo. No, no.

—Mírate maldita sea. Mírate —me gritó mientras me obligaba a girarme para mirarme en el espejo de su tocador. Aquel que quedaba frente a su cama—. Mírate —el silencio se abrió paso entre nosotras. Un ápice de sentimiento brotó en ella—. Si no la denuncias tú, te aseguro que lo haré yo.

—Creo que... Que será mejor que me vaya.

—¿Irte? Por Dios. ¿Pero a dónde demonios te vas a ir, y así? No digas tonterías. Tú no vas a ir a ningún lado. Pero sigo pensando que deberías poner punto y final a todo esto. Y ya sabes cuál es.

—Ya está Judith. Déjalo estar.

—¡No Cat! Tienes que poner fin a esto de una jodida vez. No puedes seguir así. Cualquiera día, puede darte un mal golpe y... ¡Alguien tiene que hacerlo! Alguien tiene que pararle los pies a esa puta pirada.

—¡Esa puta pirada es mi madre! Mi madre joder —sollocé.

—Pero, ¿a ti qué demonios te pasa? —Se sentó a mi lado y me tomó las manos—. Cat, te recuerdo que aún está pendiente el asunto de la herencia de tu padre. Necesitas que te ayuden, que te orienten en lo referente a eso. Pero para ello antes debes denunciar a tu madre —levanté la mirada y con lágrimas en los ojos, la miré—. No me mires así. La tienes que denunciar de una vez por todas. Esto no se puede repetir, Cat. No puedes seguir así por más tiempo. Y lo sabes tan bien como yo. Pero, sobre todo, esto no se puede quedar así por Alice.

—Por favor Judith. Entiéndeme. No voy a hacerlo. Así que no insistas más, por favor.

Un incómodo silencio se abrió paso entre ambas.

—Está bien. Si así lo quieres, no voy a insistir más —protestó levantándose—. No te muevas. Voy a buscar algo con lo que tratar de curarte esos arañazos y esos moretones —Judith pasó su mano por mi frente para apartar algunos cabellos de ella—. Joder, esta vez se ha pasado.

Así era ella.

Pasaba de la indiferencia al cariño. Fluctuaba en sus sentimientos. Algo que indudablemente llegaba a desconcertarte.

Mientras yo me afanaba en secarme el cabello, la vi dirigirse a su baño de donde regresó con un pequeño botiquín. Después, sentada a mi lado, comenzó a limpiar y a curar; en la medida de lo posible, los hematomas y las magulladuras que se repartían por todo mi rostro, así como por cuello y demás partes de mi cuerpo.

—A ver, déjame ver —desabroché la toalla y—: ¡Dios! ¿Pero te has visto esto? ¿Te duele?

—Sí. Un poco.

—Pues puede que esto te duela algo más. Pero es necesario que te ponga esta pomada. Ayudará a bajarte un poco la hinchazón y a calmar el dolor. También evitará posibles infecciones. A ver. No te muevas.

—¡Aup! Duele.

—Claro que duele —protestó ante mi queja—. Joder. De veras que esta vez se ha pasado, y mucho. Esto, no se puede quedar así.

—Judith, por favor. Me duele la cabeza. Y no tengo ganas de...

—¡Por Dios Cat! Ya está bien. No puedes permitir que esto se vuelva a repetir. Y no te muevas, o te haré más daño —me exigió tomándome por la barbilla, obligándome a mirarla a los ojos—. No sigas destruyéndote de esta forma. O, mejor dicho, no la dejes hacerte esto. Ponle fin de una jodida vez.

Un silencioso lamento se escapó de mi boca.

—Dios mío Judith. No sé qué hacer.

—Ya puedes taparte. Ahora voy a tratar de curarte el estropicio que tienes por cara —me indicó mientras, tomándome de la barbilla, me hacía girar la cabeza a un lado y otro enumerando así, cada uno de los moretones y rasguños que presentaba mi cara—. Cat, esto no puede continuar así. Y sí, sé que me repito. Pero es que... ¡joder! —resopló—. No puedes dejar que se repita. No, no se puede volver a repetir. No es bueno para ti, y mucho menos para Alice. Por cierto, y Alice, ¿dónde está? —Me preguntó mientras me aplicaba un poco de pomada en el labio.

—La he dejado en casa de Patrick. Allí es donde siempre debió haber estado. No tienes que preocuparte por ella. Yo no lo estoy.

—¿Seguro que estará bien allí? —Me inmovilizó tomándome de la barbilla—. Quieta, no te muevas.

—Sí, seguro. Y en lo referente a la herencia de mi padre... ¡Ja! Ya no hay nada que heredar.

—¿Cómo?

—Así como lo oyes. No hay absolutamente nada que heredar. Lo poco o mucho que había, mi madre se lo ha bebido, fumado o metido —Judith levantó una ceja en señal de sorpresa.

—No me jodas.

—En cuanto a la casa, está más que embargada. De eso hace cosa de... unas tres años, o puede que más —me aferré a la toalla con la que me cubría—. Y si te digo la verdad, aun no logro entender por qué seguíamos en ella. En cuanto al dinero, lo poco que mi padre nos dejó, como ya te he dicho, mi madre literalmente lo ha hecho desaparecer. No queda absolutamente nada. ¡Ah, duele! —me quejé cuando me curó el destrozo que tenía por ojo.

—Lo siento. Pero es necesario que te cure este ojo. Está fatal.

—¿Sabes? —le agarré la mano y suspendí su cura, la cual dolía, y mucho—. Puede que tengas razón en algo —me miró extrañada—. No sé,

Judith. Pero creo que ya es hora de poner tierra de por medio de una vez por todas. Sí. Ya es hora de que tome las riendas de mi vida de una jodida vez.

—No te creo —me indicó retomando la cura de mi hinchado ojo.

—¡Joder Judith! Que duele.

—Claro que duele. ¿Cómo no va a doler? —Me dijo tomándome una vez más de la barbilla para tratar de curar las heridas que presentaba mi vapuleado ojo—. No te muevas. Y hora, dime qué quieres decir con eso de poner tierra de por medio.

—Estoy decidida a... ¡Ay, ay! Duele joder Judith.

—Pues no te muevas tanto. Y no seas tan quejica, que ya no tienes tres años. Voy a curarte esa fea herida que tienes en la ceja. ¡Dios! ¿Cómo ha podido hacerte esto? Es tu madre joder —bajé la mirada—. Estate quieta.

—¡Aahhh! Escuece, escuece mucho. —Me quejé una vez más apartándome.

—Quieta.

Apreté los dientes y sin más, dejé escapar toda mi rabia en un prolongado llanto mudo. Sólo las lágrimas dieron muestra del dolor que me inundaba.

—Se terminó —le indiqué—. Ya está decidido. Me reafirmo en abandonar este inmundo pueblucho de mierda. ¡Aaaahh! Joder Judith, que a la que duele es a mí.

—Quieta, estate quieta de una puñetera vez. Así no me ayudas mucho, más bien nada —me clavó los dedos en la barbilla—. Pero, ¿en serio estás pensando en irte de WearGreen?

—Ay, ay... Eso escuece, escuece —protesté—. Sí. ¡Ay, ay, ay! Joder Judith. No seas tan bruta joder. Y sí. Estoy decidida. Es más, debería haberlo hecho hace tiempo. Voy a largarme de aquí de una vez por todas. Quizá vaya a Nueva York. O quizá me largue a Chicago, o a Queens, o puede que a Brooklyn. No sé. Ya veré.

Todo mi cuerpo se tensó ante aquella asumida reflexión.

—Qué te estés quieta. —Protestó inmovilizándome una vez más de la barbilla—. ¿Y me puedes decir qué va a hacer una chica de pueblo como tú en una ciudad como Nueva York, por ejemplo? Ahora, quieta —me exigió mientras trataba de curar el gran golpe abierto que presentaba en una de mis mejillas.

—Algo haré. Ya veré. Pero necesito romper de una vez por todas con todo y con todos. Quiero empezar una nueva vida lejos de todo esto. Lejos de

aquí.

—¿Y Alice?, ¿qué pasa con ella? ¿Es que acaso piensas abandonarla?

—¡No! Claro que no. No digas eso. No voy a abandonarla. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Alice se quedaría aquí, con su padre hasta que yo pueda levantar cabeza. Entiéndeme, ella más que nadie necesita una familia. Pero eso sí, una vez me establezca, regresaré a por ella. Antes no. No. No puedo.

—Pero... ¡déjalo! Mejor no digo nada.

—¿Dejar, el qué?

No me gustó esto tono en su voz.

—Nada, nada. Ahora lo importante es que descanses. Trata de dormir un poco. Voy a prepararte una habitación.

—Judith.

—Dime.

—Gracias.

—Trata de dormir. Lo necesitas.

Una vez a solas, no pude aguantar más la tensión y terminé por derrumbarme sobre la cama. Me aferré a uno de los tantos cojines que decoraban aquella basta cama, y en él ahogué tanto mi llanto como los desgarradores lamentos que nacían del interior de mi alma. Minutos después, el cansancio y el dolor me entregaron sin remedio a los brazos de Morfeo.

Lo más triste de todo, es que era consciente de que existían heridas no sólo en mi cuerpo, sino en mi vida, en mi alma. Heridas que por más que quisiera cerrar, permanecerían abiertas. Duras lesiones que fueron el principal detonante de la decisión que tomé y que acogí como la única vía de escape posible.

El dolor no solo fue lo me despertó esa lluviosa tarde de Domingo. Aquella recurrente pesadilla de la que fui víctima, se reanudaba una y otra vez de forma casi inextinguible en mi mente sin que yo pudiera hacer nada para desecharla como mis manos hicieron de un solo plumazo en un arrebato de rabia, con las peripatéticas lágrimas que volvieron a asaltar mis ojos. Las que desdibujé y que eran en suma el reemplazo de ese pequeño desajuste emocional que volvía a embargarme una vez más.

Después de casi un largo día de letargo en el quimérico mundo de los sueños y las pesadillas, mi cuerpo continuaba acusando alguna que otra

molestia. Sobre todo, en el costado, donde recibí aquella tremenda patada y las que le siguieron.

Cada movimiento, por sumiso que fuera este, dolía. Y el solo hecho de poner los pies en el suelo, me adentró en una virulenta realidad que envició la percepción de cuanto me rodeaba, pero no solo eso. Mi cuerpo por entero pasó a ser una silenciosa víctima de las devastadoras garras del dolor.

Pausadamente, salí de aquella habitación. Mis torpes pasos, que necesitaron más de una vez del refuerzo de algún que otro apoyo y respiro, me conducían hasta la cocina. Necesitaba beber algo. Refrescar mi garganta con algo dulce y gaseoso. Más que nunca me apetecía una Coca-Cola bien fría.

Pero cuando las oí hablar...

—Siento presentarme hoy. Ayer me fue del todo imposible. Mi madre está de los nervios con esto de la mudanza. Y bien, ¿qué ha pasado ahora? ¿A qué viene tanta urgencia?

—Shsss, calla. Nos puede oír. Bajemos la voz.

—Pero ¿qué pasa? ¿Y dónde está Cat ahora?

—Arriba, en una de las habitaciones de invitados. Sigue durmiendo. Y es de ella de quien tenemos que hablar Zoe. Esto no puede seguir así.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Pero tan malo es lo que ha pasado? — Temí que mis amigas hicieran justicia en mi nombre denunciando a mi madre. No podía permitir que hicieran eso, a pesar de reconocer que era lo mejor y más acertado.

—Sí. Pero lo que realmente me preocupa es otra cosa —Judith bajó algunos grados más el tono de su voz, hecho que me inquietó, como el mismo tono frígido de voz que empleó. Costaba oír lo que decía, así que me arriesgué a ser descubierta y me aventurándome a dar un par de pasos más. El dolor me obligó a morderme los labios—. Me pidió poder quedarse aquí por un par de días, y sintiéndolo mucho, voy a tener que pedirle que se largue. No quiero problemas. —¿En serio? ¿Se habían reunido para deshacerse de mí? Y yo que pensaba que... joder.

—Pero...

—¿Podría quedarse en tu casa? Solo sería por este domingo. Después puedes darle la salida.

No podía creer lo que oía.

—¡No, claro que no puede! Te recuerdo que estamos con el tema de la mudanza. Este próximo miércoles por fin nos largamos de una vez por todas de WearGreen.

—Pues yo lo siento. Pero aquí no se puede quedar ni un solo día más. Cat se ha convertido en un auténtico saco de mierda. Y ante esto último, yo me desentiendo. No quiero saber nada más. —El aliento se heló en mi boca, la sangre en mis venas—. Incluso he adelantado mi regreso a Manhattan para mañana.

¿Sería posible que mis dos únicas amigas me considerasen un saco de mierda? ¿De veras se iban a deshacer de mí como de un trapo viejo?

A pesar de no querer seguir escuchándolas, continué pendiente de la conversación que ambas mantenían sobre mí persona desde el velado escondite en el que me había posicionado. El escucharlas hablar así de mí dolida en forma bien distinta al dolor que acopiaba mi cuerpo. Fueron muchas las dudas me asaltaron como: ¿qué hacer, enfrentarlas y mandarlas a la mierda, o salir de allí a escondidas como una rata a la que le habían dejado claro que no era bienvenida?

Con contenida emoción, advertí como el tono de voz que ambas empleaban se iba haciendo cada vez más reservado conforme avanzaba la conversación entre ellas. Demasiado disimulado para mis crispados oídos. Qué duda cabe que era más que evidente que no querían que yo alcanzara a oír aquello que brotaba como pura porquería sobre mi persona de sus bocas.

A pesar de todo el dolor que aquello me ocasionaba, continué escuchándolas.

—Pues yo lo siento también —apuntó Zoe sin adherir una pizca de remordimiento al tono de su voz—. Todo en casa está revuelto y patas arriba. Además, tú mejor que nadie sabes cuánto la detesta mi madre. —¿Qué? Dios, no daba crédito a lo que oía. ¿En serio Emma me detestaba, desde cuándo?—. Así que ya puedes hacerte la idea de la poca gracia que le hará verse involucrada en este tema. Y lo cierto es que... ¡joder tía! Esta vez la cosa ha ido demasiado lejos. Y no nos corresponde a nosotras el hacernos cargo de ella. ¡Ya está bien joder!

Fue en ese justo instante, cuando me di cuenta de la clase de amigas que eran.

«Hay que joderse», me dije apretando los puños.

—Sí, me hago una idea. Y tienes razón en eso que dices. No tenemos por qué vernos involucradas en todas sus mierdas. —¿En serio Judith? ¿Cuántas mierdas me he comido yo tuyas? Muchas, demasiadas para ser exacta. ¿Y cuántas tuyas Zoe?—. Además, para serte sincera, tampoco tengo ganas de volver a encajarme una vez más esa fachosa careta de preocupación

por quien me importa bien poco —aluciné—. He terminado por cansarme de ellas y de todo cuanto la rodea y representa. Paso. —¿Y eso lo decía la misma persona que hacía menos de un día se apenaba por nuestra separación? Gilipollas ella, y yo por creerla—. Para colmo, una de las chicas de servicio le ha ido con el cuento a mi madre, y poco ha tardado en darme un ultimátum... ¡La detesta! Y no le faltan razones.

«¡Zorras!».

—Pues entonces. No sé qué vamos a hacer. Y mucho menos que le vamos a decir a Cat —Zoe bajó el volumen del tono de su voz—. Y en lo referente a cuanto la detesta tu madre —la oí suspirar—, la mía simplemente no la soporta. Su sola presencia la sobrepasa. Aunque lo cierto es que nunca la ha soportado. Ni a ella ni a la pérdida de su madre. Así que tenerla bajo el mismo techo, por poco tiempo que sea, no creo que le hiciera mucha gracia. Y menos cuando bajo ese techo está Arnold. Imposible. Del todo imposible.

Sentí un dolor punzante en la garganta al tratar de tragar el nudo que mis “queridas amigas” habían orquestado contra mí. La fatiga que solía acompañar el dolor, dejó un agrio dejillo en mi boca.

—Es que es eso —se rió la muy zorra de Judith—. Cat y Arnold bajo el mismo techo es una combinación inflamable. Ya sabes cómo es —su risa fue más hiriente que cada golpe físico que recibí.

Joder. Oír eso de boca de Judith no me causaba otra cosa que risa, y más cuando era ella, precisamente ella, quien se follaba a base de bien al bueno de Arnold, nuestro profe de gimnasia y actual pareja de Emma. El muy cabrón huía de WearGreen por temor a Jeff Patterson, el papá de la zorra que se la chupaba. El mismo que le advirtió que se alejara de su pequeña aquel día que lo encontró demasiado cerca de ella.

Todos en WearGreen, incluido Arnold, habían aprendido que las frívolas advertencias que Jeff Patterson lanzaba, siempre cobraban un matiz de amenaza, por lo cual, había que tomárselas muy en serio. Y en cuanto a que Emma; la mamá de Zoe, llamase perdida a mi madre, era no menos que simpático. ¿Qué pensaría Judith si supiera que Emma Sullivan engrosó durante años el particular harén que su padre poseía en WearGreen?

—Pues ya me dirás que hacemos —resopló Zoe—. Joder. ¡Es que tampoco estamos ayudándola así, la verdad!

—Shsss. Baja la voz joder. Puede oírnos.

—¿Sabes que estamos jodidas, muy jodidas verdad? —apuntó Zoe.

Hice crujir todos los dedos de mis manos antes de...

—Tranquilas, no tenéis que preocuparos por mí —les dije revelando mi furtiva presencia—. Gracias chicas. De verdad. Gracias. Sois, ¡cojonudas! En serio. Sois las mejores amigas que una puede tener y desear. ¡Cojonudas!

—¡Cat! —exclamó avergonzada Zoe al verse descubierta.

Judith se limitó a mirarme, con esa mirada vacía, repleta eso sí de una furia contenida que nunca antes hasta ahora había distinguido con tanta claridad. Esa con las que muchas veces me acusaba y que yo, estúpida de mí, tomaba como una mera corrección de una mala conducta.

—Os miro, y no veo nada en vosotras. Absolutamente nada. Estáis tan vacías y tan llenas de mierda a la vez —traté por todos los medios que mi voz no se rompiera. Imposible—. Iros a la mierda, las dos. ¡A la mierda!

—¡Cat, espera! —exclamó Zoe tratando de retener mis pasos.

—No, me, toques. No me toques.

—Cat, por favor.

—Pero si no pasa nada. De veras. No pasa nada. Que no podéis ayudarme, tranquilas. Ya me las arreglaré yo sola. Y lo entiendo chicas. Sí, de veras que lo entiendo. Y en cuanto a que las zorras de vuestras madres me detesten, tranquilas, no pasa nada. Absolutamente nada.

—Sí, sí que pasa —alegó Zoe—. Cat, no es que no queramos ayudarte. No, eso no. Es que esta vez no podemos.

—Sí, claro, por supuesto.

Zoe trató de cogerme la mano, pero se la aparté de un tirón. Acto seguido, mis ojos se desviaron hacia Judith a quien miré con desprecio. Todo el que pude reunir y más. La expresión de su rostro no varió, siguió fría, distante y dura. Casi acusadora.

Ella, la muy digna. Volvía a lavarse las manos tal y como lo hiciera Poncio Pilatos ante el juicio de Jesús.

Ahí, justo en ese momento fue donde me demostró de la pasta que estaba hecha. Pero todo en esta vida se paga. Tarde o temprano, se paga. Y ella más que nadie, tenía muchas cuentas pendientes a las que responder.

—Me largo, así que quedaos tranquilas chicas. —Zoe bajó la mirada—. Tranquilas, no es mi intención complicaros la vida a ninguna de las dos.

Además, ¿no es eso lo que queráis, deshaceros del saco de problemas

que soy, o era de mierda Judith? —Ante mis palabras, optó por desviar la mirada a Zoe que continuó sumida en su peculiar culpa—. Y por cierto, antes de que se me olvide. Iros a la mierda. ¡Las dos!

—Cat, por favor escucha. —Volvió a insistirme Zoe.

—Deja que se vaya. —Le oír decir a Judith—. No te preocupes más. Es mejor así. Y sí, siempre has sido un saco de mierda.

—Cat. ¡Cat por favor espera! Entiende que esta vez no está en nuestras manos ayudarte.

—No queréis ayudarme. Que es muy distinto, Zoe.

—No Cat, no. No es eso.

—¡Oh, sí! Desde luego que sí. Pero me da igual —me quejé tragándome las lágrimas y más de un insulto—. Qué asco de amigas en serio —la rabia me llevó a chasquear la lengua—. Sí, me dais asco. Y más cuando pienso todo lo que he hecho por vosotras. Por tapar vuestras mierdas que no son pocas, ¿eh Judith? ¿Cuántas te he cubierto? Muchas, demasiadas.

—Venga, por favor. No quieras ponerte galones ahora.

Apuntó con desdén Judith.

—¡Vete a la mierda! —gruñí.

—Más cerca no puedo estar ahora.

Al oír eso, todo en mi interior se revolvió.

—¡Judith no, eso no! —sollozó Zoe, más compungida de lo que hubiera deseado. Su patético llanto me crispaba.

—Por cierto, Zoe, ¿por qué no le preguntas a la buena de Judith cuanto de larga la tiene Arnold? —El rostro de Judith se fracturó, no así el de Zoe que se giró para clavar sus ojos en ella—. Venga, pregúntale cómo se siente al tener tan descomunal polla en la boca.

—¿Judith...?

—Serás, zorra —fijó con furia la acusada—. Zorra y mentirosa.

—Sí, eso primero no te lo voy a negar. Puede que sea una zorra como tú bien dices, pero mentirosa, no, eso no —respondí en tono cortante—. Como tampoco es mentira que Arnold en vez de mudarse de WearGreen en busca de un curro mejor, como le ha hecho creer a todo el mundo, más bien lo que hace es huir tras las duras advertencias que ha recibido por parte de tu papi. ¿Es eso también mentira, Judith?

Judith lanzó una efusiva carcajada.

—¡Por Dios, aun me asombra lo mentirosa que puedes llegar a ser! Qué sucia tienes la boca, pero no me extraña.

—¿Mentira? No, no es mentira. Ya te gustaría.

—Quiero que te vayas de mi casa. ¡Lárgate!

—Tranquila, no hace falta que me lo pidas. Soy yo la que no quiere estar aquí más —afirmé con severidad.

Sin darles opción a réplica o a exponer un nuevo y absurdo argumento con el que vilipendiar mí ya maltrecha existencia, me giré dejándolas solas en la cocina y encaminé mis torpes pasos hacia la planta superior. Poco a poco, fui solventando cada uno de los numerosos escalones que tenía frente a mí. Un ascenso por una erizada escalera que tanto el dolor y como la misma rabia que recorría ese momento mi cuerpo marcaba.

Sus voces, que chocaban en una iracunda disputa, comenzaban a sonarme tan distantes, tan ajenas. Tan indiferentes como negadas.

Dios... En esos momentos me moría por abandonar aquella casa cuanto antes, y olvidarlas a ellas mucho antes. Pero para ello, primeramente debía recoger mis pocas pertenencias. Esas que me acompañarían en el largo e incierto camino que tenía por delante.

Dolió, más que sorprender, el que actuaran así.

No te voy a negar que para ellas yo siempre fui la oveja negra de las tres. Ese saco de mierda, que ellas atiborraban con cada una de las suyas propias. Porque tener, sí, tenían y muchas. Más que yo si cabe. Pero claro, nadie ve la paja en su ojo, solo en el ajeno.

Colmada hasta grado superlativo por el odio, la rabia, el dolor y la misma desilusión, no me lo pensé, y me largué de allí sin contemplaciones y sin darles opción a una disculpa o justificación.

¿Para qué?

Para que te hagas una idea de la mala leche que en esos momentos corría por mis venas —porque era mala leche lo que mi ser destilaba—, solo es necesario que sepas que yo siempre fui la revoltosa, la demasiado independiente, la viciosa, la obscena. La más desvergonzada de las tres. Por no decir, que yo era la amiga pobre del grupo. Y claro está, siendo ellas las señoritas de la alta sociedad que eran en WearGreen, el invitarme a sus estúpidas fiestas de pijamas de niñas pijas, cumpleaños y demás, estaba, pues eso, de más. Tampoco era bien recibida cuando las “elegantes” visitas llegaban a sus casas. Siempre me hacían salir por la puerta de atrás.

Pero para correrse las tremendas juergas que tanto les gustaba a ambas, yo era la amiga perfecta. La chispa de la fiesta. La póliza de una

diversión más que asegurada.

¡Qué les den!

A las dos...

Sí. Aquello fue el inicio de todo.

CAPÍTULO 6

Cuando por fin me pude dejar caer en aquel roñoso asiento de la estación de autobuses de WearGreen, todo mi cuerpo se desmoronó sin más. Creo que esa fue la primera vez que me sentí perdida en mi vida, y a la vez, más que deseosa de zanzar de una vez por todas con mi pasado y con quién era yo en esos momentos. En mi interior, una chocante emoción me empujaba a ambicionar más que nada en el mundo —mi mundo—, el comenzar de cero en otro lugar, lejos de todos y de todo. Incluso de mí misma. Lejos de quien era, lejos de quien me habían hecho creer que era.

Tenía que romper con el pasado, con mi pasado.

Pero el miedo estaba ahí. Hiriéndome en lo más profundo. Desgajando mis ilusiones y asentando mis aprensiones. Que no eran pocas.

Un miedo que nunca imaginé que podría llegar a tener, y que, de alguna manera ajena a mí, trasmutaba de forma casi involuntaria en la más desesperante de las sensaciones. La me hizo sentirme ínfimamente pequeña. Minúscula ante la inmensidad que la incertidumbre de un destino más que incierto me provocaba. Aquel que aguardaba por mí, fuera donde fuera o estuviese donde Dios quiera que estuviese.

Abrí mi macuto y rebusqué entre el amasijo de pertenencias que guardaba en él, mi cartera.

—Joder —suspiré quejosa.

Para mi gran aventura, contaba con la desventura; y nunca mejor dicho, de unos pocos pavos. Unos ciento cincuenta dólares como mucho.

Por Dios. ¿A dónde iba a ir con eso? Desde luego no muy lejos, la verdad. ¿Quizá a Brooklyn, o puede que a Nueva York? No, Nueva York quedaba muy lejos de mis inmediatas ilusiones de futuro. Y más cuando tras realizar un tercer y minucioso repaso al itinerario que debería seguir, comprendí que el desembolso era demasiado elevado para mí vacío monedero.

La sensación de inseguridad que se generó en mi interior comenzó a ahogarme. Y desde luego, el hecho de que en mi cabeza la quimérica idea que había idealizado de una vida en Nueva York no cesaba de dar vueltas una y otra vez, no ayudaba mucho a serenar la tensión de zozobra de la cual estaba siendo presa.

Poco o nada cuadraba.

Comencé a sentirme acorralada, asfixiada por lo ininteligible de mi destino. Como añadidura a mi miserable suerte, el “Pepe Grillo” que habitaba en mi cabeza (así es como yo titulo a mi desquiciante juicio), no cesaba en corear la misma cantinela una y otra vez: “Bájate de la nube Cat. Bájate de una vez por todas de la nube en la que te has subido, Cat Wayne”.

Nerviosa como estaba, porque lo estaba y mucho, levanté la vista de mi vacía cartera, y sin cerrarla, chequeé por encima a cada uno de los pasajeros que, como yo, esperaban en la estación de bus. No sé por qué lo hice, pero inconscientemente comencé a evadirme de la abrumadora realidad que me aplastaba, deteniéndome un par de segundos en cada una de ellos. En cada una de las personas que cohabitaban conmigo en aquella pequeña estación de bus.

Ágilmente ideé para cada uno de ellos un destino, una vida repleta de vaivenes emocionales hasta que de repente, la mirada de aquel tipo —un hombre moreno de unos treinta años más o menos, alto, no demasiado corpulento, algo desdeñado y no demasiado irrelevante en cuanto a su atractivo que despuntaba sobre todo por ese aire de cowboy que se gastaba—, se cruzó con mi mirada. ¡Dios! Ante la maliciosa mirada que me dedicó, un desatinado pensamiento, no menos que desacertado y lúbrico, atravesó mi mente como una exhalación llegando a colorear mis mejillas.

Desistí en mirarlo, pero su mordaz insistencia me pudo.

Aquella picante sonrisa suya de medio lado enmarcada entre unos más que sugestivos labios, junto con lo malicioso y casi acometedor de sus miradas, comenzó a dominarme. Una inquietante desazón que se retroalimentaba (a mi entender), de la descabellada idea que cobró vida en mi cabeza me sacudió de arriba abajo.

Para que me entiendas: de una forma más que sobrenatural; porque no habría forma de darle explicación, concebí que él, desde la distancia que nos separaba, había logrado descifrar aquella desacertada idea que me asediaba. Esa que me promovía una molesta e incómoda emoción en mi interior.

Sin pensarlo (porque no lo pensé, actué), correspondí su mirada con una mordida de labios que fue todo un reclamo para él. Una invitación en toda regla; como lo fue sin serlo, para que tomara asiento a mi lado y preguntase entre bisbiseos:

—¿Cuánto por uno rápido? —Aquella proposición me cogió por sorpresa—. Necesitas pasta, ¿no?

De golpe cerré mi cartera.

Por Dios, ¿tanto se me notaba?

—... sí, pero —musité avergonzada sin elevar una denuncia ante su total desvergüenza y descaro.

—¿Cuánto necesitas preciosa? —Mi boca no articuló palabra. Mi cuerpo apenas reaccionó. Quedé inmóvil, vacía de ideas de posibles insultos que preservaran mi mancillada honra—. Venga, dime una cantidad. —Su ansiedad me superó, llevándome a inmovilizar mi mirada en la punta de mis desgastadas zapatillas—. Verás preciosa, mi bus sale en menos de media hora, así que te lo vuelvo a preguntar. ¿Cuánto necesitas?

—... ciento cincuenta —le contesté entre dientes con la mirada fija en la nada.

—¿Ciento cincuenta? ¡Ja! —Rio—. No creo que tu coñito valga tanto, preciosa.

Levanté la mirada y lo desafié.

—Ni tú, el que me puedas follar gratis —guardé mi cartera y me levanté molesta.

—Espera, espera —me tomó de la muñeca.

Sentí como su mirada me atravesaba la espalda al igual que el cálido agarre de su mano lo hacía con mi piel.

—Cien y, además me la chupas.

Me giré y lo miré directo a los ojos.

—Ciento cincuenta. Y me lo comes tú a mí —soltó una gran carcajada.

—Ok —se levantó de un salto—. Te veo en el baño de ahí detrás. No tardes —me dijo regalándome un guiño a la vez que daba un pequeño toque al ala de su sombrero.

Entre discontinuos resuellos lo vi alejarse.

Angustiado por lo acontecido y lo aceptado, comencé a aspirar e inspirar hondo, una vez, dos veces, tres... ¿En verdad iba a hacerlo? ¿De veras iba a prostituirme por un maldito billete a Nueva York? Porque eso es lo que iba hacer de ir allí, donde él esperaba por mí.

Resoplé mientras veía como aquel bus, el que acababa de salir de la estación, se alejaba levantando una tremenda polvareda. Y mientras este se perdía entre la sólida nube de polvo que erigió, recordé lo vacío de mi cartera y lo desiertos que quedarían mis sueños de no reunir el dinero que precisaba para hacerlos realidad. Sueños en los que se reflejaban una quimérica representación de Nueva York y yo.

Volví a inspirar hondamente hinchando mis pulmones con el viciado aire de aquel lugar. Me levanté, volví a inhalar una vez, dos veces. Me soldé a mi macuto como lo hice a la determinación que adopté, y tras verificar que nadie, absolutamente nadie se había percatado de nuestras más inmediatas intenciones, tras ello, encaminé mis pasos hacia aquel retirado baño.

Pues sí. Estaba más que dispuesta a tirarme a aquel tipo solo por pasta. La que necesitaba para poder hacer realidad mis sueños.

—Vamos, acércate. No muerdo. Solo quiero verte de cerca —allí estaba él, apoyado contra el lavabo de aquel desaseado lugar.

Desconfiada, me aproximé despacio.

Sin mediar palabra, tomó mi bolsa de viaje y la dejó en el suelo junto al lavabo. Acto seguido, enganchándose por la cintura, me pegó contra la sucia pared de azulejos donde se podían leer lascivos y coloridos mensajes de más de una índole. Un tanto excitable, me tomó de las muñecas para elevarme los brazos por encima de la cabeza sin desunir sus ojos de los míos.

Ni él, ni yo, parpadeamos durante unos extensos e incómodos, al menos para mí, segundos.

Todo mi cuerpo vibró bajo la excitación que destilaba el suyo.

Afortunadamente para mí, en las distancias cortas ese tipo era mucho más atractivo de lo esperado. Todo un punto a su favor que sin duda me facilitaría, y mucho, las cosas.

Nervioso, empezó a tocarme los pechos por encima de la fina camiseta de algodón que llevaba puesta, mientras yo, continuaba inmóvil en la posición en la que él me fijó.

El arrebato de sus manoseos me llevó involuntariamente a apretujar las nalgas contra la pared mientras él se afanaba, en la forma en la que lo hacía, con mis pechos una y otra vez. Giré la cabeza hacia un lado, apreté los ojos, comprimí mis labios inmovilizando con ello mi respiración, aquella que comenzaba a atropellarse en mi boca, conforme la suya se estrellaba sin descanso sobre mi cuello y escote.

Lo dejé hacer.

Dejé que su boca, nerviosa y exigente como él mismo, besase y lamiese mi cuello desatando un peregrino temblor por todo mi cuerpo. Sus manos, algo grandes, en un puro arrebato de lascivia desenfrenada, elevaron mi camiseta dejando a la vista mis pechos, amparados estos por un simple y

más que deslucido sujetador deportivo. Tal fue el ímpetu de su acción, que mis pechos brincaron de forma ostentosa ante su terrosa mirada.

—Joder nena, me encantan tus tetas. Me la han puesto dura —me indicó mientras me subía el sujetador hasta el cuello. Mis pechos, libres, volvieron a brincar una vez más frente a sus hambrientos ojos—. Uf... preciosa. ¡Te follaría hasta las tetas!

Se pegó más a mí, tomó uno de mis pechos con una de sus manos alzando su redondez hasta su boca que lo lamió, una y otra vez, succionando de cuando en cuando mi pezón con una ansiedad desbordada y casi doliente.

De inmediato, mis pezones reaccionaron endureciéndose entre sus labios, entre los juegos húmedos a los que lo sometía su lengua. Hinchándose tras cada uno de sus mordisqueos y mamadas. Dolía, un poco, pero era a la vez extrañamente placentero, como el estar ahí, en aquel lugar con él: todo un extraño.

Inspiré hondo cuando sentí como su otra mano palpaba mi sexo por encima de mis leggins.

—¡Joder preciosa! —Exhaló—. Creo que me va a encantar meterme dentro de esto que tienes aquí —me dijo mientras me lo oprimía con hambre de sexo—. Y creo que me va a gustar mucho más cuando vea entrar y salir mi polla de él —especificó con tono grave justo antes de solicitarme—: Rápido, quítate esto —tiró con ansia de mis leggins— y las bragas. Pero hazlo rápido, el tiempo se me echa encima.

Seguí su orden sin apenas chistar, sin apartar mis ojos de él. Observando cada detalle de su fisonomía, cada uno de los rápidos movimientos que ejecutó para desabrocharse los pantalones y bajar su bóxer.

—Súbete aquí —me ordenó dando dos pequeños y rápidos toques sobre el lavabo.

Le obedecí en silencio, dejando mi ropa medio acodada sobre mi bolsa. Después, me aproximé al lavabo y con un pequeño salto me subí a él.

—Abre las piernas, quiero ver que escondes y si realmente vale ciento cincuenta —la humedad de mi sexo era más que evidente, como la misma ansia que me recorría de arriba abajo.

Suspiré angustiada por recibirlo dentro de mí cuanto antes y terminar así con aquello de una vez por todas.

Inmediatamente después a mi abertura de piernas, él se posicionó entre ellas, y chupándose dos dedos de su mano derecha, los ingresó pujante en mi sexo robándome un gemido que recorrió todo mi cuerpo de pies a cabeza

como un eléctrico latigazo de placer. Con ardor los frotó en círculos logrando que mi abertura se lubricara doblemente: por medio de su saliva y mis propios jugos vaginales.

—Voy a follarte como nunca nadie lo ha hecho.

«Eso está por verse», pensé.

Agarró su pene con la mano y lo guió hasta la entrada de vagina, una acción que rápidamente detuve agarrándolo de la muñeca.

—No. Antes quiero que te pongas una gomita.

—¿No me jodas, en serio?

—Sí. Sin gomita, olvídame de metérmela.

—No me gusta follar con condón —su gesto se torció.

—Lo siento. Sin gomita, no me follas.

La contundencia de mi demanda hizo que se planteara la situación.

—¡Mierda!... Está bien.

Empalmado como estaba, y mucho, se acercó hasta la maquinita de expendedora de profilácticos que se encontraba a un par de pasos de donde estábamos, y sacó uno. Suerte de que allí hubiera una, de que esta funcionara y de que al menos le quedase uno.

Apresuradamente rasgó el envoltorio con una media sonrisa en la boca, y girándose para no ser visto, se lo colocó.

Pobre imbécil. A esas alturas iba a tener tal retraimiento.

Pero si apenas había luz en aquel inmundo baño. El cual, por cierto, olía a demonios.

Imposible me resultó reprimir la acelerada queja de gozo que se originó en mi interior, cuando me penetró con esa fuerza con la que lo hizo. Un suspiro instintivo que se soldó a la obscena exhalación más que excitante que él lanzó. Dando lugar a una no menos que abrumadora ola de placer me recorrió todo el cuerpo, lanzando mi cabeza hacia atrás mientras mis jadeos, encadenados unos a otros, nacían sin decoro de mi boca.

Cuando sus dedos, ávidos, se clavaron en mis nalgas de las que tiró con fuerza hacia él una y otra vez, mientras hundía y sacaba su verga de mi interior. Yo extendí mis manos aferrándome al lavabo, lo que me llevó a arquear mi espalda, a hinchar mi pecho con los continuados y repetitivos jadeos que sus fervientes acometidas me ocasionaban.

—Así, así preciosa. Muévete así —me apoyé en sus fuertes hombros,

terminé por aferrarme a su cuerpo llevando mi cabeza hacia delante. Con esto, mi rostro quedó a escasos centímetros del suyo—. Muévete un poco más rápido. Así, así. Joder... Sí, sí, sí —cómo pude, aguanté embestida tras embestida—. Dios, cómo necesitaba una buena follada como esta —exhaló clavando sus dedos en la tersa piel de mi trasero, logrando que todo mi cuerpo se revolucionara en un síncope de sensaciones que me pudieron.

—No hables y sigue, sigue follándome —reclamé ansiosa. Ya no por terminar, sino porque quería más de él. Y más cuando el dolor se había callado, cuando los hirientes esbozos del daño recibido sucumbieron al silencio, al olvido.

—Mmm... Sí, Dios, como me encanta tu coño —recalcó hundiéndose en él un poco más con cada embestida—. Me encanta —dijo hundiéndose más en él—. Mmm... Pero lo que más me gusta —jadeó— ¿sabes qué es? Como engulle mi polla. Como me la succiona y comprime. ¡Joder! Mmmm... ¡Sí, sí!

Sus palabras tensaron cada uno de los músculos de mi cuerpo que gimió de forma desbocada. Aunque sus gemidos fueron incluso más escandalosos que los míos.

—No hables y fóllame, fóllame más fuerte —maullé en su oído—. Joder, sí. Fóllame así, así. No pares —grité.

Me folló duro durante unos casi siete minutos. Duro y rápido. Minutos en los que ninguno dijo nada.

—Eres toda una guarra preciosa. Una auténtica guarra —bramó—. ¿Y sabes qué? Que me encanta.

Al oír eso, comencé a jadear como una perra en celo, suscitando que su respiración, al igual que sus cargas, se acelerara mientras yo seguía soldada a su cuerpo. A su pene.

—Más rápido, fóllame más rápido. Aaah... —jadeé—. Más fuerte. Fóllame más fuerte, cabrón.

Y lo hizo.

Claro que lo hizo.

Segundos después, advertí como estaba a punto de correrse. Una incontrolable operación de la cual me hizo partícipe cuando con desesperación, y enganándome el trasero con fuerza, me gritó:

—No te muevas. ¡No, no lo hagas! —Apoyó su frente contra la mía, jadeó conmigo esbozando esa carnal sonrisa de medio lado—. Aahhh... Sí. Espera, espera. ¡Aaaahhhh!

Inmediatamente después a aquel gutural gemido de placer, explotó

dentro de mí. Poco después, y sin haber salido de mi cuerpo, su pene comenzó a latir en recortados pero firmes impulsos que fueron acompañados por alguna que otra investida más, hasta que su erección bajó por completo.

Sin precipitarse, sacó con suavidad su pene de mi vagina y dándome una fuerte palmada en el trasero me dijo:

—Ha sido bestial, preciosa. ¡Bestial! —Tras decir esto, se apartó un par de pasos, alargó la mano y tomó del dispensador de toallitas de papel que quedaba tras de mí, un buen número.

—Toma —me entregó algunas, acto seguido, se giró dándome la espalda para deshacerse del preservativo y limpiarse.

Yo, en prudente silencio, hice lo mismo. Para después, tomar mi ropa para vestirme cuando le oí hablarme.

—De eso nada. Aún queda algo por hacer, más bien. Aun me queda algo por comerme, ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas lo que me dijiste? —toda yo temblé.

—Sí. Claro que lo recuerdo.

—Entonces, que prisa en vestirse, ¿eh?

—¿Qué quieres que haga?

—Que te sientes de nuevo en el lavabo y abre las piernas para mí otra vez.

Con una media sonrisa encajada en mis labios, le obedecí. Una sonrisa que fue correspondida segundos antes de agacharse para así situar su cabeza entre mis piernas. Inmediatamente después, tocó con las yemas de sus dedos la sedosa humedad que cubría la velloosidad de mis labios vaginales.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunté.

Bien sabía que esa sencilla y escueta pregunta, lo excitaría sobre manera. Y así fue.

Poco tardó en hundir su lengua en mi estrecho canal.

—Oh Dios —jadeó.

Lentamente, con firmeza, acarició con su lengua todo lo largo de la longitud de mi sexo invadiéndolo sólidamente. Promoviendo un intenso estremecimiento y gemido que germinó en mí sin mesura. En aquel lugar no tenía por qué tenerla.

—Sabe muy bien tu coñito —me dijo en un ligero tono seductor.

Aunque la experiencia de un cunnilingus no era nueva para mí, la sensación que su lengua promovía en mi clítoris sí lo era. Bien distinta a la que otras lenguas me habían causado.

La agresividad de sus lamidas se fueron volviendo poco a poco más agresivas, lo que me puso muy qué cachonda. Como el mismo hecho de que dejara de lado el trazar círculos con su lengua o repetidas e inquietas y nerviosas lamidas y succiones, a penetrarme por medio de ella mi ya flagelada vagina.

Muy profundamente, su lengua entraba y salía de mi vagina, mientras sus dedos se clavaban en la piel de mis nalgas, aferrándose a ellas con fuerza, provocándome un delirante cosquilleo en mi sexo que me llevó a convulsionar con fuerza. Y a tenor de mis lascivas demandas, pasó de penetrarme con su lengua, a hostigarme con ella el clítoris mientras que, por medio de dos dedos, me penetraba, rápido, fuerte, sin descanso. Sus dedos, grandes y gruesos, entraban con fuerza en mi coño una y otra vez, una y otra vez...

Un nuevo y estridente orgasmo me sacudió de pies a cabeza.

Entre continuados temblores y jadeos, me corrí dentro de su boca. Una insaciable boca que se lo tragó todo. Hasta la última gota de mis jugos.

Tras limpiarnos, nos vestimos en respetuoso silencio y distantes miradas.

—¿A dónde viajas? —Me preguntó mientras se lavaba las manos.

—Puede que... No sé. A Nueva York quizá..

—Vaya, eres una chica con las miras muy altas.

—Sí, puede que lo sea —expuse frente al roñoso espejo que tenía frente a mí.

¡Dios! La expresión de mi rostro era toda una oda al sexo.

Sin demasiado acierto recompuse mi cabello, mi aspecto. Pero sobre todo debía tratar de bajar; en la medida de lo posible, los reveladores colores de mis mejillas que certificaban la indudable certeza de que me acababan de follar.

—¿Y, por qué Nueva York?

—No lo sé. Pero, ¿por qué no? —sonríe—. Y tú, ¿A dónde vas?

—Chicago —se colocó frente a mí adoptando esa postura digna de todo buen cowboy—. Mírame bien preciosa. Quédate con esta cara. Te recomiendo que lo hagas, porque te aseguro que tienes delante de ti, a la que será la nueva estrella del Country. Quizá la más brillante de todas.

—¿Perdona?

—Verás —rio—, pasado mañana haré una prueba de audición para un concurso de talentos.

—No, ¿en serio?

—Sí —se agachó para tomar mi macuto.

—Gracias —le sonreí tomando mi poco pesado macuto.

—Y, ¿puedo preguntar el motivo de tu viaje a Nueva York?

—Además de follar bien —lo miré a los ojos, él me sonrió a la vez que se ajustaba bien su sombrero—, me parece que preguntas demasiado.

Coloqué mi macuto sobre el lavabo y saqué de él mi neceser. Tenía que recomponer con urgencia mi maquillaje. Ese que tapaba los aun presentes moratones que decoraban mi rostro.

—Como habrás comprobado, porque creo que es más que evidente, necesito un cambio de aires con urgencia —no sé por qué, pero le dediqué una anémica mirada que él supo interpretar.

—Ya veo —aquella sonrisa suya de medio lado lo decía todo sin decir nada.

Para serte sincera, el que omitiera cualquier tipo de comentario sobre los moretones que difícilmente el maquillaje encubría, me resulto más que halagador. Pero claro, al ponérselo en bandeja, era imposible que no me preguntara.

—Y bien, ¿quién ha sido el maldito cabrón que te ha hecho eso? —dijo apoyándose en el lavabo.

—La cabrona, más bien —le contesté fríamente, sin apenas mirarlo. Mi mano, aquella con la que me aplicaba el maquillaje, tembló—. No, no debería habértelo dicho. No —suspiré bajando la cabeza, clavando mi mirada en aquel sucio desagüe—. No.

Se me acercó, colocó su mano sobre mi hombro y a media voz me habló:

—Tranquila, no tienes por qué avergonzarte. Estas cosas suelen pasar incluso en las mejores familias —amigablemente, me apartó algunos cabellos de la cara, ladeé la mirada y vi cómo se levantaba la camisa mostrándome una fea cicatriz en su costado derecho—. Trece años. Trece años tenía cuando mi padre me hizo esto que ves aquí —las palabras se esfumaron de mi boca—. ¿La has denunciado? —Me preguntó mientras se acomodaba la camisa dentro del pantalón.

—No, no. Claro que no —Me aparté de él, huí de su pregunta. —Es mi madre. ¿Estás loco? —respondí con la voz rota.

—Lo entiendo —dijo en tono suave—. Sí. Ahora es cuando entiendo el por qué una chica como tú necesita un cambio de aires tan radical.

Guardé mis cosas en el macuto, lo cerré y lo cargué sobre mi hombro dispuesta a salir de allí, no sin antes dedicarme una última mirada en el espejo.

—Preciosa, ¿viajas sola?

—Sí —lo miré con cierta inquietud.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Y a qué vienen tantas preguntas?

—Joder, solo pregunto. ¿No es malo? ¿No? Creo que he intimado lo suficiente contigo como para querer saber algo más de ti —no pude evitar sonreírle—. Cariño...

—¿No! —Exclamé—. No soy tu cariño —solté de forma seca y contundente—, ni tuya, ni de nadie. Así que, por favor, te pediría que no vuelvas a llamarme así.

—Ok, perdón —su sonrisa me desarmó—. ¿Me dejas darte un consejo? Un par de consejos —lo miré arqueando una ceja.

—No, pero como sé que me lo vas a dar sí o sí. Venga, habla. Tengo prisa.

—Primer consejo. Espera a que todo el mundo se suba al bus. Luego sube tú. Así podrás elegir con quien sentarte, y sería bueno que viajes acompañada desde el principio. Procura sentarte al lado de una abuelita y cerca del conductor. Así te ahorrarás al típico sobón o gilipollas de turno —su parda mirada, larga y profunda, me reconfortó—. Segundo. Aléjate de las situaciones que no domines —hizo una pausa—, porque ellas te pueden dominar a ti.

—Gracias. Mi dinero —exigí alargando mi mano.

—Ok —tomó su cartera y saco unos pocos billetes—. Toma tus ciento cincuenta pavos preciosa. Vamos, cógelos. Son tuyos. Te los has ganado —los agarré bajando la mirada. Fue en ese preciso momento, cuando sentí el tacto de los billetes en mi mano, cuando la vergüenza me golpeó, fuerte, duro—. Preciosa, recuérdalo. Cuando subas a ese maldito bus, no dudes en poner en práctica el primero de mis consejos. Si lo haces, estarás distraída. Algo más que aconsejable en viajes de reencuentro con uno mismo como el que vas a realizar tú. Por propia experiencia te diré, que estos viajes suelen ser muy largos y muy jodidos. Así que ya sabes.

—Gracias —siseé apretando con fuerza aquellos billetes entre mis

dedos.

No, no me atrevía a mirarlo a la cara.

—Eh, ¿estás bien? —me tomó una mano, mano que retiré.

—Sí. Gracias. Y gracias por los consejos. Prometo tenerlos en cuenta.

Por cierto ¿sueles hacer esto muy a menudo?

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? El ayudar a pobres chicas desvalidas como yo, a cambio de un polvo rápido en un sitio como este.

Rio.

—No. La verdad es que no. Es la primera vez que hago algo así, te lo aseguro. Y no tienes por qué sentirte mal. Solo ha sido un mero intercambio de intereses —lo miré a los ojos—. Tú necesitabas dinero, y yo. Yo necesitaba desanudar tensiones —volvió a sonreír—. Vamos, cuenta el dinero.

—No. No es necesario.

—Claro que lo es. Siempre lo es. Siempre deberías de hacerlo.

¿Cómo que siempre debía hacerlo?

¿Qué insinuaba con eso? ¿A caso creía que lo volvería a hacer? Eso, lo de follar por dinero.

Tímidamente, y tras un suspiro algo lastimero, los conté.

—¡Eh, espera! Aquí hay más de lo acordado.

Con su sugerente sonrisa de medio lado, me dijo:

—Tómalo como un pequeño préstamo. Ya me lo devolverás cuando seas famosa en Nueva York.

—Y, ¿cómo se supone que te voy a encontrar?

—Solo tienes que mirar la tele. Me verás mucho en ella, te lo aseguro —me tomó de la barbilla, y me regaló un pequeño y húmedo besó. Después, me invitó a salir de aquel lugar.

No sé por qué, pero estaba segura de que le volvería a ver.

Seguro que nos volveríamos a ver. Y en ese nuevo reencuentro yo podría agradecerle de alguna forma algo más personal y más que placentera, su considerable préstamo.

Salimos de aquel inmundo aseo con la naturalidad de quien no le importa lo que los demás pienses. Nos despedimos como meros conocidos para afrontar nuestro venidero destino.

Sí, ahora sí.

Definitivamente Nueva York sería mi destino.

Una trepidante ciudad que lo mismo te podía engrandecer, como

engullirte literalmente sin dejar nada de ti. Un destino que, a tenor de la huelga de transporte de esos días, retrasaría mi llegada a la ciudad de los rascacielos algo más de dos horas.

Para matar el tiempo de espera en la estación de bus, opté por navegar en mi obsoleto móvil en busca de algún lugar barato donde poder hospedarme una vez llegara a Nueva York.

Tomé mi bolsa de viaje y rebusqué hasta encontrarlo.

—Mierda, no —el jodido móvil se había quedado sin batería—.
Estupendo.

CAPÍTULO 7

Afortunadamente, el tiempo pasó rápido. Y con ello, el primer aviso que aquella voz femenina ligeramente mecánica hizo por megafonía de la salida de mi bus, resbaló de forma atropellada por mi cuerpo hasta caer de pleno en mi estómago revolviéndolo.

Inspiré hondo.

Tenía que tranquilizarme.

Así que, agarré mi macuto, levanté la vista y traté de ahogar aquella odiosa ansiedad antes de que ella me ahogara a mí. Despacio, solté el aire exhalando un amplio suspiro al que le siguieron algunos más. Posiblemente, y muy afortunadamente, esa sería la última vez que pisara WearGreen.

No muy decidida y temerosa de lo que se venía encima, me levanté del duro banco de cemento en el que permanecí algo más de unas dos horas. Dos dilatadas horas de demora que dieron pie a que ideara absurdas utopías poco probables de alcanzar. Tras la segunda llamada de aviso, arrastré mis pies encaminándome hasta la plataforma de salida del que sería mi bus. Un mastodonte de hierro que me conduciría a mi incierto destino.

De repente, mi nombre sonó tras de mí.

—Cat. ¡Cat! ¡Espera Cat! —¿Zoe?

Me giré en dirección al lugar donde provenía aquella voz.

Su voz.

Tengo que admitir que mi corazón experimentó un pequeño brinco, no demasiado agradable, al ver a Zoe correr hacia mí mientras agitaba sus manos.

—Cat, Catherine. Espera, por favor.

—¿Qué haces aquí? —pregunté de forma seca.

—No, no podía dejar que... Joder... espera... Estoy sin aliento. ¡Uf! Creí que no... Que no llegaba. ¡Dios! —Resopló—. No podía dejar que —tragó saliva—, que te fueras así. Somos amigas, ¿no?

—No, creo que no. Me lo habéis dejado muy claro. ¿Lo recuerdas verdad? Porque yo sí. Y muy bien, por cierto.

—No digas eso. Claro que lo somos. Siento mucho lo ocurrido. De veras que sí. Y si aún lo quieres, te puedes quedar en casa. Pero, pero sólo hasta que...

—Zoe, en serio. No hace falta, no. Lo siento, pero tengo que coger un autobús —me giré y señalé al voluminoso vehículo metálico que esperaba por

mí—. Adiós. Hasta nunca.

—¿Cómo que te largas? No, no digas eso. ¿A dónde vas a ir? Dime, ¿a dónde?

—A Nueva York. A donde sea. Quiero alejarme de toda esta mierda. Necesito largarme de aquí. De todos vosotros.

—¿A Nueva York, en serio? Pero, ¿qué vas a hacer tú sola allí? No conoces a nadie, y mucho menos sabrías desenvolverte en una ciudad como esa —una nueva llamada de aviso se hizo oír con más contundencia que la primera—. Cat, por favor. ¡No te vayas! No lo hagas. No tienes por qué hacerlo. En serio.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué regrese a mi casa, es eso lo que quieres? ¿Que baje la cabeza otra vez más, y haga como si nada hubiese pasado? ¿Eso es lo que me estás pidiendo? No, gracias. No lo voy a hacer. Se terminó —mi voz se quebró.

—Cat —pronunció bajando la mirada.

—Mírame a la cara Zoe. ¡Mírame joder! Mírame y dime que no volverá a pasar. ¡Dímelo!

—Yo, no. No...

—¿Te das cuenta? Ni tú misma tienes la certeza de que esto —señalé mi rostro—, no se volverá a repetir. Y sí. Claro que sí. Claro que volverá a pasar. Y ya, ya no puedo más. ¿Ves mi cara, la ves? ¿Ves lo que me ha hecho? Lo siento, pero no, sé terminó. Y perdona ser tan cortante, pero tengo que coger un bus.

—Cat.

—No Zoe, no. No voy a dar marcha atrás. ¿Para qué, para que un día al fin mi madre termine dándome la paliza de mi vida? O mejor aún. ¿Quieres que regrese a ese trabajo de mierda en la cafetería de Matt, quieres que tenga que tragarme sus sucias insinuaciones y sus asquerosos manoseos? No, gracias.

Tras mi escueta exposición de contrariedades, a Zoe no le quedó otra que darme la razón.

—Vaya, veo que estás decidida.

—Pues sí.

—Está bien. —Abrió su mochila y sacó de ella un sobre blanco bien doblado. Después, cogió mi mano derecha y lo colocó en ella—. Toma. Te hará falta. Lo siento, no es mucho, pero es lo único que puedo darte. Y no quiero un no por respuesta. Porque seguramente allí donde vayas, te será de

ayuda.

Abrí el sobre y encontré un pequeño puñado de dólares.

—No. No puedo acertarlo. Es demasiado.

—¡Cógelo!

—No lo quiero. No lo necesito. Es tuyo.

—Cógelo Cat, por favor. No es tanto. Y sé que te ayudará. Al menos durante algunos días —rehusé su regalo. No podía aceptarlo. Y mucho menos después de lo ocurrido—. ¡Cógelo por favor! No seas tonta. Es la única forma que tengo de ayudarte y de pedirte perdón.

—Zoe, no...

—No, no me digas que no. Cógelo y ya está. Sabes que lo vas a necesitar. Y corre, corre. No sea que se vayan sin ti.

La abracé, fuerte.

—Cat —me susurró al oído.

—¿Sí?

—Mucha suerte.

—Gracias.

Agarré el macuto y me encaminé hacia el autobús.

—¡Cat! —gritó—. Cuídate mucho. ¡Y suerte! Mucha suerte. Sé que llegarás lejos. —Al oír eso, mis ojos se inundaron de lágrimas. De cientos de lágrimas que traté de borrar con el dorso de mi mano.

Con la seguridad que comenzó a germinar en mí, me subí al bus, y siguiendo el primer consejo de aquel cowboy de tres al cuarto, me senté junto a una señora de amplia sonrisa sureña y profundos hoyuelos no muy lejos del conductor. Nerviosa, me acomodé en aquel roñoso asiento dejando en el suelo, junto a mis pies, mi macuto. Unos pies que, de forma frenética, repiqueteaban en el suelo sin cesar.

—¿Nerviosa? —me preguntó mi compañera de viaje.

—Sí —exhalé—. Un poco.

—Tu primer viaje sola, ¿verdad? —Mi sonrisa habló por mí—. Tranquila. Todo tiene una primera vez —me dijo mientras regalaba pequeños toques de afecto a mis manos, cruzadas en mi regazo.

—Gracias.

Inspiré hondamente antes de mirar por la ventanilla, Zoe ya no estaba.

Tras emitir un vivo pitido de aviso, el autobús se puso en marcha. «Ahí vamos Nueva York», suspiré.

CAPÍTULO 8

Cuando el tren se detuvo en la terminal de Nueva York, la comúnmente conocida como *Penn Station*, mi estómago, a modo de atención, repicó iracundo. Excitada en un sentido no muy placentero, bajé del tren y encaminé tímidos pasos hacia la sala de espera principal de la estación. Lo primordial en ese momento era buscar algún lugar donde pasar al menos esa primera noche.

Esa fue la primera vez en mi vida que me sentí tan desorientada como perdida. Pues para una chica de pueblo como lo era yo, aquella enorme estación, colmada de tanta gente, y con el ir y venir de unos y otros, llegó a perturbarme sobre manera.

En serio, nunca antes en mi vida me había sentido así.

Recuerdo que tuve la imperiosa necesidad de tomar asiento, pues todo a mi alrededor comenzó a dar vueltas. Demasiadas vueltas.

Aquella desquiciante sensación me hizo sentirme pequeña, insignificante. Invisible ante tanta gente ajena a mí, desconocedora de mi pasado y desinteresada por mi presente.

No te negaré que esa inesperada sensación de vacío me tomó por sorpresa.

Más de lo que hubiera deseado.

Después de restaurar un poco mi estado y acallar mi ansiedad, que no dominarla, lo primordial en ese momento era hallar un lugar donde poder dormir y ya de paso, comer algo. Mis sonoras tripas me lo agradecerían, al igual que mi cuerpo, cansado por el largo viaje y la tensión que en él habían generado las dispares emociones acumuladas.

Si de una cosa estaba segura en esos momentos, era del visceral miedo que subía y bajaba por mi espina dorsal, así como esa estridente y punzante sensación que me abrazaba y que me llevó a ser plenamente consciente de mi soledad. Una soledad que nunca antes había experimentado de forma tan agresiva. Un auto-destierro que me enfrentaba cara a cara no solo contra un mordaz destino, sino contra una nueva vida. Esa que yo había elegido, fuera cual fuera esta.

Desde la posición que ocupaba, vi el deambular frenético de aquellas

personas. Esto hizo que mi corazón palpitara atropelladamente y que aquella sensación de ahogo que creí haber desterrado, se apoderara de mí enfrentándome a mis presentes miedos.

Algo mareada, me dirigí hacia una de las entradas o salidas de aquella enorme estación. La ubicada al oeste, en la calle 33. Al salir a la calle, aquella frenética ciudad de Nueva York colmada de cientos de luces, sonidos e infinidad de oleares, me engulló por completo. Golpeó de lleno mi realidad.

De repente...

—¡Socorro, socorro! ¡Al ladrón, al ladrón! Mi bolso, mi bolso...

Me giré en dirección opuesta a donde había enclavado mi mirada, y le vi. Vi a aquel tipo correr en mi dirección con un elegante bolso en la mano. Bolso que por descontado no parecía ser suyo. No, no hacía conjunto con lo risible de su indumentaria. Tras él, corría (más mal que bien, dado lo elevado de sus tacones), una elegante chica rubia. Ni sus gritos, ni sus airados aspavientos conmovieron a nadie. Todos los allí presentes parecían ignorar lo que estaba sucediendo. Cada uno iba a lo suyo. Una arraigada tipicidad propia de ciudades como esa en la que o bien, pasas desapercibido, o simplemente no importas.

Miré a un lado y a otro, nadie movió un dedo. Nadie giró su vista para comprobar que pasaba. Simplemente pasaron.

«¡Bienvenida a la gran manzana!», me dije.

Justo cuando aquel individuo pasó frente a mí, no lo dudé y alargué el pie derecho: ¡Zas! Este cayó de bruces contra suelo a unos pocos pasos de donde yo estaba parada, estampando su dentadura contra el duro acerado. Casi sin pensarlo, hice uso y disfrute de mi macuto sobre su cabeza, un par de veces.

Bueno, una que otra más.

«Pobre sinvergüenza», quedó tendido cual mosca espachurrada.

Pues sí. Yo sería muy pueblerina y bla bla bla... Pero estaba visto que mis dotes de provinciana parecían ser más que afines y de mucha utilidad en una ciudad tan impulsiva e impetuosa como lo era Nueva York.

Mala suerte tuvo ese día aquel tipo al cruzarse con una chica de pueblo como yo.

Me agaché y tomé aquel bolso. Bolso que entregué segundos después a su legítima dueña. Quien llegó hasta mi lado casi sin aliento.

—Gra... gracias. Mu... muchas... gracias —apenas podía hablar. Apenas podía respirar.

Desde luego, correr encima de esos *stiletto* de algo más de diez centímetros era cuestión no sólo de maña, sino de intrepidez y hasta de cierta estupidez. Había que tener valor, y mucho, para atreverse a ello.

—No tienes por qué darme las gracias. No ha sido nada.

—¡Claro que sí! —repuso segundos antes de—: *Ебля свинья ублюдок!* (¡Maldito cerdo hijo de puta!) ¡Jódete, jódete...! Cerdo. ¿Cómo te has atrevido a robarme, a mí? —increpó una y otra vez con un peculiar acento ruso, mientras acometía repetidos puntapiés con sus elegantes zapatos al pobre caco mientras este continuaba aun en el suelo, tratando de comprender que es lo que le había pasado y qué estaba sucediendo.

Pobre caco.

Mientras ella se entretenía con el pobre infeliz al que cosió a puntapiés, yo me entretuve observándola de pies a cabeza.

La ejecutora de tantos puntapiés, era una chica rubia, alta y delgada. De unos treinta y pocos años. Sus grandes ojos azules destacaban en su rostro de muñeca de porcelana. Toda ella en conjunto parecía una muñequita, vestida con esplendoroso vestido de Chifón color verde esmeralda. Un ceñido vestido de tubo sin mangas, cogido eso sí en un sólo hombro, que resaltaba su estilizada figura. Un elegante vestido que llegaba a la altura de sus rodillas, mostrando así lo bonito de unas piernas bien formadas y largas.

Me fijé además en cada uno de los detalles que la decoraban, en cómo iba arreglada de pies a cabeza. Es más, llegué a apreciar el seductor perfume que destilaba su cuerpo con cada movimiento. No había duda, se trataba del inconfundible Chanel N° 5. Solo dado a unas pocas.

Aprovechando su desquite personal, la examiné con más detenimiento y terminé por determinar que se trataba de la típica “busca vidas” que es como la hubieran etiquetado en el pueblucho de donde yo había escapado. Según mi definición, aquella elegante chica era en toda regla una: una prostituta, y de las caras.

Te vas a reír, sí.

Y mucho cuando te diga que yo, no sé por qué, siempre tuve esa extraña habilidad para reconocerlas. Quizá este original don mío pudiera tener su porqué, en el extraordinario hecho de que, en mi interior, muy a mi

pesar, se escondía una de ellas.

—¡Será cerdo! —protestó propinándole un nuevo puntapié, mayor que los anteriores. Puntapié que no hizo otra cosa que aquel infeliz se diera otra vez de bruces contra el suelo mientras trataba de levantarse. Eso sí, segundos después a esto, se levantó como un muelle para salir corriendo como alma que lleva el diablo. Sobre todo, cuando vio que la chica a la que acababa de robarle el bolso, sacaba de este uno de esos insufribles espray pimienta—. Eso, eso. Corre, corre maldito cabrón malnacido. *Свинья* (¡Cerdo!) —Suspiró hondamente. Al bajar la mirada en dirección a sus piernas—: Joder, no. ¡Mierda!

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Mis pantis. ¡Mierda, joder! Eran nuevos, además de carísimos. ¡Joder! Mis pantis de seda. ¡Joder, joder! —De nuevo exhaló un amplio suspiro—. Mira, ves. ¿Ves lo que ese maldito cerdo malnacido me ha hecho? —Dijo señalando sus maltrechos pantis donde se apreciaba una gran carrera—. ¡Ojalá te atropelle el metro maldito cabrón! —Gritó de nuevo—. ¡Mierda! Pues nada, a la basura —para mi sorpresa, se descalzó allí mismo para sin vergüenza, despojarse de tan maltrechos pantis. Después, sin más, las tiró en una papelera que quedaba a un par de pasos de donde estábamos. Tras volver a subirse a sus altos stiletto, me dedicó una rápida mirada antes de hablarme —: Muchas gracias cielo, de verdad. Muchas gracias por tu ayuda. Si no llega a ser por ti, creo que nunca hubiera alcanzado a ese cerdo y recuperado mi bolso. No es que tenga mucho en él, pero sí lo suficiente para que me haberme jorobado —tras echar un rápido vistazo al interior de su ostentoso bolso, levantó sus ojos azules de él para clavarlos en los míos.

Ummm, sí.

Desde luego su perfume era Chanel N° 5.

Inconfundible.

—No tienes porqué dárme las. Cualquiera lo hubiera hecho.

—¡Ja! Sí claro. —Su sonrisa me resultó muy afectiva—. Cielo, no esperes que nadie haga nada por ti en esta maldita ciudad. Por desgracia aquí, ya todos, todos, nos hemos deshumanizado. Tú misma lo acabas de comprobar. Lo has visto ¿verdad? Nadie ha movido un solo músculo para ayudarme —la verdad es que así parecía ser—. Esta ciudad es lo que tiene —sus palabras

fueron acompañadas por una amplia sonrisa—. Aquí no esperes a que hagan algo por ti, porque nadie lo hará, a menos claro, que saquen algún beneficio — volvió a sonreírme—. ¡Taxi, taxi! —Gritó elevando su mano derecha tras girarse en dirección a la estrepitosa calzada por la que deambulaban cientos de coches. —Nueva en la ciudad, ¿a que sí? —me preguntó.

—Sí —respondí cargando una vez más mi roñosa mochila sobre mis doloridos y cansados hombros.

—Pues nada. Bienvenida a la ciudad donde tus sueños, quizá, se puedan hacer realidad algún día —dijo con el peculiar acento que caracterizaba su voz—. Bienvenida a la ciudad donde también tus peores pesadillas pueden tomar forma antes que tus sueños —cogió un fino cigarrillo, de esos mentolados, del paquete que extrajo de su carísimo bolso—. ¿Quieres uno?

—No, gracias. No fumo.

—Haces bien en no fumar —dijo sonriéndome segundos antes de encender su cigarrillo bajo mi atenta mirada—. Esto es una mierda que encima te puede matar —sonrió.

Despacio, encendió su cigarrillo con un bonito encendedor dorado tipo *Zippo*. Tras dar una gran calada y expulsar el humo haciendo un pequeño círculo, volvió a dedicarme un ligero vistazo que llegó a incomodarme.

Tras su rápido chequeo, volvió a hablarme.

—Cielo, no es mi intención asustarte, ni mucho menos. Pero me veo en la necesidad de avisarte. A mí me hubiera gustado que alguien lo hubiera hecho conmigo en su día —ahora era yo quien sonreía de una forma un tanto absurda—. Sería bueno que, desde ya, entiendas que esta ciudad puede ser la ciudad de tus oportunidades. Por supuesto. Pero eso será siempre que la suerte juegue de tu parte —volvió a dar una nueva calada expulsando esta vez el humo despacio—. Pero también es la ciudad de los desaciertos. Verás, dicen que Nueva York es la ciudad que nunca duerme, sí, desde luego así es. Te lo aseguro. Pero si lo hace, siempre es a costa de mantenernos a nosotros, pobres mortales, en un desvelo continuo. Es la ciudad de las luces, sí. ¡Claro que sí! Pero también es la ciudad de las sombras. Mucho más presentes estas que sus luces y brillos. Y sería bueno que te hicieras a la idea de que esas sombras de las que te hablo, brillan mucho más. Eso te lo puedo asegurar —me guiñó un ojo—. Genial, ya tenemos taxi. ¿Subes? —me preguntó al abrir la puerta de este.

Para mi sorpresa, me invitó a subir con ella al taxi.

—¿A dónde vas cielo? —Me encogí de hombros—. ¿Tienes a dónde ir, no? —Esa sí que era una buena pregunta.

—No, la verdad es que no. No tengo a dónde ir. Recién he desembarcado, por así decirlo. ¿Podrías aconsejarme un lugar barato y sobre todo, seguro, donde poder pasar por lo menos esta noche? ¿Y a ser posible que no me cueste más de unos, 45 dólares?

—Señoritas por favor, ¡es para hoy! —gruñó el taxista.

—Espera joder, no ves que estamos hablando —le increpó la rubia desconocida—. Venga, sube. Sube. Creo que puedo dar respuesta a cada una de tus preguntas. Sube.

Y haciéndole caso, subí.

—Desde luego que podría aconsejarte más de uno, pero esta noche, estás invitada a mi humilde apartamento. Y no quiero que me digas que no, porque no voy a aceptar un no por respuesta. No, desde luego que no. Por favor —le habló al taxista—, a la calle 123 oeste, en Harlem.

—De acuerdo señorita —contestó el taxista poniendo en marcha el taxi. Taxi que por cierto olía demasiado a incienso.

—Gracias —le apuntó al taxista—. Bueno, ya es hora de hacer las presentaciones. Mi nombre es Alina —me dijo antes de volver a dar una calada a su cigarrillo extendiéndome a su vez, su mano derecha.

—Yo me llamo Cat. Catherine Wayne. Y de veras que no hace falta que me...

—Venga ya, no digas tonterías —me interrumpió—. Encantada de conocerte Catherine Wayne. Y desde luego sí que tengo que ayudarte. O más bien, socorrerte ¿no? —sonrió—. Para que lo sepas señorita Wayne, has demostrado ser una buena chica, y mucho más que buena parte de todos los que conforman esta jodida ciudad. Y eso hay que recompensarlo. Sobre todo, porque es poco usual encontrarse a alguien como tú, aquí —suspiró—. ¿Quieres un consejo Cat? —Me limité a encogerme una vez más de hombros—. ¡Espabila! Sí, espabila si no quieres que te coman viva. Y desde ya, deja la buena fe para quien pueda darte algo a cambio.

—Gracias por el consejo. Y de veras que no es necesario que...

—¡Shsss! Tonterías. Está decidido. Esta noche te quedas en mi apartamento, y punto. No hay nada más que hablar. No sería justo por mi parte dejar en la calle a la única persona que me ha prestado ayuda ¿no crees? ¿Qué pensarías de mí? —No sé por qué, pero su sonrisa al igual que su sola presencia me reconfortaba. Algo que necesitaba en esos momentos, y mucho.

—Pero...

—Pero, pero. ¡Pero nada! Verás cielo —apagó su cigarrillo en el cenicero que había en la puerta. Después, lanzó lo poco que quedaba de él por la ventanilla—, en mi país hay un dicho: "*Спасибо делают вам справедливость, потому что несправедливость делает вас*". Que viene a decir: "Dale las gracias al que te hace justicia porque no te hace injusticia".

—De veras que no tienes que molestarte, yo me apaño con cualquier hostel o pensión. Eso sí, que no supere más de cuarenta dólares la noche.

—¡Eh! No, no. Nada de eso. No voy a permitir que tu primera noche en Nueva York lo pases en un hostel de mala muerte. No, no. Y no hay nada más que hablar. Por cierto, ¿te molesta el humo cielo? —me preguntó.

—No —aunque sonó más bien a: un poco.

—Pues ya está. Esta noche te quedas en mi apartamento —bajó algo más la ventanilla del taxi, dio una gran calada a su nuevo cigarrillo, y echó el aire por ella. Me miró y me volvió a sonreír—. No es muy grande, mi apartamento, pero tiene un sofá bastante cómodo. Y si te lo digo con tanta seguridad, es porque yo misma he dormido en el más de una vez, y de dos —una vez más, volvió a sonreírme de aquella manera, esa que extrañamente me hizo sentirme bien.

¿Alguna vez has tenido esa sensación que te lleva a pensar que conoces a una persona de toda la vida? Pues esa es la que Alina suscitaba en mí.

Mientras Alina hablaba por su móvil, yo me distraje mirando por la ventanilla. Sin apenas ser consciente, me dejé embelesar por las luces de aquella enigmática ciudad. Por sus brillantes paisajes, por el ir y venir de la gente, por el bullicio que la inundaba, por la misma inmensidad que la conformaba. Por sus muy diferentes aromas y sonidos.

Empapé no sólo mis pulmones de su peculiar fragancia, sino que hasta mi propia alma se inundó de ella, de toda ella.

De la irritablemente hermosa Nueva York.

Puede que para muchos Nueva York y la misma Manhattan fuera la "ciudad de cemento y cristal", toda gris y llena de cristales y de ruidos. Puede que les resultara fea e inhumana, a la vez que desquiciante. Pero para mí, para mí era la más hermosa de todas. Ante mis ojos estaba repleta de diferentes tonalidades que se me brindaban con un simple vistazo. Brillos intermitentes

que no solo procedían de los numerosos escaparates y anuncios, sino de las cientos de miles de pequeñas ventanas que se alzaban en lo alto dentro de aquellas moles de cemento y acero. Pequeñas luces que se me asemejaban a cientos, a miles de estrellas o de inquietas luciérnagas. Luces que me atraían al igual que un mosquito es atraído por la luz azul de esas lámparas *matainsectos*.

Su singular melodía me embelesó. Adormecía mis incipientes miedos y serenaba la agrídulce ansiedad que minutos atrás se había convertido en toda pesadilla difícilmente eludible.

Fue en ese preciso momento cuando deseé formar parte de una forma indivisible de ella. Sí, deseaba formar parte de ese brillante y musical universo que me rodeaba, fuera como fuera. Porque desde el momento en que pisé su chispeante reino, me sentí atrapada.

Según salimos de la estación de *Penn Station*, el taxi se encaminó en dirección noroeste hacia la Octava Avenida. Para después tomar la tercera salida de una inmensa rotonda en dirección *Central Park West*.

Mis cinco sentidos siguieron inundándose del brillo y del color intermitente de las cientos de luces que la decoraban. Del sonido estridente a la vez que melódico de sirenas, de los claxon, del mismo bullicio que generaban las personas que la habitaban. Todo cuanto me rodeaba logró ausentarme; al menos por unos segundos, de mi triste realidad. Nueva York consiguió que todo el peso que cargaba sobre mi espalda, empequeñeciera al igual que yo, ante todo lo que mis ojos, mis oídos, mi olfato, mi tacto (pues la piel se me erizó por completo) y el mismo gusto experimentaban.

Mientras todo desfilaba ante mis ojos como el tráiler de la más hermosa de las películas que jamás hubiera visto, mi corazón latía en agitado compás.

Ahí, es donde radicaba la magia de esa ciudad.

Un par de minutos después, en la siguiente rotonda, el taxi tomó la primera salida en dirección oeste, hacia la calle 110 para después girar a la izquierda y tomar el *Bulevar Adam Clayton Powell Jr.* Al final de dicho bulevar, volvió a girar a la izquierda para volver a recorrerlo, pero esta vez en dirección contraria. Unos pocos minutos después giramos en sentido oeste hasta llegar a la calle 123, nuestro destino.

Tras abonar al taxista el importe de nuestro trayecto, nos bajamos del

taxi y en silencio, seguí a Alina hasta la puerta de un típico edificio neoyorquino revestido este de los inconfundibles ladrillos rojos. Edificio que contaba con varias plantas de alto, repletas estas de apartamentos.

Escalón tras escalón, subimos hasta la quinta planta de un edificio que carecía de ascensor. Al entrar en el apartamento de Alina, me percaté con un ligero vistazo, de las reducidas dimensiones de este. Esos sí, no me mentía cuando me dijo que contaba con un acogedor salón presidido por el típico sofá cama color chocolate. Y sí, parecía ser cómodo.

—No es gran cosa como ves —alegó Alina en defensa de su hogar—, pero cuenta a su favor con un baño con ducha de hidromasaje, qué no veas que bien viene tras un largo día de trabajo. Mi habitación no es gran cosa, pero si tiene algo de bueno, es que es muy luminosa. Todo el apartamento lo es. La cocina como puedes ver, es pequeñita, pero está muy bien equipada. Además, para lo poco que yo la utilizo —me sonrió a la vez que me guiñaba un ojo—. Pues nada, esto es todo. Bienvenida a mi casa, Cat.

El apartamento de Alina se encontraba situado en el mismo corazón Manhattan, en el inconfundible barrio de Harlem.

—Si lo deseas, puedes darte una buena ducha. Creo te hará bien. El funcionamiento es bien sencillo. Y no te preocupes por nada. Anda ve. Por cierto, ¿tienes hambre?

—Mucha —respondí.

—Eso es bueno. ¿Te gusta el sándwich de atún? —me sonrió—. Te lo pregunto porque lamentándolo mucho, es lo único que sé hacer.

—Gracias. Un sándwich de atún estará bien.

—Y de postre, a ver, déjame que mire... Vaya, has tenido suerte. Tenemos helado de vainilla. Te gustará el helado de vainilla, ¿no? Porque la otra opción es leche de soja.

—Sí, me gusta. Gracias. Eres muy amable Alina.

—¡Bah! Tonterías. Anda, ve a darte esa ducha.

CAPÍTULO 9

La ducha consiguió no sólo relajar cada uno de mis músculos, además consiguió obrar el milagro de que me tranquilizara y me desahogase, de la forma tan sincera en la que lo hice con una completa desconocida como lo era hasta ese momento Alina.

No sé por qué, pero sin más, conectamos. Entre nosotras se estableció un sugestivo vínculo que me llevó a abrirle mi caja de Pandora. Todo cuanto en esos momentos me hería, salió de mi boca de forma libre y plenamente consciente. Le revelé sin recelos a ser cuestionada, todos y cada uno de mis miedos, de mis dudas, de mis pesadillas, así como mis absurdos sueños. Al igual que yo, ella también compartió conmigo sus éxitos y sus desdichas en Nueva York.

Con referencia a mis aun presentes moretones y debilitados hematomas, poco o nada se dijo. Ella, una mujer hecha en la calle, sabía bien el significado de tales grafías sobre mi piel, y como buena conocedora, optó por lo mejor y más acertado: no preguntar.

Yo en cambio sí pregunté, y ella, sin objeciones de ningún tipo, me abrió su corazón y me narró a pies juntillas sus difíciles inicios en una nueva vida repleta de luces y de demasiadas sombras.

A modo de resumen, te diré que hacia algo más de un año que Alina había llegado a la ciudad de las oportunidades con una buena oferta de trabajo junto con otras compatriotas. Una acreditada agencia de contratación, le ofreció trabajar como niñera en estados unidos. Una inigualable oportunidad de trabajo que además le brindaba la gran posibilidad de poder estudiar en una buena universidad americana.

Todo un sueño para una chica de pueblo como lo era ella.

—Pero todo fue una gran mentira. Sí. Eso es lo que fue —me ofreció uno de sus cigarrillos, anti mi negación, se encendió uno, y tras darle una buena calada, continuó narrando la que era su historia—: Una gran mentira es lo que fue, Cat. A nuestra llegada al aeropuerto, nadie vino a recogernos, estuvimos esperando y esperando. Pero nadie apareció. Llamamos por teléfono una y otra vez al número de contacto que nos habían facilitado. Nada. Nadie respondió. Es más, dicho número parecía no existir —le dio una nueva

y más larga calada al cigarrillo y me miró a los ojos. Los suyos brillaban humedecidos. Los míos los siguieron—. Comprendidos que estábamos solas. Que... Pues, que simplemente... ¡Puf! Nos habían engañado y nos había robado lo poco que nuestras familias poseían. Dinero que entregaron con gusto para asegurarnos un mejor futuro aquí —suspiró. Un suspiro que fue seguido por un sentido resoplo por mi parte—. Pues bien, allí estábamos, solas, asustadas y sin apenas comprender lo que nos preguntaban porque no hablábamos nada de inglés. Te lo puedes llegar a imaginar ¿verdad?

—Sí.

—La mayoría de mis compatriotas decidieron regresar, con lo poco que les quedaba. Aunque más bien fueron, repatriadas. Yo preferí aprovechar la pequeña oportunidad que se me había ofrecido —se levantó del sillón y comenzó a caminar nerviosa de un lado a otro— ¡Por dios! ¿Regresar, allí? No, no. ¡Ya estaba en América! Sólo tenía que ser lista y... — volvió a tomar asiento a mi lado—, aprovechando un despiste de los agentes de inmigración, me escondí en los servicios —aquel cigarrillo se consumió en sus labios al cabo de siete u ocho caldas más. Una tras de otra.

Rápidamente volvió a encender otro con unas manos más perturbadas que al inicio de su relato.

—Y, ¿qué hiciste? —pregunté. Clavando una vez más mi cuchara en un helado de vainilla ya algo escaso.

—Verás. Mis padres me habían entregado antes de marcharme los pocos rublos que tenían. “*Tómalos, puede que te hagan falta*”. Me... —su voz se rompió—, me dijo mi madre. Era todo cuanto tenían. Cuanto poseían. ¡Y vaya si me hicieron falta! ¿Sabes dónde me los guardé? —rio nerviosa—. En el jodido culo. Sí, ahí. Suerte que no nos registraron —volvió a reír, pero esta vez su sonrisa estaba dotada de una fría sombra—. Cat, yo no estaba dispuesta a que me robaran lo poco que poseía —volteó la cara. Trató de esconder sus lágrimas.

—¡Eh! ¿Estás bien?

—Sí, sí —vi cómo se tragaba el nudo que se había formado en su garganta—. Tranquila. —Su sonrisa sonó tan triste y rota como la mía—. Ahora soy yo quien les envía dinero a ellos. El poco o mucho que consigo sacar trabajando en un centro de masajes eróticos. Además de unos pocos dólares que me saco trayendo algún que otro cliente a casa. Ya sabes —su sonrisa de nuevo se tornó triste y sombría. Pero pronto se iluminó.

Sobre todo, cuando la expectación de mi pregunta la sorprendió.

—¿Masaje erótico, qué es eso?

—A ver cómo te lo explico para que no te asustes —volvió a sonreír. Y esta vez su sonrisa iluminó su rostro—. Verás, en ese centro de masajes somos expertas en un tipo de masajes al que podemos denominar como “antiestrés”. Sí, así podríamos llamarlo. Masajes que por supuesto, conllevan final feliz. Vamos, lo que viene siendo una...

—Una paja —reafirmé entre risas.

—Sí. Ja, ja, ja. Cuando se me ofreció la oportunidad de trabajar ahí, la acepté sin miramientos. ¿Para qué? A fin de cuentas, estaba más que acostumbrada a realizar felaciones. Y si lo miras bien, ese trabajo es como todos los demás: dinero a cambio de unos servicios. Tenía que buscarme la vida de una forma u otra Cat —irremediamente, el sueño y el acopiado cansancio me llevó a bostezar—. Vaya, veo que el sueño te puede.

—¡Oh! Lo siento.

—No te preocupes. Yo también estoy muerta. Se me cierran los ojos al igual que a ti —apagó el cigarrillo en el cenicero y se levantó del sofá—. Venga, a dormir. Que hoy ha sido un día muy largo para ambas. Pero antes, necesito que me ayudes a abrir el sofá. Será muy cómodo, pero a jodido cabezón no le gana nadie.

Ambas reímos.

En cuestión de minutos, mi cama quedó dispuesta para ser utilizada.

—¡Listo! Por cierto Cat.

—Sí.

—Mañana llegaré tarde, así que no me esperes. Voy a dejarte una copia de la llave en la encimera de la cocina. Así podrás entrar y salir a tu gusto.

—Gracias. Pero no es necesario.

—¡Bah! No es nada. ¡Venga! A dormir se ha dicho. Que descanses cielo.

—Buenas noches Alina, y gracias de nuevo.

Al despertar a la mañana siguiente; a eso de las once, Alina ya se había marchado. Por suerte para mí, había dejado café preparado, así como un sándwich mixto listo para calentar dentro de la sandwichera y una copia de las llaves de su apartamento sobre la encimera de la cocina. Confundida por el sueño, el cansancio y teniendo aún muy presentes aquellos espasmódicos

dolores, me levanté de una improvisada cama que resultó ser bastante cómoda. Más incluso de lo que había esperado que fuera.

Poco a poco, fui desperezando mi cuerpo mediante cuidados y moderados estiramientos, y de nuevo, aquel intenso dolor en mi costado me llevó de regreso a la realidad. A esa de la que había escapado. Muy a mi pesar, el dolor se negaba a remitir, y junto con él, los recuerdos que me generaba. Respiré hondo. No, no podía dejarme llevar por toda aquella vorágine de reminiscencias que solo me hacían daño. No. Era hora de dejarlo todo atrás de una vez por todas, así que; con más miedo que convencimiento, decidí no hacerles caso para dar comienzo al primer día de mi nueva vida.

La que tendría lugar en mi tan soñada Nueva York.

Con un humeante café en las manos, me acerqué a una de las ventanas y tras deslizar las cortinas a un lado, dejé que la luz de un día esplendoroso inundara cada esquina de aquel apartamento.

Mientras degustaba mi café, examiné no solo el mundo que se desplegaba ante mí tras los cristales. Mis inquietos ojos, hicieron lo mismo con el lugar donde me encontraba. Un apartamento que a pesar de ser algo reducido, resultaba estar bastante bien distribuido. Y después estaba esa luz, la que se colaba por sus ventanas. Sin duda alguna un añadido que lo hacía mucho más acogedor.

Mi jovial estado de ánimo, ese que me había impuesto como credo, fue mejorando conforme pasaban los minutos. Tanto así, que me apresuré en hacer la que fue mi cama, para después de eso, comenzar a limpiar y ordenar un poco aquel apartamento el cual Alina, para mi gusto, tenía un poco descuidado. Al acabar de limpiar y ordenar, cosa que no me llevó más de media hora, me di una rápida ducha y frente al espejo, traté, en la medida de lo posible, adecentar mi aspecto y disimular los aun presentes cardenales de mi rostro.

Minutos después, ya estaba lista para comerme el mundo.

Segura del paso que iba a dar, tomé las llaves, y con el entusiasmo por bandera salí a la calle, donde el naciente bullicio del barrio de Harlem pronto animó una mañana repleta de factibles opciones de trabajo.

Te prometo que aun hoy, me resultaría completamente imposible el describirte todas y cada una de las emociones que me embargaron cuando asimilé la veracidad de esa nueva vida que esperaba por mí.

Allí, fija en el último escalón de los desgastados escalones de un edificio centenario, fui consciente de mi absoluta libertad, y del peso de esta. Y a pesar de los nacientes miedos que todo lo nuevo y desconocido nos concede, yo estaba más que dispuesta a encontrar mi sitio, por pequeño que fuera, en aquella inmensa ciudad. Pero para ello, antes debía hacerme con un buen trabajo lo suficientemente decente como para poder pagarme el pan de cada día, así como un techo donde guarecer mis sueños y reservar esa privacidad que comenzaba a saborear. Porque el ser una completa desconocida, una anónima más dentro de aquel laberinto de calles y personas, era la mejor sensación del mundo.

Por otro lado, estaba el hecho de que no podía, ni debía, ni quería, abusar por más tiempo de la generosidad de Alina, a pesar de que ella en ningún momento presentó o fijó queja alguna por mi inesperada presencia en su tranquila vida. Al contrario, la verdad.

Te puedo asegurar, sin caer en la exageración, que durante horas y horas estuve yendo de un lado para otro, preguntando en un sitio y en otro. Pero nada de nada. No se necesitaba ni camarera, ni ayudante de cocina, ni friegaplatos. Y si lo precisaban, el sueldo para nada hacía justicia a las horas de trabajo y al esfuerzo que se exigía.

Pues para ser Nueva York la ciudad de las oportunidades, para mí precisamente no lo estaba siendo. Y no lo fue durante las dos largas semanas que estuve deambulando de un lado a otro. Semanas en las que mis heridas sanaron sin apenas darme cuenta. Pero no solo mis heridas físicas, las otras, las emocionales poco a poco se fueron borrando, que no olvidando. Porque para que lo sepas, yo no soy de las que olvidan ni de las que perdonan. No, no esperes eso de mí.

Por suerte, si se puede llamar así, las cosas cambiarían para mí. Encontré trabajo, sí, pero una vez más, me vería sirviendo desayunos y menús del día por un par de pavos.

Recuerdo que esa tarde, al igual que todas las tardes anteriores a esa, terminé con los pies destrozados tras interminables horas detrás de aquel mostrador sirviendo cafés y demás menús. Tarde en la que terminé empapada de los pies a la cabeza por la inesperada lluvia que se presentó en esos primeros días de un paradójico otoño.

Tras perder el bus, gracias a esas deshoras de más que pocas veces James —el encargado de la cafetería donde trabajaba—, me pagaba, me encontré con los sentimientos deambulando de un lado a otro en mi interior como días atrás. Con eso, y con tan solo un sándwich en el estómago. Eso sí, con la moral junto con mis desgastadas ambiciones por los suelos. Sin olvidar, las más de cien maldiciones que habían esculpido en mi boca; una tras otra, y el más de un millón de desalientos que se acopiaban en mi alma.

Desalentada por lo infructuoso ya no solo de mi trabajo, sino de mi misma suerte, regresé al apartamento de Alina y comprobé, para mi sorpresa, la presencia de la citada goma de pelo roja en el pomo de la puerta. Señal inequívoca de que esa tarde Alina se había traído trabajo a casa. Pues nada, tocaba esperar a que concluyera el “momento caliente”. Así es como designamos la presencia de aquella goma en el pomo.

Aposté una oreja en la puerta, y tras ella, pude apreciar los elevados ahogos que Alina ensalzaba uno tras otro a su visita:

—Sigue, sigue no pares. Así, así. Métemela más, más. Mmm... Sí cariño, dámelo todo.

—Sí, nena, sí...

Puede que fuera una hora, más o menos, lo que estuve sentada en los duros y fríos peldaños de aquella escalera, próxima esta a la puerta del apartamento, esperando a que Alina terminara de atender a su cliente. Tiritando de frío y acopiando los continuos gruñidos de mi hambriento estómago, mientras sujetaba aquella deliciosa tarta de chocolate y crema en mi regazo, pasé el tiempo de espera. Una tarta que me agencié por toda la cara como precio más que justo por esas casi dos horas de más. En cuanto a Alina y esa hora y pico de espera, ¿qué queja podía yo plantearle a quien me había abierto las puertas de su casa sin pedirme nada a cambio?

No, no había queja posible. Ni debía haberla.

Punzada por la precaria situación emocional en la que me encontraba, así como por la misma hambre que hacía rugir; una y otra vez, a mis ensortijadas tripas, desenvolví con plena ansia la tarta en la que clavé dos de mis dedos. La dulce fragancia del chocolate inundó mis fosas nasales al igual que lo hizo segundos después en mi boca. Me relamí con abatido gusto los dedos cuando de repente, la puerta se abrió.

—Hasta la próxima preciosa —la voz de aquel tipo sonó sobria pero

convenientemente íntima.

—Adiós cariño —Alina, por el contrario, se despidió de forma afectuosa de su cliente; un hombre no demasiado atractivo a mi parecer, pero eso sí, muy refinado en su proceder, con un suave pico en sus labios, que fijó una más que segura próxima vez.

Fue mi hipada emoción la que avisó a mi compañera de apartamento, sobre mi presencia en aquel frío cobijo de sombras.

—Pero cielo, ¿qué haces ahí? ¿Y esa cara? No. ¿No me digas que al final te han despedido? —me preguntó Alina al verme allí parada, encogida de frío, agobiada por las emociones y con un pequeño churrete de chocolate encajado entre mis labios.

—No, ojalá. Pero vamos, no creas que no me dan ganas de hacerlo yo misma —me quejé exhalando un sostenido suspiro—. Poco me falta. ¿Quieres tarta? —Vi como los ojos de Alina viajaban de mi compungido rostro hacia aquella fragante tarta, y de nuevo, regresaban a mi rostro como sus manos a las mías.

—¡Dios santo! Pero si estás empapada. Entra, vamos. Entra rápido que aquí afuera hace corriente —sí, no cabía duda que estaba en lo cierto. Por aquel pasillo se dejaba sentir una intempestiva corriente de aire frío no demasiado benevolente—. Corre a darte una buena ducha caliente. Necesitas entrar en calor cuanto antes. Después hablaremos ¿vale?

—No, lo que realmente debería de hacer es largarme de aquí de una vez por todas —coloqué la tarta sobre la encimera y volví a hundir mis dedos en ella—. Sí, eso es lo que debería hacer —ni el dulce sabor de aquella tarta logró consolarme—. Largarme de una puta vez de esta maldita ciudad. ¡Aaaahh! —Rompí a llorar derrumbándome sobre el sofá—. Ya no lo soporto más. ¡Joder! Esto no es lo que vine a buscar.

—¡Oh, cielo! No, no te pongas así. Todo va a cambiar, ya lo verás.

—No Alina. ¡Nada va a cambiar, joder! —Tomé asiento, luego, me limpié los acuosos mocos con el puño de mi manga mientras mi mirada se perdía en la más absoluta nada—. Seguiré en ese trabajo de mierda y, por consiguiente, seguiré abusando de tu amabilidad. Cosa que odio. Y no lo digo por ti, sino más bien por mí.

—Tranquila, no pasa nada. Sabes que te puedes quedar aquí el tiempo que necesites. Lo sabes, ¿verdad? —Se sentó a mi lado y me apartó el pelo de la cara mientras yo hipaba una y otra vez repetitivas maldiciones—. Creo que te lo he dicho como, no sé. ¿Cien veces? Puede que incluso más —su sonrisa

me reconfortó. En verdad siempre lo hacía.

—Sí. Pero entiéndeme Alina. Esto no es eso lo que quiero, no, para nada —suspiré profundamente—. Esta no es la idea que tenía cuando decidí venir hasta aquí. Aunque ahora que lo pienso, creo que para nada fue buena idea venir. Alina —lloré abrazada a ella—, no quiero tener que regresar a ese infierno. No. No quiero. No podría. Por favor, por favor... no dejes que regrese.

—No lo vas a hacer. Quítate eso de la cabeza. Y claro que no voy a dejar que lo hagas.

—Mi hermana, Alina, mi hermana Alice. Yo, yo no puedo. Yo no quiero defraudarla. Sencillamente no puedo. Y mucho menos cuando le hice aquella promesa. —Las lágrimas me ahogaban—. No puedo.

—Y no lo vas a hacer. ¡Por supuesto que no lo vas a hacer! Así que tranquilízate. Venga Cat, no llores más.

—¡No quiero volver a vivir aquello! Ya no podría soportarlo. No. No podría. No soy tan fuerte como creía que era.

—Shsss... Venga, no llores más —deshaciendo mi abrazo y acariciándome la cara con ternura, me dijo—: vamos, ve a darte esa ducha, la necesitas, estás helada. —Así era, estaba completamente congelada de pies a cabeza—. Dúchate, y después, cuando estés más calmada, hablamos. ¿Ok?

—Vale —gemí.

—Muy bien —de un brinco, Alina se puso de pie obligándome a levantarme junto con ella—. Mientras usted se ducha y se tranquiliza señorita, yo voy a tratar de prepararle una sopita de pollo bien caliente. De sobre, por supuesto —sonreí—. Te hará bien, ya lo verás.

—Gracias.

—Cat, por favor. Deja de darme las gracias. Comienzas a ser un tanto cansina y repetitiva —sonreí tímidamente—. Venga, a la ducha. ¡Ya!

Tras una dilatada ducha de agua bien caliente, me acomodé a su lado en el sofá y cogí aquella humeante taza de sopa —de sobre—, que me entregó. Tras bebérmela. Le pedí uno de sus cigarrillos. Pocas veces había fumado, pero esa noche necesitaba uno. Inhalé profundamente y al dejar escapar el humo, sencillamente, me libre toda mi rabia en una extendida exhalación de etéreo humo.

Alina me tomó la mano izquierda y la apretó con fuerza.

De inmediato sentí la duda en ella. Un recelo que versaba en si ofrecerme o no, aquella propuesta suya. Esa que conllevaba una más que viable posibilidad de trabajo, además de una pesada carga emocional y social que pocas personas son capaces de tolerar.

—Cielo, ahora necesito que me prestes atención. Pero, sobre todo, quiero que trates de ver mi ofrecimiento como lo que es, una invitación, solo eso. Y si lo hago, es porque no soporto verte así. —Aprecié cierta duda en su voz. Una extraña entonación que hizo que clavara mis ojos en los suyos—. Quiero que entiendas que, para nada, te tienes que sentir obligada a aceptarla si no quieres. Recuerda que solo es una mera propuesta que puedes aceptar o no. Y perdona que me repita tantas veces. Pero necesito que esto te quede claro. Porque no pretendo, ni quiero, condicionarte. No, esa no es mi intención, para nada. Por ello necesito que entiendas que lo que te voy a proponer, es solo una opción. Y tú, decides si la aceptas o no.

—No te entiendo Alina. ¿De qué demonios me hablas?

—Cat, en serio. No tienes por qué sentirte obligada a nada, a nada ¿vale? —Ahora la vacilación se había fijado en su rostro—. Hum, a ver por dónde empiezo... —inspiró hondo.

—Intenta hacerlo por el principio —sugerí encogiéndome de hombros esbozando a la vez una leve sonrisa que más bien fue toda una mueca.

—¡Qué graciosa! —me dijo—. Esto no me resulta nada fácil. No. Pero bueno, vamos allá —musitó inquieta—. Este próximo sábado habrá una fiesta. Una fiesta un tanto especial, por así decirlo. Una de esas fiestas donde se les paga a ciertas chicas, para entretener de una forma u otra a unos señores que acuden a ella. ¿No sé si me entiendes? ¿Sabes por dónde voy, no? Dime que sí por favor.

—Creo, que sí.

—¡Uf! Gracias —resopló—. El caso es que una de las chicas en el último momento se ha indispuerto y... —de nuevo advertí cierto temor, incluso algo de dudas en sus ojos—, no sé si a ti te interesaría sustituirla. ¿Qué me dices?

—¿Una fiesta?

—Sí. Te explico —volvió a resoplar—. Se trata de una fiesta privada para un grupo de... Pues de acaudalados empresarios, que lo que quieren es pasar un rato entretenido y desenfrenado, en el amplio sentido de la palabra desenfrenado, con algunas chicas guapas.

—¿Cuánto pagan?

—¿Qué cuanto pagan? Cat, por Dios. Creo que antes de nada deberíamos aclarar algunas cosas. Como por ejemplo el explicarte de forma más exacta, a que me dedico a parte de trabajo en el Spa —Alina, con un aseverado nerviosismo, tomó de la mesita auxiliar que se encontraba a su lado, su paquete de cigarrillos.

Sacó uno y lo encendió.

—Alina, no soy tonta. Claro que lo sé.

—Y, ¿te importa, te incomoda, molesta? ¿Te asquea?

—Ni me importa, ni me molesta. Ni tampoco te voy a juzgar por ello. Ni nada de nada. Eres libre para hacer cuanto se te plazca. Es tu vida y tu cuerpo. Y solo tú mandas en ello. —La miré y le sonreí—. Sé que suena a populismo barato, pero es así como yo lo veo. —Alina esquivó mi mirada, le tomé la mano. Con un simple apretón y una llana sonrisa, quise hacerle entender que no me importaba lo que fuera—. Cuánto pagan? —volví a insistir.

Alina soltó una risita.

—Pagan muy bien. Pero si no quieres, no tienes que...

—¿Cuánto es bien?

—Entre quinientos o setecientos dólares por cabeza. Más o menos. Todo depende de...

—¡Dios! ¿En serio? ¿Setecientos por una simple fiesta?

—Sí, pero no es una simple fiesta.

—Si pagan así, desde luego que no lo es. Pero, ¿en qué consiste esa fiesta no tan simple? Puedes ser un poco más concisa.

—La verdad es que no hay mucho que contar. Sólo hay que estar guapa, ser simpática, sonreír, y... de darse el caso, pues...

—¿Follar?

—¡Solo si quieres cariño! Sólo si te lo proponen y aceptas. Y de aceptar, dicho encuentro podría tener lugar allí mismo; hay habitaciones para ello, o donde el cliente desee. Previo acuerdo con la organizadora del evento.

—¿Y eso se cobra a parte?

—Sí. Y ronda los trescientos o cuatrocientos cincuenta.

—Sí. Sí, sí. ¡Sí que quiero ir!

—¿Estás segura de ello? Cat, no tienes porqué...

—Sí. Estoy segura. Muy segura. ¡Voy!

—Cat, en serio. No tienes por qué aceptar. De veras.

—No pasa nada Alina. Y sí que quiero ir. Cuenta conmigo.

—¿De veras? ¿Estás segura? Porque no quiero que pienses que yo... — apagó el cigarro y en ese simple gesto vi un pequeño atisbo de nerviosismo. Sí, Alina estaba muy nerviosa. Puede que en parte se sintiera culpable de mi conformidad con asistir a aquella fiesta privada—. Como ya te he dicho, de darse el caso, solo de darse, no tienes porqué sentirte obligada a nada. Escúchame bien, nadie te va obligar a hacer nada que no quieras. ¿Lo has entendido?

—Sí, entendido. Y me reitero en mi sí.
Inspiré hondo.

*Se puede decir que ese fue el principio de todo.
De mi todo.*

—Cat, puede que te suene raro, pero en estos días, tanto la virginidad, como el pudor y hasta la misma decencia, están algo sobrevaloradas. Pero el peso de la culpa y esa sensación de vacío que la primera vez origina, puede ser muy dolorosa y pesada. Te lo digo por propia experiencia. No es grato el... Ya sabes. Sólo tú eres quien pone el límite. Esto quiero que lo entiendas desde ya. Sólo tú decides hasta dónde quieres llegar, hasta donde te vas a entregar. Tú pones tus límites. ¿Lo entiendes Cat, verdad?

—Sí —dije con completa rotundidad—. Y tranquila, ni soy virgen, ni tengo pudor ni lo necesito. En cuanto a la decencia. Ja, ja, ja —reí abiertamente—. ¿Qué quieres que te diga? Pues que solo es una calificación que nos atribuimos conforme damos valor a una cosa u otra. Porque lo que yo considero decente, claro está, a otros no se lo puede parecer, y no por eso deja de ser decente para mí. Alina, en serio, me importa muy poco lo que opinen los demás. Es más, mi decencia está por encima de la de muchos. Porque yo sí me considero una persona decente, y si lo soy, es porque no hay nada malo en lo que hago o en lo que haga. El problema está en los demás. En los ojos de quien nos juzgan. Así que tranquila. De darse la oportunidad, si se diera, no tendría reparos en hacérmelo con nadie. Siempre y cuando, ese alguien, sea de mi agrado y transmita seguridad.

Lo cierto es que puede parecer sencillo el ponerle precio a nuestro cuerpo, a nuestras caricias y a cada uno de nuestros besos, como si de una simple mercancía se tratara. Pero nunca resulta fácil. No. no lo es. Y mucho menos la primera vez.

Como nunca resulta fácil hacernos a la idea de que lo que estás vendiendo en realidad, es tu intimidad, el disfrute de tu cuerpo que otros harán. Y no lo es, porque por ínfima que se esa fracción que de nosotros damos a cambio de dinero, esta no deja de ser una parte de nuestras vidas.

—Pues, si lo tienes tan claro. Lo mejor será darnos prisa y comenzar a movernos.

—¿Movernos? No te entiendo.

—Toda chica que se preste a lo que tú vas a hacer, necesita una buena carta de presentación. Que viene a ser —tomó su móvil de la mesita donde lo solía dejar—, unas buenas fotos que sepan venderte. Pero para ello, antes habrá que arreglarte un poco esa maraña de pelos que tienes, ponerte algo sexy, maquillarte un poco y enseñarte a posar para que muestres ante la cámara todo ese sexapil que destilas.

—Vale.

—Ahora bien. Pregunta súper importante. ¿Cómo tienes el jardín de podado?

—¿El jardín?... ¡Ah, vale! Pues, bien, creo.

—Creo no me sirve. ¿Depilado, muy depilado o al más puro estilo salvaje?

—... depilado, estilo normal.

—Normal no vale. A muchos clientes, por no decir a todos, les gusta que esté bien rasuradito. Así como todo el cuerpo, el cual además tiene que estar muy hidratado y suave. Y ahora que te miro bien, necesitas un trabajito completo nena. Pelo, cejas, uñas, pies... ¡Uf! —resopló—. Pero tranquila, tengo a la persona perfecta para ello. Estupenda, rápida y lo mejor, barata. Lorenzo es lo más. A ver, ponte de pie —me levanté con un suspiro en la boca—. Sí, Lorenzo es tu hombre, pero eso ya mañana. Ahora hay que hacerte lucir sensacional. Y con ese cuerpo y esa cara, tienes parte del trabajo hecho.

—Pues ya está. Ahora, déjame hacer una llamada —me dijo Alina tras el pertinente adecentamiento de mi imagen y las pertinentes fotos—. Es necesario que la haga, de recibir un sí, enviaré tus fotos. Después, y según la respuesta que me den, hablamos. ¿Ok?

—¡Ok! —respondí entusiasmada mostrándole mis dedos cruzados.

Tomando su móvil y realizando esa llamada, me dijo:

—Ahora, cruza los dedos.

Mientras Alina habla por teléfono, nerviosa como estaba, tomé un cigarrillo de su pitillera. Tras encenderlo, aspiré profundamente aquella bocanada mentolada que me llevó a toser cuatro o cinco veces. Después de eso, me sentí bien. Muy bien. Aunque no así Alina. Lo podía ver reflejado en su rostro, en lo nervioso del movimiento de sus manos mientras hablaba por teléfono. En la manera nerviosa en la que andaba de un lado a otro sin ir a ninguna parte.

«Dios, me iban a decir que no», pensé.

Sentada en el sofá, haciendo repicar mis pies en el suelo, consumí casi sin darme cuenta, calada tras calada, aquel cigarrillo mientras mis ojos la observaban con detenimiento. Alina, a pesar de sus empeños, era tan transparente como el cristal. Poco, o más bien nada, pudo disimular la culpa que en cierta medida le causaba el hecho de ser ella quien me entregaba; de alguna forma, a los brazos de la depravación o a la misma codicia por dinero fácil. Pero nada más lejos de la realidad. Fui yo quien dijo sí.

De improviso, la conversación telefónica cesó.

Instintivamente, apreté los puños y elevé una silenciosa rogativa.

Alina me miró a los ojos, y tras esa breve y sostenida sonrisa, comenzó a hurgar en su móvil. Segundos después, el toque sonoro de un *wasap* la llevó a suspirar hondamente.

—Pues ya está. —Advertí como su sonrisa se torció, al igual que lo hizo el tono de su voz—. Este sábado tienes una fiesta.

—¿En serio? —me levanté de un salto, y conteniendo la respiración clavé mis ojos en ella.

—Sí. Así que lo mejor es que nos sentemos. Es necesario que te de una clase rápida de protocolo —su mirada se tornó fría, y en su boca, se dibujó una sonrisa una tanto artificial—. Cat, siéntate por favor. Vamos a hablar.

CAPÍTULO 10

Sentada frente a mí, con las manos cruzadas en el regazo; temblorosas, Alina comenzó a hablar, a detallarme cual debía ser mi forma de actuar frente a aquellos caballeros.

—Voy a explicarte un par de cosas que, como chica de compañía, es necesario que sepas y domines —dijo con cierta congoja—. Porque este próximo sábado es lo que serás, una chica de compañía —suspiró—. No quiero engañarte cielo, por eso no voy a negarte que en esas fiestas no pase nada. Porque sí que pasa. Casi siempre pasa. Además, no creo que tú seas tonta ¿no? —Le sonreí—. Bueno, lo primero que debes aprender en este oficio, es que No, es No.

—Ok.

—Cat, en serio. Métetelo en la cabeza. Esa es la primera regla. La primera de todas y la más importante. La segunda, y no menos importante, es el uso del preservativo. Siempre, óyeme bien, siempre debes hacerlo; si se diera el caso, con preservativo. Exígeselo. Y si te dicen que no, niégate a mantener relaciones. La seguridad ante todo Cat, ¿ok? —Aseveré con seguridad y rotundidad—. Después está el tema de la higiene. Siempre, siempre, deben asearse antes de estar contigo. Y en lo referente al uso de perfume, lo mejor es que uses un *spray* corporal tipo unisex. Así evitamos dejar reminiscencia de nuestra presencia en ellos. Como también es aconsejable el uso de un lubricante en tu zona íntima. Aunque no lo creas, ese simple gesto les hará creer que estás deseosa de tenerlos dentro de ti. Hecho que no muchas veces será tan deseado como desearías.

—Ok.

—No menos importante, es pedir el dinero antes del acto. Primero el dinero, después el sexo. El móvil siempre a mano y como pantalla fija, el número de la policía —se detuvo un segundo para respirar hondo, después continuó hablando—: Dicho esto, ahora voy a enseñarte a desenvolverte entre los hombres. Lo primero, es conocer e identificar a cada uno de los hombres con los que te relacionarás. Para ello, tienes que aprender a chequearlos a primera vista. ¿El por qué? Sencillo. Necesitas anticiparte a ellos, a sus gustos, a sus aficiones, debes aprender a interpretar hasta su más mínima queja. ¿Y cómo puedo averiguar todo eso, te preguntarás? Bien sencillo. Preguntándole. Sí, preguntándoles. Para ello, busca las preguntas exactas para

obtener las respuestas concretas. Con el tiempo aprenderás a dominar esta técnica, que si en un principio te parece un tanto complicada, en realidad no lo es para nada —aquella sonrisa suya lo decía todo.

—Vale, entiendo.

—Bien. En cuanto al primer contacto íntimo, sería conveniente que te aplicaras y asimilaras, por así decirlo, cuáles son sus ritmos en el arte amorio. Algo que podrás utilizar a tu favor en vuestro segundo encuentro de haberlo. También deberás... ¿cómo decirlo? Aprender a descifrar cada una de sus reacciones ante nuestras atenciones, a nuestras caricias. Esto te ayudará a anticiparte a él. Algo que sabrán agradecerte.

Mientras Alina hablaba, yo la escuchaba con los ojos abiertos como platos, aunque, a decir verdad, precisamente yo, no es que fuera una inexperta en tales cuestiones. Con esto no quiero darte a entender que más que una novata, yo fuera toda una experta practicante, que va. Pero la práctica, es la práctica. Y cuando se tiene alguna, todo resulta algo más fácil.

—Te vas a encontrar con hombres que desean que les hagas sentirse poderosos —continuó—, aunque sólo por unas horas. Otros en cambio, querrán sentirse seguros de sí mismos al verse dueños del control que ejercen sobre ti. Sin embargo, esa seguridad suya debe partir siempre de la creencia que, en él, tú, deberás fundamentar. Una creencia que se fundamenta en la idea de que le perteneces. Por el contrario, habrá otros que tan sólo busquen comprensión por tú parte. Créeme, son más de los que piensas. Éstos buscarán ser escuchados, y puede que deseen ser falsamente amados. Algunos puede que te pidan que los trates como si fueras su novia, su prometida, hasta su esposa.

—Esto sí que lo entiendo.

Aquella sonrisa, aquella que trató de dibujar, resultó ser un tanto forzada, así como sombría.

—Cat, por nada del mundo, vayas a caer en el error de creerte tu propia quimera. La que has de inventar para ellos. No te aconsejo que lo hagas. Te lo digo por propia experiencia. No te enamores —se levantó para tomar un vaso de agua. Después de calmar la sequedad de su garganta y ahogar los nervios de su voz, me dijo—: Cat, otros sólo querrán sexo. Sólo eso. Y eso es lo que tú debes darles si consintieras a ello, claro.

—Entiendo.

—¡No! No lo entiendes —el tono de su voz se endureció—. Los tendrás que complacer hasta que consigan alcanzar el mayor de los orgasmos. Y eso puede ser la peor de tus representaciones, te lo aseguro. En serio Cat. Puede llegar a ser muy difícil y casi despiadado el conseguirlo. Como difícil será el dejar tu huella marcada en su piel para que deseen volver a repetir. Pero una vez lo logres. ¡Oh! —suspiró—. Serás su dueña y señora, te lo aseguro. Incluso puede que muchos de ellos se mueran por volver a tenerte cerca, por volver a aspirar el olor de tu piel y saborear el néctar de tu cuerpo. Pero son pocas las que lo logran. ¿Podrías ser tú una de ellas? —Su sonrisa fue algo más franca.

—Quien sabe, todo puede ser —dije a media voz.

—El que te explique esto Cat, no quiere decir que tú tengas que... ¿ya sabes?

—Alina, por favor. Que no soy una niña.

—¡Escúchame por favor! —Me exigió—. Lo que pretendo con todo esto, es que llegues a comprender el paso que vas a dar. Pues una vez lo hayas dado, por muy pequeño que este sea, puede hacer que te pierdas dentro de ti misma. Como también puedes volverte atrás. Aun estás a tiempo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, tranquila. No tienes de qué preocuparte Alina —la tomé de las manos—. Despreocúpate, en serio. No soy precisamente una santa, por así decirlo. Y por favor, deja de sentirte culpable. La decisión ha sido mía, y sólo mía. El que me lo hayas ofrecido, no te convierte en culpable de nada —la vi bajar la mirada—. ¡Hey! Alina, tranquila.

—Sí, ya lo sé. Pero no puedo evitar sentirme de alguna forma culpable. No quiero que llegues a creer que yo te he..., no sé. No quiero que pienses que en cierta medida yo te he inducido a esto.

—¡No, para nada! Alina, por favor, tú no me has inducido a nada. Simplemente me has vuelto a ofrecer ayuda. Sólo eso. Cosa que yo te agradezco de corazón.

—Sí, ya. Pero puede que quizás pienses que yo lo hago porque quiero que te vayas o, que me pagues, o por que...

—¡Alina por Dios! Nada de eso por favor. Para ti sólo tengo palabras de agradecimientos. Te quiero mucho cielo. En este poco tiempo que te conozco, en este poco tiempo que hemos compartido, has resultado ser mejor amiga que las que creí que lo eran por tantos años. Es más, te considero parte

de mi familia. Aquí eres toda mi familia.

—¡Bah! No digas tonterías. No es para tanto. —Sí, sí que lo es. Al menos para mí sí lo es.

El ansiado sábado; suspirado en muchos aspectos, llegó por fin. Y con él, unos inesperados nervios que no hicieron otra cosa que urdir en mi interior un terrible miedo a no dar la talla. Aprensiones que se fundamentaban básicamente en la idea de verme como una simple chiquilla con aspiraciones de ser toda una mujer ante aquellos hombres. Aunque si lo pensaba bien, hacía tiempo que dejé de ser una niña. Me refiero a que ya no era una niña en muchos aspectos. Dejé de serlo en brazos de Allan; el que fuera amigo de mi padre y compañero de patrulla, y de Jim y de Ben. Hasta del mismo Ángel.

Curiosamente, fueron esos nervios los que me mantuvieron en vela gran parte de la noche del viernes. Una vigilia que se extendió bien entrada la mañana. Una nublosa mañana de un sábado en la que Alina, se encargó de aleccionarme adecuadamente en el que debería ser mi proceder ante aquellos hombres. Un meticuloso adoctrinamiento que me ayudaría a no parecer una vulgar fulana venida a más. Una ardua tarea, y más cuando solo tenía por delante unas pocas horas en las que debía de hacer de mí toda una refinada señorita de compañía. En pocas palabras, tenía que deshacerme de la siempre inelegante de Catherine Wayne, para transmutar en toda una dama de curtidos modales y refinados coloquios.

Alina me enseñó no sólo a sentarme correctamente, sino que me aleccionó para evitar caer en la imperfección de la ordinariez. Tan detestada y rechazaba por aquellos que pagaban por nuestra compañía.

—Cielo, hasta el simple acto de beber de una copa, tiene su conque. Sí. No pongas esa cara porque así es. —Aunque no lo creas, como yo lo hice en ese momento, hasta el simple hecho de beber tiene una forma correcta y seductora de hacerlo—. Cat, existe una forma tan sutil, como sugerente de beber. Además de encubiertamente atrevida. Es decir. Tienes que lograr, tienes que ser capaz, de seducir a cualquier hombre hasta con el simple sorbo en una copa. No menos importante es la forma en la que acercamos esa copa a nuestros labios. Al igual que lo debe ser una simple mirada o una leve sonrisa, o el sutil cruce de tus piernas. Cosas como estas, simples y llanas, deben bastarte para cautivarlos o al menos para captar su total atención. Sin olvidar por supuesto, que todo lo que hagas, absolutamente todo, debe irradiar

elegancia, presencia, cultura, inteligencia,. Prudencia —«¡Casi nada!», pensé.

Tengo que aclarar que existe todo un ritual de seducción en el proceder de una buena chica de compañía. En una CallGirl que se precie.

Lo primero de todo, es prestar especial atención en la manera en la que nos presentamos, así como en la forma en la que tomamos asiento. Ambas deben de ser del todo correctas y elegantes, y por descontado, sumamente atractiva.

En lo referente a la forma de sentarnos, lo primero es arreglarse la falda antes de tomar asiento, y una vez sentadas, nunca hacerlo con las piernas separadas. Eso es una completa ordinariéz que toda mujer debe evitar. En cuanto a la postura, está siempre debe ser erguida, manteniendo los hombros hacia abajo y hacia atrás, la mandíbula arriba (altiva, sin excedernos), el pecho hacia afuera (ya sea mucho o poco, preferiblemente mucho), haciendo alarde así de nuestros exuberantes encantos. (Es conveniente decirnos que toda mujer, por mucho o poco que tenga, lo tiene. Os lo aseguro). En cuanto a las piernas, lo correcto es cruzar los tobillos o juntar las piernas desplazando los talones ligeramente hacia atrás, sin olvidar deslizar sutilmente nuestras piernas ligeramente hacia nuestra izquierda. Muchos hombres se sienten seducidos por ella y la encuentran tan irresistible como elegante, a la par que sexy.

Un gesto sumamente seductor, es el de poner nuestra mano izquierda sobre nuestras rodillas. Para después, posar con delicadeza nuestra mano derecha sobre la izquierda. Este simple gesto, nos otorgará un aspecto un tanto tímido y candorosamente recatado. Lo que viene a ser altamente encantador y cautivador para muchos hombres. Pues para ellos (seres simples), esta sencilla postura es muestra de timidez, de un tibio candor que los enloquece. Pues para su vano intelecto sexual, la timidez pasa a ser todo un atractivo que conquistar.

—Debes prestar mucha atención a la forma en la que bebas. Existe todo ritual en el arte de beber vino o champagne de una copa —continuó Alina—. Cat, hay que sostener la copa con los dedos abiertos, así... —me mostró cómo debía hacerlo—, y delicadamente apoyados en el tallo de la copa. Este gesto bien usado, puede resultar altamente provocador y seductor. No me preguntes porqué, porque la verdad no lo sé. También te recomiendo que cuando puedas y encuentres la ocasión, coloques tu copa sobre tu escote, de

esta forma.

—¿Así?

—Sí, así —rio—. Te aseguro que, con ese simple gesto, conseguirás atraer toda la atención a tus más que resultantes atributos físicos. Que veo que los tienes. Y muy bien puestos —me dijo levantó una de sus estilizadas cejas a modo de retintín—. Y cuando bebas, por favor, mira siempre por encima de tu copa, estableciendo contacto visual con tu compañero o víctima, según sea el caso —volvió a sonreír, torciendo su labio superior de aquella forma en la que lo hacía—. Te recomiendo además que juegues con el borde de la copa, así como lo hago yo. Acarícialo de esta forma, con un dedo, despacio, muy despacio. Y después, y solo si te atreves a ir un poco más allá, introdúcelo dentro de la bebida para después llevarlo a tu boca y chuparlo de esta manera. Evita que no resulte demasiado vulgar. Si sabes hacerlo correctamente, puedo asegurarte que los tendrás comiendo de tu mano.

—Ja, ja, ja ¿En serio? ¿Con solo hacer eso?

—Sí, con solo eso los pondrás cardíacos.

—Venga ya. ¿De veras?

—Sí. Aunque no lo creas, ese simple gesto pude llegar a ser muy seductor y provocativo. Mucho. Los volverás locos. Te doy mi palabra. Parece ser, según ellos, que existe cierta semejanza entre lo que tienes entre las piernas y una copa de champan. No me preguntes, tengo respuesta a eso ni creo poder encontrarla. Quizá porque nunca me he comido uno —rio. Y yo con ella.

Tras relajar la risa, puse en práctica la teoría.

—¿Así es como debo hacerlo?

—Sí, así. Muy bien —rio complacida—. Venga. Dejémonos de bromas. En serio —suspiró—. Ahora sólo nos queda ver que te vamos a poner. Aunque con ese cuerpo que tienes, cualquier trapito te valdrá. Y ahora que te miro... Sí. Creo que tengo el vestido perfecto para ti. Sí, sí. Espera, te va a encantar. Voy a buscarlo —se levantó de un salto del sofá y corrió hasta el armario de su dormitorio. La escuché hablar sola en ruso mientras buscaba aquel vestido del que hizo mención—: ¡Sí, lo encontré!

Segundos después, Alina apareció con un precioso mini vestido de encaje negro que contaba con unas sinuosas transparencias en los laterales.

—A simple vista parece poca cosa, pero te aseguro que puesto es otra cosa bien distinta. Con él estarás sumamente atractiva y, demasiado provocativa —ambas nos reímos—. Como ves, va atado al cuello, y estas preciosas transparencias de encaje, mostrarán lo justo. ¡Dios, los vas a dejar

mudos! Boquiabiertos y babeando.

—¡Joder Alina! Me encanta. Es, increíble —lo tomé, y con él sobre mi cuerpo, corrí al baño para mirarme al espejo—. Es precioso ¡precioso! —Le grité—. Es un vestido increíble. Pero, ¿no crees que resultará demasiado... eso, demasiado? Lo veo algo cortito, por no decir que es muy cortito. Incluso, no sé, puede que parezca dramáticamente sugerente con él, ¿no te parece?

—¡Qué va! Vas a estar de muerte con él. Van hacer cola por ti, ya lo verás —me dijo dejándose caer en el marco de la puerta del baño.

—Exagerada.

—No, no exagero cielo. Vas a causar sensación. Y más si te subes a estas preciosas sandalias —dijo mostrándome los zapatos que escondía a su espalda—. Tienen un tacón de vértigo como el escote de ese vestido.

—¡Wow! Me encantan.

Sin apartar la imagen que de mí el espejo mostraba, Alina se colocó tras de mí para recogerme el pelo. Acto seguido, me susurró al oído:

—Recuerda, no es el vestido el que hace a la mujer, sino la mujer la que hace al vestido. Y tú, aunque no lo creas, eres muy elegante. Tienes un porte especial y natural que muy pocas mujeres tienen. Y por eso yo te odio —rio—. En serio Cat, eres de esas mujeres que están estupendas con cualquier cosa que se pongan. Tienes un estilo propio. Tan natural como esa elegancia innata que posees. Lo importante es que te des cuenta de ello y aprendas a sacarle provecho.

—¡Por Dios! Qué cosas dices.

—Es verdad. Y por eso me das mucho asquito nena —volvió a reír—. Pero mucho. No te puede imaginar cuanto —tomé la toalla del lavabo y se la lancé a la cara entre risas—. Para boba... —reímos—. Y en cuanto al largo de ese vestido, déjame decirte que tiene el largo perfecto para que le saques todo el partido a tus largas y asquerosas piernas —su risa fue de lo más contagiosa. Mucho más que la desacertada devolución de aquella toalla.

—Venga ya. No creo que sea tan especial como dices —le indiqué mientras volvía a mirarme en el espejo.

—Vas a estar muy sensual con él, en serio. Y para nada es corto, es ideal para ese tipo de fiestas. Fiestas donde la sensualidad y el erotismo prima por encima de todo. Te lo aseguro Cat, con este vestido acertaremos de pleno. Incluso me atrevo a decirte que más de uno, dará rienda suelta a su imaginación sobre lo que este vestido esconde. Una libidinosa duda que puede que lo lleve a querer desvelar de primera mano todos tus encantos. Todos los

que se esconderán debajo de ese mini vestido.

—Ja, ja, ja. Estás loca —a pesar de los innumerables halagos recibidos, la sombra de la duda terció mi rostro.

Alina se percató de inmediato.

—¿Qué pasa Cat?

—... —suspiré—. Te mentiría si te digiera que no estoy nerviosa. Lo estoy, y mucho. ¡Dios Alina! Me estoy muriendo de los nervios. Y si... ¿no doy la talla? ¿Y si meto la pata? ¿Y si...?

—Y si, y sí., y si ¡Nada! No va a pasar nada. Vas a estar genial. Puedes estar segura. —Me tomó una mano—. Cielo, sé bien cómo te sientes. Yo también llegué a sentirme así la primera vez. Pero te recuerdo que aún estás a tiempo para decir No —de repente, algo cambió en ella—. ¡Ves!... Ves como no debí haberte dicho nada —ahora la que daba profundos y quejosos suspiros era ella.

—¡Oh no Alina! No, no es eso. Quítate eso de la cabeza. El problema es que... Simplemente estoy nerviosa. Sólo es eso. Es solo miedo escénico —reí—. Solo eso.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Así que tranquila, realmente quiero hacerlo. Me atrae mucho la idea, en serio. Pero no puedo evitar sentirme nerviosa. Es un paso muy importante, y no quiero meter la pata como siempre

—Pues entonces lo mejor es no pensarlo más —apuntó con rotundez—. Y por supuesto es normal que estés nerviosa. Pero tranquila. Sólo tienes que pensar que es una fiesta más a la que vas a asistir —me indicó en un tono tranquilizador, clavando sus azules ojos en los míos—. Pero lo más importante, es que entiendas que nadie, óyeme bien Cat, nadie te va obligar a nada que tú no quieras. ¿Lo has entendido? ¿No?

—Sí.

—Pues nada. Manos a la obra. Ya es hora de empezar a arreglarse. La hora se nos viene encima —aquel suave beso que dejó en la mejilla me reconfortó y calmó mis miedos, no así los suyos que volvieron a salir a flote cuando me preguntó una vez más—: Cat, ¿de verdad quieres hacerlo?

—Sí Alina. Sí. Sí que quiero.

CAPÍTULO 11

Nos vinieron a recoger a la hora acordada, y con ello, el renacer de mis nervios resurgió. Y más cuando me vi en el interior de aquel gran todoterreno negro con cristales ahumados. Una cobardía que tomó forma de iracundos rebotes de nauseas en la boca de mi estómago cuando mi mirada se cruzó con la de aquella otra chica; elegantemente vestida para tal ocasión, que nos aguardaba en el interior de aquel auto.

—¡Hola Alina! —saludó con una amplia sonrisa blanca—. Hola a ti también. Tú eres nueva, ¿no?

—Sí —respondí tímidamente.

—¡Hola Thania! Ella es Cat. Cat, ella es Thania.

—Encantada Cat. Por cierto, Alina, ¿y Vanessa? ¿No venía contigo? —preguntó mientras nos ofreció cigarros de una preciosa pitillera de plata que sacó de su pequeño bolso de mano.

—¡Oh, no gracias! No fumo —le dije.

—¿Alina?

—Gracias —dijo tomando uno—. Vanessa se ha vuelto a indisponer.

—¿Amigdalitis otra vez?

—Sí. Ya sabes cómo es. No puede tener la boca cerrada.

—Sí. Es cierto —rió Thania—. Es de las que se meten cualquier cosa en la boca. ¿Qué demonios se habrá metido esta vez, eh? —la risa fue común—. ¿Tú primera vez Cat? —preguntó.

—Sí. ¿Tanto se me nota?

Oprimí con fuerzas mi bolso de mano en el que había guardado el “kit” de supervivencia (por así decirlo) que toda buena chica de compañía debe llevar: un paquete de toallitas íntimas, diferentes tipos de preservativos, lubricante, espermicida, un tanga limpio, spray de pimienta, algo de maquillaje y desde luego, mucho, mucho miedo. Demasiado.

—Un poco. ¿Nerviosa? —me volvió a preguntar Thania al ver y percibir la tensión de mi cuerpo.

—Sí, la verdad.

—Tranquila —me señaló Thania—. Es normal estarlo. ¿Quién no lo ha estado la primera vez, eh Alina?

—Cierto. ¿Quién no lo está la primera vez, la segunda y la tercera? Tranquila Cat —asintió Alina tomando una de mis manos y apretándola con

fuerza—. Tranquila. Respira hondo. Aun estás a tiempo de...
—¡NO! Estoy bien.

Los cristales tintados del todoterreno no hicieron otra cosa que impedir ver cuál era el destino de nuestro viaje por las calles de Manhattan. Tras más o menos media hora transitando sin saber por dónde, el todoterreno se detuvo y el chofer, minutos después de haberse bajado, nos abrió la puerta.

Al bajar, me di cuenta de que nos encontrábamos dentro de un amplio garaje. Rápidamente Alina acudió en mi auxilio tomándome de la mano. Y así, junto con Thania, nos dirigimos al ascensor y subimos hasta la planta 47 del que parecía ser uno de esos lujosos y modernos edificios del centro de Upper West Side.

Tras salir del ascensor, transitamos en silencio por un enmoquetado y amplio pasillo. Lo recorrimos hasta llegar frente a la puerta del piso donde tendría lugar aquella “peculiar” fiesta.

Alina fue la encargada de dar dos pequeños y contundentes toques a la puerta. Tras esos, dio un tercero. Segundos después, una hermosa joven de etnia africana nos abrió y nos dio paso tras los pertinentes saludos y presentaciones. Al acceder al interior de aquel piso, imposible me resultó escudriñar cada rincón de un amplio y formidable piso lujosamente decorado al más puro estilo minimalista. Esa más que innata actuación mía; la de examinar a conciencia aquel lugar, bien podría ser el resultado de esa sensación animal que me ahogaba. Esa que me llevaba; cual animal sitiado, a buscar la más próxima y adecuada vía de escape.

Mirara por donde mirara, los colores blancos y las tonalidades grises predominaban por todos lados, tanto en el mobiliario como en las cortinas y parte de la decoración. El color blanco era el principal protagonista en ese piso. Lo presidía todo. Y todo combinaba a la perfección con él. Incluso las pequeñas y efímeras pinceladas de colores que se apreciaban en cojines, jarrones, cuadros de autor (todos ellos), etc. Los modernos detalles metalizados combinaban de forma exquisita con algunos elementos rústicos representados en elementos de madera o cristal. En pocas palabras: era increíble.

Mirara por donde mirara, todo era sencillamente increíble.

Por fijarme, me fijé incluso en telas que vestían aquel amplio salón al que fuimos invitadas. Todas carecían de estampados. Eran sencillas y simples.

De colores puros que creaban una sensación de modernidad a la par que le otorgaban una calidez especial. Pero si algo me llamó la atención, fue el suelo. Este era de cemento pulido. Y brillaba igual o más que el cristal. Un lustroso material —el cemento—, también presente en la increíble chimenea que presidía aquel salón. Y qué decir de ese techo inmensamente alto.

En pocas palabras: me sentí fascinada cual mosca ante una inmensa fuente de gelatina.

Cuántas veces soñé con poseer algo así mientras ojeaba las revistas de decoración que se rehusaban, una vez pasadas, de la que fuera la peluquería de la madre se Zoe.

Mientras Alina conversaba con las chicas, a la espera de las que aún quedaban por llegar, yo, con temeroso paso, me acerqué hasta uno de los grandes ventanales que bordeaban toda la estancia. Colosales ventanales que reemplazaban dos de los muros de aquel salón. Con una ligera aprensión por las alturas, me aproximé a él. Las vistas que me brindaba eran más que fascinantes. Todo el bullicio efervescente de Manhattan, el cual comenzaba a despertar a una nueva noche de sábado, se encontraba frente a mí en toda su inmensidad. Desde allí, una podía llegar a sentirse todopoderosa.

Una acongojadora sensación se apoderó de mí.

Sensación que me gustó. Y mucho. Pero mucho, mucho.

Me sentí como una princesa presa en su torre.

Sí. Como una princesa del todo expectante a la llegada de su príncipe azul. En este caso, varios serían los príncipes y varias las damas a rescatar.

Una vez se me pasó la fascinación del lugar donde me encontraba, caí en la cuenta de que en aquel lugar; junto conmigo, ya había unas nueve chicas. Diez en total incluida yo. Todas ellas elegantemente vestidas y con perfiles muy diferentes las unas a las otras. Me refiero a que había chicas rubias, morenas, asiáticas, europeas, incluso una seductora belleza africana. Chicas de piel nacarada, así como de deliciosa piel morena. Pero todas, en suma, hermosas y elegantes. Yo por mi parte, me sentí como un patito feo entre todas ellas: elegantes y gráciles cisnes.

De improviso, una voz rotunda y armoniosamente femenina sonó tras de mí.

—Alina, querida —como de la nada, la voz de aquella mujer apareció a mis espaldas—, acércate. Tenemos que hablar.

Haciendo de las mías y con ese desparpajo que me precede, la examiné al milímetro. Aquella mujer perfectamente ataviada en un precioso

modelo traje chaqueta de Ralph Lauren, a lo sumo tendría unos cincuenta años. Puede que incluso algunos años más, pero de lo que sí estaba segura, era que aquel impecable moño francés para nada convalidaba con ese cuidadoso estilo que se gastaba. Un señorial aspecto que me recordaba al de las grandes divas de las telenovelas suramericanas.

Ella sin lugar a dudas, fue el colofón del lujo, el broche de honor de la fiesta que estaba por venir. En cuanto a mí, aunque no lo creas, por momentos comencé a sentirme como pez en el agua entre tanta desconocida.

«Desde luego yo estaba hecha para esos lujos. Sí. Desde luego que sí».

—¿Ella es la chica de la que me hablaste? —preguntó mientras sus avispados ojos oscuros me examinaban concienzudamente de arriba abajo.

—Sí. Cat, por favor —la llamada de Alina me sobresaltó—, ¿puedes acercarte? —Me acerqué, sí, pero con los nervios hechos nudos en mi tripa—. Cat, permíteme que te presente a Miss April Tyler. Miss Tyler, que es como la llamamos las chicas, es la dueña de “Caresse le rêve”, el centro de masajes erótico o el Spa, donde trabajo. Miss Tyler es la encargada de organizar estos eventos.

—Encantada —dije extendiendo mi temblorosa mano. Mano que ella en absoluto tomó. Una declinación del todo educada y correcta, pero una renuncia, al fin y al cabo.

—Bien, bien, bien... Ya veo, ya. Cariño, por favor, date una vuelta para que te vea bien. Pero trata de hacerlo despacio, por favor. Gracias —y despacio me giré—. Vaya, vaya. La verdad es que no me la imaginaba así. No. Para nada. Y a decir verdad, me gusta, y mucho, lo que veo.

—Ya le dije Miss Tyler que era una verdadera preciosidad. Además de ser una chica con un encanto especial. Pronto se percatará de ello usted misma cuando la vea interactuar con los clientes. —¿Cómo? Pensé. ¿Cuándo me ha visto ella a mí interactuar?

Sonreí algo contrariada pero muy agradecida.

—Sí, sí. La verdad es que sí. No sé, pero tiene algo, especial. Me gusta. Como también me gusta esa elegancia natural, refinada y airosa que tiene. ¡Sí, me gusta! Lo cierto es que es muy agraciada en muchos y diversos aspectos. Cariño —me habló—, sólo espero que sepas desenvolverte como es debido y estés a la altura —sin dudarle, afirmé con una amplia sonrisa. — Bien. Buena actitud, me gusta —seguidamente, se volteó para el resto de las chicas y gritó—: ¡Chicas, chicas! Venga, venga. Vamos a lo que vamos. ¡Venga! —Las palmeó—. Dejemos los cuchicheos para después. Venga, por

favor... Id tomando asiento. Que no lo tenga que repetir dos veces. Hay algunas cosa que tenemos que puntualizar antes de que lleguen los caballeros. Venga, sentaros, que es para hoy. No quiero que pase como siempre y se nos pase el tiempo. Recordad que en menos media hora estarán aquí esos hombretones — al oír esa palabra: “hombretones”. ¡Dios! Todo mi cuerpo se estremeció de arriba abajo—. Venga. ¡Hablo en serio!

Una vez todas sentadas, ella tomó posiciones frente a nosotras.

—Bueno, comencemos. Antes de nada, tengo que puntualizar algunas cositas. Lo primero de todo, es dejaros claro que no quiero escenitas como las de la última vez. ¿Me has oído bien Chloé? —La aludida afirmó con cierto disgusto—. ¡Bien! Eso espero. Continuemos. Segundo punto de esta noche. Dejemos de lado las rivalidades. Esto no es un mercadillo chicas. ¿Os queda claro? —Todas afirmamos—. Recuerden señoritas que no estamos en el Soho, así que cuidado con volver a meter la pata. Ya sabéis a qué me refiero —todas las chicas, incluida yo, bajamos la mirada—. Bien. Veo que lo habéis entendido. Y eso espero, la verdad. Porque la última vez fue muy bochornoso veros como meras verduleras tratando de quedarse con la mejor pieza. Vergonzoso por no decir lamentable —replicó—. ¡Quedáis avisadas! Y de darse el caso, como la última vez, y eso va por ti Shaina. Tomaré las medidas oportunas. Y os puedo asegurar que no os van a gustar. Así que no quiero nada de acosos. ¡Nada de acosar! Dejad que sean ellos quienes tomen la iniciativa. Haceros notar, eso sí. Pero sin llegar al acoso —sin saber el porqué, vi como sus ojos se clavaban en mí—. Cuarta puntualización y no menos importante. Ellos, y sólo ellos, disponen. Pero os recuerdo que no estáis obligadas a nada. Y eso va por ti cariño. Espero que Alina te haya dejado bien claro que en esta profesión, NO es NO.

Ahora sí, sus avispados ojos, escondidos tras las pequeñas gafas estilo secretaria que se colocó para leer sus anotaciones, se clavaron en mi persona, al igual que lo hicieron los ojos de todas las allí presentes.

Yo, por mi parte, simplemente asentí con un leve gesto de mi cabeza que fue acompañado de una ridícula sonrisa nerviosa.

—Las “aproximaciones” —hizo un pequeño gesto con sus manos simulando las comillas. Todas sonrieron—, de haberlas. Se tratan conmigo. ¿Me habéis oído bien, no? Os recuerdo que esos temas hay que dejarlos bien atados. No quiero líos con la poli. ¿Entendido? —Todas asentimos, yo también—. Pues bien. Creo que eso era todo —se quitó sus gafas y se las colocó en su escote a modo de singular complemento—. Ahora sólo espero que tengáis en

cuenta cada una de mis puntualizaciones. ¡Venga! A ponerse guapa. Que ya están por llegar.

—¿Miss Tyler? —Apuntó una chica de bonitas líneas asiáticas—. ¿A quién tenemos el gusto de distraer esta noche? —Rio—. En el mensaje no nos especificó nada.

La respuesta a esa pregunta me interesó.

—¡Oh! Es cierto. Gracias por recordármelo querida. Veamos... Se trata de un grupo reducido de empresarios muy acomodados. Todos ellos hombres influyentes en las altas esferas de Manhattan. Creo recordar que serían entre unos siete u nueve. Y como siempre digo, y lo repito para la nueva, no hay ningún tipo de vínculo o de relación entre ellos. Todos han sido escogidos al azar. Eso sí, son poseedores todos ellos de excelentes capitales, así como de importantes posibilidades —su risa lo decía todo—. Ya me entendéis, ¿no? Por eso siempre os machaco con la importancia que tiene la simpleza de hacerles sentirse cómodos y felices. Por cierto, cariño —toda la atención de Miss Tyler, al igual que la mirada de todas las chicas, recayó sobre mí una vez más—. ¿Cómo te debo presentar? ¿Tienes nombre artístico? —Todas rieron.

—Pues. No sé. ¿Cat?

Todas, incluida Alina, volvieron a reír.

—Ja, ja, ja. Cariño. Esos caballeros no quieren conocer, y mucho menos relacionarse con una Cat, o con una Luci. ¡No! Ellos aspiran a conocer a Lulú, a Valeria, a Alina, a Thania.

—Pues, no sé.

Más risas.

Me sentí ridícula. Inmensamente ridícula.

—Déjame pensar. Ummm... Veamos, veamos. Creo que tienes cara de... Espera un momento. ¿Ese perfume que llevas puesto es por casualidad Chanel Nº 5? —Yo asentí. Alina fue quien me lo había proporcionado—. ¡Channtel! Sí. ¡Eso es! Tienes cara de llamarte Channtel. ¡Me gusta! Sí, me gusta. ¿Qué me dices? —¿Channtel? —me gustó, y mucho —Sí. Creo que es idóneo para ti.

—Sí, la verdad es que me gusta —rápidamente, busqué la aprobación de Alina.

Su amplia sonrisa fue su respuesta.

—Pues bien. Desde ahora, ese será tu nombre de guerra. Channtel. Me gusta, como tú. Por cierto, Channtel, dependiendo de cómo te desenvuelvas esta noche, tú y yo hablaremos de negocios. Tenlo en cuenta.

Miré a Alina y su sonrisa era más amplia que la mía.

¿Cabía la posibilidad de una proposición de trabajo?

Pues todo aventuraba a que así pudiera ser.

Tiempo al tiempo.

Antes debía superar la prueba de fuego, y esta estaba por empezar. Y lo hizo justo cuando tras nosotras sonó el timbre de la puerta.

Todas las chicas, yo incluida, nos pusimos de pie. Tratando de recomponer nuestros elegantes vestidos. Así como la postura más idónea y acertada para recibirlos.

Uno a uno, éstos fueron llegando en escasos intervalos de minutos. Y mientras lo hacían, advertí como los nervios comenzaron a devorarme por momentos. Para qué negarlo, la verdad. Estaba muy, pero que muy nerviosa. A la vez que excitada por el reto a superar.

Para tratar de calmar en la medida de lo posible mis crispantes nervios, inspiré profundamente y decidí hacer de esa noche la gran oportunidad de mi vida. De mi futura vida. Aquella que deseaba que fuera. Una vida llena de lujos, de dinero fácil y de hombres. Hombres atractivos y ricos, entregados todos ellos a mí. Sólo a mí. Además, estaba esa gran oportunidad que me llegaba de manos Miss Tyler.

Cuando las presentaciones fueron formalmente hechas, comprobé con asombro cómo sin quererlo, fui la admiración de gran parte del grupo masculino. Hecho que pareció no gustar a más de una, e incomodar a otras tantas. La que sí se percató de tal detalle fue Miss Tyler. Una fascinación que pareció agradecerle.

Creo que sería oportuno el hacerte mención de un pequeño detalle: seis, solo seis fueron los caballeros que hicieron acto de presencia esa noche. Así que, si las cuentas no me fallaban, éramos diez chicas para tan sólo seis hombres. Interesante proporción, ¿verdad?

Me fijé en que todos y cada uno de ellos, iban perfectamente acicalados de los pies a cabeza. Luciendo excepcionales y carísimos trajes de chaqueta de tres piezas. En la mayoría de los casos, hechos a medida.

Por supuestísimo.

Aunque no todos.

Había un tipo, alto y corpulento, que destacaba no sólo en su vestir,

sino en el chocante halo de misterio que lo rodeaba, como el mismo hecho en sí, que recaía sin más en su original deseo de mantener las distancias que con el resto de personas allí presentes, incluida por supuesto, yo.

Muchas fueron las preguntas que me hice al verlo. Como, por ejemplo: ¿por qué y para qué acudir a una fiesta de ese tipo, cuando renuncias a mantener siquiera una breve conversación o mirada?

Fue esa peculiar renuncia suya y esa no querer estar o saber lo que me atrajo de él, además del atractivo físico que por descontado lo adornaba.

Cierto es que Miss Tyler recalcó en no acosar, pero aquel tipo era más que acosable. ¿No sé si me entiendes?

El caso es que me sentí fascinada por él.

Por él y todo él.

Y a pesar de la sobriedad de su gesto, a pesar de sus vanos intentos por tratar de pasar inadvertido allí donde era del todo imposible hacerlo, la fascinación que causó en mí fue en aumento, y más cuando empecé a profundizar en todo su conjunto. Un todo en el que se integraba de forma inmejorable la elegante americana de fino y resplandeciente terciopelo azul marino; acorde esta con un ajustado vaquero que vestía. ¿Y qué decir de ese ceñido vaqueo? Pues que resaltaba más si cabe su ya de por sí respingón trasero. Como aquella sobresaliente americana lo hacía con el gris azulado de sus ojos y con la recia amplitud de sus hombros.

Por otro lado, la camisa de delicado algodón egipcio que cubría su torso; además de ser carísima y sublime, realzaba lo airoso de la musculatura de su pecho, en perfecta armonía esta con las proporciones de su cuerpo, de sus manos. Grandes y fuertes, cual gladiador romano. Manos donde brillaba por su ausencia anillo alguno, para gusto y disfrute mío.

Su torso, cual Adonis, no hacía otra cosa que alimentar mis más bajas pasiones por él, incrementar unos delirantes deseos de arrancarle la ropa y... poseerlo allí mismo. No sin antes besarlo hasta hacer sangrar nuestros labios.

Con total sinceridad te digo, que nunca antes en mi vida, imaginé sentirme tan atraída y húmeda por un hombre como lo estuve por él en ese primer momento en el que posé mis ojos en él. Y echando la vista atrás, creo que esa fue la primera vez en toda mi vida que me sentí así de encendida por un hombre.

La ya mencionada camisa de inmaculado blanco, además de resaltar lo moreno de su piel y lo depilado de su pecho; algo que se dejaba entrever por lo desbotonado de la misma, dotaba de luz a un semblante un tanto apagado y gris.

Con total discreción —la que puede confrontar dada mi dispar personalidad—, me fijé una y otra vez, en su brillante mirada, además de hacerlo en sus cabellos de profundo color castaño. Cabellos que llevaba ligeramente revueltos y hacia atrás de forma natural. Por suerte, él no era de ese tipo de hombres que hacen un uso desmedido; como ya lo hicieran buena parte de los partícipes a tal evento, de la pegajosa y asquerosa gomina.

Él no.

Él los llevaba al natural por así decirlo.

¡Dios! Cuando hizo aquel gesto, aquel simple gesto con su mano derecha para alisárselos hacia atrás, todo mi cuerpo se estremeció como un flan, dando lugar a la humedad en mi diminuto tanga. Una humedad que incluso llegué a percibir entre mis inquietas piernas y que interfirió en mi respiración, entrecortándola por algo más de unos segundos. No es de extrañar que más de una vez me viera obligada a desviar la mirada de él. Pues de seguir haciéndolo, caería presa de mi propio despropósito de poseerlo.

No sabría explicarte el porqué de aquello, la verdad. Pero no sólo me sentí sexualmente vinculada a él, sino que me sentí irremediabilmente atada a él. Al fútil aroma que de él alcancé a percibir y a lo bruñido de su mirada. Aquella que trataba de esconder una y otra vez.

Me vi encadenada a un total desconocido que no hacía otra cosa que acosarme desde la distancia con la lustrosa luz de sus ojos cuando yo los cazaba con los míos. Ojos regados de largas e interminables pestañas.

Así, entre el ir y venir de mis miradas, no pude evitar fijarme en que su rostro estaba enmarcado por una barba de pocos días. Barba que le otorgaba un plus a su ya desmedido encanto masculino. Pero lo cierto es que fue su triste mirada; porque era tan apesadumbrada como trágica, además de lo ausente de sus conversaciones con todos los allí presentes, lo que me hizo fijarme en él más de una vez y de dos. Y de tres. Como el hecho de mantener conmigo, y de la forma tan sibilina en la que lo hacía, ese discontinuado contacto visual. Porque nos mirábamos a escondidas y de forma no menos que encubierta. Una desquiciante situación que me llevó a un imposible como era: el no poder apartar mis ojos de él.

En cuanto a su edad, esta podría estar comprendida entre los cuarenta o cuarenta y cinco años. Puede que más o menos. Ciertamente no soy muy dada a deducir ese tipo de exactitudes.

Se me da muy mal, lo reconozco.

En resumidas cuentas: fue tal mi fascinación y contención por él, por el Señor X (como decidí denominarlo), que la presencia del honorable y distinguido señor Patterson —una hora más tarde que la del resto de caballeros—, se me pasó por alto.

Sí, así de simple.

Craso error.

CAPÍTULO 12

Pero, ¿en serio estaba Jeff Patterson allí? ¿Qué demonios hacía el padre de Judith y ex de Michelle en una fiesta como esa rodeado de esa clase de mujeres?

No daba crédito a lo que veía, cuando lo vi. Y mucho menos cuando tanto aquel lugar, como aquellas chicas —en las que me incluía yo—, no eran precisamente del todo apropiados para tal insigne caballero. El mismo que abandonó a su esposa e hija para fugarse a Nueva York nada menos que con la jovencísima hija del pastor de WearGreen. Pero allí estaba él. El todopoderoso, el juicioso y escrupuloso del señor Patterson. Rodeado de un grupo de “impúdicas desvergonzadas”. Un acreditado calificativo, según su juicio, con el que denominaba a las mujeres de mala vida como mi madre, y por añadido, a mí.

«¿Jeff Patterson aquí? ¡Wow! Ver para creer», pensé.

Lo más gracioso de todo, fue el hecho de que aún para muchos en WearGreen, tal acto de abandono por parte del insigne del señor Patterson, que como ya he dicho, dejó a su familia para fugarse con la joven hija del pastor, no atesoraba mal alguno.

¡Ja, ja! Me rió yo de todos y cada uno de esos pusilánimes engreídos de mierda, capaces de creer a pie juntillas lo que un malnacido es capaz de venderles como bueno y correcto. Y solo porque aquel que sustenta la ley, posee un poder económico superior a la masa cerebral que muchos en WearGreen atesoran.

Qué cierto es ese dicho que dice que: donde manda el dinero, no manda patrón. O algo así por el estilo.

Por supuesto, y me apostaría el cuello en ello, a que toda esa falta de reproche a tal vil acto, como el que cometió el distinguido, el caballeroso, el respetable, el cabal y el honorablemente Jeff Patterson, se debiera en gran parte a la compra de su reconocimiento y su honor, al más puro golpe de talonario, como todas y cada una de sus actuaciones en WearGreen, su feudo personal.

No cabe duda —y mucho más ahora que domino toda la verdad—, que toda WearGreen estaba bajo el yugo inquisidor de varias familias pudientes. Y

ellas, y sólo ellas, dictaban lo que era decente de lo que no lo era. Y ese fue el caso del “respetable” Jeff Patterson. El máximo inquisidor de aquel pestilente feudo de idiotas.

Indudablemente, él no tuvo tal despiste para conmigo.

No. Que va. Me reconoció de inmediato. Y eso que hacía algo más de tres años que no nos veíamos. Así que la pregunta a hacerse era del todo evidente: «¿Tal era la impresión que mi insignificante persona (como solía referirse a mí entre sus “allegados”, incluida su hija”), causaba en él, que me tenía del todo presente en su memoria?».

Pues vaya. No sería yo tan insignificante como creía.

Es más, el hecho de reconocerme, de saberme allí, creo que lo puso muy, pero que muy nervioso. Y eso me gustó. Más de lo que yo hubiera esperado.

Con gran esfuerzo, traté de dejar de lado su insufrible presencia, y para ello me concentré en la conversación que, junto con Alina y Thania, mantenía con dos agradables caballeros de nombre Andrew y Kevin. Dos ricos y jóvenes abogados de la zona de Brooklyn y Upper West Side. Una entretenida tertulia que los cinco manteníamos sentados en una de las esquinas del elegante sillón de piel blanca que presidía aquel salón, cuando de improviso, esta fue interrumpida sin más, por Patterson. Quien, tras esbozar una sonrisa ligera y una ridícula excusa, me tomó del brazo y me apartó del grupo de mala forma.

Ni siquiera lo vi venir.

—Suéltame. ¡Qué me sueltes joder! Me haces daño ¡Suéltame! —le indiqué mientras casi a empujones me vi arrastrada hasta la terraza que aquel formidable piso poseía.

No dudé en agarrarlo de la muñeca que me mantenía presa, y retirarle su asquerosa mano clavándole mis uñas.

—¡Aahhh! —protestó—. ¿Qué demonios haces?

—¡Tratar de ahuyentar a un mal bicho como tú!

Cuando nuestras miradas se cruzaron, ni la helada brisa que corría fuera, logró ahogar la llameante rabia que nacía en mí hacia ese hombre. Toda la piel se me erizó y no sólo por lo desapacible de tal brisa, sino por la cercanía que ese hombre estableció entre nosotros. Hasta mis pezones despuntaron por lo brusco del cambio de temperatura. Hecho del cual Jeff se

percató de inmediato. Y creo que tal suceso, no le disgustó demasiado.

—¿Qué demonios haces tú aquí, Catherine? —sentí como me clavaba sus dedos en cuando me tomó de los brazos.

Sin reparo alguno por él, me libré de su amarre y aposté posiciones frente a un hombre, que, a pesar de ser un cínico repugnante, siempre me pareció irresistiblemente atractivo. Probablemente herencia materna.

—Pues lo mismo que usted, señor Patterson. Divertirme. ¿A caso hago mal? ¿Hago daño a alguien por estar aquí? Yo creo que no —le dije mientras me liberaba de su amarre.

—¡No seas grosera niña! —me increpó a voz baja con dureza. Vi en su mirada cierto brillo de disgusto hacia mi presencia. Aunque yo apostaría que más bien era por otra cosa. Y bien diferente.

—¡No se confunda señor Patterson! Y si me disculpa, antes de que me asaltara como lo ha hecho, por si no se dio cuenta, me lo estaba pasando muy bien conversando con unos amigos. Así que —Jeff volvió a inmovilizarme, esta vez con mucha más fuerza. Con más saña que la primera vez que me enganchó.

Esta vez a diferencia de la primera, me arrastró impulsivamente hasta que mi espalda quedó pegada a la pared. Quedamos así ocultos a las miradas de todos los que se encontraban dentro del salón. Ocultos por las sombras de una noche carente de luna y estrellas. Una noche tan cerrada y oscura como la mirada que Jeff me dedicaba en ese preciso momento.

—¿A qué demonios crees que estás jugando niña? Este juego te queda grande. Demasiado grande para una pueblerina como tú.

—No estoy jugando a nada. Y en cuanto a mi postura frente a las personas que se encuentran ahí dentro, déjeme decirle que poco o nada se me queda grande. Al contrario. Situaciones como esta se me hacen pequeñas.

—Te lo voy a volver a repetir, y esta vez quiero una respuesta correcta a mi pregunta: ¿Qué demonios haces tú aquí con esas mujeres?

—Ya le he dicho mi muy querido señor Patterson, que estoy disfrutando de una grata velada con un par de amigos.

—¿Crees que...! —Bajó el tono de su voz—. Crees que soy estúpido ¿o qué? ¿Crees que no sé qué cada una de esas chicas son vulgares putas a las que se les ha pagado para...?

—¿Putas? No, que va, para nada. Simplemente somos señoritas de compañía. Sólo eso. ¡Putas! Por Dios. Eso lo son otras.

—¡Déjate de tonterías Cat!

—¿Tonterías, no?

Sin mediar palabra, apostó su cara al lado de la mía para susurrarme al oído, mientras me apretaba con una mano el cuello. Yo ladeé la cabeza para apartarme de él, y aprecié la falta de aire según apretaba mi cuello. Me sentí presa entre la pared y su cuerpo. El cual parecía excitarse por el momento y quizás por la cercanía del mío. Así lo sentí en el ligero abultamiento que me presionaba en mi muslo.

—Me... me estás haciendo da... daño. Suel... suéltame.

—Nunca me ha gustado que se rían de mí. Y menos una niñata como lo eres tú. Ya lo sabes Catherine Wayne. ¿O acaso te has olvidado de cómo me las gasto?

—No. Para nada. Cómo olvidarlo.

—Pues bien. Ahora te voy a soltar y quiero que me respondas adecuadamente. ¿Ok?

—¡Ok! —necesitaba y con urgencia que me desenganchase del cuello.

—Bien. Habla.

—¿Qué es lo que quiere saber, el por qué estoy aquí?

—Podemos empezar por ahí, por ejemplo.

—Nada más sencillo de responder —su ceño se torció—. Si mal no recuerdo, y si hace memoria, yo soy la hija de la puta de Sharon Wayne, viuda de Bob Wayne, alguacil de WearGreen. Mujer a la que hombres como usted, han convertido en lo que es hoy. Una infeliz que no se puede mantener en pie sino es a base de alcohol y drogas. Una mujer que ha dejado de ser madre de dos hijas para convertirse en un despojo humano. La misma que me recuerda a base de palizas que es mi madre día tras día. Una mujer a la cual, usted, ha utilizado hasta la saciedad. ¿O acaso cree que no sé lo de sus encuentros con ella en la que era mi casa? La misma casa que usted embargó una vez fallecido mi padre. La misma casa que se ha cobrado a base de polvos —la fría expresión que se había fijado en su rostro se transformó en una expresión rígida y cruel. El mío, por el contrario, era regado por rabiosas lágrimas que fluían por mis mejillas, mientras un prudente sollozo que hacían temblar las palabras que salían de mi boca—. Seré una niña y todo lo que usted quiera, sí, pero no precisamente sorda. Y menos en una casa donde las paredes eran de cartón.

—No sé de qué demonios hablas.

—Sí, sí que lo sabe —observé como su rostro se quebró—. Puede que mi madre sea la zorra más grande y la puta entre las putas de WearGreen. Sí.

Pero bien que te has corrido dentro de ella más de una vez ¡eh! ¿A caso estoy equivocada, señor Patterson? No. Creo que no. —Por la expresión de su rostro, pude comprobar que yo estaba en lo cierto.

—¡Zorra! —trató de agárrame nuevamente por el cuello, pero yo fui más rápida y agarré su mano clavando mis uñas en ella, a lo que el retrocedió algunos pasos.

—Sí, seré una zorra, la hija de una puta, sí. Pero que no se te olvide que soy la hija de la misma puta con la que se ha corrido infinidad de juergas, mi querido señor Patterson. Y si estoy aquí, es sencillamente porque... —Tuve necesidad de tragar saliva para tragarme aquel nudo—. ¿Qué se puede esperar de la hija de una vulgar mujerzuela, de una fulana borracha, de una maltratadora? Pues huir. Y eso es lo que yo he hecho. Huir, sí. Huir, alejarme tanto de ella como de todos y cada uno de vuestros insultos, de vuestras miradas inquisidoras, de vuestras viles patrañas acusadoras. De lo decadente de ser la hija de Sharon Wayne —las lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas—. Y si estoy aquí, es cuestión del destino. Aunque no lo crea, así es. Pero claro, después de escuchar reiteradas veces por su propia boca que yo acabaría como la zorra de mi madre. No es de extrañar que nos encontremos aquí. ¿No cree?

—¡Joder! Eres, eres tan miserable como lo es tu madre.

—Ya sabe lo que se dice, de tal palo tal astilla Y por favor, quédese tranquilo. No seré yo quien le descubra. No. No es esa mi intención. No seré yo quien mancille su honor —reí—. Por cierto, debería prestar más atención a su hija y menos a su polla.

—¡No te atrevas a meter a mi hija en esto!

—¿Yo? No, para nada. Que va. Esa no es mi intención. ¡Dios me libre! Pero sí que debería estar más pendiente de quien se la meta a ella que de donde me pueda meter yo. Más que nada lo digo porque, no creo que se vea bien en WearGreen que madre e hija compartan el mismo hombre y en la misma cama ¿no? ¿Qué diría la buena gente de WearGreen de saberlo? Dígame —se las debía todas no sólo a Judith, sino al impresentable de su padre.

—¿Qué diablos estás insinuando? —trató de volver a agarrarme, pero esta vez no se lo puse tan fácil.

Pues sí. Su adorada hija se acostaba con el que sería el próximo marido de su ex Michelle. Y si yo lo sabía, fue por boca del mismo Ángel cuando en unas de sus corridas, perdió la cabeza y me desveló que mi coñito

era mucho más rico que el de Judith.

—¡No se atreva a tocarme! Porque soy capaz de montarle el numerito de su vida. Y juro por Dios que no dudaré en hacerlo. Yo no tengo nada que perder.

—Eres, eres...

—Sólo soy una buena chica que lo único que pretende es ayudarle. Y sí le digo esto, es sólo porque no quiero que se lleve la sorpresa de su vida. Preste un poco más de atención a la poca familia que aún le queda, y deje de considerarme el ombligo del mundo. Porque sencillamente no lo es, mi querido señor Patterson.

—¡Vete a la mierda Cat Wayne!

—Más cerca de ella no puedo estar en este preciso momento, señor Patterson —con algo de fuerza y poco más de rudeza, lo obligué a apartarse de mí—. Si me disculpa, aun me quedan caballeros por conocer. Y lamentándolo mucho, y aunque le joda, no posee la potestad de mi persona como sí la tiene de mi madre.

—Espera, espera... ¿a dónde va tan rápido señorita? Usted y yo no hemos terminado de hablar —Patterson se volvió hacia mí y tras prenderme de las muñecas, volvió a inmovilizarme contra la pared. Esta vez dolió—. Voy a obviar lo que has dicho de mi hija. Lo que no quiere decir que me olvide de ello. ¿De acuerdo? Y si lo que quieres es jugar. Pues nada. Vamos a jugar. ¿Eso es lo que quieres no? Pues venga, juguemos. Y si como dices ha sido la mera casualidad la que nos ha citado esta noche aquí, pues nada, dejemos que siga su camino —de nuevo sentí aquel nudo en mi garganta. Y más cuando una de sus manos recorrió todo lo largo de mi muslo, desde mi rodilla, hasta colarse entre mis piernas—. Y atendiendo por qué esas chicas están aquí, por descontado tú también estás por y para lo mismo ¿no?

—¡Suélteme!

—No preciosa. No se vale —me susurró mientras su mano se deslizaba, arriba y abajo por entre mis muslos—. Me gusta mucho lo que toco. —Su mano tardó poco en colarse bajo mi ropa interior.

—Suélteme... me das, asco.

Al contrario de lo esperado, Patterson se colocó con fuerza contra mí a la vez que se balancea de atrás hacia adelante, logrando de esta manera, presionar mi entrepierna con lo abultado de la suya—. Ahora el que quiere jugar soy yo. Y es mi juego el que prevalece sobre el tuyo.

No pude evitar que se me acelerara el corazón cuando trató de ir más allá.

—No, no... ¡No! —exigí entre lágrimas.

Peor que sus caricias fue la risa con la que coronó su retirada.

Sin haber hecho nada, lo hizo todo.

Hizo que me sintiera el ser más despreciable sobre la faz de la tierra. Una mera puta como lo era mi madre. Ese malnacido consiguió mover los cimientos que sobre mi persona yo había sustentado a base de horas de llanto y dolor.

Al menos, me quedé con ese buen sabor de boca al comprobar que el honorable Jeff Patterson, se largó con un no menos que evidente cabreo y con una fehaciente mueca de disgusto en su recio rostro. Y ya no sólo porque yo estuviera allí y fuera espectadora de primera mano, como lo era, de las libidinosas actuaciones y gustos que el más respetado hombre de WearGreen se gastaba. No. Más bien creo que lo que le molestó —dejando de lado mi acertada o desacertada puntualización sobre su hija—, fue el hecho de que, a diferencia de mi madre, yo no me amedrenté frente a él. No. Yo sí que le planté cara, y creo que eso fue lo que le jodió de verdad. Eso, y no poder como de costumbre, imponer su santa voluntad.

«¡Pues que se joda! A la mierda con él y su doble moralidad de mierda.»

Sí, el honorable Jeff Patterson se largó ciertamente cabreado y muy molesto.

Durante unos segundos, traté de serenarme, de encontrarme a mí misma dentro de esa vorágine de sentimientos a los que me había arrastrado ese maldito hombre. En silencio, y frente a la infinita belleza que aquel elevado balcón me mostraba de Manhattan, procuré tragarme cada una de mis lágrimas.

Sola en mi ahogo, permanecí con la vista fija en mi dolor.

De repente, a mi espalda, alguien me habló

—¿Estás bien? —me giré y lo vi, a él, al Señor X.

CAPÍTULO 13

—¿Estás bien? —me giré y lo vi. A él, al Señor X—. ¿Champán? —tomé la copa que me ofreció y clavé mis ojos en los suyos. Rápidamente y de forma drástica, él desvió su mirada llevándola hacia lo infinito del hermoso horizonte que se desplegaba frente a nosotros.

Manhattan parecía brillar más que la misma luna.

—Sí. Gracias.

—No tienes por qué darme —su voz sonó distante, y una silenciosa ausencia, que no distancia, se estableció entre nosotros.

Quedamos mudos, él y yo. Pero la sonoridad de su voz se extendió en el aire como uno de sus besos lo haría sobre mi piel, erizándola por completo.

Al igual que él, durante un tiempo estuve observando el brillante y melancólico horizonte en silencio. Sólo roto este de vez en cuando, por el frenético eco de lejanas sirenas que iban y venían. Varios minutos fueron los que permanecemos así, uno junto al otro en silencio.

El ansia que me provocaba su cercanía me devoraba, y de seguro más que a él. Y justo cuando me vi con la suficiente fuerza para hablarle, alguien me llamó.

—Channtel —oí tras de mí la voz inconfundible de Miss Tyler.

Al girarme, efectivamente comprobé que se trataba de ella.

—¿Sí? —parecía tener cierta impaciencia de hablarme.

Sin poder evitarlo, el corazón me dio un brinco. Algo iba mal. Lo notaba.

—Vaya, estabas aquí —su hierática sonrisa fracturó la mía, y más cuando le habló a él—: Mi querido señor Chapman, voy a tener que robársela por un momento. Channtel, acompáñame por favor —me indicó Miss Tyler tomándome de la mano derecha y dirigiendo mis pasos tras los de ella hasta lo que parecía un pequeño despacho aledaño al gran salón.

Justo antes de abandonar aquel balcón, por el rabillo del ojo, vi como mi Señor X se quedaba allí, contemplando el contonear de mis caderas mientras estas se alejaban de él. Segundos después volvió a volcar toda su atención en el paisaje que segundos atrás contemplamos en silencio juntos.

Al cruzar el salón, pude ver como el infame de Patterson me seguía con su fría mirada. Una mirada que fue asistida por una mordaz sonrisa que

desencadenó en mí un frío y molesto estremecimiento.

—Cierra la puerta y siéntate por favor. Tenemos que hablar—me dijo tomando asiento en uno de los verdosos sillones que se encontraban, encarados, en una esquina de aquella pequeña sala.

Me temí lo peor.

—Pero siéntate por favor, no te voy a comer.

—Gracias —al hacerlo; al sentarme, lo hice según Alina me aleccionó con anterioridad. Alisé mi falda y me senté erguida, cruzando ligeramente mis tobillos e inclinando un poco las piernas. Tenía que quedar como toda una señorita, elegante y óptima—. ¿Sucede algo malo Miss Tyler? ¿He cometido algún tipo de imprudencia o de falta? Porque si es así, créame que sabré corregirlo de inmediato —expuse temerosa de oír la respuesta a mis miedos.

—¡Oh, no cielo! No pasa nada cariño. No has de preocuparte por eso. Al contrario. Has superado con creces mis expectativas —en su recio semblante se dibujó una sonrisa. Seca, lejana y fría. Pero una sonrisa al fin y al cabo de complacencia—. Verás. Dado el éxito que has tenido entre los santos varones que aquí se han reunido, necesito que me facilites un número de contacto. Sí así lo deseas, ¿claro?

—No entiendo.

—Sencillo querida. Más de uno y de tres, se han interesado por conocerte en privado. Creo que alcanzas a entenderme lo que te digo, ¿no?

Mi corazón saltó dentro de mi pecho.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Acaso te extraña? ¿Te has mirado al espejo hoy?

—La verdad, no lo entiendo —sonreí.

—¡Ja, ja, ja! Querida niña. Hacía ya mucho tiempo que no me encontraba con un diamante en bruto como tú. Déjame decirte que tienes algo que hipnotiza a los hombres. No sé qué será, nunca llegaré a descubrirlo la verdad, pero de que lo tienes, lo tienes. De eso no cabe duda. Y lo más interesante de todo, es que parece ser algo innato en ti. Sí —esa peculiaridad de la que Miss Tyler hablaba, pudiera deberse al hecho de ser la hija de una puta consumada como lo era mi madre. En cierta medida, casi lo había mamado. Por llamarlo de alguna forma—. Y si sabes hacerlo bien, puedes sacarle mucho provecho a tus encantos. Y todo, sin apenas mover un solo dedo. ¿Fumas? —me preguntó ofreciéndome un fino puro de su elegante

pitillera que parecía ser de nácar.

—No, gracias. No fumo.

—Bien. Muy bien. Eso es está muy bien. ¡Créeme! A ningún hombre le gusta una mujer que sepa y huela como un cenicero —al sonreír, su labio inferior se arqueó levemente—. Verás, Channtel. Porque es así como yo te veo. Como Channtel —encendió el purito y le dio una gran calada, elevando el humo hacia un lado torciendo para ello su labio inferior—. Cariño, te he traído aquí para ofrecerte no solo un puesto de trabajo en mi salón de masajes —mi cuerpo se tensó, mi pulso se aceleró. Un nudo se formó en mi garganta.

—¿Eso qué me dice es en serio?

No sólo había dado un pequeño paso en el mundo de las chicas de compañía asistiendo a esa fiesta, sino que además se me ofrecía una oportunidad única de trabajo.

—Por supuesto que lo es. Y conociendo como creo conocer a Alina, es de suponer que ya te habrá instruido adecuadamente sobre el tipo de negocio que regento. ¿No es así? —Asentí con un leve movimiento de mi cabeza—. Si por casualidad te quedó alguna duda, déjame que ahora sea yo la que te lo aclare. Verás Channtel —volvió a dar una calada a su purillo—. Mi negocio se ajusta a lo que se podría denominar como en un centro de masajes. Uno de los más elegante, emblemáticos, distinguidos y seguramente con la lista de clientes más extensa, fructífera y opulenta de todo Manhattan. En cuanto a este tipo de negocios se refiere. Y puede que incluso lo sea de toda Nueva York —su sonrisa elaboró la mía—. No sé si Alina te habrá explicado que tipos de masajes son los que proporcionamos en el centro. Aunque la verdad, yo prefiero llamarlo Spa. Por las moscas —rio.

—Sí. Algo me ha contado —mi voz sonó temblorosa y un tanto insegura.

No creo que fuera muy “profesional” dar ese tipo de impresión. Y mucho menos a una mujer como ella, y que además me ofrecía un puesto de trabajo tan especial como el que se me brindaba.

—Bien. Supongo que en ese “algo”, se incluye el saber que muchos de nuestros clientes, por no decir la gran mayoría, no vienen precisamente por los masajes. Sino por el final de estos. A fin de cuentas, eso es lo que principalmente damos. Buenos finales —volvió a dar una pequeña calada clavando esta vez sus ojos en mí con más intensidad—. Channtel, para que no haya lugar a errores, déjame que te diga, o que te aclare más bien, que en mi spa se dan masajes eróticos con el denominado “final feliz”. Esa es en suma la

especialidad de la casa. ¿Sabes de qué te hablo?, ¿no? —la vi levantar su ceja derecha en señal inequívoca de una respuesta por mi parte.

—Sí, sí. Claro que sí.

—Bien, bueno es saberlo. Como también es necesario que entiendas que existen diferentes formas de gestionar dichos masajes y de llegar a tal final. Por otro lado, tengo que hacer referencia e hincapié, al hecho de que muchos de nuestros clientes prefieren que la masajista lo haga de una forma... Cómo decirlo. ¿Un tanto especial y cómoda? Sí, así podría denominarlo. Y con “*cómoda*”, me refiero a hacerlo en ropa interior o incluso en top-less. ¿Me sigues verdad?

—Sí —extendí.

—El porqué de hacerlo en top-less, recae principalmente en el mero hecho de que les agrada, y mucho, el contacto de los senos de la masajista con su piel mientras le realizan el masaje. Otro punto a tener muy en cuenta, es que nunca, nunca debes confundir dar un masaje erótico con follarte a tu cliente. Eso no es lo que hacemos en mi negocio. Sólo damos masajes, un tanto sensuales, sí, pero dentro de la ley. No quiero problemas con los azules. Espero que sepas a qué me refiero. Y si se diera el caso, si se diera o se presentara la necesidad por parte de un cliente; y que creo que se te dará, espero que lo hagas fuera de mi negocio. Es tan sencillo como establecer citas con ellos fuera de “mis instalaciones”. ¿Me he explicado bien, Channtel?

—Sí.

—Eso espero. Porque mi negocio, el que llevo en el spa es del todo legal. Pero claro —continuó—, eso no quita a que el cliente te pueda solicitar para su final feliz, el que culmines el masaje con una cubana, con una mamada etcétera. Todo según los gustos del cliente —dio una nueva calada a su purito para depositar las cenizas en el dorado cenicero que tomó de la mesita que se encontraba junto a ella—. Creo que lo más apropiado, de aceptar mi propuesta, sería el trasladar esta conversación al spa. Aunque no estaría de más exponerte aquí y ahora, algunos puntos ventajosos a tener en cuenta. Como por ejemplo, el hecho de que gozarías de un seguro de salud muy completo y que solo prestarás servicio durante media jornada. Algunos días esta será de mañana, otras veces de tarde. Otro aspecto a tener en cuenta es el lugar que ocuparías en el spa. Allí tendrías sólo para ti un espacio, una cabina de masaje amplia y bien equipada. Sin olvidar claro está, lo interesante del sueldo que recibirías por tus prestaciones, algo más de cien dólares por cliente, y en una buena mañana puedes llegar a tener hasta diez o doce clientes. —Esa misma

noche, descubrí que Miss Tyler no era mujer de medias tintas. No, para nada. Así lo certifiqué cuando me preguntó sin más vueltas—: ¿Puedo contar contigo, Chamntel?

—Sí. Claro que sí. Pero, yo no sé nada sobre masajes.

—Ja, ja, ja. Ni tú, ni ninguna de las chicas. Cielo, no se trata de curar una contractura muscular —rio—. No. Nuestros masajes son, en suma, ¿cómo explicártelo? Verás, para que lo entiendas. Nuestros masajes son más bien caricias sensuales con las que pretendemos descargar ciertas tensiones. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí. Desde luego.

—Y entonces. ¿Qué me dices?

—Pues que acepto encantada. ¡Gracias, gracias! Muchas gracias —mi conformidad al trato ofrecido, escapó sin más de mi boca. Ni mi cabeza ni mi corazón maduraron en los posibles pros o los contras de tal asentimiento.

—Cielo, ¿estás segura de ello? Si lo deseas, puedes pensártelo un par de días.

—No, no hace falta.

—Vaya. Me gusta tu seguridad. Ahora dime, ¿tienes alguna pregunta que hacerme? —clavó sus ojos en los míos.

—No. Bueno, sí. Más bien una duda en cuanto a los masajes y cómo darlos.

—No te preocupes por eso. En el spa te facilitaré un video ilustrativo que te pondrá al día de todo. Tú tranquila por eso. ¿Alguna duda más?

—No.

—Pues nada. Si no tienes nada más que preguntarme, regresemos a la reunión. De seguro que alguien te estará extrañando. Por cierto, espera, necesito un número de contacto cariño. Ya se me olvidaba —tras facilitárselo, me comentó algo que ni se me hubiera pasado por la cabeza que pudiera suceder—: Chamntel, otra cosita antes de que regresemos. No sé si te habrás fijado en el caballero que luce corbata morada. El señor Foster. Nick Foster en cuestión.

—Pues, sí. Lo cierto es que he mantenido con él una conversación muy amena. Es un hombre muy galante y correcto en todo. Además de muy agradable e interesante. ¿Por qué me pregunta por él? —curioseé.

—Pues porque parece estar muy interesado en ti. Y así me lo ha ratificado hace cuestión de unos minutos. Creo que tiene claras intenciones de invitarte a tomar algo al concluir esta, nuestra “pequeña reunión de amigos” —

su sonrisa fue tan irónica como firme.

—¿Esta noche? ¿De veras?

—Sí. ¿Existe algún problema cariño?

—¡Oh, no, no! Sólo que me parece, increíble, que me esté pasando esto. ¿De verdad está interesado en mí?

—Ja, ja, ja. ¿Y con ese cuerpo y esa cara aún te extraña? —volvió a reír—. Entonces, ¿qué le digo?

—¿Sólo sería tomar una copa?

—Cariño. No te voy a engañar. En un principio sería solo eso. Lo que después pueda surgir, depende solo de ti. Recuerda que nadie te obliga a nada —me guiñó un ojo.

—Entiendo. Pero...

—Si no te convence la propuesta, con decir No, es más que suficiente. Nadie te obliga a nada, te lo vuelvo a repetir. Y no me cansaré de hacerlo. Entiendo que puedas llegar a sentir recelo a...

—Sí, sí que me apetece tomar una copa con él.

—¿En serio?

—Sí. Pero Miss Tyler, yo no sé si podré ¿Ya me entiende?

—Ja, ja, ja. Cariño, el señor Foster es todo un caballero, no debes temer nada. Y tranquila, yo ya he hablado con él. Le he hecho saber que eres nueva en estos menesteres, y que por ello debe entender que quizá todo se limite a una mera copa. Aun así, él ha insistido y mucho en invitarte. Déjame decirte que, aunque sea por una simple copa, te pagaré bien. Yo, si me lo preguntases, te diría que es demasiado precipitado. Pero si lo tienes tan claro y te ves preparada para ello, adelante.

—Sí, acepto —dije sin apenas pensarlo.

—¿De veras cariño? No tienes por qué aceptar si no quieres. Nadie te obliga a ello. Te lo recuerdo. Entiendo que es difícil dar este paso.

—Lo sé. Y lo asumo. Y aun así, acepto. Quiero ir a tomar esa copa con él.

—Está bien. Pero insisto en que entiendas que dicha invitación puede implicar, sexo.

—Lo sé. No tengo ningún tipo de problema con ello. No soy una mojigata precisamente. Perdón por la expresión. Pero puede estar tranquila en lo referente a ese tema. No tengo ningún tipo de contrariedad en mantener relaciones sexuales —mentía. Tenía miedo.

Reconozco que un miedo atroz se apoderó de mí en esos momentos. ¿Por qué? Pues porque a fin de cuentas siempre que había mantenido relaciones sexuales, estas habían sido con hombres en cierta medida conocidos y deseados, por así decirlo. No con desconocidos como lo era al fin y al cabo el mencionado señor Foster.

La propuesta que surgió esa noche sobrepasaba mis expectativas con creces: la de mantener sexo por dinero. Y claro está, de acceder a los deseos más íntimos de aquel hombre por su dinero, pasaba a convertirme oficialmente en una prostituta, que no puta. Aunque, pensándolo bien, siempre que me acosté con aquellos otros, fue por un determinado fin, por algo en cuestión.

Entonces, ¿no lo era ya? ¿No me convertía eso en una meretriz?

—De acuerdo. Se lo haré saber. Eso sí, desde el momento en que se lo confirme, debes saber que cuando él decida marcharse, tú lo harás con él. ¿Entendido?

—Entendido —traté de que Miss Tyler no se percatara del temblor que se apoderó de mi voz, de mi cuerpo. Ante ella quería quedar como toda una mujer segura de sus propias inseguridades. «*¡Qué imbécil!*» Quería aparentar ser toda una mujer segura de sí misma, cuando realmente no estaba segura ni de sí podría o no estar con ese hombre. Por eso, antes de salir de aquel despacho—: ¿Miss Tyler?, perdone por favor.

—Dime.

—¿Ese hombre es de confianza? Quiero decir, ¿estaré segura con él?

Se detuvo para añadir con un tono más suave:

—Sí cariño. Desde luego que sí. De no serlo, no te lo hubiera dicho. Es un caballero en toda regla. Y de los que ya no quedan. No dudes en que te tratará bien. Eso sí, si sabes camelártelo, y por si es de tu interés, déjame decirte que goza de una abultada billetera. Y como ya te he dicho, sólo habrá sexo si tú quieres. Por cierto, el lunes a primera hora te espero en el spa para formalizar el contrato y puntualizar algunos detalles, además te mostraré tu lugar de trabajo y te facilitaré ese video informativo del que te he hablado —sonreí tibiamente—. Por cierto, quédate pendiente de tu móvil, no me cabe duda de que recibirás más invitaciones como la de esta noche. Y recuerda, confidencialidad ante todo. ¿Lo entiendes?, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Pues eso es todo, creo. Eso sí, recuerda, el lunes será la firma

de contrato, y una vez aclaremos ciertas cuestiones que siempre es mejor tratar allí, acordaremos tu incorporación. La cual muy posiblemente sería para el lunes siguiente. ¿Ok?

—Ok.

CAPÍTULO 14

Buena parte de la noche transcurrió en perfecta armonía. Bailamos, reímos y disfrutamos de entretenidas y picantes conversaciones. Un carrusel de acontecimientos en el que me sentí plenamente a gusto. Como a gusto me sentía entre esas personas a las que no conocía de nada y que de una forma u otra eran completamente ajenas a mí.

¡Quién me lo iba a decir a mí! La insignificante Catherine Wayne, o sea sé yo, rodeada de millonarios, de exuberantes chicas y tratada por todos de igual a igual.

Todos y cada uno de ellos me hicieron sentirme plenamente cómoda en una situación que perfectamente se me podía haber ido de las manos o haberseme quedado demasiado grande. En cambio, me sentí completamente ubicada, como sí ese siempre hubiera sido mi sitio. Ese que de alguna forma había estado esperando por mí. Una inocente creencia que reforzó la razón que me incitaba a querer formar parte de ese disciplinado mundo. Un mundo lujurioso, sí. Libidinoso e indecente, de acuerdo. Del todo ilegal y perseguido por la ley, vale. Pero, a fin de cuentas, un mundo que me ofrecía la oportunidad de sentirme por primera vez en mi vida como “alguien”. Y esa sin duda fue la primera de las razones por las que decidí a acatar las normas y las reglas establecidas para convertirme así, de ser posible, en la mejor de las Chicas de Compañía de todo Nueva York.

“Una cabeza loca” me apodarían muchos. Y sí, puede que lo fuera, pero una cabeza loca con las miras muy altas y sus ideales muy claros.

A mi parecer, no existe nada de deshonroso e indigno en una profesión tan antigua como lo es la prostitución. Aunque sean muchos los que piensan, aun hoy en día, que debería estar prohibida o que simplemente debería desaparecer.

¿A caso es más indigno vender nuestro propio cuerpo (de nuestra posesión), qué explotar cuerpos enteros pagando por ellos una miseria en las hostiles minas que aún existen? ¿No es más indigno la mujer o el hombre que se casa movido por un interés puramente económico? ¿A caso éstas y

éstos no venden su cuerpo al mejor postor, a la cartera más rellena, a la cuenta con más ceros? ¿No es más indigno aquel que juega con la vida de otras personas solo por dinero? Me pregunto.

Creo que leí una vez, no recuerdo bien donde, una opinión muy acertada sobre la prostitución. Y que en resumidas palabras venía a decir algo así como:

“A mi parecer, es mucho más indigno y degradante vender el alma y los sueños, que nuestro cuerpo. Si lo piensan bien, son muchos más los que prostituyen, venden y literalmente subastan su ideales y hasta su alma, que los que venden su cuerpo. Y si nos paramos a pensarlo, en estos tiempos que corren, ¿no es cierto que, de forma muy diferente en aspectos o circunstancias, todos nos prostituimos por unos miserables pavos?”.

Creo que aquel artículo decía algo así, lo leí hace mucho, pero aun hoy, la esencia de aquel pensamiento sigue grabada en mi cabeza.

En fin... Cambiando de tema.

Si siempre se me había considerado “una oveja perdida” por ser hija de quien era, ¿qué me importaría a mí el que me añadieran un calificativo más? Pues bien poco. Bien poco no, sinceramente no me importaba nada. Y si se me ofrecía la oportunidad de mi vida como era la de ganar buenas sumas de dinero haciendo lo que más me gustaba (que no era otra cosa que follar), ¿por qué no lo iba a aceptar? Sería una estúpida de no hacerlo, ¿no?

Mira, es bien sencillo de entender.

A algunas personas les gusta escribir, pintar, coser, machacarse en un gimnasio y hasta que los menosprecien y que les roben gran parte de las horas de sus días por dinero. Pues a mí, me gusta “follar”, con quien quiero, cuando quiero y puedo. Además, a fin de cuentas, viene a ser lo mismo. Todas son aficiones, al fin y al cabo. Pero claro, tampoco debemos olvidarnos que yo ya estaba más que acostumbrada a ver tal “labor” (por llamarla así) en mi casa. Y puede que quizás por eso, esa peculiar afición mía, fuera del todo innata en mí.

O puede incluso que fuera una lección bien aprendida a fuerza del día a día. En fin.

Follar. Ja, ja... Eso, lo hago como nadie.

En todo momento, estuve pendiente del misterioso Señor X, el cual se levantó del sillón donde permaneció un buen rato sentado intercambiando no

demasiadas palabras con algunas de las chicas. Y en todo momento, nuestras miradas se buscaron sin descanso una y otra vez por todo el salón. Y cuando lo hacían, cuando chocaban. ¡Dios! Te puedo asegurar que saltaban chispas. Las que provocaron encadenadas sacudidas por todo mi cuerpo. Las mismas chispas que él sofocaba desviando sus miradas una vez eran capturadas por las mías.

Quizá el porqué de su renuncia a mis contemplaciones recayera en el deseo que había en mis ojos hacia él. El mismo que relampagueaba en los suyos hacia mí. Un deseo que muy en vano él trataba de controlar una y otra vez.

Al levantarse, al hacerlo, me miró directo a los ojos. Después, sus pasos lo llevaron hacia Miss Tyler. Su fin, el despedirse de una noche no demasiado fructuosa en cuanto a relaciones. Las mismas que otros de sus irrisorios compañeros ya disfrutaban en algunas de las estancias de aquel lujoso piso.

Sin saber por qué, en mi emergieron unas tremendas ganas de correr hacia él para retenerlo entre mis brazos, para así, evitar que se marchara. Porque de hacerlo, seguramente esa sería la última vez que lo vería. Pero no solo eso, me moría de ganas de besarlo sin descanso. Pues por su culpa, por culpa de esas miradas furtivas que me lanzó, yo literalmente me moría por beber de su boca y no de la copa que por extendidos minutos mantenía girando, de un lado a otro, entre mis inquietos dedos.

Fue culpa suya mi excitación.

Fue culpa suya mis arraigados deseos de besarlo.

Pero todo cesó cuando lo vi salir por aquella puerta.

¿Volvería a verlo? Esa fue la pregunta que se enredó en mi garganta. La misma que me llevó a tomar algún que otro chupito para entrar en ambiente, sobre todo cuando sabía que, tras aquella velada, tenía una cita pendiente. Una velada que para nada tendría lugar en su compañía.

—Channtel, por favor, acércate. Necesito que hablemos —Miss Tyler me instó de nuevo. Esta vez, el semblante de su cara era bien distinto al que adoptó cuando me hizo aquellos ofrecimientos.

—¿Sucede algo Miss Tyler?

Aprecié cierta duda en ella.

—A ver cómo te lo digo.

—¿Decirme el qué? Me está asustando Miss Tyler. ¿Pasa algo?

—Tranquila, no pasa nada. Apartémonos un poco —tras eso—. Si te he hecho llamar, es porque hay un caballero, el señor Hatler en cuestión, que desea mantener contigo una hora íntima.

—¿El señor Hatler? No creo recordar a ningún señor Hatler entre los hombres que esta noche se han reunido aquí.

—Cielo, son muchos los clientes que usan seudónimos en eventos como estos. Y creo estar segura que habrás oído su nombre. Lo que me da lugar a dudas, es el porqué con tanta seguridad afirmas que no hay ningún señor Hatler. A caso, ¿conoces a algunos de estos hombres?

—Sí. ¿Hay algún problema en esto?

—No, en un principio no. También es verdad que hay aspectos de vuestra vida que se me escapa de las manos. Todo depende de cómo lo gestiones. Creo que puedes llegar a entender lo que trato de decirte, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. En cuanto al señor Hatler, es el caballero de plateado cabello y elegante traje *Dolce & Gabbana* color gris marengo.

Por segundos, me sentí engullida por una desagradable sensación que se apoderó por completo de mí. Pues aquel que se decía llamar señor Hatler, no era otro que Patterson.

Reticente en direccionar mi mirada hacia él, no hice otra cosa que maldecirlo hasta la saciedad, mordiéndome de forma insistente los labios.

—Parece estar muy interesado en estar contigo. Ofrece seiscientos. Una buena cifra para una chica principiante en estos menesteres como lo eres tú.

—Lo siento, pero esta vez me veo obligada a decir que No. No quiero ni deseo nada que ver o tener con ese hombre. El porqué de ello, prefiero guardarlo para mí.

—¿Lo conoces entonces?

—Por desgracia, demasiado bien. Fue por hombres como él, por los que abandoné el pueblo donde nací. Lo siento. No voy aceptar su propuesta. No sé qué más decirle. Y la verdad, hubiera preferido que me hubiera dicho que era otro hombre y no él.

—Pues peor me lo pones cariño —su voz se quebró—. Channtel, lamento tener que decirte que el señor Hatler es quien ha organizado esta pequeña e íntima fiesta. Por consiguiente, es él quien dicta las normas. Y las tuyas, son siempre muy claras. Y por lo correcto de sus actuaciones y

comportamientos para con mis chicas, no puedo cuestionarlas. La cosa es bien sencilla. O más bien las normas que me ha impuesto: o aceptas pasar esa hora con él y llevarte esos seiscientos más lo correspondiente por asistir a esta pequeña reunión, o lamentablemente, tendrás que largarte de aquí con tan solo diez pavos para un taxi. Lo siento. Pero quien paga es quien impone su ley. Y ante eso, yo no puedo hacer nada.

—Lo entiendo. Y mi respuesta sigue siendo la misma. No.

—¿Estás segura? —Aquella irresolución en sus ojos me hizo dudar, como su misma pregunta—. Si te pregunto esto, no es para que te sientas forzada a ello —ahora fue su suspiro el que me inquietó—. Al contrario. Te lo pregunto porque quiero que entiendas la situación en la que ambas nos encontramos—. No sabía que decir. Me quedé muda—. Pero si tan segura estás de no querer, no hay problemas. Toma estos diez pavos y lárgate de aquí. Yo que tú lo haría, cariño. Lamentablemente, esto es lo único que sacarás en claro de esta noche. Y por favor, no me malinterpretes. No soy yo la que te pide que te vayas, ni tampoco voy a ser la que te pida que te quedes. En cuanto a mi ofrecimiento en mi spa, este por supuesto sigue en pie.

—Gracias —balbuceé—. Y ¿mi cita con...?

—Olvidalo.

—Vale. Sí, lo entiendo. Él es quien manda —resoplé.

—Este juego es así cielo. O aceptas y te comes tu orgullo, o te regresas a casa con el orgullo intacto y la cartera vacía. Y créeme. Odio que sucedan estas cosas. Pero esta vez, estoy atada de pies y manos. Lo siento.

Por supuesto que no era culpa de Miss Tyler.

No. Era culpa de él.

Siempre era él, el que lo jodía todo, el que imponía su ley, el causante de buena parte de la vida que me tocó vivir. Porque fue él y solo él, quien convirtió a mi madre en el desecho de ser humano que era. Era él quien siempre las tenía que ganar, fuera como fuese. Pero esta vez. Esta vez se había encontrado con la horma de su zapato, y muy a mi pesar, esta vez, al menos por una vez en su vida, alguien le iba a demostrar a ese cerdo que yo estaba muy por encima de él y de sus absurdos prejuicios sobre mi persona. Aunque para ello, tuviera que acceder a su asquerosa petición y guardarme mi ya de por sí deteriorada modestia para que esta quedara alejada de él.

¿Quería jugar?

Pues bien. Íbamos a jugar.

Pero esta vez, mis voluntades en su juego distaban mucho, pero mucho,

de las que él creía que eran. Y si crees que me estaba rebajando al aceptar su asqueroso dinero. Déjame decirte que no. pues hay formas muy distintas de entregarse, al menos no lo iba a hacer en la forma en la que él esperaba que lo hiciera: como mi madre. Yo no me iba a dejar pisotear, ni mucho menos. Mi intención era demostrarle de qué pasta estaba yo hecha. La misma que nunca conseguiría doblegar por mucho que tratara de humillarme.

La humillación solo está en ojos de quien la acepta como tal, y lo nuestro aquella noche, era en toda regla un duelo de titanes.

—Toma el dinero para el taxi.

—No, espera —respiré hondo antes de—: Acepto.

—¿Estás segura Cat? —la pronunciación de mi nombre por boca de quien me apodó como Channtel, no hizo otra cosa que recordar el miedo que esa situación, más que desconocida, generó en mí.

—Sí. Por favor Miss Tyler, hágasele saber al señor Hatler.

—Cat. No deberías aceptar. Es un consejo. Un buen consejo.

—Tranquila. No es Catherine Wayne la que va a estar con ese hombre. Es Channtel. Y ella, ella nunca se va a dejar pisotear. Porque si lo hiciera, nunca más Cat podría mirarse a un espejo.

—Me gusta tu valentía, pero no tu estupidez. —Me tomó la cara con sus manos, las sentí trémulas—. Cariño, aunque ahora seas incapaz de reconocerlo, esta será una huella difícil de borrar. Te lo aseguro. Así que mejor coge estos diez pavos y regresa a casa con la sensación de que has hecho lo debido.

—No Miss Tyler. Lo que debo hacer es enfrentarme una vez por todas a mis miedos. Y este en cuestión, no es precisamente de los peores. Fin de la historia.

—Está bien. Si estás tan segura de ti misma, dirígete a la habitación del fondo del pasillo. En ella encontrarás todo lo necesario. Y recuerda —me tomó de la barbilla—, antes que nada, la higiene. La tuya y la suya. Y por favor, oblígalo a que se ponga la gomita. Si no acepta, te puedes dar por ganadora.

Minutos después de mi llegada a aquella exuberante habitación adornada con sobrios tonos oscuros, el susodicho señor Hatler hizo acto de presencia. Más que acostumbrada estaba ya a su siempre fachosa actuación, esa con la que coronaba sus apariciones, pero no fue hasta el momento en que cerró la puerta

tras de sí, cuando las piezas del puzle que eran en esos instantes mis sentimientos, se tambalearon. Y yo con ellas.

—Voy a, refrescarme —acerté a pronunciar.

Una necesaria retirada que encubría en sí toda una huída.

—Date prisa —el tono agrio de su voz, hendió una dificultosa mueca difícil de disimular en mi rostro.

—Solo será cosa de cinco minutos. Después, usted deberá hacer lo mismo. Esas son las normas.

—Deja las lecciones de lado, niña. No es mi primera vez. Y venga, date prisa, que el tiempo corre y soy yo quien paga.

Hecha un puro nudo de nervios y conteniendo una arraigada impotencia, entré en aquel immaculado baño todo blanco, cerré la puerta, y apoyada contra ella, dejé escapar las primeras y, posiblemente, las últimas lágrimas de esa noche. Lágrimas que borré de mi rostro con un rápido movimiento de mis temblorosas manos.

Me acerqué al lavabo, y frente al espejo, me hablé con dureza.

—Tranquila. No pasa nada. Solo es uno más. Una mueca más en tu vida, solo eso. ¡No! —farfullé acopiando valor—. Él no es ni tan siquiera eso. Él no es nadie. ¡Nadie! Y por lo tanto, nada te puede hacer. ¡Nada, nada! Así que cómete esos miedos, destroza esas inseguridades y métete en la puñetera cabeza que esa que está ahí frente a ti, soy yo, Channtel —con rabia, y con los puños cerrados, golpeé la pulcra encimera de mármol donde descansaba aquel lavabo—, y no tú. ¡Sí, ahora soy Channtel! Cat no está. Ella ahora mismo está a salvo de todo mal en un lugar seguro donde nadie le puede dañar. No te conformes con el miedo. Nunca dejes que nada ni nadie te supere. Eres mejor que él y lo sabes. Claro que lo sabes.

Precipitadamente, hice lo debido y lo aconsejado, sin olvidar tomar un preservativo y lubricar bien mi zona íntima. Algo que seguramente él tomaría como todo un alago sin serlo. Escasos minutos después de mi reclusión en el baño, regresé a la habitación donde él me esperaba, imperturbablemente, sentado en la cama y ya con la chaqueta quitada, al igual que la corbata y buena parte de su camisa desabrochada.

—Su turno.

Pocos minutos después de su entrada en el baño, reapareció ataviado tan solo con una toalla y con una notable rigidez ente sus piernas. Me encontré perdida en la inmensidad de una oscura noche. Esa que marcaría un antes y un después en mi vida. La noche en la que Channtel resurgiría de las anodinas

cenizas de Catherine Wayne.

—Acércate —exigió. Me giré despacio y me acerqué—. Tengo que reconocer que eres preciosa. Mucho más que...

Resoplé en un tono de disgusto.

—Dejemos a Sharon Wayne fuera de esta habitación. Si no le importa, señor Hatler —sonreí con sarcasmo. Ese del que carecían tanto mis palabras como el mismo tono de voz que empleé al articularlas.

—Esté bien —la grotesca mueca que esbozó ante mi respuesta, la que asemejaba ser una sonrisa sin serlo, estaba tan vacía como él—. Desnúdate. Despacio. No, espera. Quiero que te quedes tan solo con el ligero —me dijo con voz severa—. Recuerda, hazlo despacio. —Y despacio, bajé la cremallera lateral de mi vestido—. Muy bien. Buena chica. —Despacio, deshice el nudo que lo ataba a mi cuello. Y despacio, este descendió por mi cuerpo hasta quedar en el suelo formando un discordante círculo alrededor de mis pies. Una pausada bajada que captó toda su atención, la que prestó segundos después a mis pechos cuando se percató de su desnudez—. Tengo que admitirlo. Eres tremendamente magnética y cien por cien follable —la contorsión de su rostro me hizo estremecerme, y no precisamente de placer.

—La gomita señor Hatler.

—Por supuesto. La seguridad, ante todo.

Tras colocársela, Patterson expelió un amplio suspiro de placer que logró hacerme temblar de pies a cabeza. Aquel gemido era sin duda la antesala de lo que me esperaba.

Tras desnudarme, me hizo girar quedando así tras de mí. Acto seguido, tomó mis pechos con sus manos y comenzó a manoseármelos con ansias (dolió), la misma con la que su mano derecha se aventuró a introducirse entre mis piernas. De forma involuntaria, todo mi cuerpo reaccionó, y no precisamente de una forma agradable. Aquella sensación distaba y mucho del placer, como la de sentir su boca clavada en mi cuello, murmurando una y otra vez disonantes elocuciones que traté de sacudirme de encima, pero fue en vano. Pues éstas, como sus continuados jadeos sobre mi piel, pasaron a convertirse en persistentes demandas a las que, por más que quisiera o desease, no podía negarme.

—Mmm... —farfulló sin contención cuando, llevado por la excitación que recorría todo su cuerpo e inflaba su miembro, retiró con prisa la toalla que nos separaba—. Ahora tú y yo, vamos a jugar —jadeó en mi oído—. Ahora es cuando te voy a demostrar de lo que soy capaz —mientras tomaba posiciones

tras de mí, no cesó en su empeño de tirar de mi cabello una vez se asió a él. Tiró de él como si de unas riendas se tratara. Quizá solo pretendía medir mis fuerzas o las que debería emplear para dominarme—. Abre las piernas. Así, muy bien —volvió a jadear segundos antes de agarrarme con fuerza del cuello y volcar sobre mí, su exasperada excitación. Me lanzó hacia delante apostándome contra el ventanal por el cual minutos antes yo había estado huyendo de aquella realidad. La que me asaltaba con la misma fuerza con la que él me arrancó el delicado tanga que distanciaba, de la forma etérea en la que lo hacía, su encendida piel de la mía.

Ni una queja hubo por mi parte.

—Abre la boca —me dijo colocando frente a ella un par de dedos de su mano derecha. Dedos que introdujo en mi boca una vez la abrí—. Chúpamelos, venga —inmediatamente después a esto, los colocó sobre mi vagina y comenzó a frotarlos con dureza. Tanta, que mi cuerpo respondió con un incontrolado brinco que él acogió con deleite como una invitación a poseerme. —Mmm... Sí —gruñó excitado—. Creo que es el momento de que tú y yo juguemos, pero de acuerdo a mis reglas. Sí. Ahora te vas a enterar como folla un hombre de verdad, niñata—. Dicho esto, me agarró con mucha más fuerza del pelo y tiró de él hacia atrás obligando a mi cabeza a seguir aquel doliente movimiento.

Sin miramientos, Patterson me penetró de forma brusca. Cuando sentí como se hundía dentro de mí, no pude hacer otra cosa que contener la respiración y luchar contra el dolor moral que aquella intrusión en mi cuerpo me causaba. Eternos segundos permaneció así, incrustado en mí, inmóvil, certificando tanto la profundidad como la estrechez de mi vagina. Cuando comenzaron sus embestidas, como bien pude las aguanté una a una. Empujes en los que siempre y de forma reiterada, el último era más violento que el primero. Y mientras él me follaba duro frente a todo Manhattan, resbaladizas lágrimas de indiferencia, pero no de humillación, comenzaron a recorrer mi hierático rostro.

—¿Te gusta esto? ¿Verdad? —Me preguntó mientras seguía entrando y saliendo de mí, con fuerza—. Claro que te gusta. Como no te va a gustar. —Al oírle decir eso, sentí como mis piernas flaquearon. Una debilidad que no quise asumir y dio lugar a que golpeará una y otra vez aquel cristal con la palma de la mano mientras mi cuerpo era blandido una y otra vez, por aquella mala vestía—. Grita. ¡Grita joder! Quiero oír como gritas de placer.

Ni una sola palabra, ni el más mínimo ruido salió de mi boca. Como

tampoco hice acopio de estremecimiento o placer alguno.

Simplemente me evadí. De él, de mí, de todo.

—Vaya. Veo que te gusta jugar duro, ¿no? Pues juguemos duro si eso es lo que quieres —sin mediar palabra, colocó su mano izquierda abierta sobre mi boca y nariz obstaculizando el que pudiera respirar, mientras con la otra se aferraba a mi cintura profundizando en mi interior—. ¿Te gusta mejor así, eh? —Ahora sus embestidas eran mucho más rápidas y violentas—. Sí, esto es lo que te gusta. Como a tu madre.

Al verme impedida para respirar, golpeé con saña el cristal con las palmas de mis manos mientras intentaba desligarme de él. Pero todo intento fue en vano. Indudablemente era más fuerte que yo. Al menos en lo físico.

—Joder, como me gustas. Si... ¡joder! —uno tras otro me fui tragando cada uno de sus grotescos gemidos, mientras yo me ahogaba en los míos. Esos que me negaba a concederle y que, en suma, me asfixiaban, como su mano, adherida a mi boca y a mi nariz.

Cuando creí que ya no podría soportarlo más, cuando creí que podría llegar a perder el conocimiento, comencé a gruñir. Pero mis quejas no hallaron respuesta alguna. Quizá porque no emitieron sonido alguno o porque, simplemente, Patterson ignoró todas y cada uno de ellas hasta que, sin más, se salió de mí y me derribó con violencia sobre la cama.

En ese instante, mi única obsesión era la de recuperar el aliento e insuflar aire a mis pulmones. Así que cerré los ojos e inspiré hondamente una y otra vez evadiéndome por unos breves segundos del lugar que ocupaba en ese momento en el mundo, pero caí de bruces contra la realidad, cuando sentí como me tomaba de los tobillos y me arrastraba hacia él. Hacia su aun viva erección.

—A cuatro patas, en la cama. ¡Ya!

Casi de inmediato, acaté sin pronunciar ni una sola palabra la nueva orden de ese cerdo, mientras respiraba y contaba en silencio: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez...» traté de serenarme, de evadirme. «Uno, dos, tres...» , volví a contar.

Apenas me había acomodado en la cama como me pidió, cuando me agarró de las caderas y tiró de mí hacia él para embestirme una vez, y otra, y otra. Mis pechos ante sus continuadas embestidas, fuertes y profundas, se balanceaban de atrás hacia delante, como lo hacían sus testículos, estrellándose contra mi trasero. Como lo hacían mis cabellos en un descontrolado vaivén, como todo mi cuerpo, que se negaba; al igual que yo, a

sentir, a padecer.

Sus embestidas fueron cobrando más fuerza.

—Oh... sí... —Gruñó emitiendo extravagantes sonidos guturales que traté de ignorar. No deseaba que estos quedaran grabados en mi mente. Volví a contar: «Uno, dos, tres, cuatro...»

Apreté los ojos al cerrarlos y estrangulé mi culpa mientras apretujaba los labios sofocando mi ira, mi rabia y mi dolor.

«No puedo soportarlo más. No puedo dejar que esta vez se salga con la suya. No al menos conmigo. No. Yo no soy como ella, no lo soy. Tengo que... cambiar de estrategia y enfrentarme de una vez a mis miedos. Enfrentarlo a él», me repetí una y otra vez mientras él continúa jadeando tras de mí.

Decidida, abrí los ojos y clavé la mirada en el colchón, donde enterré mis dedos y con ellos mi dolor. Todo mi cuerpo, antes pasivo, se tensó.

—Oh, sí... Eso me gusta.

Espontáneamente, comencé a jadear sin sentirlo.

Solo jadeo. Una y otra vez.

Volví a hacerlo de forma vacía e incoherente.

Suspiré, aullé tantas veces, que me vi con fuerza para hacer lo que iba a hacer: empujar mi cadera contra él, una vez y otra, cada vez con más fuerza, hasta que obtuve el resultado deseado.

—¡Oh, sí! Así nena, sigue así. No te pares, no te pares ahora Catherine —me agarró con fuerza del trasero para embestirme con más ganas, más profundamente y con mayor intensidad—. Así, así, así... Bien. Más fuerte Cat. No pares. No. Sigue, sigue así. Vamos puta, no pares.

Al sentir su polla palpitar dentro de mí, comprendí satisfecha que todo al fin iba a terminar, cuando de repente, se salió de mí y me reclama a viva voz:

—De rodillas. ¡Rápido joder! —poco o nada tardé en incorporarme de la cama aun con el aliento perdido y, mientras tomaba posiciones en el suelo como él me había ordenado, vi cómo se deshacía del preservativo y como lo desechaba a un lado, en el suelo. Asqueroso.

Apostado frente a mí, tan solo unos pocos centímetros separaban la punta de su pene de mi boca.

Despacio, tras agarrársela, comenzó a masturbarse.

—Creo que esto te va a gustar. Sí. —Lentamente, ese cerdo frotó la rosada punta de su pene; regada con gotas de líquido preseminal, contra mis

labios—. Abre la boca. Vamos, ábrela joder. Un poco más Cat. Ahora quiero follarte la boca—. Al abrirla como me pidió, y sujetándome fuertemente la cabeza por el cabello, bruscamente me introdujo toda su erección—. Vamos puta, chupa. ¡Chupa joder! —A punto estuve de vomitar por las arcadas que aquello me producía. Sentí un asco horrible, unas ganas tremendas de arrancársela de cuajo de un bocado.

No, no. Tenía que ser más fuerte que él. Peor que él.

«Te voy a hacer tal mamada que soñarás con ella toda tu vida hijo de la gran puta», pensé llevada por el odio que irradiaba todo mi ser. Ese que me llevó a entregarme más y mejor de lo que él hubiera esperado.

—Joder sí. ¡Oh, sí! —gruñó—. Pero que bien lo haces joder... Aprendes rápido.

Cerré con fuerza los ojos.

Quería evadirme de sus palabras, de los escalofríos que estas me provocaban, y más cuando me dijo:

—Joder, sí, si... Voy a correrme. ¡No pares!

Mis lágrimas fueron el detonante a su alivio, pero no así del mío. Porque el sentir como manaba su semen en mi boca, este no me invitaba a otra cosa que a continuadas arcadas difícil de resistir. Como esa nauseabunda sensación cálida en ella. Al igual que lo fue el sentir como escapaba de mi boca una delgada hebra del cóctel que era la suma de mi saliva y su semen.

Con fuerza, repentina y brutal, me agarró del pelo y echó mi cabeza hacia atrás. Quizá para mirarme a los ojos, para ver la expresión de mi rostro cuando me gruñó:

—¡Trágatelo, trágatelo! Trágatelo todo —su demanda se fue haciendo tan exigente como sus embestidas—. ¡Traga y chupa puta! Así, así... No pares. Quiero que te tragues hasta la última gota. ¡Oh, sí! —Sentí cada sacudida de su miembro en mi boca. Y con ellas, regresaron las náuseas—. ¡Traga y chupa joder! No te pares. Y mírame... ¡Qué me mires coño! —Me sacudió la cabeza. Levanté la mirada y clavé mis ojos en los suyos. —Así, muy bien pequeña zorra. Quiero ver esa expresión en tu rostro. Quiero comprobar si es la misma que pone tu madre —rio.

«¡Serás cabrón!», pensé mientras tragaba y chupaba, renunciando a las náuseas. Obviándolas a pesar de que estas persisten en una y otra vez. «Puedes hacerlo. Eres mejor que él. Eres mejor que ella.»

—Buena chica —me dijo cogiéndome de la barbilla tras haberla sacado de mi boca.

Sin pensarlo, sacudí la cabeza para así librarme de una vez por todas de su enganche. Además, tampoco quería ver como su boca se torcía dibujando esa mueca cruel y casi macabra que era la sonrisa que me regaló.

Temblando de puro asco, traté de ponerme de pie mientras borraba de mi boca su rastro con el dorso de mis manos. Todo el cuerpo me tiembla, tanto, que necesité sentarme en la cama.

—¿Tienes sed? ¿No? —Mis ojos apenas se levantan del suelo. Tal vez porque no quería mirarlo a los ojos, porque no quería ver estampado en su rostro la seguridad de verse vencedor una vez más. Porque sencillamente no quería ver esa satisfacción impresa en su cara, esa que acompañaba cada una de sus salidas del dormitorio de mi madre.

—Sí, tengo sed —respondí decidida. En mi mente, se trazó una venganza de la que él no saldrá invicto esta vez—. Pero espera. Déjame que te la sirva yo.

—De acuerdo —pronto le vería tragarse esa ridícula sonrisa.

Era hora de que me saliera con la mía, pero para ello, antes debía tomar las riendas y hacerme con aquella situación.

Despacio, me levanté de la cama y dirigí mis pasos hacia la mesita de noche donde descansa una sudorosa botella de champan. La tomé con seguridad, la misma con la que logré descorcharla. En todo momento, sentí tras de mí su sucia mirada, la que resbala por mi cuerpo desnudo como las transparentes gotas lo hacían en la botella que incliné sobre una de las copas de forma sensual.

Mi satisfacción burbujeaba junto con esa espumosa bebida, y como ella, mi dicha se volvió efervescente, frenética.

—Toma —alargué la mano para ofrecerle la copa, pero antes de que la tomara—: No. Mejor... —aquella idea coronó mi rostro con una amplia sonrisa maliciosa. Sin previo aviso, comencé a derramar poco a poco, desde mi garganta, la copa de champan. Vertiginosamente, este bajó en espumoso descenso entre el valle de mis senos—. ¿No tenías sed? —Mis palabras abrieron de par en par sus ojos y desplegaron en él una amplia y sarcástica sonrisa en su boca—. Pues bebe.

Totalmente sorprendido, el distinguido señor Patterson, sin protesta alguna, hizo lo que le pedí.

Ansioso, comenzó a beber el champagne lamiendo, mordiendo y

succionando mis pechos, siguiendo su serpenteante recorrido hasta mi sexo, donde introdujo un par de dedos. Por mi parte, yo, completamente evadida en mis pensamientos de venganza, y muy a su pesar mío, comencé a notar como este se humedecía, como desabridos espasmos de placer recorrían todo mi cuerpo.

No, no creas que había disfrute por mi parte en aquello.

No lo creas porque no lo había. Más bien el ser consciente de la validez de mi seguridad sobre él, fue lo que me excitó sobre manera. No era él quien perpetró aquellos estremecimientos en mi piel y los consiguientes jadeos. Fue mi venganza. La idea en la que redimiría mis miedos y posibles culpas.

Entreabrí ligeramente las piernas para que pudiera beber directamente de mi sexo del que chorrea, una mixtura de líquidos: los que emanaban directamente de mi cuerpo y el efervescente champán que me provoca algún que otro cosquilleo justo ahí.

—Ahora quiero que te tumbes en la cama. Vamos a jugar. Pero esta vez con mis reglas —le ordené, empujándolo hacia ella. Poco tardó en hacerlo y menos yo en atarlo con mis medias al cabecero de la misma.

«Ya te tengo donde quiero cabrón. Ahora sí que vamos a jugar...»

—Mmm... —jadeó sin contención al sentir como cubría sus ojos con lo que antes fue mi tanga—. ¿A qué vamos a jugar, eh?

—¡Shsss! No hables, no preguntes. Solo déjame hacer —vi con plena complacencia germinar en su boca una amplia sonrisa.

—Sí, esto me gusta. Ahora sí nos estamos entendiendo.

«Pobre imbécil. Ahora te vas a te vas a enterar de quién es Channtel.»

—Bien señor Hatler —sonreí de medio lado—, ya es hora de que reciba todo por cuánto ha pagado.

—¿A caso no lo he hecho ya? —Ahora quien sonreía era él.

—No. Ahora es cuando vas a descubrir por qué estoy hoy aquí.

De un salto, me subí a la cama para después hacerlo a horcajadas sobre él, perpetrándole un agitado estremecimiento. El mismo que volvió a experimentar cuando tomé su pene para vestirlo con un nuevo preservativo para acto seguido, comenzar a refregarlo entre la jugosa y suave línea de mi vagina.

Jadeé, jadeó.

—Me encantas. Mucho más de lo que nunca imaginé que lo harías.

—¡Shsss! Que empieza mi juego —le susurré al oído, rozando ligeramente con mis labios y mi lengua su oreja.

Volvió a estremecerse.

Una furia ciega se apoderó de mí cuando la clavé en mi interior, un furor que acompasó, de forma sumamente violenta, cada uno de mis movimientos y hasta mis artificiales gemidos. Pero lo peor estaba por llegar cuando, regida por la rabia y el odio que bramaba en mi interior, a punto estuve de partirlo por la mitad a él y a su asqueroso pene.

Cuando advertí la llegada de su segunda culminación, aceleré mis movimientos, con saña, con toda la fuerza que pude reunir.

Ni la sostenida sonrisa que fracturó sus labios y con ello, la estúpida expresión que adoptó su rostro, me detuvo. Ni ella, ni la forma en la que clavó sus dedos en mis caderas con el fin de frenar mi impetuoso vaivén. No. Nada me iba a parar. Y mucho menos cuando el odio, el que destilaba mi sinrazón, corría libremente por mis venas.

Sí. Estaba dispuesta a dejarlo sin aliento, a provocarle; de ser posible y muy probablemente dada su edad, el más fulminante de los colapsos, el más doloroso de los infartos.

—Más despacio —gimió—. Más despacio Cat. Esto empieza a no ser agradable. ¡Más despacio, joder!

—De eso nada. Ahora soy yo la que pone las reglas. Así que cierra la boca y disfruta —me afané en tratar de convertir su placer en dolor, y poco a poco lo fui logrando cuando añadí a mis acometidas el uso paulatino de mis uñas sobre su inmaculada piel, la cual rasgué con sumo gusto.

—Para, para. Ya te he dicho que esto ha empezado a no de tener gracia. Para Cat —protestó agitándose bajo mi cuerpo—. ¡Para joder!

Haciendo caso omiso a sus quejas, las que con escasa anterioridad fueron las mías, incliné mi cuerpo sobre el suyo quedando su pecho y el mío en paralelo. Clavé mis dedos en el colchón posicionando mi cara a pocos centímetros de la suya. Blandiendo así mi aliento, entrecortado y caliente, sobre su boca, la que poco a poco fue destilando el malestar que recorría todo su cuerpo.

Mis cabellos de forma irritante acariciaban la torcida expresión de su cara.

—Para, para. ¡Para joder!

—No. Ahora soy yo la que manda aquí —coloqué mi mano derecha

sobre su boca obligándolo a tragarse cada una de sus quejas—. ¡Jódete, jódete! ¡Jódete cabrón! —le grité sin frenar mi agitado vaivén, el que continué hasta que estalló en mi interior y no desde luego como él hubiera esperado. Y no me detuve hasta que su erección bajó completamente dentro de mí, o más bien, hasta que logró liberarse y lanzarme sobre un lado de la cama de donde escapó.

Creo que esa fue la primera vez que experimentó un orgasmo como aquel. Y de seguro no lo olvidaría. Ni a mí.

Una sonora carcajada junto con una fachosa sonrisa se perpetró en mi cara. Una desacompasada risa que hirió de muerte a mi llanto. Y por descontado a su henchido reputación de hombre.

—Estás loca joder. ¡Loca! —Acertó a decirme antes de cerrar la puerta del baño.

—Buenas noches señor Hatler —reí. Completamente satisfecha por haberle dado la que sin lugar a dudas había sido, la lección de su vida a ese jodido cabrón. Estaba claro que el repetir para él, conmigo, quedaba ya muy lejos de ser una realidad.

CAPÍTULO 15

El señor Foster, o Nick, como quería que lo llamara, a pesar de ser conocedor del encuentro íntimo que mantuve con uno de los asistentes a tal recepción, decidió no rehusar su invitación, al contrario. Tras dialogar largo y tendido conmigo sobre algo más de una hora, en la que compartimos ciertas intimidades del todo banales y muchas risas de complicidad, terminó por ratificar con creces la que fuera su invitación. Algo que siempre le agradeceré. Pues con ese simple gesto que tuvo hacia mí, no di pie a que la sucia semilla del desprecio que Patterson trató de sembrar esa noche en la efígie de Chamntel, germinara.

Juntos, tomada de su brazo, abandonamos aquel lujoso piso que solo desencadenaría en mí malos recuerdos. Y juntos, subimos a su limusina para una vez en marcha, abandonar aquel edificio por el mismo garaje por el que horas atrás accedí a él en compañía de Alina y Thania.

Recuerdo que durante la bajada en el ascensor hacia el garaje, apenas cruzamos un par de palabras. Eso sí, cuando salimos del mismo, volvió a ofrecerme su brazo cortésmente para guiarme hasta su elegante coche. Su chofer, perfectamente ataviado, nos abrió la puerta. Y una vez acomodada en el interior de la limusina, nuevamente se me ofreció una copa de champán. Copa que acepté para brindar con quien me había invitado tan educadamente: un completo desconocido con el que sólo había compartido insustanciales diálogos esa noche. Un hombre que dispuso para mí infinidad de afectos, los mismos que podría destinar a algunas de sus conquistas “gratuitas”.

Entiende por gratuitas, las conquistas o los ligues propios de una noche. Algunas de las cuales, pueden salir más caras que una buena prostituta.

Durante el trayecto, hablamos afectuosamente como si nos conociéramos de siempre. En todo momento, trató de hacerme sentir a gusto y especial, muy especial. Así como admirada. Pero no solo eso. Su actuación para conmigo fue tal, que incluso llegué a sentirme, de una manera extraña, como parte de él y de su vida. Pero cuando me besó en el cuello. ¡Dios! Sentí emerger el fuego dentro de mí. Ese que clausuré en los infiernos de mi odio, cuando Patterson disfrutaba, de la forma en la que lo hizo, de mi cuerpo.

Beso tras beso, una electrizante sensación quedó atrapada a flor de piel en todo mi ser. Esa que Nick despertó sin más. La misma que lo ponía en grave peligro. El que correría esa noche si se entregaba a mis brazos.

De forma reiterada, y para nada empalagosa o insufrible, Nick se encargó de hacer que me sintiera como si realmente fuera su chica. Una conquista que se impacientaba por ser llevada a la cama y vibrar, como antes no hizo, con cada una de sus caricias y besos. Con la extensión de su cuerpo dentro del mío.

No voy a negar que en un principio me sentí tan avergonzada como cohibida. ¿El por qué? Sencillo.

En primer lugar porque por mi encuentro con Patterson. Algo que marcó el rumbo de esa noche de alguna forma, contaminando el contacto que minutos después mantendría con Nick. Y claro está, y este es el segundo punto, era del todo normal sentirse así cuando por segunda vez me entregaba a un hombre por dinero. Un segundo hombre que no espera que reaccionara como lo hizo.

Muy probablemente, el que volviera a achispar mis sentidos con aquellas copas de champán, fue lo que me ayudó a digerir esa engorrosa tesitura en la que Patterson me puso frente a Nick, un hombre que me gustaba, y mucho. Y ese agrado fue en buena parte la balsa de aceite en la que me refugie, el detonante de cada uno de los estremecimientos que mi piel experimentaba gracias a la cercanía de su piel, de su voz, hasta de su perfume. Eso, y su forma de ser para conmigo. Esa que me hizo sentirme tan risueña como una quinceañera enamorada de su profe, al que se moría por comerse a besos.

En pocas palabras, un verdadero incendio se desató en mi interior cuando con sus dulces palabras se posaron en mis oídos antes de que su suave boca lo hiciera una vez más en mi cuello. Toda mi piel reaccionó al igual que lo hace el fino manto del agua cuando arrojas una piedra en él. Fue un hecho en cadena lo que sus besos desataron en mí.

Dócilmente y con cierto recelo; lo que lo hacía mucho más apasionante, deslizó su mano hasta mi trasero, para tomarlo con fuerza. Me arrastró hasta él mientras me lo apretujaba. La reacción de mi cuerpo, sobre todo en esa zona, no se hizo esperar. Este se endureció debido a las pequeñas convulsiones de placer que comenzaban a manifestarse según sus besos se incrementaban en mi cuello. Besuqueos que se acomodaron poco después en mi boca.

Nos besamos sin tregua hasta que la limusina nos trasladó hasta un elegante piso en pleno centro de Manhattan. Este no era tan sobresaliente como el anterior, pero sí más acogedor que el primero. Y desde las alturas en las que se encontraba ubicado, y gracias a sus espaciosos ventanales, los cuales lo ocupaban todo en sustitución de fríos muros, una podía sentirse casi libre mientras contemplaba la hermosa extensión de gran parte de *Central Park*.

Todo Manhattan se dispuso a mis pies. Y tengo que reconocer que esa sensación me atrapó, me alagó, me gustó.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó Nick instalado a mis espaldas.

Estaba tan ensimismada con aquel lugar, con el momento que estaba por venir, que ni siquiera lo escuché acercárseme.

Cuando me rodeó por la cintura, todo mi cuerpo vibró.

—No, gracias. Creo que ya he bebido más de lo que debía. Estoy algo, atolondrada. Demasiado achispada —le sonreí tímidamente—. Y si te soy sincera —me giré rodando entre sus brazos—, no quisiera desaprovechar ni un solo segundo contigo.

Ante mi positiva negación y tras mi escueta explicación, me invitó a sentarse en un amplio sofá de piel color chocolate. Un cómodo sofá sobre el que descansaba una agradable manta de una tonalidad granete, muy acorde esta con el fuego que aquel hombre comenzaba a despertar en mi interior cuando de nuevo sus besos, se alojaron en mi cuello para descender despacio, muy despacio y suavemente hasta mi escote.

—Espera, espera —le susurré—, dame un par de minutos. ¿Dónde está el baño? Quiero refrescarme para ti.

—Justo ahí detrás. Sigue el pasillo y lo encontraras al fondo.

—Vuelvo en seguida. Ni se te ocurra marcharte.

—No lo haré —me besó con ganas.

Sin perder tiempo, me desnudé y me di una rápida ducha. Tenía que quitarme a Patterson de encima. Tenía que borrar su recuerdo de mi piel. Me quería entregar limpia de culpa a Nick. Con el mismo arresto con el que me desvestí me volví a vestir. Eligiendo esta vez para él, un sexy tanga color marfil.

De regreso a su lado, los besos retornaron a su punto de partida.

Cada uno de los besos que me daba, me hicieron sentirme la mujer más especial del mundo. Como también lo hizo cada una de las afectuosas palabras con las que impregnó cada uno de ellos.

Me sentí no sólo adorada, sino conquistada y del todo seducida por un

hombre que supo sacar lo peor de mí en el mejor sentido de la palabra. Y todo se desencadenó cuando suavemente sentí como la lazada de mi vestido era desatada con el único fin de apostar sus suaves labios en mi escote y hacerlos resbalar en incandescente deseo hasta mis senos. Besos que dieron paso a extendidas lamidas que fueron servidas una tras otra con deleite en mis pechos endurecidos.

—Mmm—gemí.

Era sencillamente enloquecedor sentirlo acariciar mi piel de esa forma y como suspiraba de placer mientras lo hacía.

Mis pezones en respuesta a sus besos se erizaron, y el placer que sentía al concebir cada una de sus lamidas y de las succiones que ejercía sobre mis pezones, era realmente enloquecedor. Poco a poco me fui derrumbando sobre la suave manta que cubría el respaldo de aquel sofá para así entregarme de lleno a sus besos y galanteos. Como lo hiciera mi sexo cuando se derramó sin previo aviso. Una humedad que dobló lo poco de serenidad que me quedaba.

Nick alojó su mano bajo mi vestido buscando el principio de mi tanguita en mi muslo. Y una vez lo localizó, deslizó sus caricias hacia su interior. Mi piel se erizó, y hasta los pelos de mi nuca se rindieron a ese cosquilleo, el que se extendió hasta mi vagina y hasta los dedos de mis pies que se arquearon una vez, al sacudir los pies, me liberé de mis zapatos.

Húmeda por la excitación que Nick me proporcionaba con cada roce, con cada caricia en mi vagina, yo simplemente cerré los ojos y me dejé llevar. Me entregué de lleno al placer de ser deseada como él lo estaba haciendo.

—Eres, preciosa—me indicó deslizando su mano de mi sexo para tomar una de mis piernas y elevarlas por encima de su hombro. Se agachó separando mi otra pierna para colocar su boca sobre mi húmedo sexo, para entregarse de lleno a recorrer todo lo largo de mi mojada vagina.

Arqué mi espalda y me entregué por completo.

Sumida en el delirio al que Nick me entregó, sentí como desplazaba a un lado mi tanga para seguidamente comenzar a lamerme por completo. Separando previamente los labios de mi vagina con sus dedos para facilitar la tarea de su juguetona lengua. Lamía mi vagina de arriba abajo sin descanso, entreteniéndose de vez en cuando en mi clítoris de manera increíble. Poco o nada tardó uno de sus dedos en adentrarse en mi interior para realizar pequeños y frenéticos movimientos. Lo mejor vino después cuando a ese inquieto dedo suyo, lo siguió la punta de su lengua. La que clavó en el interior

de mi vagina.

Todo ese despliegue de preliminares me enloqueció. Tanto, que no pude retener en mi boca por más tiempo aquella petición. La de que fuera su miembro el que se adentrara dentro de mí. Una exasperada postulación que proyectó mi mano sobre su bragueta para buscarlo dentro de sus pantalones, pero al contrario de lo que yo esperaba, él me frenó.

—¡No! Espera —se incorporó para deshacerse de su pantalón, así como de su bóxer. Pude leer sus intenciones en la mirada que me lanzó, en la ligera inclinación de la línea de su boca.

No soy de las que se mueren por chupar un pene. Nunca me ha gustado, y nunca me gustará la verdad, pero aquella noche el alcohol, como ya lo hiciera en mi madre, hizo de las suyas en mí. Así que cuando lo tuve frente a mí, y tras vestirla con el conveniente preservativo, lo tomé con una mano tras arrodillarme previamente frente a él. Conteniendo mis ganas, subí la mirada buscando la complicidad de sus ojos, pero no la hallé. Él ya estaba entregado al placer que el simple roce de mi piel le regalaba. Un frenesí que le obligaba a mantener los ojos cerrados y la boca apretada.

Despacio y algo nerviosa (por qué no decirlo), aproximé su pene a mis labios como si de un caramelo se tratara. Tras el fino condón, la noté cálida y suave, a lo contrario de lo que siempre pensé, no olía a nada. Simplemente era eso: cálida y suave.

La pasé despacio por mis labios, los acaricié con ella antes de ponerla dentro de mi boca, y al hacerlo, la sentí grande y gruesa. Una apreciación que se extendió hasta las gruesas venas que la envolvían.

Despacio, empecé a chupársela, a acariciársela con mi lengua, despacio, muy despacio. A la vez que manoseaba sus pelotas con mi otra mano. Nick me cogió con ganas del cabello para estimular mis movimientos hacia atrás y hacia delante. Con ello consiguió metérmela hasta el fondo, lo que ocasionó una leve arcada. Pero esa sensación de mamársela me gustó, y sin saber cómo o porqué, entré en un estado de frenesí.

Era como si en ese mismo instante me hubieran pulsado algún botón que hizo que la expresión de mi cara, y hasta entonces, mi forma de actuar, cambiara por completo.

—Espera, espera. Me la vas a arrancar —rió nervioso—, más despacio. Espera. —Se agachó para recostarme sobre la suave alfombra que cubría el suelo. Acto seguido, comenzó a deslizarse sobre mi cuerpo por medio de suaves y cálidos besos. Mientras lo hacía, podía sentir como su

polla rozaba mi piel, la cara interna de mis muslos hasta colocarse en el centro de mi jugosa vagina—. Mmm... —manifestó.

De un solo golpe, empotró su duro miembro dentro de mí para acto seguido comenzar a follarme como un salvaje.

Quien me iba a decir, que mi primera cita iba a ser tan así: salvaje.

A punto estuve de correrme en el preciso momento que sentí su gruesa polla comprimida dentro de mí, y más cuando la sentí rozar el fondo de mi vagina.

Con fuerza, clavó sus dedos en mis nalgas aferrándose a ellas para así facilitar el entrar y salir una y otra vez, una y otra vez de mí interior. Me folló sin descanso mientras lamía mis pezones, mientras los chupaba, los devoraba. De vez en cuando, los dejaba de lado para susurrarme al oído cuanto le gustaba follarme, lo especial y única que yo era. Mis gemidos fueron la melodía que acompañaron a los suyos mientras me aferraba con fuerza a su cuerpo. Me corrí de inmediato una vez sentí como él se estremecía dentro de mi cuerpo derramando en mi interior el fuego de su semen.

Minutos después, tras reponerse de nuestro encolerizado combate, se levantó.

—¿Te apetece ducharte conmigo? —me propuso.

Desde luego acepté encantada su oferta.

Y fue de nuevo en la ducha, donde Nick me regaló prolongados besos que finalizaron en un nuevo y prolongado orgasmo. Siempre con la precaución debida.

Sin duda ese hombre sabía cómo tratar a una mujer. Sabía cómo hacer gozar a una mujer. Sabía moverse. Y lo más importante, consiguió que me sintiera especial entre sus brazos. Que me olvidara de todo. Logró hacerme sentir una mujer deseada, amada, cortejada. Hasta el punto que logró hacerme creer que yo era parte de él, una especie de pareja (al menos la de esa noche), y alejó por unos minutos la idea que yo misma tenía preconcebida de mí. La de una prostituta.

Por unos minutos, fui ajena al único fin que me llevó a sus brazos: el dinero.

CAPÍTULO 16

Cuando me desperté, Nick ya se había marchado. Al verme sola en aquella cama vestida con suaves sábanas de seda, no puede evitar estirarme como gata *panzarriba*. Después, giré la cabeza en dirección al lugar que Nick ocupó junto a mí esa larga noche, y descubrí con asombro que sobre su almohada había dejado una perfumada rosa que parecía ser de terciopelo.

Una estúpida sonrisa se acopló en mis labios.

Me sentí bien. Me sentí feliz. Después de tanto tiempo sin serlo, sin sentirlo, aquella mañana volvía a sentirme feliz.

La primera vez de tantas otras.

Aquella estúpida sonrisa que se alojó en mis labios y que recorrió todo mi cuerpo, tardó en disiparse. Y con ella aun sujeta en mi rostro, tomé mi vestido y con él en la mano y desnuda, me dirigí a aquel inmenso baño. Este estaba todo decorado con el mejor de los mármoles y al más puro estilo romano. Todo un lujo se dispuso a mi alcance. Y sin pensármelo dos veces, entré en la ducha y reanimé mi cuerpo bajo unos extendidos minutos de agua caliente. Tras esto, y una vez seca y vestida, saqué de mi pequeño bolso de mano algo de maquillaje con lo que recomponer mi aspecto, al igual que hice con mi peinado.

Arrastrando mi felicidad, crucé la habitación para llegar al gran salón. Allí, sobre la majestuosa mesa de metacrilato que presidía el comedor, encontré un gran ramo de rosas rojas aterciopeladas con una preciosa nota. La tomé y leí con asombro las breves líneas que Nick me había dedicado de su puño y letra. Una preciosa letra, por cierto:

Espero que te gusten las rosas.

Ha sido un verdadero placer conocerte Channtel. Espero y deseo que volvamos a vernos, pero sólo si tú quieres.

Nick

P.D.: he dado órdenes para que te lleven de regreso a tu casa.

La leí y la releí tantas veces, que quedó grabada en mi retina.

De nuevo aquel hombre consiguió que la simple de Cat se sintiera la mujer más especial del mundo. Y de nuevo aquella estúpida sonrisa se apoderó por completo de todo mi ser.

Al tomar mi ramo de rosas, me percaté del sobre. Un sobre que hasta ese momento ignoré por completo. Deposité con sumo cuidado las rosas sobre la mesa para tomar aquel elegante sobre de un sobrio tono ocre. En su interior encontré doscientos cincuenta dólares. Al contrario de sentirme como lo que era; una prostituta, me sentí feliz, porque Nick no solo disfrutó de nuestro encuentro, yo también lo hice y puede que mucho más que él. El que me hubiera pagado por sexo, pasó a ser nada, y más cuando ese hombre me hizo sentir como si yo formara parte de su vida.

Aquella noche fui su chica en lo más hermoso del concepto.

Una vez más, la estúpida sonrisa pasó a convertirse en una sonora carcajada que acallé colocando mi mano en mi boca mientras daba pequeños saltitos como un sapito feliz. Saltitos a los que siguieron un gran salto y luego otro y otro.

Me sentí como una niña con zapatos nuevos. Y de los caros.

Rauda, busqué una estilográfica en el escritorio de su despacho. Y en la misma nota que él me había dedicado; por detrás de esta, yo dejé una pequeña reseña a sus palabras:

Gracias por esa noche tan fantástica que me has regalado. Y puedes llamarme cuando lo desees. Siempre será un placer acompañarte. Al igual que complacerte.

Besos. Channtel.

Mi número de teléfono es el: xxx xxxxxx

Volví a tomar mi ramo y una vez bajé al hall de aquel impresionante edificio, me encontré con la grata sorpresa de que el chofer de Nick se encontraba frente a las puertas de este esperándome. Tras darme los buenos días, me acompañó hasta el coche para acto seguido abrirme la puerta de una

limusina que me trasladó hasta las puertas del apartamento de Alina, en Harlem.

Como una verdadera exhalación, entré en aquel pequeño apartamento. Despacio y con los zapatos en la mano, para evitar hacer ruido, me colé en su habitación. Alina continuaba durmiendo. Sonreí, y sin pensármelo salte en su cama. Menudo susto se llevó.

—¡Buenos días!

—¡Dios, Cat! Menudo susto.

—Estoy feliz. ¡FELIZ! Feliz, feliz...

—Ya, ya veo. Pero cuenta, cuenta. ¿Cómo te fue? Tu segunda experiencia, porque la primera, olvidémosla. Ya supe algo por Miss Tyler.

—¡Genial! Nick es un verdadero caballero. He pasado una noche increíble, ¡increíble! Me ha hecho sentir la mujer más especial del mundo ¡Dios! —aquel suspiro puso en alerta a Alina.

—Cuidadito con lo que dices Cat, con lo que puedas llegar a creerte. No vayas a caer en tu propia mentira.

—Vale, vale. No soy tan tonta Alina. Sé bien quién soy y lo que hago. Pero eso no desmerece el que ese hombre me hiciera sentir especial, muy especial. Más de lo que nunca he sido. Mucho más de lo que nunca nadie me ha hecho sentir en toda mi jodida vida —lo que sentí en esos momentos fue aquel nudo apretar mi garganta.

Cuando Alina me abrazó, aquel nudo se desató por sí sólo desplegando cientos de lágrimas.

—Vale Cat. Ya está cielo, ya está. Además, yo tengo una cosita para ti.

—¿El qué? —pregunté.

—Que va a ser tonta.

Alina se levantó de la cama, se encaminó hacia el pequeño sillón que hacía de galán en su habitación y tomó su pequeño bolso. Lo abrió para sacar un sobre donde estaba el pago de aquella noche de fiesta.

Un poco más con lo que hinchar el colchón de mi esperanza.

—Creo que esto es tuyo. Te lo has ganado.

De nuevo aquella sonrisa estúpida se apoderó de mí y alejó toda duda, toda culpa.

Tomé aquel sobre y al abrirlo sin pensarlo lo llevé a mi nariz. Necesitaba olfatear el aroma del dinero, del éxito.

—Pero, esto son... ¿mil ochocientos dólares? —mis ojos, como platos, se fijaron en Alina.

—Te los has ganado. Algunos clientes han quedado muy satisfechos con tus galanterías. ¡Los has deslumbrado nena! —me gritó—. Y ya ves. Te lo han agradecido con varios montones de dólares. Sin olvidar el pago de...

—¡Dios! No me lo recuerdes —sentí un desagradable cosquilleo recorrer todo mi cuerpo.

Obviando aquello, aquello que merecía ser olvidado, me levanté de la cama y comencé a dar vueltas y vueltas bajo las risas de Alina. Segundos después y mareada, acabé desplomándome sobre su cama entre risas. No podía parar de reír, de soñar, de pensar y pensar en un sinfín de proyectos, de futuros proyectos en los que mi hermana Alice era la base de todos ellos. Y donde ya no había cabida ni para el dolor, ni para la culpa, ni para los moratones y mucho menos para el arrepentimiento por odiar a quien me había dado la vida.

—Dime, ¿qué piensas hacer con todo ese dinero? Porque es mucho, mucho —preguntó Alina mientras se colocaba su batín de seda y se encaminaba recogiendo sus cabellos rubios en un improvisado moño, en dirección a la cocina a preparar algo de café.

—¿A dónde vas?

—¿Cómo qué a dónde voy? Pues a hacer café, como cada mañana.

—No, no. Para nada. Tú y yo señorita —me coloqué frente a ella y tomando los lazos de su bata, tiré de ellos deshaciendo la lazada y tirando a la vez de Alina hacia mí—, ahora mismo, nos vamos a desayunar como dos reinas. ¡Faltaría más! Yo invito. ¡Venga! Vístete.

—No. Venga, déjalo. Cat, en serio, no es necesario. Guárdate ese dinero. No tienes porqué...

—Venga ¡vístete! Ya estás tardando nena. Pero venga. ¡Venga! —le di un cachete en el culo a lo que ella soltó un pequeño brinco y una sonora carcajada.

—Estás loca.

—No protestes y vamos a desayunar. Que tengo un hambre atroz.

Pasamos un domingo fantástico. Disfrutamos como si fuéramos las dueñas de Manhattan. Aunque, a fin de cuentas, así es como yo me sentía. Como la misma reina de toda Nueva York.

Lo primero que hice nada más despuntar el lunes, fue acompañar a

Alina hasta el distrito de *Midtown*. Concretamente hasta *Midtown East*, donde se encontraba ubicado el Spa de Miss Tyler. Sin lugar a dudas, Miss Tyler y sus peculiares puritos estarían esperándome. Una vez frente a las puertas del spa, caí en la cuenta de su más que excelente ubicación, pues este quedaba próximo a *Time Square* y a la misma *Madison Avenue*.

Tras la firma del pertinente contrato y fijar el día que comenzaría a trabajar y el establecimiento de mi jornada laboral, la cual se correspondería a solo media jornada de mañana en un principio, la misma Miss Tyler se encargó de enseñarme cada uno de los secretos y entresijos de su floreciente negocio, así como mis cometidos y la que sería mi cabina, preciosa.

Tan elegante como lujosa.

En cuanto al sueldo, este superaba con creces mis expectativas.

Cada servicio que prestara rondaría alrededor de los doscientos cincuenta pavos, de los cuales, tras descontarse la parte que legalmente le correspondía Miss Tyler, yo me agenciaba algo más de cien pavos netos. Y eso por cada uno de los clientes que atendiera en un día. Y si me paraba a pensar que lo normal en un día malo, era atender entre 5 o más clientes. ¿Cómo sería un día bueno?

En el negocio de Miss Tyler, como en todo negocio semejante a este, mis reembolsos dependerían en buena parte de la demanda que yo creara, y claro está, de mi disposición para cumplirlas durante los cuatro días a la semana que comprendía mi jornada laboral, libraba los miércoles. En cuanto a ese día libre, estos los aprovecharía con creces, sobre todo para vivir la vida que siempre deseé vivir. Día en el que sería yo y sólo yo: la auténtica Catherine Wayne. Esa chica risueña, descarada y muchas veces deslenguada. El resto de la semana y de esas horas que dedicaría a mi trabajo, sería Channtel: una loba dispuesta a despedazar a pleno bocado cada trocito de Manhattan y del mismísimo Nueva York si este se le ponía por delante.

Y para ello, nada más salir del spa, y siguiendo los consejos de Miss Tyler, busqué la forma de poner en activo mi teléfono en dos líneas diferentes. Tras esto, tocaba buscar un apartamento donde poder establecerme de forma cómoda en la ciudad de cristal y hormigón.

Ya era hora de abandonar el nido de Alina y crear el mío propio. Ya había abusado en demasía de su buena disponibilidad. Ya era hora de tener mi propio refugio. Y por pequeño o cutre que este fuera, sería mío y sólo mío. Y con él, de una vez por todas lograría extraer de mi corazón esa carencia de un hogar propio que se enraizó en mí gracias a los agravios que el distinguido y

honorable señor Patterson me hizo sentir. Los mismos que desplomó sobre mi pequeña familia. Porque ya no sólo mi madre me hizo sentirme fuera de todo y dueña de nada, sino que el mismo Patterson se encargó de recordarme que nada tenía y nada tendría en la vida, dada mis raíces.

Con un dulce sabor de triunfo en mi boca, le pedí al taxista que me llevara al centro comercial más cercano y éste me trasladó hasta la *calle 34^a*; entre la *Quinta y Octava Avenida*, una zona ideal para ir de compras. Cuando bajé del taxi, comprobé con gusto la gran variedad de tiendas como zapaterías, tiendas de ropa, de lencería, de perfumes de las que ponía disponer. Todo un delirio para una compradora frustrada como yo lo era.

Siempre me vestí con la ropa de otras. Ropa que muchas veces me quedaba tremendamente grande, y que más de una vez tuve que ajustar a mi talla yo misma. Yo era la amiga con la que contar para ir de tiendas, la amiga que aconsejaba que sí y que no elegir o ponerse. Yo era la amiga que heredaba y se ponía lo que sus amigas no querían o rehusaban ponerse por haberse quedado desfasado, gastado...

En un principio me limité a mirar, a tocar y a oler.

Poco tardó el dinero a quemarme en la mano, por así decirlo. Perdí la cordura. La que necesitaba en esos precisos momentos. Pero cuando descubrí la cantidad de llamadas perdidas almacenadas en la memoria de mi viejo móvil, esta se desvaneció. Junto con todas esas llamadas había además dos mensajes en espera en el buzón. El primero de ellos era de uno de los caballeros que asistieron a la pasada fiesta, un tal Taylor (apenas me acordaba de él). En su escueto mensaje me solicitaba un encuentro para el próximo viernes. Y sin dudarle, le pedí ciento setenta y cinco dólares (a ver si colaba), y vaya si coló. Para mi sorpresa, a los pocos minutos de mi petición, él respondió afirmativamente. No me lo podía creer. «¡Accedió!», grité para mis adentros.

Nuestro encuentro tendría lugar en uno de los muchos pubs de Harlem.

El segundo mensaje era nada y menos que del Señor X, del mismo señor Chapman, como se refirió a él Miss Tyler aquella pasada noche de fiesta.

No me podía creer que él, el Señor X, como me gustaba llamarlo, me propusiera una cita. Cita que tendría lugar de aceptar, y desde luego que aceptaría y de hecho acepté de inmediato, el próximo sábado.

Mientras daba respuesta a su mensaje, los dedos me temblaban sobre el teclado de mi móvil. En verdad todo el cuerpo me temblaba. Y más de una vez, tuve que revisar y leer lo que había escrito antes de enviarlo, pues hasta mi visión se vio alterada.

Para nada quería quedar como una analfabeta o una simple muchacha adornada de grandes aspiraciones que por supuesto le quedaba enorme.

Ansiosa esperé su respuesta, y esta tuvo lugar minutos después de haberle enviado el mensaje. ¡Dios! No me lo podía creer. No podía creer que eso me estuviera pasando a mí. A la necia estúpida de Catherine Wayne.

Necesito que me facilites una dirección

donde pasar a

-----+-----

Ahí estaba mi emergente necesidad de encontrar y tener mi propia dirección. Mi propio hogar. Este mensaje ponía de manifiesto que debía ponerme manos a ella de inmediato.

En busca de un apartamento, recorrí gran parte de *Midtown East* (el centro neurálgico para la gente de negocios) esa tarde de lunes. Me interesaba y mucho instalarme por allí, cerca del mismo Spa. Y cuando tanto mis pies como mi estómago comenzaron a quejarse, decidí hacer una pequeña parada para tomar algo con lo que no sólo reanimar mis fuerzas, sino mi propio ánimo.

Mientras esperaba mi pedido en la barra, ojeé el periódico que encontré a mi derecha. En la sección de alquileres encontré un apartamento que apuntaba maneras y grandes posibilidades. Además, el precio del alquiler se ajustaba bastante a lo que yo más o menos tenía pensado desembolsar.

Comí apresuradamente y casi 20 minutos antes de la hora acordada, me presenté ante las puertas de aquel bloque de apartamentos.

El apartamento en cuestión se encontraba situado en *East Village*, muy próximo al *Soho* y a sus galerías de arte, así como del singular barrio de

Chinatown. Y a tan sólo nueve minutos del Spa en taxi y unos 17 ó 20 (dependiendo del tráfico) en bus.

East Village es uno de los barrios más explosivos culturalmente hablando de todo Manhattan. En él se recoge lo más cool de casi toda Nueva York (al menos a mi parecer).

Lo que más me gustó, era que se encontraba rodeado de los bares y cafés de moda, y a pocos pasos de refinadas boutiques. Algo que le otorgaba una vida sin igual a aquel vecindario. Sin olvidar que se encontraba muy bien comunicado en lo referente al transporte público, con lo que me podría desplazar fácil y rápidamente tanto al *Empire State* como al mismo *Central Park*. Todo, absolutamente todo quedaba relativamente cerca de dicho apartamento. Pero a pesar de que *East Village* rebosaba actividad por todos lados desde la salida del sol hasta su caída, y de que era el lugar de moda, no dejaba de ser un barrio relajado. Pasear por sus calles sería como hacerlo por casa. Y así es como me quería sentir: en casa. Aunque está nunca hubiera; al menos hasta ese preciso momento, existido o tenido cabida en mi vida.

Durante el día, Midtown es un centro por y para el negocio, pero por la noche... ¡Oh! Por la noche todo cambia. Todos cambian. Sus cosmopolitas habitantes (ya sean residentes diurnos o asentados) sin haberse despojado de sus carísimos trajes chaqueta, invaden los numerosos bares y restaurantes que en Midtown se encuentran.

Sin lugar a dudas, la decisión de Miss Tyler de emplazar su negocio allí, en medio de tanto agente y gente estresada, fue más que acertada.

Una vez entré en el hall de aquel rústico edificio de ladrillo y zigzagueantes escaleras de incendio, precisé de unos segundos antes de llamar al bruñido timbre que se encontraba sobre el pequeño mostrador que tenía a su disposición el portero de tan regio edificio. Segundos en los que inspiré hondamente dejando escapar con cada exhalación tanto mis miedos, así como mis nervios.

Minutos después del estridente sonido de aquel timbre, apareció el que sin duda alguna sería el casero y propietario de todos y cada uno de los apartamentos que conformaban aquel edificio. Un hombre de algo más de cincuenta años, un tanto desaliñado, pero con cierto atractivo. Su porte era

contundente, muy rotundo. Con esto quiero decir que aparentaba ser un hombre fuerte y curtido por la vida. Y qué decir de ese aspecto militar que se gastaba: cabello rasurado al más puro estilo militar, brazos fornidos y con tatuajes de guerra por así llamarlos y alguna que otra evidencia de los combates en los que había participado como la fea cicatriz que lucía; a modo de quemadura, en la parte derecha de su rostro, así como en su mano derecha. En pocas palabras, parecía ser todo un veterano de guerra, y de los consagrados a la que fuera en su día la ruda vida militar con la que eran adoctrinados desde jóvenes.

Pocas palabras entrecruzamos una vez le expuse mis deseos de alquilar el apartamento libre. Y muchas menos mientras subíamos por la escalera hasta la cuarta planta de aquel edificio.

Cuando aquel hombre de rudas maneras; el señor Matt Burt, abrió la puerta del apartamento, lo primero que hice fue echar un leve vistazo por encima de sus hombros. A simple vista parecía perfecto. Su decoración era sencilla, ordenada y con un cierto aire contemporáneo. Las paredes de ladrillo visto que decoraban tanto el salón como la parte frontal del dormitorio, le otorgaban un aspecto tradicional, campestre y muy urbano. Y eso me gustó. Me recordó a la que fuera mi casa en WearGreen.

—¿Cuántos metros tiene? —pregunté mientras examinaba un dormitorio que contaba con una luz excepcional que provenía de dos ventanales que quedaban a la izquierda de la cama. Una pequeña alcoba que contaba con una cama amplia de matrimonio y aledaña a esta por el lado derecho un cuarto de baño completo y bastante limpio.

A pesar de que el dormitorio estaba separado del salón mediante unas puertas correderas con cristales al ácido, cosa que le otorgaba poca intimidad, todo el conjunto me gustó. Como aquella preciosa cocina de esquina en tono verde menta semejante a la de una casita de muñecas.

—Tiene al menos unos 60 ó 62 metros cuadrados. Como ve, la cocina es abierta y se encuentra totalmente equipada.

—Ya veo —dije mientras examinaba la nevera una vez la abrí—. ¿Funciona todo? —pregunté a la vez que continuaba inspeccionándolo todo.

—Sí. Como ya le he dicho, todo es relativamente nuevo —parecía que mi pregunta no le agradó mucho por el tono de su respuesta.

—Sí, eso parece —los muebles de color pastel estaban dispuestos en ele y combinaban a la perfección con los electrodomésticos de aluminio—. El suelo es precioso.

—Sí. Se cambió hace poco. También cuenta con una acceso a la terraza de la azotea donde puede disfrutar de un buen solárium. Creo que las chicas como usted disfrutará mucho tomando el sol allí —aquella sonrisa suya fue tan lasciva y tan molesta como lo fue la mirada con la que me chequeó—. La lavandería está en el sótano. Cuenta con tres lavadoras y tres secadoras. Todas funcionan a pleno rendimiento, por si lo quiere saber.

—¡Oh! Gracias. ¿Y el baño? —Lo volví a examinar con más detenimiento—. Parece ser nuevo también, ¿no?

—Sí señorita. Sí. ¿Le interesa o no? Tengo algo de prisa, así que, ¿se lo queda o no?

—Lo cierto es que me encanta, pero...

—Pero, ¿qué?

—¿Habría posibilidad de bajar un poco el precio del alquiler? No sé, ¿tal vez algunos pavos?

—¡No! —Me dijo con rotundidad—. ¡El precio es el que es! No hay bajada alguna. ¿Qué se cree que es esto, una tienda del Soho? O lo toma o lo deja. Tengo varios interesados en él. No crea que es usted la única a la que le gusta.

¡Dios! No podía dejar pasar esa oportunidad.

—Bien. Entonces, ¿serían...?

—Mil quinientos dólares al mes, más un mes de anticipo y quinientos dólares de fianza. Lo que hace un total de tres mil quinientos dólares que se deberá abonar tras la firma del contrato.

—Vaya. No, no dispongo ahora mismo de esa cantidad de dinero. Pero...

—Sino paga, no hay nada de qué hablar —y tras decirme eso, a puro empujón me sacó del apartamento y cerró de un portazo la puerta.

—¡Espere, espere! Espere por favor. Aún no he dicho que no. ¡Espere! Puedo darle unos, mil setecientos dólares ahora. Dentro de unos días le pagaría los mil ochocientos restantes. Qué le parece este próximo, ¿viernes?

—¡No!

—Por favor. Le prometo que se lo pagaré sin falta el próximo viernes. ¡De veras! Estoy muy, pero muy interesada en él. Y para serle sincera, ya estoy bastante cansada de buscar. ¿No podría, no sé, hacer la vista gorda por mí? Y, No sé —traté de hacer uso de mis encantos femeninos con un hombre del todo dispuesto a escuchar los suaves contoneos de mi voz.

Me miró de arriba abajo y lo lascivo de su mirada consiguió erizar mi

piel.

—Tiene hasta este próximo jueves para ello. Ni un día más.
¿Entendido?

—¿Hasta este jueves? ¡Uf! —resoplé contrariada—. No, por favor.
¿No me podría dejar hasta el viernes?

—No.

—Por favor, si usted me dejara hasta el viernes. Yo le prometo que...

—Tienes hasta el miércoles.

—¿Hasta el miércoles? Pero, si antes me dijo el jueves.

—¿Lo toma o lo deja? Mire señorita, tengo prisa. Me están esperando.
Y le repito que no es la única interesada en este apartamento. Está más que alquilado.

—Me lo quedo, sí, me lo quedo —se las sabía todas el muy... ¡cabrón!

—Recuerde que, si no paga, se va a la puta calle. ¿Entendido? Sin miramiento ninguno. Lo mío no es precisamente la caridad.

Resoplé nerviosa.

—¡Por supuesto! —Jodido bastardo de...

Con recelo abrí mi monedero y le pagué la cantidad fijada.

Unos ciento cincuenta dólares, más o menos, es lo que me quedó. Y con ellos debía tratar de sobrevivir hasta que cobrara mi primer sueldo. Por lo que contaba con lo poco o mucho que sacara de aquellas dos primeras citas, y de las que posiblemente se presentaran esa semana.

Mi primera semana de chica de compañía.

—Una última pregunta. ¿Podría instalarme ya?

El señor Burt cogió el dinero, más bien me lo arrancó de la mano para guardárselo en el bolsillo de su camisa. Acto seguido, me regaló una dura mirada que me atravesó por completo.

—Puede hacer lo que le venga en gana. Ya ha pagado por él, no todo, pero ha pagado. Ahora espere un momento aquí, voy a por el contrato.

Tras formalizarlo, me hizo entrega de las llaves de sus sudorosas manos y se fue.

Sin dudarle, me instalé ese mismo día.

Mi mudanza o traslado era cuestión de recoger del apartamento de Alina mis pocas pertenencias, las cuales se reducían a lo poco que guardaba en mi viejo macuto.

¡Dios! Cuando cerré la puerta de mi apartamento, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y sentí como los ojos se me inundaban de lágrimas. Mi corazón dio un brinco, pues se sabía en casa. La que tanto deseé tener, la que tanto añoré poseer en mis sueños, sueños que tenían lugar en una casa que nunca sentí mía.

Recorrí y miré, y después de eso, volví a mirar cada rincón, cada objeto. Todo me hacía tanta ilusión. Ahora era no sólo dueña de un hermoso y precioso apartamento en pleno Manhattan, sino que, con ello, era dueña de mis propios sueños, de mis más deseados anhelos, de mi propia vida. La cual al fin sentía mía en toda la plenitud de lo que conlleva la palabra “posesión”.

Tomé el móvil y llamé a Alina.

Había que celebrarlo, pero de forma un tanto austera.

Un par de cervezas y unos panchitos a lo sumo.

Para mi sorpresa, comprobé que Miss Tyler me había dejado un mensaje de voz en mi destartado móvil. Adelantaba mi incorporación a mi nuevo puesto de trabajo para el día siguiente a su firma, el martes de esa misma semana. Al parecer, una de las chicas se había despedido sin más, por lo que contaba con varios clientes que se verían desatendidos, y eso para ella era del todo inconcebible. Una incorporación que afortunadamente, y como ya habíamos concretado con anterioridad, atendería solo a media jornada, la tarde era toda para mí.

CAPÍTULO 17

La alcoba (“*alcoba*” es como se denomina en el Spa a cada cabina de masaje) que me fue designada estaba impecable en todos los aspectos.

Aparte de ser sumamente elegante, estaba bien organizada y en cuanto a la forma en la que estaba decorada, esta proporcionaba un equilibrio del todo relajante y sugerente. La tenue luz que la iluminaba, así como las flores de suaves colores azules y las velas con aroma a lavanda que se habían dispuesto por toda ella jugaba un papel primordial para conseguir ese ambiente en el que todo cliente pudiera encontrarse lo más cómodo posible. Además, el gran espejo que se encontraba en uno de sus lados de la cabina, le proporcionaba al cliente un plus añadido: el disfrutar de la escena que le mostraría su masajista mientras ejercía su trabajo sobre su cuerpo. Una más que excitante experiencia a la que se sumaba la que le otorgaba el mismo gran espejo ovalado que se encontraba en el techo.

Encendí cada una de las velas que había repartidas por toda la cabina, con ello crearía un ambiente de encuentro íntimo y sensual. Por otro lado, el hilo musical al más puro estilo *Chill Out*, aderezaba todo el conjunto un poco más.

Me acerqué hasta la entrada donde se encontraba Miss Tyler para confirmarle que todo estaba dispuesto. Al igual que yo.

—¿Nerviosa? —me preguntó.

—Un poco, la verdad. Por favor, necesito que me diga algo que me ayude a relajarme.

—¡Ja, ja, Ja! Tranquila cariño. Lo vas a hacer muy bien, ya lo verás. Sólo déjate llevar y sigue tus instintos. Bien, ahora, en cuestión de unos minutos el señor Collier hará acto de presencia. Yo lo recibiré como de costumbre, y tras el pago correspondiente por el servicio contratado, lo conduciré hasta tu cabina. Tú lo recibirás y le pedirás que se desnude tras el biombo. Deberás esperar unos cinco minutos para que se desnude, y cuando salga, lo ayudarás a despojarse del albornoz que previamente habrás dejado dispuesto para él. Recuerda que siempre debes proporcionarles de un albornoz limpio, así como toallas limpias para su posterior aseo. No te olvides de eso.

—No.

—Pues nada, ve a tu cabina y espera. Y tranquila, te lo repito —tomó

mis manos—, lo vas a hacer muy bien —me guiñó un ojo, lo que me confirió cierta seguridad.

—Gracias.

—Tras el señor Collier, el siguiente será el señor Trevor, le sigue el señor Smith y el señor Wilson. Lo que te supondrá unos más o menos cuatrocientos dólares —rio—. Por cierto, cariño —dijo dejando sobre el mostrador sus gafas—, creo que se me olvidó mencionarte que siempre pago al finalizar el día —traté de disimular la amplia sonrisa de felicidad que se alojó en mi interior, que se clavó entre mis labios—. Y esta tarde libras cariño. Creo que es lo justo. Sobre todo, para ser el primer día. Pero solo por hoy. Mañana miércoles se te presenta un día muy complicado —ahora la que reía era ella.

—Gracias —en esa sencilla palabra estaba expresando todos y cada uno de los sentimientos que revoloteaban dentro de mi cuerpo como pequeñas mariposas.

Tras dos ligeras llamadas en la puerta de mi alcoba, a lo que yo respondí con un nervioso “Sí”, el que sería mi primer cliente entró de la mano de Miss Tyler.

—Le dejo en buenas manos mi querido señor Collier. Se lo garantizo —añadió Miss Tyler antes de marcharse.

—Buenos días señor Collier. Sea bienvenido a mi pequeño reino —vi cómo me sonreía—. Mi nombre es Chantel. Puede desnudarse tras el biombo. Allí encontrará un albornoz con el que vestirse —lo esperé unos tres minutos, y cuando salió—: Por favor, tumbese. Espere, déjeme ayudarlo —le indiqué mientras le facilitaba el deshacerse del albornoz que llevaba puesto.

Aquel hombre podría tener entre cincuenta años más o menos. Era un hombre menudo, de complexión algo gruesa, pero con un cierto atractivo. De no haberlo tenido, el atractivo claro, a mí no me hubiera quedado otra que complacer sus deseos. Para eso los había pagado. Y muy bien.

—¿Eres la chica nueva?, ¿no? ¿Y Annete? —me preguntó mientras se tumbaba en aquel edredón relleno de suave plumón a modo de colchoneta.

Edredón que se encontraba en el centro de la cabina, en el suelo. En un suelo de brillante y mullida tarima flotante de color oscuro.

—Tumbese boca abajo y acomódese. —Su culito blanco quedó expuesto a mis ojos, al igual que su pequeño y flácido pene. Pene que exhibió

sin ningún tipo de reparo frente a mí. “Normalidad ante todo”.

—Annete ya no está. El por qué no lo sé y tampoco estoy en disposición de darle una explicación. Lo lamento. Yo sólo espero poder ser igual o mejor que mi antecesora —le sonreí—. El señor ha pedido un masaje descontracturante ¿verdad? ¿Desea un aceite de masaje específico o prefiere una ligera crema hidratante inodora? —pregunté mientras me deshacía la lazada del batín de seda que llevaba puesto, quedando vestida tan sólo con un escueto tanguita negro. Deposité el batín en el perchero e inspiré profundamente antes de girarme hacia él y arrodillarme a su lado.

Pude ver reflejado en el brillo de los ojos de aquel hombre, deseo por lo que veía.

—Puedes llamarme John cielo. Un aceite estaría bien. Cualquier cosa que elijas tú, estará bien.

—Pues bien, John. Ahora quiero que cierre los ojos, que trate de relajarse. Trate de olvidarse por un momento del mundo John. Deje que yo me encargue de todo. Despreocúpese y disfrute.

—Ummm... Eso suena muy bien cariño.

La finalidad de un masaje descontracturante no es otra que la de aliviar la tensión muscular que se acumula en la musculatura. Pero nuestra especialidad difería y mucho de la oficialidad de tal definición.

Por medio de leves presiones y caricias, la masajista debe tratar de conseguir un estado de relajación y bienestar en su cliente. Y si a eso se le sumaba la culminación mediante un desestresante y delicioso final feliz, se conseguía multiplicar por cien la relajación de todos los músculos, así como de la mente del cliente e incluso de las propias culpas y miedos.

Dispuse una pequeña cantidad de aceite de lavanda en la palma de mis manos, y tras darle calor frotando ambas manos, comencé a masajearle las zonas menos erógenas.

Lo bueno para el final.

Debía masajearlo sin prisas, pero sin pausa. El contacto continuo era vital y este tenía que ser constante para conseguir ponerlo a cien. Y para ello, tenía que invertir algo de tiempo. Sin lugar a dudas, el resultado final sería inimaginable para él, y quizás también para mí.

—Vaya, vaya. Estás muy tenso John. ¡Perdón! Lo he tuteado sin querer.

—No me importa querida. Puedes tutearme.

—Gracias. Y sí, me reafirmo en que estas muy tenso. Y eso no es bueno. No, no. No es nada bueno —le susurré al oído—. ¡Dios! Tienes los hombros... ¡Uf! Pero que muy tensos. Eso está muy mal —le dije mientras masajeara sus hombros con fuerza.

—Es mucho estrés el que acumulo diariamente cariño. Mi trabajo es muy estresante. Y después, está la familia, los hijos. Todo, todo se me acumula. Por eso estoy aquí, en tus manos. Y veo que lo haces muy bien. Ummm...

—Pues déjate llevar. Así, así. Ves que bien.

—¡Oh! Sí, sí.

Masajeé su espalda de arriba hacia abajo con suaves movimientos. Originando que mis pechos rozaran su piel de vez en cuando, provocándole algún que otro suspiro de placer.

Bajé hasta sus piernas, pasando ligeramente por sus glúteos. Masajeé sus piernas con ambas manos de arriba abajo, me detuve por unos minutos en las plantas de sus pies lo que le arrancó un largo suspiro.

—¡Dios mío! Cómo me gusta.

Sin cesar de mantener el contacto de mis manos con su piel; pues de eso se trataba, subí despacio por sus piernas, ubicándome sobre ellas para continuar un poco más en su espalda, en cada uno de sus brazos.

Regresé una vez más a su espalda, y me detuve en sus blancas nalgas.

Las cuales relucían con luz propia bajo las tenues luces de las velas.

Las acaricié con mis dedos, los cuales pasé una y otra vez por encima del surco que las separaban. Lo sentí estremecerse, ya no sólo por el masaje que le estaba proporcionando, sino por sentirme encima de él mientras le daba aquel masaje. Observé como su respiración se aceleró, como comenzó a respirar de forma más profunda y extendida, alargando continuos gemidos de placer. Fue entonces cuando recordé las recomendaciones de Miss Tyler y sin pensarlo, comencé a masajearle con mis pechos, extendiendo mis caricias por toda su espalda. Subiéndome casi literalmente encima de él. Después continué con sus brazos, piernas y por último sus nalgas.

El señor Collier, el pobre de John, se estremeció de arriba abajo, bajo la tersura de mi piel.

Le solicité que se diera la vuelta y comprobé lo erguido de su miembro, el cual había aumentado considerablemente. Pero eso a él no pareció incomodarle. Muy al contrario. A mí tampoco.

Esta vez, comencé por sus pies, para después pasar a sus piernas y entrepiernas, de forma lenta, muy lenta. Ascendí a su pecho mediante movimientos circulares suaves, proporcionados estos con las yemas de mis dedos. Poco a poco extendí mis caricias hasta sus brazos, y por último me centré en masajear su cabeza con movimientos muy suaves. Para ello, nuevamente me coloqué sobre él, a horcajadas.

Sentí como su pene rozaba mi vagina, interponiéndose entre ambos, la delgada tela de mi tanguita. Esto provocó que me sintiera mojada, y excitada, al igual que él.

Con cada movimiento de mi cuerpo al masajearlo, mis pechos se balanceaban sobre su pecho desnudo. Advertí como su piel se erizó. Esto me dio pie a que yo tomara mis pechos con mis manos y se los refregara por la cara. Ja, ja, ja. Lo vi abrir la boca repetidas veces, con la clara intención de alcanzar a atrapar uno de mis pezones con su boca.

Disfruté viéndolo en esa actitud.

Parecíamos dos niños jugando a un juego ciertamente muy picante. Me pareció del todo chistoso verlo así, pero cuando aprecié lo abultado de su pene, la presión que parecía estar soportando, comprendí que debía dar término al juego.

El momento crítico había llegado.

Atendiendo a las palabras de la misma Miss Tyler: “Los genitales no se estimularán hasta el final. Así el orgasmo será más placentero y no obstaculizará la relajación. Así, el placer será mucho más intenso. Evita ir directamente a su pene. Recuerda que ellos pagan por un tiempo determinado”.

Cogí la botellita de aceite especialmente indicada para esa zona, la misma que con anterioridad había dejado a mi lado. Acto seguido y sin recelo o aprensión, tomé su pene y vertí una pequeña cantidad de aceite sobre é y sobre sus testículos.

—Abre las piernas, para mí John —le susurré.

Una vez las separó, yo me coloqué entre sus piernas para así comenzar a masajear primero la zona púbica, después pasé a sus duros testículos. Los acaricié despacio, muy despacio, suavemente. Eso lo puso muy nervioso.

Lo vi girar la cabeza hacia el espejo para quizás mirar lo que yo le estaba haciendo, y lo que le haría.

Pasé a su pene, pellizcando la base de este con mi mano derecha y la ascendí por su tronco. Retiré la mano para realizar el mismo movimiento con mi mano izquierda. Repetí la operación un par de minutos más. Después, lo

agarré por la parte superior y deslicé mi mano hacia abajo, volví a repetirlo con mi mano izquierda. John se volvía loco por minutos.

—¡Oh, oh, ooohh...! Eres única nena. Sí, sí —trató de tocarme, pero mi suave negativa echa susurró lo frenó.

Centrada ya en su pene, lo sujeté con una mano para deslizarla de arriba abajo, despacio, muy despacio, mientras colocaba mi otra mano en la cabeza de su pene para realizarle un masaje circular. Con ellos, su respiración se volvió más contundente, a lo que yo correspondí con pequeños susurros, con pequeños y sutiles gemidos, lo que aceleró más aun su respiración y mis movimientos sobre su miembro.

Lo mantuve reiteradas veces cerca del orgasmo, con la sola intención de prolongar y hacer más contundente su llegada al orgasmo. Así, mientras continuaba masajeando su pene con mi mano derecha, la izquierda buscó su pequeño punto de éxtasis. Aquel huequecito que se encuentra situado entre los testículos y el ano, y que tiene el tamaño de un garbanzo. Se lo masajee suavemente para ir aumentando poco a poco la presión en él. Siempre guiada por el ritmo de los gemidos que John profesaba.

Al sentir la llegada de su inminente eyacuación, tutelada no sólo por sus gemidos, sino por el gesto de su cara, aceleré mis movimientos y mis gemidos. Poco después aquel miembro explotó logrando que su pegajoso semen; acompañado por la sonora carcajada que John emitió, me alcanzara de lleno. Hecho que no me agradó mucho. Torpeza de novata.

—Cariño —me dijo mientras se incorporaba para tomar la toallita que yo le ofrecí—, si me confirmas que estás mojadita, te daré una jugosa propina.

—Ciento... veinte —le dije mientras terminaba de limpiarme las manos con una de esas toallitas húmedas.

Mi proposición consiguió robarme una sonrisa.

—Serán ciento treinta si me dejas que te lo chupe.

Levanté la mirada y lo miré fijamente a los ojos.

—Ciento cincuenta. Pero tan sólo dispone de unos cinco minutos.

—Me sobra cariño. Y te daré doscientos si me gusta el sabor de tu coñito.

Corrí el pestillo de la puerta y me giré en su dirección abriendo la bata de color rojo pasión que como uniforme me había vuelto a colocar para despedirlo. Vi como su miembro volvía a cobrar vida bajo el albornoz con el que él se cubrió.

Sin pensármelo dos veces, me tumbé el lugar que él antes ocupó y abrí

las piernas. Dejé que fuera él (bajo petición) quien me quitara las braguitas levantando un poco las caderas para facilitarle tal labor. Braguitas que él con avidez se colocó en la nariz y aspiró con fuerza. Su cara se iluminó dibujando una sonrisa de sádico salido. Era la primera vez que veía hacer aquello y la verdad es que me excitó sobre manera.

Cuando sentí su agitada respiración sobre mi vagina, no pude hacer otra cosa que cerrar los ojos con fuerza y girar la cabeza en la dirección contraria al espejo. No quería ser espectadora de aquello. Aun no estaba preparada.

De rodillas entre mis piernas, comenzó a pasarme con ansia su lengua chupándome y succionando todo a su paso. Su lengua entraba una y otra vez en mi sexo, y cada vez lo hacía con más fuerza y de forma más intensa y profunda. Lengua que movía de tal forma dentro de mi vagina, que tuve la necesidad de morderme los labios para evitar emitir algún tipo de sonido, pues comportamientos como ese, estaban completamente penados por Miss Tyler.

No pude resistirlo y terminé por correrme dentro de su boca.

—Ummm... Sabes muy bien. Pero que muy bien. Estás saladita —se limpió la boca. Se levantó y se dirigió a ligar donde se encontraba su cartera para entregarme lo acordado—. Creo que repetiré —sonrió—, más de una vez. Dame tu número cariño. Creo que incluso puede que te necesite en algún momento.

Tras limpiarme, me incorporé, tomé el dinero mientras trataba de cubrirme. Una extraña sensación de vergüenza se apoderó de mí.

—Que sepas cariño que me ha gustado mucho saborearte —me dijo justo antes de marcharse.

A su salida, fui corriendo al aseo de mi cabina para terminar de asearme. En cuestión de minutos, diez para ser exactos, entraría por aquellas puertas mi siguiente cliente.

—Buenos días. Soy Channtel, su nueva masajista. Vaya desnudándose señor Trevor. Enseguida estoy con usted. Voy a prepararlo todo.

—¿Nueva? —sonrió.

—Sí.

El resto de los servicios de esa mañana de martes, resultaron ser más sencillos

y menos prolíficos que el primero. Pero no podía poner peros a ese primer día de trabajo. Y mucho menos cuando entre clientes y propinas me había embolsado casi novecientos dólares. Lo que junto con lo ahorrado en mi trabajo en la cafetería hacían un total de mil cien pavos contantes y sonantes.

De seguir así, tranquilamente esa primera semana conseguiría sacar alrededor de algo más de tres mil si conseguía embolsarme quinientos o setecientos dólares al día. Y eso sin contar los succulentos “plus”.

CAPÍTULO 18

Aquella misma tarde, tras descansar un par de horas, y después de una ducha rapidita, decidí salir y disfrutar de una larga tarde de compras. ¡Mi primera tarde de compras!

La primera de mi vida.

Sin pensarlo, le pedía al taxista de turno que me llevara hasta la *Avenida Madison*, entre la 72^a y la 58^a. El punto justo donde convergían las grandes marcas como *Prada*, *Valentino*, *Giorgio*. ¡Dios! Aquello sería todo un sueño hecho realidad.

Por un instante, por un pequeñísimo instante, llegué a sentir lo mismo que quizás *Vivian*, la hermosa prostituta de *Pretty Woman* sentiría al ir de compras. ¡No! Creo que más bien me sentía como la protagonista de *Sexo en Nueva York*, mientras entraba y salía de una y otra de las majestuosas tiendas. Pero para ello, sólo me faltaba ir subida en unos sublimes *Manolos Blahnik* para sentirme parte de Nueva York. Para ser esa chica que soñé que era cuando nadie me veía.

Deambulé de un lado a otro. De una tienda a otra. Mirando, tocando, oliendo, soñando. Sobre todo soñando. Y disfrutando hasta el cansancio de mirar, tocar, oler y por supuesto de probarme.

No podía olvidarme de que esa semana tenía dos citas; una de ellas ligeramente más importante a nivel personal, que la otra. Así que necesitaba deslumbrar. Terminé de compras en *Barneys N.Y.*, el centro comercial por excelencia de todo Manhattan. Y allí sencillamente me volví loca. Completamente loca.

Un exquisito perfume, más una elegante y adecuada lencería, más unos zapatos con unos tacones de vértigo, más dos modelitos únicos (de segunda mano, pero de los de infarto), fueron mis adquisiciones, mis nuevas posesiones. Mi último capricho, y no por ello el menos deseado, fue un bolso de mano de la firma *Balenciaga* con un tamaño más que adecuado para todo lo que precisaría llevar.

Lo admito. Era de la temporada pasada, sí. Pero por Dios, ¡era un

Balenciaga! Barato, fuera de temporada y todo lo que tú quieras. Pero seguía siendo un Balenciaga, al fin y al cabo.

En el taxi, y de regreso a mi nuevo apartamento, fue donde fui consciente de la tremenda locura que acababa de cometer. Aunque más que una locura debería llamarla: ¡ESTUPIDEZ! Una estupidez y de las grandes, una de esas con mayúsculas. Porque era una completa y absoluta estupidez lo que había hecho: gastarme el dinero del alquiler.

Nerviosa, abrí mi monedero y con pavor descubrí que no podría hacer frente a los mil ochocientos del alquiler. Si en un principio me faltaran alrededor de setecientos, ahora tan solo tenía en el monedero apenas seiscientos.

¡Dios! Cuando llegué a mi apartamento, y cuando pasé a pocos metros de Matt Burt; el que sería mi casero hasta que me echara a patadas de allí, sentí como se formaba un gran nudo en mi garganta, así como una gran bola en mi estómago. Aunque más bien creo que éste literalmente se encogió. Creo que puedes llegar a reconocer esa horrible sensación de la que te hablo ¿verdad?

La pregunta que me acosaba según subía las escaleras era: «¿Y ahora qué? ¿Qué vas a hacer, qué le vas a decir a ese hombre?»

Lo peor de todo era que hasta el próximo jueves no volvería a cobrar. Por Dios, en mi afán de comprar ni tan siquiera se pasó ni por la cabeza que el miércoles era mi día de ¡descanso! Ese día no vería ni un puñetero centavo. Así que llevada por el ansia que me carcomía, traté de adelantar mi cita con el señor Taylor, pero fue imposible.

Si lo pensaba bien, pudiera darse la pequeña casualidad; una entre un millón, de que el señor Burt se hubiera olvidado del pago que debería efectuarle ese miércoles. ¡Qué idiota! Era imposible que algo así se diera. Lo más probable es que se presentara a primera hora del miércoles exigiendo su dinero. Aquel que quedó pendiente y que conllevaba una amenaza más que tajante y más que efectiva. Y fue esa convicción la que acrecentó en mí el temor a encontrármelo y tener que enfrentar dicha situación, la misma que yo solita había provocado. En cuanto al hecho de pensar en un posible aplazamiento de la deuda, este quedaba fuera de todo razonamiento para ese hombre.

Fue el miedo a tal coincidencia, la que de alguna manera conformó mi literal internamiento todo lo que quedaba de día. Sí, me encerré en el apartamento a cal y canto. Al igual que pensaba hacerlo gran parte del

miércoles, por no decir todo el día. Para nada quería tentar a la suerte y cruzarme con él para que me interpusiera la fatídica pregunta: «¿Tiene ya mi dinero, señorita?»

Justo antes de que mi despertador interrumpiera mi sueño esa mañana de miércoles, dos contundentes llamadas resonaron con fuerza en la puerta de entrada de mi apartamento.

Mío hasta el momento.

Miré por la mirilla de la puerta y no me lo podía creer. ¡Era él! ¿Pero en serio me iba a exigir el pago a las siete de la mañana? Abrí con recelo la puerta dejando el seguro puesto. La dejé entreabierta y pregunté conteniendo el miedo en mi voz y tratando de no mirarlo directamente a los ojos. Traté a duras penas de hacerme la adormilada cuando estaba más que despierta por el ácido miedo que me recorría de arriba abajo.

—Buenas días señorita Wayne. Perdone que la moleste a estas horas. Pero resulta que en el apartamento de abajo ha aparecido una gran humedad en el techo de la cocina, y me preguntaba si usted ha notado alguna fuga de agua.

—¡Oh, no! Pero si lo desea, puede pasar a comprobarlo. No me importa. Pase, pase —«¡Pero serás estúpida!», me dije.

—Gracias. Será solo cuestión de un par de minutos.

Entró con todo lo áspero y brusco de su existencia. Desde luego ese hombre era tan insufrible como insípido.

Comenzó a mirar bajo el fregadero, y al no hallar nada, retiró el lavavajillas y de nuevo, nada. Nada de nada.

—Pues no lo entiendo —dijo mientras se limpiaba las manos con aquel pañuelo rojo tipo motero que guardaba en su bolsillo trasero. Después, tras echar un último vistazo a la cocina, se giró y mirándome directo a los ojos me preguntó:

—¿Ya tiene mi dinero, señorita Wayne? —de nuevo sentí aquel nudo apretando mi garganta. Obstaculizando hasta el fluir de algún tipo de sonido por ella. Al igual que aquella extraña sensación en mi estómago.

—Lo cierto señor Burt es que... —carraspeé.

—Me lo imaginaba.

—No, no, espere. Déjeme que se lo explique por favor.

—Lo siento, pero no me vale explicación alguna.

—Por favor señor Burt, si solo me diera hasta el jueves o hasta el viernes, le prometo que se lo pagaré todo. Incluso le adelantaría el mes siguiente. Sólo necesito que me dé un par de días más y...

—Eso no fue lo acordado, ¿verdad señorita?

—Sí, sí. Lo sé. Pero es que...

—O me paga hoy, o a la calle. ¿Me ha entendido?

—Espere —suspiré ligeramente—. Espere por favor.

Antes de que cruzara la puerta del apartamento, lo agarré del brazo y traté de retenerlo. Tenía que poner toda la carne en el asador si quería continuar viviendo en aquel apartamento. Ese al cual yo ya había bautizado como: mi hogar.

—No quiero explicaciones. O paga, o a la calle.

—¡Espere, por favor! —persistí—. ¿No habría alguna forma de, no sé, de poder hacerle entender que en un par de días tendrá su dinero? Se lo aseguro. Verá, sé que no es una excusa, ni pretendo que lo sea, pero si pudiera entender que apenas llevo una semana en la ciudad, y aún menos trabajando. Las cosas no me han ido nunca tan bien como ahora. Y si le digo la verdad, este apartamento, aunque no lo crea, significa mucho para mí. Se ha convertido en mi hogar. De veras. Créame. Es más de lo que nunca ningún otro sitio del mundo lo ha sido —apenas lo vi parpadear—. Ahora le pregunto, ¿qué podría hacer para conservarlo? —Se giró y me miró de arriba abajo, después cerró la puerta—. Por favor señor Burt, le prometo que voy a pagarle. Pero sólo necesito unos días, un par días nada más.

—Entiendo. Está bien. —¿Qué demonios había logrado que diera su brazo a torcer?—. ¡Qué demonios! Me ha caído usted bien señorita Wayne. Y eso no suele suceder con frecuencia.

—Gracias, gracias.

—No me dé las gracias tan pronto —ahí fue cuando percibí ese relampagueante brillo en sus ojos, ese que implicaba algo más que un simple aplazamiento por compasión hacia una pueblerina como yo.

—No entiendo.

Se acercó a mí y me susurró al oído:

—Voy a hacer una pequeña excepción contigo, preciosa. Sí. Creo que la voy a hacer. Pero tú deberás hacer algo por mí. ¿Entiendes ahora? —sentí como su mano derecha se posaba en mi trasero, como la apretó con fuerza aproximándose hacia él. Sentí sus dedos clavados en mis nalgas.

Sin pensarlo, le di una buena bofetada con todas mis ganas y me aparté.

—Pero, ¿qué demonios le pasa? ¿Qué se ha creído que soy? No le voy a permitir que...

—Vaya. Veo que prefieres lárgate, ¿no? Pues nada. Te quiero en la calle en media hora. ¿Me has odio, o te lo repito? ¡A la puta calle!

—¡Espere! —esta vez fui yo quien cerró la puerta. Completamente cegada, no sé por qué, decidí apostar alto y poner mis cartas bocarriba—. Está bien. Jugaremos a su juego —noté aquel brillo lujurioso en sus ojos—. Pero yo también quiero establecer una serie de condiciones. También tengo mis reglas.

Creo que estoy en mi derecho ¿no?

—¡Ok! Habla —sonrió.

—Bien. Para empezar, me aplazaré el pago hasta finales de semana. ¡No! hasta principios de la siguiente. ¡Shsss! —le indiqué al ver la queja reflejada en su rostro, en la forma en que arqueó una de sus cejas—. Y no sólo eso. Sino que me rebajarás en trescientos dólares el alquiler. No. Pensándolo mejor, y tras la propuesta que le voy a hacer, mejor que sean quinientos.

—¡Estás loca!

—Shhh... Escuche mi propuesta al menos —le dije apostando mi cuerpo contra la puerta—. Yo por mi parte, en compensación a esa rebaja, le ofrezco una vez al mes, el mejor polvo de su vida. Y eso es algo que le puedo asegurar sin error a equivocarme.

Vi emerger aquella libidinosa sonrisa en lo serio de su semblante.

—Mmmm... Está bien. De acuerdo —dijo con una sonrisa de medio lado—. Pero quiero el primer pago ahora —me agarró con fuerza de la cintura para tratar de besarme, a lo que yo lo aparté entre negativas y empujones. — ¡No! Espera. Espera por favor —la cercanía de mi trato pareció excitarlo más aún de lo que ya lo estaba—. Vale, de acuerdo. Pero antes creo necesario que ambos nos demos una buena ducha. Usted apesta a sudor y a... ¿a qué demonios huele? ¡Puag! —Me aparté de él—. ¿Qué le parece, vernos dentro de, más o menos una hora? Y desde ya le digo, que no pienso besarlo, ni tampoco se la voy a mamar. ¿Me ha entendido? No soy de esa clase de chicas —Matt soltó una gran carcajada y se fue. Así, sin más.

¡Dios!

¿Debía de ser una broma?, ¿no?

Pero, ¿qué demonios acababa de hacer?

Una gran estupidez. Eso por supuesto. Y lo mirase por donde lo

mirase, no dejaba de ser una completa y absoluta locura que rozaba muy de lleno la más categórica de las estupideces.

¿Cómo demonios podía haberle propuesto eso a ese hombre?

¿Estaba loca o qué?

Sí desde luego se me había ido la olla.

Lo peor, que por mucho que me disgustase, ya no había vuelta atrás.

Me quitó la bata con extrema violencia. Dio la impresión de que hacía tiempo que no follaba, y no solo eso, a juzgar por su impaciencia, yo diría que se moría por hacerlo.

—¡Cuidado! Me vas a hacer daño —me quejé.

—No, lo que voy a hacer es que grites —tenía que reconocer que me gustó la desmedida agitación con la que trataba de poseerme.

Tras desnudarse, me derribó en la cama para abalanzarse sobre mí como una bestia sedienta de sangre. Poco tardó en comenzar a lamerme y a chuparme los pezones con fuerza. Parecía estar fuera de sí. Una ambición que lo llevó a ejecutar violentos embates sobre mis pezones, erigiendo en ellos un sufriente y casi desenfrenado deleite. El mismo que dio lugar a que pasara a encontrarme muy, pero muy cachonda. Mucho más de lo que yo hubiera imaginado y deseado estarlo con Matt.

Mientras su lengua, enorme y gorda, se las ingeniaba acariciando mis pezones en iracundos círculos, con sus manos; también enormes, friccionaba mis pechos. Poco tardé en sentir su saliva descender cálida por mis senos, como ese olor repugnante a cerveza agria de su aliento. La forma en la que succionaba y chupaba mis pezones, no demasiado sutil —al igual que sus manoseos—, elevó en mi cuerpo un dolor punzante que poco tardó en convertirse en más que gustoso. Sí, me gustaba. Vaya si me gustaba.

Su ansia de más, originó que me arrancara el tanga que llevaba puesto inmediatamente después de palpar la humedad que regaba de mi vagina.

Solo unos segundos tardó en arrodillarse, y mucho menos el colocarme; tras tirar de mí, al filo de la cama para acto seguido, lamer con intranquilo apetito, mis muslos en dirección a mi vagina, donde apostó con urgencia aquella enorme y gruesa lengua. Lengua que poco tardó en adentrarse por entero a mi vagina.

Mientras me follaba con ella, mientras resistía sus intensas y profundas acometidas, atendía excitada aquellos profundos gemidos guturales de placer

que emitía.

—Oh sí, sí... ¡Umm! —murmuró—. ¡Qué rico sabes pequeña! —apuntó entre gemidos, entre las salidas y entradas de su lengua. La forma en la que la movía era delirante. Mucho más que algunos penes que había probado. Ridículos estos frente a las dimensiones colosales de aquella extraordinaria lengua.

En pocas palabras te diré que me volví loca al sentirla entrar y salir, al profesar como enloquecedor cada uno de sus movimientos.

Bruscamente, me agarró de las piernas y se las colocó encima de sus hombros elevando mis caderas. Mi sexo quedó así completamente a su disposición para seguir en su afanado afán de meter y sacar su enorme lengua (no me cansaría de repetirlo). Un añadido más a su impetuosa acción, era lo repetitivo de sus halagos en lo referente; según él: “a lo dulce que era mi coñito, lo estrechito que lo tenía y cuanto le gustaba”.

Llegó un momento que la locura pudo más que mi razón, y agarrándolo del pelo, clavé su cabeza entre mis piernas. Con fuerza; a punto de asfixiarlo, le exigí más y más. Sí, quería mucho más de lo que me estaba dando, y fue mi desmedida exigencia la que lo llevó a gemir en la forma casi animal en la que lo hacía.

Mi excitación, como la suya, fue en aumento, como el hilillo (fruto de la combinación de su saliva y mis flujos), que choreaba por mis nalgas hasta el principio de mi espalda.

—Venga putita. Córrete en mi boca. ¡Venga, hazlo! —Me repetía mientras clavaba más y más su lengua en mi coño—. ¡Córrete! Quiero que te corras para mí —y no tardé mucho en hacerlo. Esa palabra “putita” y el tono en la que la pronunciaba, lograron que tanto ansiaba tener.

Sin pensarlo y llevada por el éxtasis que segregaba cada poro de mi piel, clavé mis dedos en su cabeza para obligarlo a hundirse más y más entre mis piernas.

—¡Aaaaaahhh! ¡Dios! Sí, sí —grité.

Me corrí en su lengua de forma profusa y casi escandalosa. Algo que pareció gustarle en la forma desesperada en la que hacía acopio de mi orgasmo.

Un par de minutos después, Matt se paró en seco, se puso de pie y se desprendió con saña de lo poco de ropa que llevaba puesta: unos espantosos calzoncillos. Al levantar la vista, al clavar mi mirada en su cara, aprecié el brillo húmedo tanto en su boca como en su barbilla, una visión que me

estremeció de placer.

—Ahora voy a follarte.

Cuando se quitó aquel horrible calzón... ¡Dios!

Fue cuando aprecié el formidable tamaño y el grosor de aquel monstruo que se encontraba entre sus piernas: un descomunal falo (bien circuncidado) completamente erguido y dotado este de un colosal glande, tan rosado como brillante. «Eso no me entra», pensé levantándome de la cama de un salto.

De pronto tuve un flash y comencé a recordar (y tararear) aquella cancioncilla “*No puede caber aquí*” de la película “*La cosa más dulce*”.

“... ¡Oh mi madre, que pedazo de pene!

Bien dicho.

Que potente lo tienes...

¡Oh! Tu pene es tan bonito...

¡Oh! Que perfecto es mi nene...

¡Oh! Tu pene es tan duro...

Y el más largo de todos seguro

Mi cuerpo es una peli y la estrella es tu puro, ¡oh, oh, oh!

No, no puede caber aquí, no puede caber aquí. ¡Oh!, no puede caber aquí. ¡Ah, ah!

No, no puede caber aquí, no puede caber aquí ¡ah, ah!

Dios mío es fama, esto es fama chicas.

Que viaje tan brutal, tu pene es colosal, tu pene es demasiado. Es una nave espacial...

Tu pene es una bomba, tu pene es un cañón...

Y cuando se dispara, menudo mogollón.

Listos, apunten, ¡PENE...!

¡No! ¡No puede caber aquí, no puede caber aquí, no puede caber aquí!

...

Se sentó en la cama.

—Ven. Ven aquí. Ven, que voy a follarte hasta hacerte gritar.

Por supuesto que me iba a hacer gritar, con tal cosa, ¿cómo demonios no iba a gritar?

Me levanté con aquella cancioncilla dando vueltas en mi cabeza, para tomar de un cajón de la mesita de noche un condón. No allí no había ninguno

que le pudiera venir bien a... eso.

—¿Tienes un condón? —le pregunté.

—Sí. Mira en mi pantalón —agarré sus pantalones y ¡bingo!

—Póntelo por favor. —Por nada del mundo iba a dejarlo adentrarse en mi sin protección. Sería una locura no hacerlo.

A continuación, y obedeciendo sus deseos, me senté a horcajadas sobre él tomando con mi mano aquel monumental miembro. Tras colocarlo en la húmeda abertura de mi vagina, lo lubricué con los flujos de está moviéndolo de atrás hacia delante. Después, tras una sentida exhalación, me clavé aquella inmensa polla, recta y dura, hasta el fondo. Y si en un principio pensé que sería incapaz de hacer que esta me entrase por entera, cual no fue mi asombro, al comprobar que sí que se podía.

Eso sí, entró despacio, dura y gorda, dilatando a su paso las aterciopeladas paredes de mi vagina, ocupándolo todo.

Aquella sensación, la de sentir aquel pene embutido dentro de mí, no solo fue mía, creo que él también fue plenamente consciente de ello, algo que pareció agradaarle y mucho. Del leve pero punzante desgarró que me provocó una penetración de esa índole, solo yo fui consciente. Aunque claro, dado el estremecimiento de mi cuerpo y los gestos con los que adorné mi rostro, él pudiera haberse percatado de algo. Aquello era cosa de dos.

¡Dios! Te aseguro que esa fue la primera vez que sentí algo así.

Una sabrosa sensación que pasó a ser desesperante cuando reparé en la forma en la que mi vagina casi por completo, lo aprisionaba y lo succionaba. Pero mucho peor fue el reparar en que quizás, y solo quizás, aquella consistente cosa no pudiera volver a salir. Por suerte para mí, no fue así.

Por supuesto que el principio fue un tanto dificultoso, pero poco a poco me fui haciendo a ella. Comencé a cabalgarla despacio, muy despacio. Resultaba complejo moverse con aquella mole dentro. Pero cuando él me agarró por las caderas y me forzó a seguir el ritmo que sus apetitos le solicitaban, sentí como aquel monstruo, que llegaba a tocar el fondo de mi vagina, proyectaba en mí elevadas sacudidas eléctricas que erizaba por completo mi piel y desfiguraban la rayada comisura de mis labios.

¡Dios! Era increíble. Increíble.

—¡Ah, ah! ¡Oh, sí, sí! —Grité una y otra vez fuera de sí—. Métetela más, más. ¡Oh Dios! Sí, sí... No pares.

—Tranquila nena que tienes caballo para rato.

Y no solo fue una frase hecha en un momento preciso, no, que va. Tuve

para rato. Tanto, que decidí poner en práctica alguna estrategia para así acelerar la que sería su monumental despedida.

Tras varios intentos, todos vanos, opté por mi última baza: la de susurrarle alguna que otra (con perdón) guarrería al oído. ¡Y vaya si funcionó! Por lo visto, al recto y todo formal ex-militar que era, le gustaba que le soplasen al oído toda clase de obscenidades.

Por fin, y viendo que se aproximaba la muy esperada llegada de su culminación; la cual debía ocurrir con rapidez para así dar fin a nuestro encuentro, comencé a cabalgar con fuerza mientras agasajaba a su lasciva querencia con picantes entonaciones. Por supuesto, antes de que llegara a alcanzar su clímax, debía asentar mis normas, aquellas que le fijaría como incondicionales reglas. Las mías.

Poco o nada tardé encontrar el momento justo y preciso para ello. Ese en el que su consciencia dependía en grado superlativo de lo que tenía entre las piernas.

—¡Oh, sí, sí!... —exhalé aferrada a sus hombros—. ¡Dios, me vas a partir por la mitad! Sigue así, no pares.

—No nena, no voy a parar

¡Claro que iba a parar! En eso estaba yo afanada.

—Escúchame —gemí—. Recuerda que me tienes que bajar el alquiler.

—Sí, sí. Lo que tú quieras. Pero no pares, no pares nena. Sigue así, no pares joder.

—Y también está lo de la calefacción.

—¿Qué demonios le pasa a la calefacción?

—Que no va. Me la vas a arreglar.

—Yo te arreglo todo lo que tú quieras nena, pero ¡joder!, no te pares —gimió sofocado—. Todo lo que quieras, pero sigue follándome así. Sí, sí...

Cuanto me gustaba hacer eso: dominar a los hombres a mi antojo. Sin duda alguna, un buen polvo como ese, era el mejor de mis avales.

Mientras se vestía, tumbada sobre la cama y rodeada por el remolino de sábanas que era mi cama, yo lo observaba en silencio. Y vaya si se vistió rápido. Como rápido abandonó sin decir ni una sola palabra mi apartamento.

¿El porqué de ello?

La expresión de su rostro lo decía todo.

Claro que se fue con una desahogada expresión de plena satisfacción, pero la otra, la que trató de disimular, esa indudablemente era mucho más profunda que la primera. Pues el saberse enredado en la forma en la que lo enredé, no sería precisamente para un hombre de su manera de ser, una realidad fácil de asumir como lo que era: un error de primer orden. Un error de bragueta.

Justo después de oír cómo Matt cerraba la puerta de golpe, esperé unos cinco minutos tumbada en la cama. Acto seguido y desperezándome cual gatita, me levanté con la clara intención de darme un largo y cálido baño de espuma y disfrutar de una merecida copa de vino. Decidida me encaminé hacia el baño, pero apenas había dado un par de pasos, cuando aquel punzante escozor me hizo parar.

Joder, no podía caminar. En serio, me resultaba imposible hacerlo sin sentir aquella dentellada.

Pasito a pasito, arrastrando los pies, llegué al baño. La necesidad de relajarme en agua caliente pasó a ser de necesaria a urgente. Al igual que reponerme de tal imponente encuentro. Mucho más sorprendente de lo que nunca imaginé que sería.

Si en principio consideré aquel encuentro como forzado y detestable, a la par que repugnante, este al final, resultó ser un verdadero disfrute. Más incluso de lo que nunca hubiera imaginado que llegara a ser. Porque no apunta a que así fuera.

¿Me creerías si te digiera, que después de aquello, no denegaría un segundo encuentro?

Eso sí, después de reponerme del primero.

CAPÍTULO 19

Más o menos serían las nueve cuando el coche de mi cita de ese viernes pasó a recogerme.

Nerviosa —lo estaba y mucho—, subí a aquel coche. Mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que el renombrado; por mí varias veces ese día, señor Taylor no se encontraba dentro de él. Una chocante perplejidad que su chofer supo solventar segundos antes de ponernos en marcha, cuando me hizo entrega de un pequeño sobre color púrpura. En el interior de este, encontré rubricada por su puño y letra, una breve nota donde Taylor me instaba a comportarme una vez nos encontráramos, como dos perfectos conocidos.

Su no menos paradójica solicitud me hizo sonreír.

La insistencia de su petición a que actuara, llegado el momento, como su pareja ante las amistades con las que compartiríamos aquella placentera velada de viernes noche, fue sencillamente maravillosa. Como maravilloso fue el comprobar cómo Taylor, sin apenas conocerme (porque no me conocía como yo a él), me trasladó de la forma tan humana como lo hizo, sus miedos. Miedos que ponían de manifiesto lo retraído y temeroso de su personalidad.

Me pareció tan dulce, que casi me sentí identificada con él.

Al igual que él, yo también más de una vez, y aunque solo fuera por cuestión de unos minutos, anhelé esa felicidad que te otorga el saberte parte de la vida de otra persona. Una necesidad tan importante para él, como en su día lo fue para mí.

Mientras el coche deambulaba por las calles de Manhattan, cavilé en el posible desenlace de una cita que ya desde sus inicios, apuntaba a ser muy diferente a lo que yo especulé que sería. Pues si en un principio me la planteé como lo que creí que iba a ser, una cita de dos, esta sin más, pasó a convertirse en una reunión de amigos. Reunión que tendría su punto de encuentro en uno de los puertos deportivos más destacados de todo Manhattan como era el nuevo puerto del hotel “*La Marina*”. Situado este en la parte superior de Manhattan.

Buena parte del trayecto hacia mi punto de encuentro, transitó por una carretera paralela al río Hudson. Conmovida por lo que avistaba desde la posición que ocupaba en aquel coche, me giré hacia la izquierda para mirar por la ventanilla, y desde esa parte de la orilla, pude vislumbrar los destellos que las diferentes ventanas de los muy diferentes edificios de Nueva Jersey

dibujaban en la serpenteante superficie del agua. Tras ellos, el sol comenzaba a descender extendiendo interminables destellos dorados que se propagaban en todas direcciones.

Las vistas simplemente eran incomparables.

Nueva Jersey parecía estar tan cerca, tanto, que te podías llegar a preguntar si podrías ir nadando por el río Hudson hasta el otro lado.

Una vez alcanzado mi lugar de destino, y tras respirar hondo, me bajé del coche y encaminé mis pasos hacia la entrada del impresionante complejo de “La Marina”. Pero justo cuando pasé frente a un gran espejo, me di cuenta de mi error. El que iba a cometer si me presentaba con tales pintas. Las propias de toda señorita de compañía. Esa que por mucho que se disfrace, siempre reluce en el más mínimo de los detalles.

Apremiada por la hora, corrí en dirección a los aseos donde rebajé; en la medida de lo posible, mi maquillaje, formalicé y mejoré mi aspecto, así como mis cabellos, otorgándome un aire un tanto informal, pero a su vez sensual. Aunque no solo debía reconstruirme de manera física, también debía de hacerlo de forma mental. Es decir, tenía que plantearme como interactuar de forma correcta ya no sólo con Taylor, sino con cada una de sus amistades.

La situación, en suma, me pareció muy divertida a la vez que interesante.

Una vez segura de mi aspecto y plenamente mentalizada de la que debía ser mi interpretación, me aventuré a llevar a cabo la que muy probablemente sería una de mis mejores representaciones.

Con paso firme y una ligera inseguridad solapada a mi piel, me dirigí hacia el restaurante y tras preguntar al *maître* por la mesa del señor Taylor, este muy amablemente me acompañó hasta la citada mesa donde me esperaba ya no sólo Taylor, sino un grupo reducido de personas, sus amigos. Tres mujeres y dos hombres para ser exactos. Un grupo formal, pero muy elegantemente ataviados de pies a cabeza.

De derecha a izquierda, empezaremos por Sheila, una mujer morena de mirada felina. A su lado estaba sentada Eva, una chica rubia y muy risueña. La seguía Brenda, la exótica esposa de Robert, sentado este al lado del extrovertido de Dylan. Todo un *Don Juan*, pero sin ese peculiar “*don*”. Y, por último, Taylor, al que por suerte distinguí de inmediato. Lo reconocí de aquella noche.

—Hola a todos. Perdonadme por favor. Lamento y mucho llegar tarde, pero el tráfico de Manhattan hoy es imposible —esa fue mi disculpa a los presentes en aquella mesa—. ¡Hola cielo! —Me acerqué para tomarlo por la barbilla con afecto, y con afecto deposité un pequeño beso en sus suaves labios—. Perdóname cariño, pero el día de hoy ha sido más complicado de lo que esperaba. Y después está ese odioso tráfico.

—Cierto —acertó a decir Dylan.

Tras las correspondientes presentaciones, el *maître* hizo acto de presencia con las cartas del menú. Todo parecía delicioso.

—¿Qué desea tomar la señorita? —me preguntó el *maître*.

—Cielo, te aconsejo que pidas la langosta. Aquí está realmente deliciosa. Y ya sé cuánto te gusta —me apuntó Taylor tomándome la mano con ternura. Un apego demasiado real para ser toda una pantomima lo nuestro.

Un inesperado escalofrío recorrió mi espina dorsal.

¿De veras podía una persona demandar tanto afecto que casi convertía una quimera en real?

—Efectivamente señor. Si la señorita me lo permite, le sugiero que la tome al vapor, es como más se aprecia su sabor, así como la textura de su delicada carne —apuntó el *maître*.

—Ok. Entonces tomaré langosta. Gracias —le devolví a Taylor su afectuoso gesto con un beso en su mejilla después de entregarle al *maître* la carta.

Al dirigir mi mirada a los presentes, advertí entre la zona femenina un gesto de disgusto en una de las mujeres que cenaban con nosotros. Fue Sheila quien motivó alguna que otra mirada indiscreta de Taylor hacia ella. Así como un disimulado disfrute de tal situación.

¡Dios! ¿El muy mentiroso me estaba usando para darle celos a esa mujer? Ja, ja, ja. Pues entonces: ¡Show must go on! (El show debe continuar).

—¿Los señores tomarán más vino?

—Oh, sí, sí. Traiga otra botella de este exquisito vino —apuntó Robert levantando su copa como muestra de aprobación.

Agradada por el momento que vivía, sonreí mirando a unos y a otros. Pero no sé, algo en mí me llevó a desconectar de todo y de todos por un breve instante. No me preguntes el porqué de ello, porque sencillamente no podría darte una respuesta. Simplemente lo hice. Y tal como me aislé de cuanto me rodeaba, regresé de inmediato dejándome llevar por la situación que Taylor había creado en torno a mí, así como por el mismo escenario que me rodeaba;

ese tan espectacular que se abría paso ante mis ojos. Sin lugar a dudas, aquella experiencia resultaría ser única. Así como la de degustar por primera vez ostras frescas.

—¿Te gustan las vistas Chanttel? —me preguntó Sheila con cierto retintín.

—Oh, sí. Desde luego. Una puede llegar a adorar Manhattan, pero un pequeño respiro nunca viene mal. ¿Verdad cielo?

—Sí, sí —respondió Taylor tímidamente.

—No sé qué pensarás tú Chanttel, pero yo creo que disfrutar de este lugar, es como hacerlo de un trocito de Saint Tropez, ¿no lo creéis? —Comentó Brenda—. Al menos es eso lo que muchos dicen —sonrió apretando con afecto la mano que su marido le brindó.

—Muy cierto cariño. ¡Brindo por eso, y brindo por nosotros! —correspondió Robert elevando su copa.

—¡Sí, brindemos por nosotros! —señalé levantando mi copa. Un gesto que todos muy amablemente correspondieron.

—Por cierto, Chanttel —me instó Eva tras dar un pequeño sorbo a su copa tras el efusivo brindis promovido por Robert—, déjame que te diga que estás en el sitio ideal para saborear un buen cóctel mientras disfrutas de un atardecer de ensueño.

—No lo dudo —respondí con una amplia sonrisa enclavada en mi cara. La que no pude desdibujar en toda la noche.

Miré a Taylor, en su rostro había dibujada una amplia sonrisa bien distinta a la mía. No sé, pero se le veía muy feliz cada vez que esa chica, Sheila, abría la boca. A pesar de ese pequeño detalle, todos, incluido ella y el mismo Taylor, me hicieron sentir parte de algo. Parte de ellos. Cosa que agradecí. Mucho. Pues pocas veces en mi vida pude disfrutar de momentos como ese. Momentos únicos en los que yo era parte de ese todo.

—Por cierto, Taylor, aún no nos has contado como os conocisteis tú y Chanttel. Cuenta —apuntó Sheila con media sonrisa. Sería boba.

—Pues la verdad, fue muy divertido —concreté adelantándome al tembloroso de Taylor—. Lo nuestro fue un tropiezo en toda regla. ¿Te acuerdas cómo me pusiste los zapatos? ¡Por Dios! Ja, ja, ja. ¿Y recuerdas tu intento de arreglar el desaguisado que habías armado? Fue peor. ¡Mucho peor! —todos rieron.

Para mi sorpresa, Taylor correspondió mi historia de manera precisa y brillante. Casi podría decirte que hasta yo misma me la creí. Como me creí la

que fue nuestra puesta en escena. Una representación que trascurrió de forma ordenada, amena, deliciosa y muy divertida, y con ello, la misma cena.

Me gustó y mucho esa nueva sensación.

—Bueno chicas. ¿Qué os parece si finalizamos esta estupenda vela tomándonos unos margaritas bien fríos? ¿Qué me decís?, ¿eh? —propuso Dylan.

—Por mí, encantada. Me muero por uno de esos deliciosos cócteles especiados —indicó Sheila dedicándome una maliciosa mirada. ¿A qué demonios jugaba esa conmigo?

—Pues yo prefiero uno de esos cubos de cervezas extranjeras bien frías. ¿Qué me dices Taylor? —propuso Robert apostando su mano sobre el hombro del citado.

—Me apetece, como también el bajar a la playa para tomárnosla allí, con los pies clavados en la arena. Como en nuestros años de universidad —sugirió Taylor.

—Secundo esa idea —dije de manera cariñosa. El mismo cariño que desplegué al tomarme de su brazo.

—¡Y yo! —dijo Eva de manera contundente y efusiva—. Y ya puestos, podríamos pedir unos aperitivos salados junto con las cervezas. Y en cuanto a eso de quitarnos los zapatos y hundir nuestros pies en la arena, si... por favor.

Hoy la brisa es fresca y apetece tomarse ese pequeño lujo. ¿Qué me decís?

—¡Que sí! —exclamé entusiasmada.

Me apetecía y mucho ese planazo. No así Sheila, quien por momentos parecía distanciarse de mí. ¿Celos? Creo que sí. Pues no habría explicación posible al porque no bajó con nosotros a los bares de la playita, prefiriéndose quedarse en el restaurante sola con su ansiado Margarita.

El resto, por el contrario, bajamos en dirección a la playita que el río nos ofrecía. Aquel lugar era espectacular. Me sentí como si estuviera; de haberlo estado alguna vez, en Miami o ya puestos, en Saint Tropez.

—Quítate los zapatos Channtel. Siente la fina arena en tus pies. ¡Oh Dios!... Es delicioso —exclamó Eva.

—¡Hay Dios mío! Sí, es delicioso. —La verdad que andar descalza por aquella arena era algo mágico. Y más cuando esos dichosos zapatos nuevos ya comenzaban a torturarme de la forma martirizante en la que lo

estaban haciendo.

—Este lugar es fantástico —dije inundando mis pulmones de aquel salino aroma.

—¿No lo conocías? —me preguntó Eva.

Nos apartamos un poco del grupo.

—No. Hace relativamente muy poco que me he mudado a Nueva York. Así que, todo es nuevo para mí —sonreí encogiéndome de hombros.

—Entonces, ¿hace poco que conoces a Taylor?, ¿no?

Sí, detrás de esa simple pregunta había mucho más.

—Sí. Muy poco. Pero lo suficiente para saber que es un hombre encantador.

—Sí. Lo es —suspiró. Ahí estaba ese poco “más”.

—Y, ¿vais en serio?

—No. Solo somos buenos amigos —caí de golpe contra la realidad que tenía frente a mí—. ¡Hay dios! ¿A ti te gusta Taylor?

—Shsss. Por favor, no digas su nombre. Se pueden dar cuenta de que tú y yo... Dios. Pero, ¿tanto se me nota?

—Sólo un poquito, chiquitito —reí.

—¿Y te importa?

—¿Por qué me iba a importar? Solo somos amigos, ya te lo he dicho.

—Lo malo es que —se giró, ambas lo hicimos, y lo vimos embobado hablando con Sheila y Dylan—, sólo tiene ojos para Sheila. Apenas se da cuenta de que existo.

—Sí, me he dado cuenta de eso.

—Pero por favor, prométeme que no le vas a decir nada. Me moriría de vergüenza. Te aseguro que me moriría si llegara a enterarse. Puede que hasta se riera de mí.

—¡Eh, Eva! Tranquila. No pienso decir nada. Y ahora dime, ¿por qué crees que se reiría de ti? Taylor no es de esa clase de hombres. Te lo aseguro.

—Sí, ya. Por eso está con una mujer tan espectacular como tú.

—Vaya. Gracias por la parte que me toca. Y de nuevo te repito que Taylor y yo sólo somos amigos. Sólo eso. De verdad —le tomé las manos, estaba temblando—. Eva, lo que no logro entender es que, si tanto te gusta, como dices que te gusta. ¿Por qué nunca se lo has dicho?

Eva se giró de inmediato cuando Taylor nos saludó con la mano

—¿Estás loca? ¿A caso crees que se fijaría en una mujercita tan insignificante como yo?

—Quizá no lo haya hecho, porque esta mujercita, que déjame decirte que de insignificante no tienes nada, no ha sabido poner sus cartas sobre la mesa.

Sonrió tímidamente.

—No te entiendo.

Aprecié cierto miedo en el tono de su voz.

—Eva, espabila. Deja de actuar como su amiga y atácalo de frente.

—Definitivamente, ¡estás loca! —rio.

—¿De qué os reís chicas? —nos preguntó Taylor una vez se nos acercó.

—De nada —respondimos a la vez entre risas.

Sobre las doce de la noche, dimos por terminada la velada, y tras despedimos de las demás, Taylor y yo nos subimos a su coche. De regreso a mi apartamento, decidí hablar con Taylor sobre Eva. Sí. Ya sé que le prometí a Eva que no me entrometería. Pero, ¿qué clase de cotilla metomentodo sería yo si no lo hiciera?

—Me ha gustado mucho esa chica —ahí iba mi primer tiro.

—¿Sheila?

—¡No! Esa no. Eva. Me refiero a Eva.

—¿Eva?

—Sí, Eva. Esa chica es un verdadero encanto. Y la verdad, no sé porque andas fijándote en una estirada petulante como Sheila, y no en Eva. Ella es una chica fresca, divertida. No sé si te has dado cuenta, pero siempre se está riendo. Y, por cierto, ella era la única que se reía con tus chistes. Con los malos.

—¿Eva?

—¡Sí, Eva! —Decidida, me aposté frente a él—. Tienes que invitarla este próximo jueves a la “Hora Feliz” en La Marina. Por cierto, me he informado, y sé que después habrá una actuación de un Dj en el salón, sobre las diez.

—¿Eva?

—¿Pero qué demonios te pasa? ¿Es que eres sordo o cortito? Sí, Eva.

—Es que... Nunca imaginé que una chica como Eva se fijara en mí.

—Pues lo ha hecho. Y mucho.

—¿Eva, en serio?

—A ver, ¿por qué no iba a hacerlo? Eres un hombre fantástico. Más de lo que tú mismo crees. Y si te digo la verdad, solo hay una razón para que una chica como Sheila lo haga, tu cartera. —Los ojos de Taylor se abrieron de par en par—. Sheila es de esa clase de mujeres que solo se fijaría en un hombre como tú por dinero. Y no lo digo porque crea que eres un hombre poco atractivo, que no lo eres. Además, eres encantador, simpático, divertido, etcétera, etcétera. En cuanto a Sheila, a ella le van otra clase de hombres. Te lo aseguro. Y sin lugar a equívocos, y nunca me equivoco con esa clase de mujeres porque las conozco muy bien, Sheila es un tanto fluctuante. ¿Qué significa eso? Pues que sufrirías mucho.

—Puede que tengas razón. Aunque, no me puedo creer que Eva se haya fijado en mí —vi aflorar en él unos repentinos nervios que lo llevó a desviar la mirada hacia el infinito—. Chantrel, dime una cosa.

—¿A ver? ¿Qué es lo que quieres saber?

—En el supuesto de invitar a Eva. En el supuesto de que ella aceptase... ¡Dios! Creo que no puedo. Me voy a poner muy nervioso. Como ahora.

—Taylor, ¡mírame! —le costó, pero lo hizo. Ante mí estaba ese hombre de unos treinta y pico de años, atractivo, de mirada salina, de dorados cabellos ligeramente engominados y de sonrisa tímida—. Conmigo no lo has estado. ¿Verdad?

—Perdona por lo que voy a decir, pero a ti te he pagado.

Cierto.

—Pues más a tu favor. Porque si lo piensas bien, yo estoy en cierta medida obligada a que me gustes porque me has pagado para ello. Y si te paras a pensarlo, podría incluso darse el caso de que no te soportase, de que no me gustes, hecho que no es así, todo sea dicho. Piénsalo bien Taylor. Si ella te dice que sí, es porque le gustas. ¿Qué mejor que eso para que te sientas seguro de ti mismo? Y, por cierto, no tienes por qué disculparte, a fin de cuentas, es la verdad.

—Pero, qué le digo, ¿cómo la invito?

—¡Mierda! Es verdad. A ver, déjame pensar. Ummm —el coche se detuvo frente al edificio donde se encontraba ubicado mi apartamento—. Puedes decirle que a mí no me gustas. O que... Pues que simplemente yo no quería o no podía ir. Eso te vale, ¿no?

—Sinceramente. Creo que se daría cuenta —afirmó acertadamente Taylor—. ¿Qué te parece si le dijera que tenía ganas de ir, y que con quien

mejor que con ella ya que sé, cuanto le gusta ese tipo de eventos? Es pasable ¿no? Creo que Eva podría incluso leer entre líneas mis verdaderas intenciones. ¿Qué piensas, dime?

—Vaya, vaya. No eres tan tonto como quieres aparentar —sonreí—. Ambos lo hicimos.

—Channtel.

—¿Sí? —respondí antes de bajarme de su coche.

—¿Es difícil ser, lo que tú eres?

—A veces sí. Pero otras pienso lo sola que estoy, y la necesidad que tienen otros de compañía y entonces... —suspiré—. Taylor, sea cual sea esa necesidad, la de unos o la de otros, como bien tú dices, sólo hay que leer entre líneas. Verás. Creo que, con ellos, con cada uno de mis clientes, y dejando fuera por qué me buscan..., yo me llevo de cada uno de ellos un poquito de compañía, de cariño. Para serte sincera. Me da miedo estar sola en la vida. Quizá esto se deba a que siempre lo he estado. ¿Me entiendes? ¿Llegas a entenderme?

—Creo que sí —me respondió tomando mis manos y besándolas—. Gracias. Channtel, eres una mujer muy especial. Espero que lo sepas.

—¡Qué va! No lo soy tanto. Y gracias a ti. Gracias por esta noche. Por dejarme formar parte de tu vida. Por hacerme sentir especial, cuando no lo soy.

—Sí que lo eres. Por Dios, no digas eso. Sí que lo eres. Más incluso de lo que tú te crees.

—No, para nada —sentí como mis mejillas se encendían bajo la delicada capa de maquillaje que llevaba puesta—. Y ya me contarás que tal con Eva. Porque espero que la invites. Ella lo espera. ¡Huy! Se me olvidó decírtelo. Que tonta.

—¡Ja, ja, ja! Será un placer. Las dos cosas.

Frente a las puertas de mi apartamento, me despedí de Taylor con un ligero beso y con algo más de doscientos pavos en mi cartera, con torpes pasos caminé, en la medida que pude, hacia la entrada del edificio de mi apartamento.

El beber desahogadamente como lo hice esa noche es lo que tiene. Convierte el caminar sobre unos simples tacones, en todo un ejercicio de riesgo al que se suma una risa más que estúpida.

Justo cuando iba a introducir la llave en la cerradura de la entrada, oí repiquetear un nuevo mensaje en mi móvil.

Lo lamento. Pero debemos anular nuestra cita.
Estamos en contacto.

C. Chapman

—¡Mierda! Joder... ¡Joder! —grité.
El Señor X anulaba su cita.

CAPÍTULO 20

—¡Hola cielo! —Una media sonrisa acompañó el escueto saludo que Miss Tyler me dedicó pocos segundos después de cruzar el umbral de las puertas del spa. El primero de los saludos de una mañana de primeros de octubre, que, junto con los salvados días, pronosticaba la llegada de un otoño un tanto disparejo en más de un aspecto.

Días en los que la convulsiva ciudad de Nueva York poco a poco se fue entintando lentamente, de encarnadas tonalidades matizadas de vivos tornasoles anaranjados. Desequilibrados matices que destilaban en brillantes pinceladas áureas que colmaban tanto los parques como las calles de una luz diferente y casi mágica, al igual que la cúpula que nos daba cobijo. Un cambio que poco o nada, afectó a la temperatura reinante. Pues la esperada bajada de temperatura propia de esos días; algo que resultaría hasta agradable después del verano de calor que se vivió, parecía ausentar su llegada.

Con ello, la siempre dada habitualidad que una estación como el otoño debe tener, se prorrogó. Un efecto que, en noches como la pasada, fue más que insufrible ya no solo por el calor sino por la insidiosa humedad que lo escoltaba. Pero no solo bochorno nos trajo el nuevo cambio de estación. No.

La merma que fueron sufriendo los días, dio paso a que los siempre habituales clientes de mañana, disminuyeran su presencia. Un cambio de habitualidad que originó un ensanche de los turnos de tarde-noche.

Circunstancias que afectó, y mucho, a las fructuosas peticiones personales.

—Hola —respondí a regañadientes, apuntalándome sobre el mostrador del recibidor. Mi desgana era tan intensa como el calor reinante.

—Vaya cara traes —dijo Alina apareciendo tras de mí—. ¿Una mala noche cariño? —Me rodeó con sus brazos para después darme un sonoro beso en la mejilla.

Con el paso de los días y las mismas experiencias, nuestra amistad se fue consolidando. Y con ese mismo devenir, Alina pasó a convertirse en la amiga que nunca tuve y que siempre necesité.

—Peor que mala, horrible. Me ha sido imposible conciliar el sueño con este jodido calor. Esta noche ha sido, ¡insoponible! La peor de todas. He llegado a pensar que estaba durmiendo en los mismos infiernos por culpa de un maldito aire acondicionado, que no ha tenido otra ocurrencia, que la de joderse precisamente ahora. —Refunfuñé antes de desparramarme en uno de los sillones del vestíbulo—. Me habré duchado como... ¿cinco veces? Ni idea. A las seis de la mañana ya había perdido la cuenta. —Resoplé hastiada—. ¡Dios! Y encima, me muero de sueño.

—La verdad es que este calor no es normal. —Se quejó Alina tomando su carpeta del día—. ¡Wow! Pues no sé si será el calor o el cambio de estación, pero veo que tengo un día de lo más agitado. Por lo menos esta tarde —rio.

—¡Lluvia chicas! Este calor es anuncio de lluvia. Al menos eso decía mi abuelo, y de eso, él sabía y mucho. —Alegó Thania uniéndose a nuestro pequeño coro de quejas matutinas.

—Lo lamento por ti, cielo —me dijo Miss Tyler elevando sus ojos por encima de sus gafas y clavándolos en mi pequeña persona. Al menos así me sentía ese día: diminuta—. Pero tendrás que ponerte las pilas cariño. Todas tendréis que hacerlo. Porque el día de hoy se te presenta bastante ajetreado. Al menos después de la hora del almuerzo. —Miss Tyler tomó mi carpeta de entre el resto de carpetas y alargando el brazo, me la ofreció—. Echa un vistazo por ti misma. —Hice lo propio y la tomé con desgana—. Como podrás comprobar, a primera hora tienes cita con el señor Taker. No será nada del otro mundo, te lo aseguro. Un trabajito de lo más rutinario y simple —sonrió—. El siguiente en la lista es el señor Wilson. A éste le gusta, y mucho, el que te vistas de enfermera. —Vi como elevaba nuevamente sus ojos por encima de sus gafas—. No me preguntes el porqué. Pero lo suyo me huele a trauma infantil o excentricidad profesional. —Ahora la que sonreía era Thania y Alina, yo más bien poco—. A él le seguirán el señor Venson, el señor Lebrun, el señor Johnston y el señor... Ummm... Espera. Déjame que lo confirme. Dame un segundito cielo. Sólo un segundo. Veamos. —Miró en su abultada agenda—. Sí. Aquí está. El señor Quait. En cada una de las fichas tienes indicado que es lo que desean y como lo quieren cada uno de ellos. Todas lo tenéis. Quedan varias citas por confirmar. Pero no os puedo asegurar nada. De todas formas, estas no tendrían lugar hasta última hora de la tarde. —Al ver la expresión de queja que adoptó mi cara y la de las chicas, Miss Tyler se nos anticipó—. Sí,

ya lo sé. Es un fastidio lo del turno doble, pero recordad que más trabajo significa, más dinero.

Todas las presentes nos miramos.

Efectivamente, así era.

—Ok. ¡Perfecto! —repliqué entre dientes.

Si ya no tenía suficiente con el sueño y el calor, el día se me presentaba de lo más completito y movido. Al menos en lo referente al uso que debía darle a mi mano derecha.

—Pues nada, eso es todo. ¿Todo ok, chicas? ¿Alguna pregunta?, ¿no? Pues a trabajar.

—¡Ok! —Respondimos al unísono mientras cada una ojeaba muy por encima y de forma rápida, las fichas de nuestros clientes.

Arrastrando los pies, me dirigí a mi cabina mientras comentaba con Alina las anotaciones de carácter personal que Miss Tyler solía reseñar en las fichas de nuestros clientes. Tras compartir alguna que otra risa por las sugerencias que nos fueron dadas, nos despedimos con un: ¡Suerte, y que no te dé un calambre en la mano!

Joder, solo me hubiera faltado eso, un jodido calambre en la muñeca. Lo perfecto para terminar un día de mierda como ese.

Con una inerte inspiración confinada en mi boca, cerré la puerta tras de mí. Y de espaldas, apostada en ella, realicé un pequeño recorrido visual mientras lanzaba al aire del que sería seguramente mi vigesimotercer suspiro de ese día. Inmediatamente después, mentalmente, me organicé para mi primer cliente. Arrastrando la desgana, me encaminé a mi reducido excusado para cambiarme y me preparé para su inminente llegada. Afortunadamente, y como bien citó Miss Tyler, este servicio fue de lo más sencillo y rápido, a la par que cómodo.

Un visto y no visto, en pocas palabras.

Un trabajo de dos partes que partía de un buen masaje inicial, y concluía con una esmerada relajación manual con el consiguiente resultado del tan esperado el FiFi.

Así es como las chicas y yo apodábamos al siempre esperado, por ellos: Final Feliz.

Tal y como entró el señor Taker, se fue.

Eso sí, algo más contento y satisfecho tras su encuentro con ya no sólo

su nueva y joven masajista, sino por el masaje recibido y las atenciones puestas en él y en su... firme, otro "Él". Esmeros que, por mi parte, extendí durante todo lo largo de unos escasos siete minutos.

Eso fue lo que el señor Taker me duró entre las manos.

El siguiente en mi lista era el señor Wilson, y según las anotaciones de Miss Tyler, sería un hueso bastante duro de roer. Y no le faltaban razones para ello. Pero a pesar de su empeño y tozudez en permanecer hermético como la más tozuda de las ostras, a los pocos minutos después de su llegada, la cual fue puntual como la de un reloj inglés, recaí en cuál era el malestar que aquejaba, o más bien, donde residía su descontento para conmigo: mi resuelta juventud.

La incomodidad que parecía sufrir el heráldico y altivo caballero inglés, derivaba fundamentalmente de la nueva reasignación de masajista que se le había hecho. Un cambio que no fue precisamente plato de buen gusto para un hombre que sencillamente, se había acostumbrado a su masajista de confianza como lo era Annete. Encima, a eso, debía sumarle el ser agasajado manualmente por una masajista que además de ser nueva, era demasiado joven para las cañas que lucía en sus patillas.

Una desagradable suma de variaciones que le supondrían el tener que limar asperezas y vergüenzas, con una chica que bien podría ser su hija. Sin olvidar claro, que la susodicha (yo), era una total inexperta a su parecer. Y ya no sólo en tales artes, sino en estar al tanto de sus gustos, disgustos y puede que en algún que otro vicio.

Porque tenerlos, seguro que los tendría.

Así, en la brevedad de los diez minutos de los que disponía para cambiarme y prepararme antes de su llegada, y mientras me confundía aquel ridículo disfraz de enfermera (reducido hasta el vicio), que me habían dejado en el excusado de mi cabina, traté de encontrar la forma de establecer un primer acercamiento con el que seguro, sería el trabajo más complicado de ese día. Pero poco o nada pude reflexionar una vez me vi frente al espejo.

Dios. Aquella escueta indumentaria de enfermera, aparte de ridícula, era minúscula. Demasiado hasta para mí.

Un atuendo que se reducía a: una ridícula cofia, a unas horribles medias blancas hasta mitad del muslo y que terminaban en ridículo encaje elástico de los más setentero al igual que el mismo tanga, a unos no menos que

aparatosos zapatos rojos con unos tacones de infarto y a una batita tan ridícula como escasa de tela. Un reducido y clareado batín que no hacía otra cosa que elogiar mis más que voluminosos tributos delanteros y traseros. Sin olvidar, que resultaba más que incómodo para el desempeño de los que serían mis quehaceres con aquel buen hombre. Aunque lo mejor de todo, era sin lugar a dudas el más que caricaturesco estetoscopio de juguete que debía llevar colgado del cuello.

Lo odiaba.

Sí, lo admito, estaba para una foto. Una foto en la que garabatear con mayúsculas y bien claro: ¡Ni se te ocurra!

Joder. Más que una enfermera, me asemejaba a una buscona disfrazada de mamarracho. En fin...

A su llegada el señor Wilson —cómo no—, lo primero que hizo fue realizarme una ligera pero exhaustiva radiografía visual tan fría como el mensaje que lanzaba su acerada mirada. En cambio, la voraz sonrisa que doblégó la rígida línea de sus labios, me dejó entrever que, pese a su inicial oposición, pasé con buena nota tan minuciosa introspección. Así mismo lo demostraba la poco disimulada prominencia que acusó su entrepierna, a escasos segundos de nuestro obligado saludo.

Después de todo, no iba a ser tan difícil de manejar y cautivar aquel caballero inglés poco dado a la moderación.

Pero no solo él me chequeó, yo también hice lo propio con acertada diplomacia. Toda la que pude desplegar para no ser descubierta. Y tras mi clandestino análisis pude alcanzar a distinguir en su cómica actitud —la que asumió frente a mí—, a un fachoso caballero muy poco dado al descuido personal, todo un punto a su favor. Al igual que su moderada y manejable complexión física.

Como buen inglés, el señor Wilson contaba con una apariencia un tanto rígida que coincidía con la mordaz mirada vagamente recelosa de la que estaban dotados sus penetrantes ojos azules. En cuanto a su edad, esta oscilaría entre más o menos unos... ¿cuarenta y pocos años? No sé, puede que fueran algunos más. Tampoco es que me importara. Su lozanía para nada me suponía un disgusto o incomodidad, todo lo contrario.

—Tumbese por favor. —Le indiqué una vez apareció ataviado con el afelpado albornoz que dispuse para él tras el biombo. Un suave atuendo que para nada silenciaba su persistente erección.

Con más suficiencia que vergüenza, Wilson no dejó que lo ayudara a desvestirse. Inmediatamente después, se acomodó boca abajo con indeciso recelo sobre el mullido futón de terso raso negro dejando al descubierto su níveo y prieto trasero. Unas tersas nalgas que cubrí sin demasiada urgencia con una pequeña toalla, también negra.

Una vez se tendió, tomé posiciones frente al hermético señor Wilson, quien me dejó hacer sin queja o reivindicación alguna. Como tampoco la hubo mientras extendía, en suave y pausado ascenso desde la parte baja de su espalda, graduales presiones y fricciones que repetí por todo lo largo de su espalda, brazos y piernas.

Tanto así fue su mudez, como esa tenaz obcecación en no emitir sonido o rumor alguno, que dio pie a una desagradable sensación. Aquella que me recorrió de arriba abajo cuando asemejé (juegos de la mente), su inerte estado y su total inactividad, al hecho de estar masajeando a un muerto. Sí, a un muerto. Una situación, que por extraña e insólita que te parezca, poco tardó en afectarme. Incluso más de lo que hubiera esperado. Aunque, a decir verdad, lo que más me inquietaba, lo que más me molestaba de su mortuorio silencio e inerte posición frente a mí y mi trabajo, no era otra cosa que el desconocimiento al que me relegó. Porque el no saber si lo que estaba haciendo, estaba bien, mal o regular, declinó una vez más mis pensamientos a la retorcida creencia que rezaba un ay otra vez: “se me ha muerto”.

Pero no.

Wilson estaba vivito, y coleando.

Echo del cual fui plenamente consciente cuando se giró para colocarse en posición decúbito supino mostrando la elevada altura de su: pino.

Como buena enfermera que se suponía que era, y ante su obstinada resistencia a mostrar impresión o entusiasmo alguno ante mis meditadas fricciones, me vi forzada a realizarle un pequeño pero perspicaz interrogatorio, compuesto este por escuetas e inocentes preguntas que no tenían otro propósito que poder tasar a conciencia sus gustos o desazones.

Puede que no lo creas, pero esa fue la única forma que encontré para

interactuar, o más bien, para reavivar a quien asemejaba la misma apacibilidad que un ladrillo.

Sí. Necesitaba conocer sus más hondos secretos. Necesitaba indagar en él, sacarle alguna que otra intimidad con la que calibrar el cómo actuar en un poco probable futuro. Porque el repetir conmigo, en esos precisos momentos, no estaba muy claro.

Pero después de varias preguntas que no me llevaron a ninguna parte, decidí ir a saco.

La irritación que su postura frente a mí me generó, derivó en unas incontenidas ansias de forzarlo a que me deseara. Desatinada avidez que se volvió contra mí y me subyugó como víctima de mis propios deseos.

Ansiaba en disfrutarlo como esperaba que él me disfrutara a mí. Y la oportunidad se presentó cuando la impaciencia de la que parecía disfrutar su elevado miembro, lo llevaba a morderse el labio inferior de la forma tan nerviosa en la que lo hacía.

¿Me creerías si te digiera que aquello me encendió?

Pues sí, lo hizo. Y mucho.

No me lo pensé y fui directa al grano.

—Vaya. Veo que al fin ha conseguido relajarse, señor Wilson. —El rápido movimiento que experimentó su nuez, bajando y subiendo por su garganta, fue un claro indicativo de que había atinado. Ahora solo tenía que ser algo más sugestiva en mis interpelaciones. Quizá, algo más descarada en mis propuestas.

Pero fue de nuevo su miembro —aquella enaltecida porción de su cuerpo la que parecía solicitar toda mi atención mediante unos sutiles estremecimientos de los que fui directo objetivo—, quien me dio la clave para hacerme con él de la forma en la que me moría por hacerlo. Unas querencias que él mismos, de forma un tanto desacertada y casi cómica, trataba de disimular.

—Sí —contestó.

—Y, dígame. ¿Qué desea el señor que le haga ahora? Lo pregunto más que nada porque, como ve, yo no soy Annete. Y quizá, no sé. He pensado que, a lo mejor, yo podría ser de alguna manera, algo más complaciente en algunos

aspectos un tanto, ¿más privativos? —Le sonreí de manera pícaro—. ¿Existe algún que otro deseo íntimo en que yo pueda, satisfacerle, señor Wilson?

—No. —Contundente respuesta.

«Okay», pensé. «¿Quieres jugar? Vale. Pues juguemos.»

—¿Presiono más fuerte, aquí?

—No. Así está bien. Gracias. —Duro de roer.

Pero a terca, no me ganaba nadie.

—¡Uf!... Hace calor aquí, ¿no? —Detuve mis masajes un segundo para abanicarme de forma exagerada con las manos—. Dios mío, que calor. —Ante la expectación del estirado inglés, me desabroché dos botones de aquel ridículo batín. Rápidamente, sus ojos se desviaron poco discretos al sugestivo canalillo de mi escote—. ¿Tiene usted calor señor Wilson? ¿Quiere que suba unos puntos el aire o...?

—¡No! Así está bien. Gracias. —«Terco inglés.»

—¡Uf! Pues será cosa mía —continué abanicándome de forma exagerada mientras exhalaba algún que otro fingido suspiro—. Lo siento, pero estoy como, sofocada —acentué con la continuidad de mis aspavientos—. Si no le importa, y si no le supone ningún tipo de incomodes, me gustaría quitarme la bata. ¿Puedo?

—... Sí, claro. —«Te pillé»—. Puede hacerlo —carraspeó con contenida impaciencia.

—Gracias —suspíré mientras me deshacía de aquella incómoda bata tan ridícula como incómoda. En cuestión de segundos, quedé ataviada tan solo con un escueto tanga rojo y aquellas espantosas medias, sin olvidar la cofia—. ¡Uf! Qué alivio. Esto ya es otra cosa —apuntillé mientras esbozaba la más representada de las sonrisas—. Bien. Continuemos.

Y así lo hice.

Decidida a despojarlo de una vez por todas de su ridícula coraza para así disfrutarlo con ganas, me postulé justo tras él. Tomé su cabeza y la apoyé sobre mi regazo. Despacio comencé a masajearle de forma sensual y deliberadamente provocadora —por la posición de mis pechos desnudos sobre su cara, sobre sus abiertos ojos—, todo lo largo de su cuello y la ceñida medida de sus hombros. La otra, la elevación de su otra medida, sería agasajada después.

Con disimuladas miradas, advertí como disfrutaba de la visión que de mí misma yo le ofrecía. Un baladí regocijo que sería el perfecto preámbulo a la inmediata llegada de una buena felación de la cual, ambos disfrutaríamos.

Porque así sería.

Imposible me resultaba el no fijarme en la teatral forma en la que entreabría su boca. Toda una puesta en escena que se correspondía con una vaga querencia por apoderarse de mis pezones; erguidos y duros por la excitación que aquella cómica situación me provocó. Su lengua en cambio, inquieta, se revolvía de forma febril dentro de su boca mientras la fija obcecación de sus ojos recaía sobre mis pechos. Estos, a escasos centímetros de su cara, se balanceaban de un lado a otro y de atrás hacia delante, al compás de los suaves movimientos que mi cuerpo ejecutaba mientras mis manos ejercían su labor sobre su cuero cabelludo, sienes, cuello y hombros.

Durante unos dilatados cinco minutos, prolongue con mis dedos entretenidos masajes que resbalaban perezosos desde su cuello hasta sus hombros para poco a poco, ingresar en la contenida y erizada inmovilidad de un pecho agitado, como su respiración. Que se precipitó en caída libre cuando por medio de ese devenir de mis manos, y en la posición en la que ambos nos encontrábamos, mi cuerpo en serena oscilación, promovía el que mis pechos (libres de todo recogimiento) se balancearan justo delante de sus ojos llegando incluso, a rozar tibiamente sus labios. Pero mi intención fue más allá. Y con medidos e ideados movimientos logré que su lengua, hambrienta de deseo por mí, los rozara.

—Dios. Está usted muy tenso señor Wilson, demasiado. Trate de relajarse. Así, así. Muy bien. Relájese. —¿Cómo iba a hacerlo cuando yo una y otra vez, tentaba su cordura, la que palpitaba entre sus piernas, con el ruin bamboleo de mis senos sobre su boca?

Una vez concluido el masaje corporal, sumamente visual y sugestivo, tocaba emplearse de lleno con aquel erguido miembro. El que palpitaba esperando su tan ansiado turno. Y sin hacerlo esperar ni un segundo más, lo tomé con decisión. De fondo, “*Stick*” de *Banks*, pulsaba cada uno de mis movimientos. Los que apenas habían comenzado cuando llegó la tan deseada petición.

—Espera. ¡Espera por favor!

—¿Ocurre algo señor Wilson?

Ahí, ahí estaba mi gran oportunidad para apretar el lazo una vez lo había cazado. Y vaya si lo había cazado.

—¿Podrías, ya sabes, hacerme una...? —Sonreí complacida.

—Desde luego —ronroneé cual gatita en celo—. Cierre los ojos, relájese y déjeme hacer a mí. —El nerviosismo del que era preso en esos

momentos previos a mi total entrega, lo llevaba a repicar los dedos sobre la tarima, lo decía todo.

Con delicadeza, y con las manos unguadas con el calor que les propicié al frotármelas, tomé su pene para lentamente y de forma eficiente, comenzar a jugar un poco con él. Había que ponerlo a punto. Calentarlo, por así decirlo.

Así, paulatinamente y con la continuidad de suaves vaivenes que subían y bajaban por toda su dilatada longitud, fui bajando poco a poco su prepucio para dejar al descubierto su sonrosado y barnizado glande. Fue ahí, en ese punto exacto de nuestro íntimo trato, donde comenzaron sus primeros escalofríos y gemidos. Un diminuto y velado aprieto que fracturó su duro proceder frente a mí, toda una inexperta según él.

Qué poco me conocía.

Ese pequeño lapso suyo, fue para mí, sin que él fuera consciente de ello, una insignificante, pero válida oportunidad que avalé con todas mis ganas cuando, tras humedecer dos de mis dedos con mi saliva, lubriqué el estrecho canal de mi escote. Un malicioso detalle del todo atrevido, que el serio y contenido señor Wilson no perdió de vista. Muy al contrario. Estuvo al tanto de forma ridículamente disimulada, de todos y cada uno de mis movimientos. Al igual que yo de sus encogimientos. Los que sufría la expresión de su rostro mientras yo extendía un despliegue —un tanto desmesurado—, de lisonjas previas al culmen de lo solicitado. Un devenir de manoseos y mimos que llevaron a su moderado pene a palpar entre los dedos de mi mano a la vez que su boca, se torcía y comprimía ante la expectación de lo que estaba por venir.

Llegado el momento, me acomodé entre sus piernas y con cuidado, como si se tratase de algo sumamente frágil y delicado, coloqué su pene entre mis senos para con ayuda de mis manos, aprisionarlo con fuerza. Acto seguido, y siempre bajo su atenta mirada, comencé a masturbarlo despacio mientras me afanaba en tratar de tenerlo bien apretado. Así, despacio en un principio, y por medio de movimientos constantes, emprendí un firme recorrido deslizándolo de arriba abajo sin ninguna dificultad, gracias a mi saliva, por el canal de mi escote.

—¿Le gusta, señor Wilson?

—Oh... sí, sí. Pero trata de hacerlo un poco más rápido por favor, más rápido. —Sin perder el ritmo, lo restregué de arriba a abajo con fuerza. Toda

la que él me pedía y más. Y en todo un alarde de contención, mantuve a raya la incontinente risa que los grotescos gestos que se generaban en su cara me provocaban.

No así pude hacerlo con la desmedida fascinación que todo reto me suscitaba y que me subyacía, de una forma incontrolable, a querer ser más y mejor. Y Wilson, y su absurda cabezonería, la que lo llevaba a enmudecer cual ser inerte, desafío con creces mi orgullo. El de la vanidosa meretriz que habitaba en mí. Una fanfarronería que dio lugar a que me empecinara por querer demostrarle, a ese estirado tipo, que estaba equivocado con respecto a mi profesionalidad, la que desde luego no reñía con mi edad.

Así que, sin pensarlo, y arrastrada por el celo de mi propio orgullo, agaché la cabeza para acometer de forma deliberada, un pequeño lametón a la punta de su rosado y lubricado pene. Tan solo un dilapidado gemido que más bien sonó a queja, fue la respuesta que obtuve.

«¡Con que esas tenemos!» Repliqué rabiosa.

Una impetuosa y candente pretensión recorrió todo mi cuerpo, y lo que fue un sutil roce, pasó a ser una continuada sucesión de lamidas —las que ejecutaba maliciosamente con la punta de mi lengua—, y etéreos besuqueos a los que acompañaban leves succiones.

Aquella sutil pero perspicaz actuación, provocó una enérgica declinación hacia delante de la parte superior de su indolente cuerpo.

—Pero, ¿qué demonios haces? —exclamó un tanto sulfurado, como su respiración.

—¡Oh! Lo siento. —Mi arrepentimiento fue tan artificial como su disgusto. —¿Qué es lo que pretende, señorita?

Quedé en silencio. Su descontento fue mi sorpresa.

«¡Dios, has metido la pata hasta el fondo!»

Debía actuar, y rápido.

«Piensa, Chamntel, piensa. Piensa joder.»

—Sólo quiero hacer que se venga. Shhh... Relájese, respire hondo y déjeme a mí. —Mi voz melosa pareció surtir un ligero efecto calmante en quien me miraba con los ojos abiertos como platos.

—Imposible que me relaje si usted me hace, eso.

—¿A caso le incomoda que le haga esto...?

Sin apartar mis ojos de él, incliné la cabeza, y despacio, lamí la punta de su pene haciéndome con las recogidas gotas, como lágrimas, del líquido preseminal que lo salpicaban.

Wilson ante aquel despliegue de descaro, echó su cabeza hacia atrás gimiendo de placer, y más aún cuando me regodeé relamiendo la estrecha rayita de su punta.

—Quiero chupársela —dije mimosa—. ¿Le gustaría que lo hiciera, señor Wilson? —Cariñosa cual gata en celo, ronroneé mientras delineaba el contorno de la punta superior de su pene con mi inquieta lengua—. ¿Me deja?

Mentalmente, crucé los dedos.

Mi desvergüenza podía salir bien, o muy mal.

Su respuesta, no se hizo esperar.

Apoyándose sobre sus antebrazos y con la mirada fija ya no solo en mi rostro, sino en mi boca —cercana está a su pene—, Wilson asentó una suave caricia en mi barbilla. Acto seguido, me sonrió para después en un extendido suspiro, cerrar los ojos.

«Jaque mate.»

Con devoción, desalojé su miembro de la apretada línea de mi escote y tras vestirlo debidamente con una gomita, me acomodé entre sus piernas abiertas. Resuelta, como lo estaba en estos menesteres, aferré mi mano derecha a su dura erección, y con la mirada fija en él, envolví con mis suaves labios todo el contorno de la punta de su pene, succionándolo ligeramente. La respiración de Wilson se detuvo. Un instante después, cuando emprendí mi libertino juego entorno a toda su extensión, esta regresando a él entrecortada y jadeante.

Varios minutos estuve jugando con su cordura, con la mía misma, hasta que decidí metérmelo por entero en mi boca. Una instintiva necesidad que dio pie a que el remilgado señor Wilson, empujara involuntariamente todo lo largo de su tensión hasta el fondo de mi garganta a la vez que elevaba un sentido gemido de placer que alimentó mi desmedida vanidad.

A la par de los movimientos de mi cabeza y a las penetrantes succiones de mi boca, su cadera comenzó a moverse ingenuamente y de manera rítmica mientras, aferrado a mi cabello, incitaba mi boca a tomar más de él, cada vez un poco más. Durante unos generosos minutos de pura lujuria, nos follamos mutuamente. Yo a él con mi boca, y él a mi boca, incesantemente e indecentemente, con todo lo largo de su dura extensión masculina.

—¡Joder! Voy a correrme —gimió agarrándome con más fuerza del pelo. Ante su apremiante enunciación, saqué su pene de mi boca para liberarlo de su engomada vestidura. Una inesperada acción que logró robarle un quejoso desahogo, uno de los pocos que emitió. Cuando de nuevo lo asalté con

la tersura de mi boca y el brioso nerviosismo con el que lo recibió mi lengua, fue para chupárselo con más fuerza, ansiando sentir como se venía dentro de mi boca. Algo que hizo a pocos segundos después de un sonoro—: ¡Joder! — Ese fue el culmen con el que Wilson descargó en mi boca toda la tensión que yo propicié con mis malas artes. Aunque, tan malas no deberían de ser cuando se vino de la forma tan nutrida en la que lo hizo.

Tumbado sobre el futón, y entregado a la entrecortada y continuada exhalación de su reposo, logró recitar:

—¡Joder! Menuda mamada me has hecho.

—Gracias —dije, encajando una marcada sonrisa entre mis labios. Los que limpié, con pequeños toques, con el dorso de mi mano—. Pero aún no hemos terminado. No, no. —Mi sonrisa se expandió, y aún más, cuando tome su flácido pene para devolverle, mediante tenaces batidas, su dañada elevación y dureza.

—¡Ey! No, no... ¿Qué haces? —Ni su reticente negación, ni esa indecisa vacilación mal disimulada, pudo impedir que, a horcajadas, me posicionara sobre él.

—Tranquilo. Lo de ahora, es regalo de la casa. —Sonreí lujuriosamente desplazando a un lado el tanga antes de posicionar la picota de su azuzada extensión, convenientemente ataviada con su goma, entre mis ungidos labios vaginales—. ¿Puedo?, ¿eh? —ronroneé.

—Sí, claro. —Apuntó cerrando los ojos, apretando los dientes y recostándose a la vez que hacía suya la impaciencia con la que me apoderé ya no solo de su cuerpo.

—Trata de relajarte. Sólo quiero que te dejes llevar.

«Si puedes.»

—Joder. Lo intentaré —farfulló entre dientes.

Con una prodigiosa embestida, coroné la terminación de esa desquiciada locura que yo misma había tejido en torno a la obcecación que toda censura me provocaba. Pues nada me excitaba más, que saberme deseada y no tomada. Y lo que en principio fue indecisión, incluso perplejidad ante mi descaro, se transformó en puro placer. El que nos llevaba a estremecernos ante los vertiginosos movimientos con los que me mecía sobre su cuerpo, tenso y francamente abrumado, como su marina mirada, la que fijó en mis ojos.

Con ganas, y toda la fuerza de la que fui capaz de desarrollar, comencé a follarme como si no hubiera un mañana, a un hombre por el que en un principio no hubiera dado ni un céntimo. A un hombre al que apenas conocía y

al que únicamente me vinculaba la desmedida ligereza a la que me subyugaba toda limitación. Como la que él estableció segundos después de haber cruzado el umbral de mi cabina. Pero en esos precisos momentos, bajo las cadenas con las que hábilmente lo había atado a mi cuerpo, el poco dado a mostrar sus sentimientos; señor Wilson, no me duró ni a apenas cinco minutos.

Fue en un elevado: «¡Oh Dios!», cuando lo perdí.

Y sí, eso fue todo lo que artículo en la brevedad de mi trabajo.

A pesar de mis devastadores empeños en robarle algún aullido con tan tremenda follada, el rígido señor Wilson se limitó a gemir en ahogados resoplos que me supieron a poco. Como a poco me supo el disfrute que de él hice.

Mientras Wilson se aseaba; de manera no muy disimulada, yo hacía lo propio con un par de toallitas húmedas.

—No lo haces nada mal, la verdad. Nada mal. Sonreí complacida por un trabajo bien hecho.

—Gracias. Y ya se lo dije. Yo no soy Annete —dije medio en broma.

—Cierto, muy cierto. La verdad es que, en un principio tuve mis dudas, pero... —sonrió—, tengo que reconocer que es la mejor sesión de todas las que he recibido en este spa.

—Gracias —volví a sonreír.

—Puede, no sé. Que volvamos a repetir. Y quien sabe, fuera de aquí. ¿Qué me dices? —Ahora su sonrisa, ausente durante toda aquella hora, lo decía todo. Me confirmaba lo que, con anterioridad a sus palabras, yo había entrevisto.

—No estaría mal.

Dios. A veces llegaban a ser tan traslúcidos como un cristal, y tan vacíos como un desierto.

En cuanto a los siguientes servicios, estos fueron sencillos: un poco de exotismo por aquí, pura interpretación y alguna que otra dispareja maniobra —distintas las unas a las otras— por allá, y para finalizar, un servicio sencillo donde el diálogo estuvo más presente que otra cosa. Servicios que muy acertadamente Miss Tyler solía denominar como: “sesiones sensitivas”. Servicios emocionales que contadas veces prestaría en esta profesión. Pues

muy pocas veces serían las que me toparía con pobres ilusos, infelices de alma, que sólo buscaban en nosotras otra cosa que no fuera el ser escuchados más que complacidos.

Sí, Miss Tyler muy acertadamente tenía razón en denominarlos *clientes emocionales*. O *alfeñiques* como los titulaban algunas de las chicas.

Muchas veces, nos resulta medianamente fácil representar el papel que se nos pedía. Al igual que hacer como que disfrutábamos con ellos, y de darse el caso, intimar para posibles servicios fuera de las cuatro paredes del spa.

Ahí, en esas citas, era donde una debía sacar toda su artillería y llegar a convertirse en parte casi indivisible de ellos, de sus más bajas apetencias. Sin embargo, con algunos de ellos, los bien llamados clientes-emocionales, una tenía que dejar de lado el hecho de ser o comportarse como una putita de turno más, para convertirse en su chica especial, su novia, su amor o su sueño. Ese que alcanzaban tras pagar unos cuanto o cientos de dólares. Para esos casos, dependíamos de toda nuestra interpretación. Aunque sinceramente, hacía falta algo más que eso. Teníamos que..., cómo decirlo.

Compenetrarnos, conectar con ellos y sus contrariedades emocionales.

Pero esto solía ocurrir en contadas ocasiones.

No todos buscaban lo mismo. No.

Había quien sólo buscaba un buen polvo.

Esos, esos eran los trabajos fáciles.

Por suerte, ese día terminé antes de lo esperado. Y todo gracias a que las últimas tres citas no fueron confirmadas.

¡Genial!

CAPÍTULO 21

Media hora después de llegar a mi apartamento, Alina hizo acto de presencia mediante un mensaje de whatsapp en el que me confirmaba que en cuestión de algo menos de media hora, estaría en la calle esperándome. El plan era ir a tomar un par de copas —aunque seguramente serían más de una—, y bailar, bailar mucho. Era viernes, así que era noche de chicas. Una noche especial en más de un sentido, pues había que celebrar mí ya consolidado nuevo trabajo, así como mi pequeño estatus social, ridículo, en suma, en Nueva York.

Pero una segunda llamada cambió el rumbo de esa noche.

Aquella noche de viernes debía haber culminado como lo que se previó que sería: una noche de chicas. Pero el caprichoso destino quiso que esta pasara a ser una nueva oportunidad para ganar algo más de pasta. Y sobre todo, para optimizar mi relación con uno de mis primeros clientes fuera del spa.

Un cliente del que podía esperar cualquier cosa.

La sobriedad del spa condicionaba, y mucho, a hombres como él.

Llegué con unos quince minutos de antelación al lugar acordado. Tiempo más que suficiente para tratar de apaciguar los incipientes nervios que toda nueva cita me suscitaba. Y más cuando, como en esa ocasión, se trataba de un cliente al que tenía que mimar de una manera bien distinta a como ya lo había hecho entre las cuatro paredes de mi cabina en el spa.

Nerviosa como lo estaba y un tanto ansiosa por esa nueva cita con quien no era precisamente un desconocido para mí, bebí a pequeños sorbos, sentada en la barra del bar de aquel hotel ubicado en las inmediaciones del Soho, la copa de vermut que me fue servida por aquel fornido camarero de prieto trasero e inmensos ojos verdes. Tan grandiosos como lo era su sonrisa. La que se fracturó cuando mi cita, en un amplio despliegue de caballerosidad, ensalzó muy diferentes halagos sobre mi persona que concluyeron en sendos arrumacos y besuqueos —siempre por su parte—, más propios de una pareja bien avenida, que de un cliente y su meretriz.

Ya en la habitación —una elegante suite que él había arrendado para la ocasión—, para su disfrute, comencé a desvestirme despacio, muy despacio

bajo su atenta mirada. Mi intención no era otra que, martirizarlo, y de ser posible, poco a poco. A fuego lento.

Bien sabía cuánto le gustaría eso. Tanto o más que a mí.

Ante su atenta mirada, desplegué toda mi perversa sensualidad en el simple gesto que conllevaba la bajada, lenta y tortuosa, de la cremallera lateral de mi vestido. Una etérea vestidura, que al igual que lo haría una segunda piel, resbaló sinuosa por todo lo lardo de la acrecentada curvatura de mi cuerpo y por toda la prolongación de mis piernas, hasta el suelo, donde formó una caprichosa circunferencia entorno a mí. Al alzar la vista del suelo, donde tan erótico descenso la llevó, tasé la delirante locura que chisporroteaba en sus ojos, así como el sonoro jadeo que deambulaba por su boca y que obligaba a la nuez de su garganta, a experimentar repentinas subidas y bajadas. Un delirante éxtasis que relegaba a sus impacientes manos a frotarse de forma sensiblemente desesperada sobre sus muslos. Al igual que su lengua lo hacía blandiéndose iracunda de un lado a otro entre sus tensos labios.

Bajo su ardiente mirada, quedé tan solo vestida con un minúsculo tanga de hilo color negro que cubría solo lo justo de mi rajita, y un ceñido sujetador que captó toda su atención y comprimió su respiración a meros jadeos que pasaron a descompensarse cuando, me deshice de tan sugestiva y translúcida sujeción. Sus ojos castaños, fijos en mí, seguían cada uno de mis templados movimientos recorriéndome de arriba abajo sin descanso, ansiosos, como él mismo ansiaba poseerme de la manera que seguramente había ideado horas atrás.

—Dígame señor Perkins. ¿Le gusta algo de lo que ve? —Le pregunte con picardía.

—Me gusta todo. Absolutamente, todo —jadeó.

Cuando aquella pequeña mueca torció la rigidez que trazaba la que era la línea de su boca, no me lo pensé y le lancé la prenda de la cual segundos antes me había liberado. Como esperaba, él lo acogió como un trofeo. De nuevo, vi brotar una contenida sonrisa que dio lugar a que mi tanga, tras una pequeña insinuación por su parte, corriera la misma suerte que mi sujetador. Pero esta vez, a diferencia de lo que hizo con el sujetador, Perkins acercó mi tanga a su nariz para olfatearlo, inspirando una y otra vez con ganas el aroma de mi sexo.

—Hoy voy a disfrutarte por completo —gruñó excitado.

Entre discretas risas, y una vez descalzada, abandoné el pequeño

círculo que aquel vestido de algodón negro formó entorno a mí para acortar la breve distancia que nos separaba mientras él, seguía obcecado en inhalar, jadeo tras jadeo, la privativa esencia que de mí había quedado impregnada en el minúsculo trozo de tela que aprisionaba con fervor entre sus dedos.

Tantas veces lo olió, tantas fueron las veces que repitió tan vulgar comportamiento, que dejé de lado la siempre recurrente vaselina. El solo semblante de su rostro tras la persistente cata que hacía mi ropa íntima, lograron humedecerme.

—¡Ummm, Dios! Cómo me gusta el aroma que desprende tu cuerpo. — Sin precipitarse en su movimiento, Perkins a medias, se incorporó en su asiento en actitud expectante—. Ven, acércate. Quiero olerte, necesito tocarte. Degustar ese delicioso manjar que atesoras entre tus piernas.

Deslizando, paso a paso y sin demasiada premura, mis pies desnudos por la suave moqueta color champán que revestía el suelo de aquella suite, me le acerqué contoneando las caderas. De pié frente a él, atesoré en toda mi piel sin recelo o mesura, un sinfín de celados estremecimientos que poco tardaría él en hacer brotar.

Con aplacada timidez, la que irradiaba todo su ser, Perkins posó sus manos temblorosas en mi cintura. Manos que deslizó despacio hasta mis caderas para después, pausadamente, acariciar la aterciopelada curva que conformaban mis nalgas.

—¿Qué quieres que te haga hoy, eh? Ya sabes que solo tienes que pedírmelo. —suavicé nuestra formalidad en el tarto. Después, llevé mis manos a su cabeza y enredando mis dedos en su sedoso cabello poblado de lustrosas canas, la aproximé escasos centímetros de la suave y recortada vellosidad de mi pubis—. Pídemelo. —Con extrema indolencia, revolví su cabello, zarandé a mi antojo de un lado a otro su cabeza logrando con ello robarle un profundo gemido mayor que los anteriores.

—Tranquila preciosa. Hoy voy a ser yo quien lleve las riendas de nuestro íntimo juego. —Percibí sobre mi sofocado sexo, como sutiles resoplos, todas y cada una de las sílabas que articuló en aquella frase—. ¡Dios, pequeña! Cómo me encanta el olor de tu cuerpo, el de tu coñito. Ummm... Me vuelve loco. Lo sabes, ¿verdad?

Me reí encantada.

—Pues ya sabes. Si tanto te gusta, hoy es todo tuyo. Pero hazlo sin prisas. Tenemos, si tú quieres, toda la noche por delante.

—Tranquila —rio—. Me conformo con una hora. Una y media como

mucho. —Jadeante, Perkins aproximó su boca a mi rasurado monte de Venus —. Mmm. Me encanta. Hoy me lo voy a comer entero. Como a ti.

—¡Huy, qué miedo! —Reí acortando la irrisoria distancia que aún nos separaba. Apenas unos escasos milímetros.

Azotado por el deseo, Perkins hundió con fuerza sus dedos en la piel de mis nalgas y tiró de mí hacia él. Noté como cada músculo de su cuerpo se tensaba por momentos, al igual que los de su mandíbula. Una rigidez que por igual flageló mi cuerpo cuando su cálido aliento bañó mi sexo.

Decidida a emprender el que sería nuestro juego, fui a sentarme a horcajadas sobre sus piernas, pero...

—¡No! No te sientes. Quédate así. Así, de pie. Abre un poco las piernas. Así, muy bien —me susurró excitado—. ¡Dios! Como me gusta este olor. —El penetrante deslizamiento que ejerció su lengua entre mis labios vaginales, subordinó mis ojos a la clausura, a la dispersa difusión de profusos suspiros mientras toda yo me dejaba llevar.

Su juego estaba a punto de comenzar.

El mío, ya había comenzado.

Sin recelo alguno, Perkins inclinó su cabeza hacia mi sexo aproximando su boca, unida previamente por su mordaz lengua, a mi coño para con acertados toques de sus labios y lengua, comenzar a besarlo, a acariciarlo de forma trémula pero copiosa.

Ante tal despliegue de halagos, todo mi cuerpo comenzó a reaccionar avivando todas aquellas veladas sensaciones del primer momento. Y mientras su lengua se afana en cortejar mí ya erecto clítoris, yo jugueteaba con los rizos de su cabello, enredándolos una y otra vez entre mis dedos.

El delirante placer que su boca me proporcionaba, perforó el sello de mis labios liberando un sutil gemido que él interpretó como toda una invitación para fragmentar la suave intimidad de mi sexo. Y llevado por esa sonora apelación que emigró desde mis labios hasta sus oídos, Perkins acometió contra la delgada línea de mis deseos insertando uno de sus dedos dentro de mi vagina, lubricada previamente por su sumisa saliva. Un descontrolado asalto que fragmentó tan débil ranura, y que dio pie a la suspirada separación de mis sedosos y rosados labios vaginales por medio de un segundo dedo.

Ansioso por adentrarse en mi interior, su ensanchada lengua comenzó a

moverse en un sinfín de vaivenes que fueron acompañados por los pertinaces bamboleos de sus dedos y por los mismos sólidos gemidos, y las pausadas fluctuaciones de mis caderas con las que me acercaba a su hambrienta boca.

Una vez me corrí en su boca, una tarea que no me llevó demasiado tiempo, el afanoso señor Perkins me hizo tumbarme en la cama para colocar con tortuosa impaciencia, la punta de su empalmada erección en mi apretada entrada. Con accidentada maniobra, inició descompasados movimientos de atrás hacia delante en un tono lento pero pujante. Fortuitas sacudidas que terminaron cuando la insertó por completo dentro de mí en una profunda embestida. Tras esto siguió una acompasada incursión que me llevó a gemir y a elevar mis caderas al compás de cada uno de sus impetuosos *metesaca*. Perennes meneos en un principio torpemente ejecutados pero que poco a poco, fueron cobrando confianza e incrementando la apresurada vigorosidad de sus entradas y la dureza de sus arranques.

—¡Ah, Dios mío! —Profirió entre jadeos—. Joder pequeña. Tienes el coñito más perfecto del mundo. El más estrecho y suave en el que jamás haya metido mi polla. —Sus profundos gemidos, declaraciones entrecortadas de su respiración, fluctuaron junto con los atrevidos reclamos que yo, de manera libremente intencionada, demandaba—. ¡Aahhh!... Cielo, dime que te gusta que te folle así. Dímelo. Necesito oírtelo decir.

—Sí, sí. Me gusta, me gusta mucho. Pero no pares, no pares.

—¡Dímelo otra vez! Quiero oírtelo decir.

—Mucho, me gusta mucho como me follas. —Recité sinvergüenza—. No pares, no pares. Así, así. Dame más, más fuerte. Fóllame más duro.

Y lo hizo. A su manera, lo hizo.

Pero en el momento en que comenzó a darme fuertes palmadas en las nalgas mientras empujaba una y otra vez con pesaroso aliento, comprendí que ya no podría aguantar más. Y así fue.

—Dios. ¡Aahhh! Sí... —Terminó exclamando a modo de plegaria mientras se vaciaba dentro de mí. Una lacónica actuación que durante al menos unos segundos lo mantuvo inmóvil dentro de mí, ajeno a todo, incluso a insuflar aire a su pecho. Inmediatamente después, abandonando la tersura de mi interior en una rápida retirada y me instó para que me vistiera.

Tenía prisa, mucha.

Una celeridad que radicaba en el miedo atroz que le provocaba la idea de no llegar a tiempo a su casa para celebrar con su mujer e hijos (seis), el que sería el quincuagésimo tercer cumpleaños de su esposa. Aniversario que

tendría lugar en el restaurante de costumbre, y según él y sus miedos, el retrasarse casi se podía considerar como pena de muerte.

—Si no nos damos prisa y pierdo la jodida reserva, la cual lleva más de dos meses hecha, ¡si la pierdo! Oh Dios... El que puede perder algo seré yo sin duda.

—No te creo. ¿En serio?

—En serio preciosa. Tú no conoces a mi mujer. —Ni lo deseaba, la verdad—. Mi Mary es capaz de todo. Es por eso que debes darte prisa en vestirme. No quisiera tener que vérmelas con ella. Hasta cinco meses se puede llevar sin decirme ni media palabra o mucho peor. ¡Es una jodida zorra cuando quiere! Pero la quiero. ¡Qué le voy a hacer! —No me lo podía creer. ¿Qué la quería decía, de qué forma? ¿Qué amor era ese? —. Aunque mirándolo bien, tampoco está tan mal ¿no? Me refiero a que no me hable. —No pude hacer otra cosa que reírme con él.

Fue toda una sorpresa que Thomas Perkins me llamara casi a última hora de ese viernes. Una inesperada llamada no me dejó tiempo para nada. Ni tan siquiera para un cambio de vestuario de última hora.

Una discordante eventualidad que dio lugar a que, por una vez en su vida, la sensual y descarada de Channtel se vestiría con la parca sencillez que caracterizaba a Catherine Wayne. Pero nunca, nunca más, se envolvería con el peso que comprendía ser ella. Y fue la mera espontaneidad de esa llamada, la que dio lugar a un urgente whatsapp cuyo contenido no fue otro que una escueta disculpa para con Alina y las chicas.

Sabes, recuerdo que mientras el taxi me trasladaba al punto exacto de la ciudad donde tendría lugar aquel nuevo encuentro de carácter privativamente sexual con el libertino señor Perkins, ubiqué mis ojos en esa moderada nada que comprende nuestros pensamientos internos. Y mientras reflexionaba en todo ello, en todo cuanto había conseguido y era, sentí como una extraña emoción de abandono se instaló en mi pecho.

Por primera vez en mi vida, albergué la plácida y cálida impresión de la esperanza. La que versaba sobre el que sería mi futuro.

Serían sobre las 10:23 pm. de un largo viernes, cuando cerré la puerta de mi

apartamento, cuando me derrumbé en el sofá liberando todo el estrés acumulado ese día en un amplio suspiro. De inmediato, una desmedida indiferencia me golpeó de lleno. Poco o nada me apetecía moverme, y mucho menos el tener que meterme bajo la ducha. Pero por más que no quisiera o no me apeteciera, no podía renunciar a liberar a mi cuerpo; como a mi alma, de ese encuentro. Como tampoco podía obviar las llamadas perdidas y los wassap de Alina a los que debía dar respuesta.

Con la misma desgana con la que me levanté del sofá, caminé desnudándome por el camino hasta el baño. La idea era tomar una ducha rápida, no más de siete minutos, después, me prepararía algo de cenar —no demasiado complicado—, y una vez sentada y con todas mis necesidades cubiertas, llamar a Alina correspondiendo así a sus llamadas y mensajes, los que se perdieron en el preciso instante en el que me entregué al ansioso de Perkins. O a esa última llamada suya que ignoré, sin saber el porqué de ello, para entregarme a la contemplación de mis pensamientos dentro del taxi que me llevaba de regreso a mi apartamento. Pensamientos que fueron generados por aquel nuevo encuentro. Reflexiones que me ausentaron de todo, hasta de mí misma.

Al comprobar la hora en mi reloj de muñeca, supuse con no muy acertado atino, que Alina quizá, continuaría de fiesta con las chicas. Por lo que un escueto y preciso mensaje de whatsapp fue la opción elegida y con la cual la empecé a que fuera ella quien, una vez regresara a su apartamento, me llamara.

Apenas dejé de lado mi móvil cuando este comenzó a sonar.

—Hola.

La voz de Alina sonó al otro lado un tanto aletargada.

—¿Por dónde andáis?

—Pues yo en mi apartamento. ¿Dónde iba a estar si no? En cuanto a las chicas, supongo que cada una estará en el suyo.

—¿Tan pronto? ¿Qué ha pasado?

—Pues que al final no hemos salido. En el último momento, se jorobó todo.

—¿Y eso? —pregunté antes de dar un buen bocado a mi sándwich de lechuga, atún y mayonesa.

—Tú, te echaste atrás a última hora, a Thania le falló la canguro, y desde luego, el salir de copas con Annie no es que me apeteciera mucho. —La oí bostezar—. Pronto te darás cuenta de que es un poco, mmm..., como decirlo.

¿Plof?

Me reí.

Su risa sonó triste, vacía y distante.

—Exagerada. —Apunté chasqueando la lengua—. Y bien, ¿para qué me llamaste con tanta insistencia cuando sabías que estaba de fiesta?

“Fiesta”, así es como de manera informal hacíamos referencia a nuestros trabajitos.

—No sé. Me dio por pensar que quizá el siempre reticente señor Perkins, terminaría arrepintiéndose, como de costumbre, de lo que iba a hacer. Pero no. Parece que al final sí que se atrevió a sacar la patita fuera de casa ¿no? —Volvió a reír de aquella forma—. Ya ves. Me equivoqué. Pensé que no tendrías cita y sí que la hubo, y me alegro. Pero. ¡Joder! Me apetecía tanto salir contigo y disfrutar de unas buenas cervezas bien frías mientras nos deslenguábamos hablando como antes. —La oí suspirar—. Por eso te llamé. —El tono de su voz fue disminuyendo—. Joder Cat. Es que últimamente no nos vemos tanto como antes. Solo en el spa. Y ahí, poco o nada podemos hablar.

—La verdad Alina, es que yo también echo de menos nuestras largas tertulias nocturnas —respondí con media sonrisa.

—Y, ¿se portó bien?

—Sí, sí que lo hizo.

—¿Te hizo bailar mucho?

Mi gran carcajada creo que fue toda una respuesta.

—No, para nada. Siempre en su línea. A Dios gracias.

—Al menos fue generoso ¿no?

—¿En qué sentido? —volví a reír.

—Ya sabes, tonta. En ambos sentidos.

—En el primero, no se portó mal. Ya te digo, en su línea. Ya lo conoces. En cuanto a lo otro, estuvo más bien corto. Bueno, corto, es decir poco. Fue más bien breve, escueto, y por ambas partes. —Mi risa pronto la contagió.

—¿Cómo?

—Pues que, con algo tan pequeño como lo era aquello, es más que imposible concentrarse y bailar como una quisiera hacerlo. Eso sí, mis halagos eran mucho más desarrollados que su... pito. —Ambas estallamos en

sonoras risas—. Pero no te creas, eh. La verdad es que lo agradecí, y mucho. —Ahora quien suspiraba era yo—. Y bien, ¿habéis quedado para otro día? Dime que sí, dime que sí por favor. Dime que salimos mañana. Dímelo, dímelo...

—Sí. Mañana será nuestra noche de chicas. ¡Wow!

—¡Sí, genial! Dios, no te puedes hacer una idea de las ganas que tengo de salir y desconectar de todo, aunque solo sea por un par de horas.

—Sí, te entiendo. —Su voz sonó triste—. Cat...

—¿Sí?

—Te echo mucho de menos. Más de lo que nunca imaginé que podría llegar a hacerlo. ¿Pareceré tonta?, ¿no?

—No, Alina. Yo también te extraño, y mucho. Pero era necesario que...

—Sí, sí. Ya lo sé cariño. Pero este maldito apartamento está tan vacío sin ti. Tan aburrido, tan silencioso. Y tan sucio y desordenado.

No hubo turno de risas.

Solo un silencio, pesado y nostálgico.

—Alina —suspiré levantándome del sofá para dirigirme hacia una de los rectilíneos ventanales de mi pequeña sala de estar. Tras los cristales, la noche discurría serena y cálida. Demasiado cálida. El bochorno ahí afuera era desesperante. Por fortuna la suerte en ese aspecto había cambiado a mi favor dentro del reducido habitáculo donde me encontraba—. Sabes como yo, que había motivos más que justificados para que lo hiciera. ¿Cómo nos la íbamos a apañar con nuestras citas con solo un dormitorio? ¿Lo entiendes?, ¿verdad? —La oí suspirar. Suspiro que yo afirmé con el mío propio—. Oye, y... ¿Por qué no te vienes? Sí, vente. Píllate un taxi. —Me giré y clavé la mirada en el roñoso reloj de pared que colgaba sobre la puerta de entrada. Aun no era demasiado tarde para un par de buenas cervezas—. No sé si lo sabes, pero mi aire acondicionado. ¡Ya funciona! Y te aseguro que lo hace de putísima madre. —Pronuncié con un aderezado retintín.

—No me lo puedo creer... ¿Te lo ha arreglado, en serio?

—Sí.

—¡Dios! ¡Pero serás, guarra!

—Mucho. —Reí—. Se la debo, y se la daré. Pero ahora. Venga, no te lo pienses y vente. ¿Qué te parece la idea de degustar unas buenas cervezas de importación bien frías tumbadas en mi cama, bien fresquitas las cuatro?

—¿Las cuatro?

—Sí, las cuatro. Tú, yo y las cervezas. Y para completar la noche, maratón de *Sexo en Nueva York*. Tengo tele por cable, y gratis —volví a reír.

—Pero será hija de... —su risa fue incluso más sonora que la mía—. Sinceramente, me encanta la idea. Me encanta... Pero ya es muy tarde cielo. Además, estoy en pijama, y si te soy sincera, no me apetece nada, pero nada, vestirme. Y aun menos salir a la calle con el calor que hace a esperar un taxi que a lo sumo, tardará demasiado en pararse.

—No. ¿Lo dices en serio? —Repliqué—. Pero si apenas son las —rápidamente, eché un ligero vistazo a aquel reloj—, once. Y si estás en pijama mejor que mejor. Nos montamos una fiesta pijama. ¡Fiestaaaa!

—No cielo, déjalo, es muy tarde. Otro día

—Venga, ponte algo encima y pillá un taxi. Yo te lo llamo. Venga...

—No, de veras. Es muy tarde.

—¡Jo! Serás aguafiestas. Pues nada, tú te lo pierdes. Que sepas que me beberé tu cerveza.

—Hazlo —bostezó—. Cat, siento tener que dejarte, pero se me cierran los ojos. Nos vemos mañana. Chao.

—Ok. Hasta mañana amiga. Te *requetequiero*.

—Y yo más.

CAPÍTULO 22

Nuestra noche de sábado resultó ser un tanto. No sé. Quizá podría definirla como: inusual. Sí. Podríamos llamarla así: inusual. Y a pesar de que aquella reunión de chicas apuntaba maneras desde el momento uno en ser grandiosa, esta fue inusual en más de un sentido. Fue en el mismo taxi, donde la fiesta dio comienzo entre licenciosas risas en las que todas nos reíamos de todo y de nada a la vez. Hasta nos reímos y bromeamos acerca de nosotras mismas.

Pobre taxista, las cosas que tuvo que oír.

Una vez en el club de moda donde Thania nos coló gracias a las influencias de uno de sus ligues (así de sutil era la forma en la que los denomina ella), y afincadas a pie de barra, desde donde lo controlábamos todo, absolutamente todo, planeamos nuestra gran noche. Una de tantas.

Comenzamos bebiendo refinados Margaritas de sandía, para después pasar a unos deliciosos Daiquiris de naranja. Poco, o más bien nada, tardó el alcohol en hacer acto de presencia en nuestras conversaciones, en nuestras risas, hasta en nuestra propia voluntad y arrojo. Esa endemoniada esencia tan espiritual como nuestros deseos de diversión, nos hizo reírnos de todas y cada una de las anodinas ocurrencias de nuestros respectivos clientes. De ahí, pasamos a burlarnos como niñas, de algún que otro ingenuo que pretendía ligar con nosotras.

¿Ligar con nosotras, en serio?

Qué osadía más estúpida por Dios.

A nosotras no se nos ligaba, no.

Más bien éramos nosotras las que elegíamos a quien llevarnos esa noche a la cama y de forma plenamente gratuita.

Entre risas y copas, uno a uno, los temas de conversación fueron hiendo y viniendo. Pero el que más me llamó la atención fue aquel que apuntó una de las chicas, en concreto Thania. Ella, al igual que Alina y la misma Annie, apelaban a que sería más que conveniente y fructífero, el que me creara

un anuncio en una reconocida página web de contactos.

—El darte de alta es bien fácil de hacer —apuntó Thania dejando de lado su bebida—, no hay dificultad alguna en ello. Hasta Annie lo ha sabido hacer ¿verdad? —Un ligero codazo de complicidad obtuvo a la susodicha que tomó aquella pequeña burla como lo que era: una broma entre amigas—. Eso sí. Para saber manejarte en ella, al menos debes tener unos leves conocimientos de cómo funcionan estas webs, tienes que saber manejarlas con internet. ¿Verdad Annie? —Señaló Thania antes de dar un sorbo a su nuevo cóctel, un Cosmopolitan esa vez, y un nuevo codazo a quien pasó a acometer una pequeña queja.

—¿Yo? Qué va. Si fuiste tú precisamente la que me pidió ayuda a mí. ¡Annie, Annie, ayúdame, no entiendo como agregar tal o quitar cual! —alegó la susodicha entre risas y sorbos a su encarnado Cosmopolitan.

—Será embustera la muy... —Se quejó Thania entre carcajadas—. Todavía me acuerdo el día que me diste la vara para que te ayudara con el bloqueo que tú misma, señorita, habías creado en tu página. ¡Por dios, fue horrible! Era como explicarle la Biblia a un ateo. —Todas, incluida Annie, reímos—. Una y no más. Una y no más querida.

—Venga chicas, dejaros de tonterías y explicarle a Cat de una vez cómo va el tema. ¿A caso no os habéis dado cuenta de que habéis conseguido picarla?

Alina estaba muy en lo cierto. Ansiaba saber más sobre aquella pronunciada página web de contactos.

—Haber Cat —quien tomó la iniciativa fue la misma Thania—, el abrirte una cuenta en la web no es nada complicado. Simplemente rellanas la plantilla que ellos te dan y punto. En cuestión de minutos te darán respuesta mediante un email de confirmación, y de ser afirmativa, en un par de días a lo sumo, harán público tu anuncio, así como tu perfil. Son muy rápidos. Eso sí cielo, hazte a la idea de esa web pasará a convertirse en tu agenda personal, o más bien, en tu diario de trabajo. Al igual que nosotras, esta terminará convirtiéndose en tu aliado a la hora de contactar con nuevos clientes, reservar citas, aplazarlas, etcétera. Pero no solo de una página web se alimentan nuestras carteras, que va. Si quieres, yo te puedo recomendar dos de las mejores páginas webs de contactos de todo el país. Son las que más entradas tienen. Las que mejor funcionan y las que más seguridad te garantizan en lo referente a sus socios, quienes pasarán a ser tus clientes. Ya tú decides con cual te quedas. Pero para comenzar esta de la que te hablamos, está bastante

bien.

—Gracias. La verdad es que puede que me interese. Y sí, se manejar en lo referente a webs y demás. Así que tranquila, podré desenvolverme.

—Estupendo. Eso sí, de ante mano te digo que te hará falta un buen book de presentación —añadió Thania.

—¿Un book?

—Para que me entiendas, necesitas hacerte unas buenas fotos bastante sugerentes pero elegantes. Fotos que saquen a la luz todo tu potencial y ese sexapil que desprendes. Yo conozco a un chico que, por menos de cien pavos, te hará parecer toda una diosa del sexo.

—Vale. —Sonreí ampliamente—. Cien pavos, no es mucho. Podría interesarme. Y en cuenta al anuncio, ¿este cómo debe ser? —pregunté antes de volver a sorber de mi cóctel.

—Lo más elegante posible cariño. Pero, sobre todo, debe detallar claramente la clase de servicios que vas a prestar y cuáles no. Creo que logras entender a que me refiero, ¿no? —Adjuntó Alina.

El leve movimiento de mi cabeza de izquierda a derecha dio respuesta a su duda.

—Cat —me habló Thania—, como bien sabes, lo que ganamos en el spa no está mal. La verdad es que no podríamos, ni deberíamos, quejarnos. Pero la vida en Nueva York es muy cara, tú misma lo has comprobado. Y si como a mí, te gustan los lujos y la buena vida, pues nada. Hay que buscar trabajo fuera del negocio de Miss Tyler. Además, esa es la única forma posible que tenemos, por ahora —todas rieron—, de hacer frente a la desmedida competencia que tenemos frente a las agencias de Escorts —agregó Thania—. Esas agencias en estos últimos años se han adjudicado a los mejores clientes, los cuales sus chicas se trajinan de mil y una maneras. Una vez los atrapan en sus redes, no los sueltan, ni tampoco ellos están por la labor de abandonarlas.

—¿Escort? ¿Pero ellas no son meras acompañantes de...? —pregunté. Todas rieron.

—Cat, no son acompañantes precisamente. Bueno, sí. Pero no. Es decir, las hay que sí y otras que no. Y no precisamente en el sentido que seguramente te estés imaginando. No. De esas no son —alegó la siempre risueña Annie.

No entendí nada.

—Cielo, lo que Annie, de mala manera no ha sabido explicarte, no es nada del otro mundo. En serio. —Alina se acercó para casi susurrarme al oído. ¿En verdad era preciso tanto secretismo, a qué temían? ¿Tan peligrosas eran esas Escorts o sus agencias?—. La palabra Escort hace referencia a meras acompañantes, sí, pero tras ellas se esconden verdaderas prostitutas de lujo. Aunque la atribución de prostituta para ellas es todo un estigma del cual tratan de liberarse de forma no muy acertada, la verdad. Y si digo esto es porque creo, que, a día de hoy, ellas, al igual que nosotras, aceptan dinero a cambio de mantener relaciones sexuales. Muchas, lo hacen, aunque lo nieguen. Y sí, puede que su forma sea algo más fugaz que la nuestra, pero, al fin y al cabo, hacen lo mismo que nosotras. —Thania y Annie afirmaron con rotundidad las palabras casi susurrantes de Alina—. El término Escort, Call Girl o Girl-friend, no es otra cosa que una renuncia en toda regla hacia la estigmatización que supone el verse metidas en el mismo saco que nosotras. Para que lo entiendas, las que se hacen llamar Escort o Call Girl, o cómo demonios se quieran titular, no las hace gozar de mejor reputación que nosotras, a las que ellas de forma no menos que despectiva, nos etiquetan como prostitutas clásicas o putas. Y yo, precisamente puta, no soy. Seré una prostituta, sí, y a mucha honra. Pero puta no. Eso lo son otras que ni tan siquiera tienen que ver con este oficio.

—Interesante, y muy curioso esto que me cuentas —las palabras de Alina me abrieron un mundo de posibilidades que se me presentaban a cuál más sugestivo—. Pero, ¿qué es lo que conlleva exactamente ese cambio de título o de rol? —pregunté de forma meditada.

—La principal diferencia que existe entre ellas y nosotras, no radica solo en tipo de clientes que las frecuentan, tipos siempre muy ricos. No. La principal diferencia se halla en que ellas pueden permitirse el lujo de prestar solo y exclusivamente servicios de acompañamiento si lo desean. Para que lo entiendas Cat. Muchos de sus clientes, tipos ricos y la gran mayoría carentes de pareja, las contratan solo para acudir con ellas a muy diversos eventos como reuniones o cenas de amigos, fiestas de empresa y un largo etcétera. Dicho de otro modo, esos tíos solo buscan a mujeres a las que la absurda sociedad en la que vivimos, han titulado como bellezas espectaculares dotadas de cerebros privilegiados. —Mis ojos se abrieron como platos—. En resumen, esos tipos buscan en ellas a la perfecta pareja, a ese bonito trofeo que la vida les ha otorgado por ser quiénes son y por tener lo que tienen en sus cuentas bancarias. Ellas son en suma el trofeo del cual pueden presumir si

miedo al exceso.

—... vaya. —Aluciné.

—Lo mejor de todo, es que su trabajo no se limita solo a trabajos de una o varias horas, como viene a ser muchas veces nuestro caso. A ellas las suelen contratar por noches enteras, días, e incluso fines de semanas. Por no decir que algunas pueden hacerlo durante toda una semana o varias. Meses inclusive.

—Pero, ¿en serio solo las contratan para eso, para que finjan ser su pareja?

—No, para nada Cat. No te confundas —aseveró con rotundidad Thania.

—Pues entonces, no lo he entendido. —Dejé de lado mi Daiquiri. Aquella conversación se me antojaba mucho más deliciosa que mi dulce bebida. Incluso mucho más de lo que las chicas se podían llegar a imaginar.

—Cat, no te hagas falsas esperanzas —rio Annie—. El ser Escorts no las exime de mantener sexo. Multitud de Escorts practican la prostitución, en un amplio sentido. Lo que pasa es que al tener un caché tan elevado y ser tan refinadas en tantos ámbitos, se puede permitir el lujo, y nunca mejor dicho, de desestigmatizarse.

Torcí la boca. No terminaba de entenderlo.

—Cariño —me habló Annie—, son prostitutas. Y punto. No liarla más por favor. Son igual que nosotras, meras trabajadoras sexuales o meras prostitutas.

—Puede ser Annie, pero ellas a diferencia de nosotras —aquella conversación por momentos se ponía interesante, y más cuando Alina saltó en la forma en la que lo hizo—, tienen garantizado la posibilidad de no prestar servicios sexuales. ¿Tú puedes hacer eso, yo diría que no?

—Ok Alina. De acuerdo. Pero como siempre, en este mundo, estés del lado que estés, siempre será el cliente el que decida. Puede que una pequeña mayoría no lo hagan, pero sí una buena parte de ellos. Además, sabes tan bien como yo que son pocos, muy pocos, los clientes que pagan esas descomunales sumas de dinero solo por un acompañamiento.

—Vaya —sonaba interesante. Muy interesante—. ¿Pero de cuánto estáis hablando?

—La estáis liando, solo digo eso —interpuso Annie después de un ligero sorbo a su bebida.

—De eso nada. Cat es lo suficientemente inteligente para saber de qué

le hablamos —replicó Alina.

—Puede ser, pero se lo estáis pintando muy bonito, demasiado. Y eso puede dar a confusiones. Y no quiero decir con esto que seas tonta Cat, para nada —fijó Annie con una elevada sonrisa un tanto mordaz.

—Cat —suspiró disgusta Thania por las continuas interrupciones de Annie—, no te voy a negar que en esta jodida ciudad haya hombres con mucha pasta, pero también son poseedores de una inmensa soledad —me indicó Thania con esa suspendida sonrisa suya—. Pero ni tú ni yo estamos en su punto de mira. Ni la olerás ni la catarás. Su pasta, digo.

—Sí. Así es cariño —murmuró Annie—. Por eso, yo que tú, me bajaba de la nube en la que seguro te has subido, a la de ¡ya! —Sonrió, regresando a su olvidado Cosmopolitan—. No te hagas ilusiones Cat. No merece la pena. Y desde ya te digo, que son muy pocas las de nosotras que pueden acceder a tal distinguido rango. El ser hermosa, poseer un cuerpo de infarto y estar dotada de algo de elegancia y estilo, no es suficiente para ser una de ellas. No.

—¿A no?

—No —corroboró con rotundidad Alina.

—¿Y qué diferencia hay realmente entre una Escort y nosotras?

—Muchas —rio Alina, todas lo hicieron—. A ver, voy a tratar de explicártelo —citó con duda—. Ellas a diferencia de nosotras, y esta es para mí la gran diferencia que nos separa, es que no están de cara al público como esperas que lo estuviera una trabajadora sexual. No. Tampoco suele trabajar en una institución como un burdel o club, o como en nuestro caso, bajo la tapadera de un spa o casa de masajes. Ellas se mueven por agencias. Filiales del sexo que las ampara en lo referente a la seguridad en cuanto a clientes y demás. Estas cuentan con el llamado libro negro. Un listado de clientes a los que nunca en tu vida querrás prestar ningún tipo de servicio.

—Sin olvidar —prosiguió Annie—, que para ser una Escort de éxito, debes tener un nivel de estudios y un nivel cultural muy por encima de la media. Para que te hagas una idea, debes estar licenciada o diplomada, o tener más de un máster. Además de poder defenderte en temas de política, ciencias, arte, así como saber de deportes, cultura, sociedad y un larguísimo etcétera que a mí personalmente, me aburren. Por no decir claro, que al menos debes de dominar varios idiomas —la cosa se ponía muy interesante, más de los que las chicas nunca podrían imaginar, al menos en mi caso—. Esos tipos, los que las contratan, buscan putos diccionarios con patas.

—Suenan interesantes —apunté a media voz. No quería ni pretendía

resultar demasiado interesada en algo, que, por descontado, quedaba fuera de mi alcance.

—Cariño —rio Alina agarrándome de la cintura—, nosotras sólo sabemos manejarnos con una lengua, ¡esta! —Me dijo mostrando su lengua entre risas—. Pero sabemos hacerlo del carajo. ¿Verdad chicas! —Desde luego ese no era mi caso. Dominaba a la perfección el francés ya que mi abuela materna era de descendencia francesa y siempre que podíamos, hablábamos en francés. El italiano no me era del todo desconocido. Fue una de las asignaturas complementarias que elegí en el instituto. Y lo cierto es que se me daba bien. Además del español. Asignatura obligada. Y no nos olvidemos de que chapurreaba algo de ruso gracias a la misma Alina.

Sin quererlo o pretenderlo, comencé a soñar más allá de mis posibilidades.

—Eso lo diréis por vosotras. Yo me conozco alguna que otra —les indiqué bosquejando una amplia sonrisa de prepotencia, más que ilusa. Como lo eran mis mismas creencias en el repaso mental que hice de mis habilidades.

—¡Sí, es verdad! Se nos olvidaba que se te da bastante bien el “francés” —asentó Alina entre risas.

Todas rieron.

—¡Hey! —protesté entre risas.

—En fin —suspiró Thania—. Cat, la verdad es que no creo que ninguna de nosotras llegue nunca a convertirse en una Escort. Pero desde luego el poder disfrutar de sus tarifas, es más que tentador para aprender alguna que otro idioma —los lamentos de Thania fueron los de Alina, y los de Annie. No así los míos. Reconozco que siempre me gustaron los retos. Y ese en cuestión, era demasiado succulento como para ignorarlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Ahora sí que la vais a liar —asentó Annie girándose en dirección a la barra dándonos la espalda.

—Verás Cat —la mirada que Thania le lanzó a Annie fue más que inquisitoria—, tanto si van por libre o por medio de una agencia, sus servicios no bajan de los 1.500 ó 2.000 dólares la hora.

—¡Wow! ¿En serio? Pero, ¿de veras se puede llegar a cobrar eso por follar? —mis ojos se abrieron como platos.

—Cariño, baja de la nube en la que te has subido —¿tanto se me notaba Alina?—. Cat, ellas están muy por encima de nosotras. Y cuando digo que están muy por encima de nosotras, me refiero a que sus clientes son gente

de peso. Te hablo de gente del cine y del espectáculo en general, de altos ejecutivos podridos en billetes, de algún que otro político y de deportistas de élite. Por eso nosotras cariñosamente las llamamos “putitas de oro”. Además, no esperes nada de ellas. Son muy recelosas de sus clientes. Cuidan mucho su territorio. Como las leonas en plena sabana —me señaló Alina.

De repente...

—¡Oh, Dios, mío! Esa no es... ¡Chicas, chicas! ¿Esa que está allí no es Sasha Dilay? —Gritó Annie—. ¡Oh Dios mío! Sí, sí. ¡Es ella! Ya os dije que a este puto antro acudía gente muy famosa.

—No me lo puedo creer. ¡Es ella! —exclamé nerviosa.

Me puse tan nerviosa, tanto, que apenas podía sujetar mi copa cuando empecé a dar saltitos. Parecía una tonta. Lo reconozco. Pero era la primera vez estaba tan cerca de un famoso. Tan cerca de Sasha Dilay.

—¿Quién? —preguntó Annie.

—Sasha Dilay, una “*starlette*”. Dios, no me puedo creer que no sepas quien es la gran y maravillosa Sasha Dilay —Como tampoco me podía creer que ella, la mismísima Sasha estuviera a tan sólo unos metros de nosotras. De mí.

—¿Una qué...? NO TE OIGO —se quejó Annie. La música había subido considerablemente sus decibelios cuando la pequeña pista de baile encendió sus luces. La gente se puso histérica cuando empezó a sonar “*Blurred Lines*” de R&B (*Robin Thicke*).

—¡DIGO, QUE ES UNA FAMOSA ESTRELLA DE LOS SHOWS QUE TIENEN LUGAR EN LOS LUJOSOS CASINOS DE LAS VEGAS! ¡ES LA

VEDET DE MODA! ¡CREO QUE AHORA ES LA MUSA DE UN FAMOSO

DISEÑADOR! —Gritó a puro pulmón Alina.

—SÍ —afirmé—. ¡ADEMÁS, TIENE SU PROPIO PERFUME, ASÍ COMO SU PROPIA LÍNEA DE ROPA INTERIOR! PUEDE QUE ESTE AÑO SEA UNO DE LOS ÁNGELES ALADOS DE VICTORIA’S SECRET.

—Aaahh... vale —dijo Annie.

De poder haberlo hecho, me hubiera apostado unos pavos a que no se había enterado de nada.

—La verdad es que es muy guapa y muy sexy para su edad, ¿no os parece? —señaló Thania.

—Para desempeñar su trabajo debe de serlo —alegué en su defensa.

—¿QUÉ? —reclamó de nuevo Annie.

—QUÉ DIGO QUE ES MUY... Déjalo —me resultaba imposible gritar más.

—CHICAS. LO SIENTO, PERO NO ME ENTERO DE NADA —citó Annie señalando sus oídos.

—Déjalo Alina —terminé quejándome.

Y era cierto.

Sasha era realmente hermosa además de muy sexy. Y desde luego tenía que serlo si quería triunfar en Las Vegas. Y en cuanto a su edad, tampoco era una vieja. Apenas tendría treinta años como mucho.

Haciendo un poco memoria, te diré que fueron muchas las noches en las que, acurrucada en mi cama, pasaba las horas leyendo —en las viejas revistas que la madre de Zoe desechaba de su peluquería, las mismas que yo ágilmente me agenciaba cuando me era posible—, artículos sobre Sasha Dilay y en los que se hacía referencia al demoledor éxito de cada una de sus actuaciones en Las Vegas.

Sasha Dilay lo tenía todo.

A mi parecer, el mundo estaba a sus pies.

Y cuando digo todo, es que lo tenía todo. Belleza, elegancia, saber estar, carácter, carisma, fuerza... En definitiva, era poseedora de un sexapil único sin comparación. Hasta su nombre: SASHA DILAY, era sexy.

Todo ella lo era.

Para que te hagas una idea, te diré que Sasha era una mujer no más alta que yo; y yo mido 1,77, pero a diferencia de quien te habla, ella era poseedora de unas sinuosas y tortuosas curvas, capaz de revivir al más muerto de los hombres con un solo movimiento de sus caderas (que ya las quisiera la misma Shakira para ella). En cuanto a su delantera, sus pechos no eran muy grandes. Y la verdad, no entendía el porqué de ello.

Quiero decir que... Pues, que no entendía porque esas chicas no lucían y hacían alarde en sus actuaciones; siempre en toples, de pechos grandes y voluminosos como en otros muchos espectáculos casi de la misma índole. Quizá y sólo quizá, todo se debiera a que, en sus impetuosas y agitadas coreografías, unos pechos voluminosos serían más un incordio que una ventaja. Por no decir que probablemente sería hasta doloroso.

Creo recordar, no me hagas mucho caso, que en la prueba de admisión que le hacen a “Nomi Malone” para poder acceder al cuerpo de

baile de uno de los grandes casinos de Las Vegas (por si no lo has adivinado, estoy hablando de una de mis películas fetiche: “ShowGirls”), el director del espectáculo, increpa a una de las aspirantes a bailarina por sus grandes “melones”. Si no recuerdo mal, creo que le dice algo como: «¡Esto no es un melonar!» o algo por el estilo. Así que queda claro que los grandes pechos no eran precisamente una buena carta de presentación para ese trabajo.

En cambio, en el mío, era nuestra mejor carta de presentación.

Volviendo a Sasha, te diré sin caer en el derroche de alabanzas, que lucía unos cabellos negros y ondulantes casi perfectos, como también lo eran sus interminables piernas. Y ese enorme tatuaje de una serpiente que zigzagueaba por todo lo largo de su columna, me encantaba. Siempre quise uno igual. Como la cascada de estrellas que lucía en su sien derecha y que se desplegaban hasta su cuello.

¡Dios! Fueron tantas las noches en las que me la imaginaba, hipnotizando a los asistentes a sus shows con el simple contoneo de aquella serpiente cuando ella bailaba. Tenía además tatuadas una Me encantaba. Muchas veces deseé tatuarme algo como aquello.

En lo referente a sus parejas, más de una vez se la relacionó con estrellas del cine, así como con algún que otro famoso cantante. Hasta con reconocidos políticos y ejecutivos. Hombres ya no sólo ricos y poderosos, sino guapos hasta decir ¡basta!

—Chicas, chicas. ¿Es cosa mía, o en verdad la señorita Dilay nos está mirando?

Apuntó Alina girándose hacia nuestro pequeño corrito. Todas nos miramos sin tan siquiera girarnos a comprobarlo.

—Eso es imposible Alina —cuchicheé entre dientes. Segundos después, elevé la mirada por encima de Thania y... ¡mierda! Era verdad. Nos estaba mirando—. Pero, ¿qué interés podemos despertar nosotras en ella? —Pensé en voz alta.

Volví a dirigir mis ojos hacia el lugar donde se encontraba aquella diosa esperando no ser descubierta esta vez, pero nuestras miradas chocaron.

Sentí un violento nudo formarse en mi estómago.

—Puede, no sé. Que nos vea como sus más acérrimas rivales en este antro —rio Thania—. Todo puede ser. Además, para qué mentirnos. Nosotras

no tenemos nada que envidiarle ¿no? —La ebria defensa que Thania nos hizo elevó grandes carcajadas—. Para bien o para mal, somos todas puras diosas del sexo.

—¿QUÉ? —preguntó Annie.

—¡NO, NADA ANNIE! —gritamos Alina y yo a lo unísono.

De repente...

—Chicas. ¡Eh, chicas! —nos llamó el camarero.

—Sí —contestó Alina.

—La señorita Dilay os invita a esta ronda de *Dama Rosa*.

No me lo podía creer.

Sasha Dilay nos invitaba a uno de los cócteles.

—Gracias —musitó Alina con una nerviosa sonrisa alojada en sus labios.

—No me las tienes que dar a mí preciosa. Dáselas a ella que es quien paga.

—¡Chicas, Sasha nos invita a estas copas! —gritó entusiasmada Alina.

—Oh Dios mío —proclamó Thania toda nerviosa.

—¿Qué...? —volvió a preguntar Annie.

—¡NADAAAAA! —exclamamos las tres.

Copa en mano de Dama Rosa, me giré con desacertado disimulo en dirección al lugar que la hermosa Sasha ocupaba en la barra. Para mi sorpresa, nuestras miradas se cruzaron una vez más. Envalentonada como lo estaba por el ya algo excesivo alcohol que recorría mis venas, le mantuve la mirada. Con admiración y cierto éxtasis, vi como Sasha elevaba su copa en señal de saludo, al que yo inmediatamente correspondí elevando ligeramente la mía. Me sonrió, le sonreí sonrojada y húmeda.

De repente, como salido de la nada, el bien llamado Señor X hizo acto de presencia. Inconscientemente, mis ojos fueron suyos, como la misma respiración y la destemplanza de mi cuerpo. Involuntariamente, desconecté de todo cuanto me rodeaba. Todo, absolutamente todo a su alrededor parecía haberse esfumado cuando su sola presencia, demasiado alejada de mí, resplandeció como una estrella ensombreciendo todo lo que había a su alrededor.

Cuando su inigualable masculinidad entró en escena, relegó a un segundo plano a todo y a todos. Incluso a la misma Sasha, quien fue borrada no sólo de mi campo de visión, sino hasta de mi cabeza por él.

Todo mi cuerpo se agitó. Y mi humedad con él.

CAPÍTULO 23

Esa noche mi Señor X estaba deslumbrante. ¡Qué digo deslumbrante! Era en suma todo un dios griego bajado del Olimpo para martirizar el alma de esta pobre mortal. Uno de esos dioses que aparecían en las pelis que tanto me gustaban de niña como era “*Espartaco*” con *Kirk Douglas*. Pero tampoco podía hacerle ascos a la nueva versión (“*Spartacus*”, mucho más violenta y candente) con el atractivísimo, sexy e inigualable *Andy Whitfield*, sin olvidar “Roma” con mi amor platónico *James Purefoy*. Pero él, mi Señor X, sin duda alguna, era superior a todos y cada uno de ellos. Y estaba ahí, a tan solo un paso de mí, de mi cuerpo palpitante, de mi boca sedienta por beber de la suya, calmando la sed de mis más recónditos pecados.

Guapísimo era poco para definirlo.

Aquella americana en tejido *denim elástico* al igual que sus vaqueros, algo desgastados, remataban ese aire sport y desenfadado que tan bien le sentaba. Así como su ajustada y ochentera camiseta blanca que no tenía otra misión que la de delinear cada uno de los músculos que conformaban su labrado torso.

En resumen, esa noche mi deseado Señor X había alcanzado el escaño que los mismos dioses de Grecia y Roma atesoraban.

Inmediatamente después de su irrupción en mi espacio vital, nuestras miradas se cruzaron. Bueno, más bien fui yo la culpable de que se cruzaran. Y al contrario de lo que hubiera esperado, él se acercó hasta el lugar donde yo me encontraba sentada para saludarme. ¡A mí! A su fan número uno. A la mujer que lo idolatraba sin saber nada, absolutamente nada acerca de él. Solo su nombre, el que parecía haber olvidado.

No me lo podía creer. Estaba ahí, y se me acercaba.

—¡Hola! Eres, Channtel ¿verdad? —me preguntó conteniendo una brillante sonrisa.

Todo mi cuerpo palpitó.

—Sí. Y tú eres, Ummm... Vaya. Será posible —sonreí dejando que la tensión que acumulaba en mi cuerpo por su sola cercanía, ascendiera hasta mi cuello y hombros—. ¿Te puedes creer que no me acuerdo de ti? —«Mentirosa, mentirosa...»—. ¡Dios, qué cabeza la mía! —Me sonrió torciendo su boca de aquella forma—. ¡Ya sé lo que ha pasado!

—¿Ah sí?

—Sí. Creo que se me olvidó, justo en el instante en el que recibí un mensaje anulando una cita. ¿Te suena? —«Tocado y hundido», pensé.

Descarada, elevé una mordaz sonrisa que claramente él supo interpretar. La que logró destensar cada uno de mis yertos músculos. Por fin pude relajarme, segura de mí, pero no así de él.

—¡*Touché!* —Respondió extendiendo una amplia y blanca sonrisa en esos labios de Dios griego—. Lo entiendo. —Volvió a sonreírme. A mí—. Creo que soy del todo merecedor de tan incisiva acusación. *Mea culpa*. —Su sonrisa por si sola consiguió erizar los pelillos de mi nuca, lo que me provocó un hormigueo tan excitante como provocador—. La verdad señorita, no espera recibir un golpe tan seco y duro como este. Pero me lo merezco, sé que me lo merezco. Sí, pero me ha dolido. —¡Dios! ¿Por qué nadie le decía que dejara de sonreírme así? Me estaba matando, lentamente.

—Desde luego que sí. —De la forma más sexy que pude idear, bebí de mi copa descruzando mis piernas para él. Toda una invitación que él pareció ignorar—. Eso no se le hace a una chica como yo.

La tenue luz del local ayudó a disimular lo enrojecido de mis mejillas cuando su sonrisa volvió a sacudirme de la forma tan desgarradora en la que lo hizo.

—De veras que lo lamento. Lamento de veras haberte causado tal agravio —Joder, ¿cómo se le ocurría hablarme así, con ese proceder de caballero medieval? ¡Aaahhhh! ¿Qué pretendía, que cayera muerta en ese preciso instante? Pues estaba a punto de conseguirlo—. Pero tengo que alegar en mi defensa, que el haber anulado una cita con usted, mi hermosa dama, se debió en suma a fuerzas mayores. Ajenas estas a mi propia voluntad. Fuerzas que me obligaron a tan lamentable renuncia. ¿Sabría usted perdonarme, *my Lady*? —Recitó ejecutando toda una genuflexión a la antigua usanza.

—Oh, no. Desde luego que no caballero. —Decidí seguirle el juego—. ¿En serio creía usted que una chica como yo, iba a dejar que la relegaran al mayor de los olvidos? No, desde luego que no. Imperdonable su renuncia, caballero. Del todo imperdonable.

—Ja, ja, ja. Desde luego que es imperdonable. Estas en lo cierto. Pero, no sé. ¿Habría alguna forma de enmendar tal agravio?

Dibujé una pícaro sonrisa mientras mis ojos se deslumbraban al contemplar el brillo de los suyos.

¡Joder! De repente caí en la cuenta de aquella odiosa música.

—¿Perdona?, ¿qué has dicho? ¡Es que no te oigo bien con la música!
—le pregunté a pleno pulmón.

La música volvía a estar demasiado alta.

Aunque algo bueno tenía aquello: el poder disfrutar del más que agradable sonido cálido de su voz en mi oído y el sutil roce que sus labios ejecutaban sobre mi piel cuando se acercó a hablarme.

—¿QUÉ HAS DICHO? —Le volví a preguntar apostando mi mano derecha sobre uno de sus hombros, boicoteando así la exigua distancia que aún nos separaba.

—Pregunto que si existe alguna forma de enmendar tal agravio.

—¡Lo siento, no te oigo! LA MÚSICA ESTÁ DEMASIADO ALTA...

—¿QUÉ TE PARECE SI NOS TOMAMOS ALGO FUERA? —Un escalofrío recorrió mi cuerpo al oírle decir eso—. CONOZCO UN LUGAR NO MUY LEJOS DE AQUÍ DONDE NO HAY NECESIDAD DE ESTAR GRITANDO.

No me podía creer que me estuviera invitando.

—¿QUÉ? NO OIGO NADA. —«Mentirosa. Tú lo que quieres es que te lo vuelva a pedir», cité para mí.

—DIGO, QUÉ SI SALIMOS FUERA.

Colocando ambas manos a cada lado de mi cintura, se giró hacia mí, se acercó un poco más para susurrarme al oído. El aroma que desprendía su cuerpo me asaltó haciéndome vibrar. Sumisamente, lo más posible que pude, me acerqué a él adelantando un poco mi cuerpo, quedando a escasos centímetros de dar al traste con la firmeza con la que mantenía a raya el irrefrenable deseo que todo él despertaba en mí.

Nuestros rostros se encontraron, nuestras bocas se miraron cuando nuestros ojos chocaron.

—Vale.

Sí, sí por favor.

Apenas habían transcurrido unos cuarenta y cinco minutos cuando recibió una llamada de un hospital a la que debía dar respuesta con su presencia.

De nuevo, me vi arrinconada por su abandono.

Y así, una vez más abrigué en mí ese cúmulo de sentimientos, emociones y sensaciones que él de manera plenamente maquinal despertaba en mí. Impresiones que vagaban por la total ignorancia si caí en la reflexión de

por qué se comportaba de la forma tan distante en la que lo hacía conmigo cuando apenas unos centímetros nos separaban.

¿Qué demonios lo obligaba a no desearme como cualquier otro hombre lo haría? ¿Por qué tanta renuncia y esa persistente huida ante los claros reclamos que mi cuerpo tenía hacia el suyo?

Empezaba a no entender nada.

Contrariada por lo ocurrido con el Señor X, apenas pude dormir esa noche. Infinitas fueron las vueltas que di en mi cama hiendo de un lado para otro, tratando difícilmente de hallar la forma o postura más cómoda para relajar mi cuerpo y así como mis sentimientos hacia él.

Imposible de lograrlo cuando todos y cada uno de ellos se centraban en él, en su sonrisa, en esa forma con la que sus ojos proyectaban su mirada en mí, en la forma en que tenía de componerse el pelo, la forma en que su labio superior se torcía hacia la derecha cuando me sonreía. Imposible borrar de mi mente esa mueca que se dibujaba en su rostro cuando yo le hablaba, o la que adoptaba cuando él era él que hablaba.

Difícil el poder conciliar el sueño con tantas emociones en mi interior revolviéndose. Imposible alejarlo de mi cabeza. Como inalcanzable era el hecho de dejar de lado la erección de mis deseos por él.

No es de extrañar que albergando todo esto, diera mil y una vueltas.

Y entre vuelta y vuelta, me levanté para beber agua, para refrescarme la cara y comer algo. Pero nada. Nada de lo que hiciera conseguía apartarme de su recuerdo y de la manera en la que parecía renunciar a mí sin quererlo.

No, no había forma de alejarlo de mí, y mucho menos apartar aquella impresión que había dejado tatuada en mi piel.

Desconsolada y desesperada en el amplio sentido del deseo, vi pasar las horas en el reloj de mi mesita de noche. Algo que pasó a ser desquiciante.

Pero es que, no podía dejar de pensar ni un solo instante en esos exiguos cuarenta y cinco minutos que compartí en aquella cafetería con Cameron Chapman; el doctor Chapman.

Eso fue todo lo que en suma saqué de nuestro efímero encuentro.

Joder, ¿por qué obviaba su nombre y lo relegaba a un mediocre apodo como era Señor X?

No sé. Quizá todo se debiera a ese infantil empeño mío en otorgarle cierta notoriedad más que misteriosa a diversos aspectos de mi vida. Una

absurda ridiculez cuando él en sí, era todo un enigma. Por suerte, más pronto que tarde, acabaría con la interrogación que mi querido y deseado, a partes iguales, Señor X suscitaba en mi persona. Por fin tendría una cita con él. Y aunque fuera por meros negocios, no dejaba de ser inquietante. Más cuando deseaba compartir la humedad de mi cuerpo con él. Un pensamiento que revoloteaba por todo mi cuerpo como un torbellino incansable y frenético.

¿Amor, dices?

No. No lo creo. Fascinación y obsesión por lo inalcanzable, puede.

Es más, ahora que lo pienso, déjame que te diga que quizá, lo que me atrajo de él, lo que me llevó a obsesionarme de la forma en la que lo hice, se basaba en el triste hecho de que él y solo él, fue el único hombre que logró zarandear todos los cimientos de la mujer que yo creía que era. Aquella mujer que se reconstruyó con los pedazos que otros habían dejado de ella una vez la utilizaron a su gusto. Aquella misma mujer que a sus escasos veinte años, declaraba hasta la saciedad, no creer en el amor.

¿Pero sería así, sería verdad que no creía en el amor?

¿Tú qué crees, eh?

Dios. Ni yo misma en aquellos días, podría haberte dado respuesta.

¿Cómo iba a creer en el amor cuando este nunca estuvo presente en mi vida?

Llegados a este punto, déjame que puntualice algo sobre el amor.

Como bien sabes, se suele decir que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra ¿no? Pero, ¿seríamos las mujeres tan estúpidas y capaces de cometer semejante gilipollez? Te puedo asegurar que sí.

Y dos, y hasta tres veces daríamos con la misma piedra. Algunas veces estas pueden ser de diferente tamaño, color y textura. Pero al fin y al cabo una jodida piedra ¿no? Y si no me crees, solo tienes que mirar en los periódicos o ver las crónicas de los noticieros en la televisión.

Desgraciadamente, las elevadas estadísticas sobre la violencia de género y abusos contra mujeres siguen subiendo.

Para mí, o en mi caso, el amor se simplifica en lo leído en un simple papel. Sí. Como lo has oído, un trozo sucio y arrugado de papel.

Aquel que descubrí una tarde de aburrimiento, oculto entre las cosas de mi madre. Una desgarradora misiva que se encontraba arrinconada en uno de los desordenados cajones dentro del destartado armario de su

dormitorio. Un papel en el que se recogían las últimas palabras que mi padre había dejado para mí, antes de volarse los sesos con su revólver. Una nota que mi madre trató de ocultar.

La muy zorra no tuvo los ovarios suficientes para romperla.

Una nota que conservaba, como testigo perpetuo de “aquello”, pequeñas gotas de sangre y de masa cerebral de mi padre. Una nota en la que mi padre dejaba claro cuánto me amaba y cuánto la despreciaba a ella. Así lo leí y lo sentí en cada una de las palabras.

Aunque, ahora que ya no soy una niña, puede que vea con otros ojos su “acto” (su suicidio). Porque, si lo pienso bien, no debía quererme tanto como decía, cuando prefirió la muerte antes que a mí. Su única hija.

Te recuerdo que Alice fue fruto de una traición de mi madre.

Puede que ahora, llegues a entender mi renuncia al amor en aquellos días. Días en los que, para mí, sólo existía el encaprichamiento puro y duro.

Sólo ese sentimiento, dotado de una escueta regla, podía tener un huequecito en la vida que había escogido.

Desear, coger y tirar. Tan fácil como eso.

Sin complicaciones de absurdos sentimientos.

Una acertada norma que tomé como consejo de la misma Miss Tyler y Alina.

Lo mejor, y a tenor del mundo en el que comenzaba a adentrarme, era ser una mujer, pero con los sentimientos que parecían tener algunos hombres.

Por eso, solo un único sentimiento ajeno por completo al amor, me debía unir a mi Señor X: un absurdo capricho y deseo sexual. Sólo eso. Porque, a fin de cuentas, yo era una trabajadora del sexo. Una simple prostituta que vendía lo sublime y sedoso de su piel, la dulce y palpitante humedad de sus secretos al mejor postor.

Y aunque tratara de guardar para mí el mejor secreto de todos, tenía que ser realista. Sí, realista. Pues un hombre como él nunca aspiraría a unir su vida a una mujer como yo.

Claro que no.

El cuento de “Pretty woman” sólo se da en las películas y nada más. La vida real es muy diferente.

Y por favor, no vayas a pensar que quizá adopté tal creencia o actitud frente a la vida, frente al amor, por pura vergüenza o arrepentimiento, porque no es así. No. Desde luego que no. Porque sería de

tonto hacerlo, ¿no crees? Y más cuando existía una elección meditada y aceptada con todas sus consecuencias en mi decisión.

Yo y sólo yo, había elegido esa vida. Y para nada tenía que ver el que mi madre fuera lo que era, una puta yonqui. O que todos en WearGreen me etiquetaran a mí como tal por ser su hija. No, de eso nada.

Me siento orgullosa de abanderar el tipo de vida que he decidido llevar. Sí. Así es.

Porque de nuevo, te repito, que fue una decisión tomada y aceptada desde que me fue propuesta de forma libre e inteligente. Y como más de una vez creo haberte puntualizado en esta, nuestra entrevista, yo nací predispuesta para “el puterío” (como algunos lo definirían). Sí. Podríamos decir que esa era mi vocación o “don” (me da igual cómo lo quieras llamar). Una disposición que siempre he manejado con completa soltura.

Una habilidad que precisaba de un muro de contención contra el amor. Pero claro, soy humana. Y como tal, podría darse el caso o la pequeña posibilidad, de que yo solita terminara estampándome contra el mismo muro que yo había levantado.

Y esa posibilidad de la que te hablo, era la misma que me sacudía cuando me veía reflejada en sus ojos, en los del Señor X. Un reflejo que mostraba mi dura realidad. La de mi vida.

¡Que sí!... Que te vuelvo a repetir: que fui yo quien había elegido este rol de vida.

Y aunque que Alina me advirtiera hasta la saciedad, una y otra vez, que él (el Señor X) siempre sería y se vería como un cliente más en mi vida (porque así decidió serlo el día que, como todos, pagó por mí), yo terminé tropezando con aquella piedra.

Pero qué coño, ¿crees que eso me importaba?

Claro que no.

Yo por aquellos días solo pensaba en poder disfrutar de una cita para estar con él, hablar con él. Me moría por pasar una noche enredada en su cuerpo y presa de sus deseos.

Una cita que pronto tuvo lugar...

CAPÍTULO 24

Durante mi primera cita con el Señor X (la primera de todas), mientras conversábamos, las risas iban y venían durante una cena que tuvo lugar en un pequeño e íntimo restaurante en *Little Italy*. Entre deliciosos platos y profusas copas de vino, mis ojos no podían apartarse de sus labios, de sus manos mientras gesticulaba con ellas al hablarme. Pero lo cierto es que esa noche no pasó de ser una mera cita de amigos. Una cita, que, como otras, fue pagada.

Muy al contrario de lo que yo hubiera esperado y ansiado obtener en cada uno de nuestros encuentros (porque fueron repetidos), entre nosotros no hubo el más mínimo contacto físico. Bueno, sí. Este tenía lugar solo cuando ponía su mano en mi espalda para darme paso, o me tomaba la mano para ayudarme a salir del taxi. Poco más hubo. Ni siquiera un mísero beso de despedida. Y eso que lo intenté. Pero él, elegantemente, una y otra vez me hizo la cobra.

Dios, y yo que me moría ya no sólo por besarlo.

A pesar de su distancia para conmigo, mi encaprichamiento con él (culpa suya) fue a más. Sí. Yo quería más de él, mucho más de lo que obtenía y me daba. No me conformaba con las migajitas que me regalaba.

Aun así, volvimos a repetir citas. Como la que tuvo lugar en aquel pub irlandés, el de la calle 45 al oeste entre Broadway y la Sexta Avenida. Un lugar que, a pesar de ser muy concurrido y ruidoso, no imposibilitó que toda mi atención se centrara en él y sólo en él.

Esa noche, ni su profunda y serena sonrisa, ni las recatadas caricias que me regalaba de cuando en cuando, consiguieron mitigar los profundos suspiros con los que aliviaba mis húmedos deseos por él. Y fueron estos los que me llevaron, junto con el alcohol ingerido y lo picante de la cena, a dar un pequeño paso más en nuestra tan especial relación comercial.

De forma deliberada, dispuse un leve acercamiento entre nuestros cuerpos que esperaba que desembocara en la colisión de nuestras bocas, pero él una y otra vez, se retraía y se alejaba de mí. El porqué de ello, no lo sabía,

y tampoco lo entendía. Y por supuesto, aunque lo hubiera acribillado a preguntas, tampoco me habría confesado el porqué de su reiterada evasiva en lo referente, ya no solo a su espacio vital, sino en relación a hablar de la que era su vida.

Ni en aquel largo paseo por *Central Park*, o en aquella feria de carritos de todo tipo de comida rápida que tuvo lugar en *Harlem*, hubo algún tipo de proximidad. Ni la más mínima.

En las citas posteriores (siempre en miércoles), no hubo ningún tipo de acercamiento por su parte, ni nuevos intentos por los míos. No quería tentar a la suerte y alejarlo definitivamente de mí, o que simplemente dejara de llamarme. Así, cada noche de miércoles yo pasaba a ser un mero pasatiempo con él que él, quizá, no sé..., atenuaba o silenciaba ciertos aspectos de su vida. Me terminé convirtiendo en la eventual suspensión de su vida.

En lo referente a nuestras despedidas, estas siempre eran iguales. Todas y cada una de ellas seguían el mismo patrón: él hacía mención a lo bien que lo había pasado esa noche conmigo, mientras me entregaba el sobre con el correspondiente pago por “mis no servicios”. Ni un mísero beso de despedida hubo en ellas. Ni uno solo. Nada de nada. Simplemente nos comportamos; porque así él lo quería y lo dejó claro sin necesidad de exponerlo, como una pareja de conocidos. Previo acuerdo de pago, eso sí.

¿Crees que me importaba? Ni lo más mínimo.

Comencé a acostumbrarme a esas noches de miércoles, a su compañía, a las mismas conversaciones banales que manteníamos mediante las cuales ambos desconectábamos de la rutina de nuestras vidas, ajenas siempre en tales conversaciones. Me conformaba con estar con él, y no con otro hombre al que por el mismo precio debería dejar bien satisfecho después de atender sus deseos carnales.

Acepté como improbable la efímera casualidad de que su mano rozara (por mera providencia) mi mano, mi cuerpo, y así, él sintiera el palpitante magnetismo que toda yo padecía por él. «Consuelo de tontos», como decía mi nana. Pero a pesar de la tortura que era el tenerlo y no alimentar mis ganas con las suyas (porque las había, las sentía), me conformé con ese consuelo de tontos. Y en todas y cada una de las noches que compartí con él, me conformé con el estremecimiento que mi piel y todo mi cuerpo experimentaba cuando su

sensual voz pronunciaba mi nombre, cuando sus dedos llevados por el casualismo me rozaban. Ese era el mejor de los regalos para mí.

Nunca antes había sentido algo así por un hombre. Nunca le había permitido a un hombre acercarse de esa manera a mi corazón. Y desde luego, ninguno de ellos me había hecho sentir tan especial, tan deseada sin motivo para ello como él lo lograba con su lejanía y lo dulce de su indiferencia carnal.

Miento.

Taylor Fischman sí logró tocar mi corazón. Pero a su manera. Siempre a su manera.

Con Cameron, con mi Señor X, todo era diferente. Él lo hacía diferente. Pues él y sólo él, lograba hacer emerger a Cat de sus miedos silenciado a Chantel. Pero, sobre todo, lo que más me gustaba, era la forma en la que me hacía sentir especial por su relego a mantener sexo conmigo. Así, el hecho de que no me tocara terminó siendo un agasajo en mi vida. Como las dilatadas dos horas que compartíamos cada miércoles.

Tanto el lunes como el martes de esa última semana de octubre pasaron en un santiamén. A penas me di cuenta de ello. Pero claro, el permanecer ensimismada en mis recuerdos con él, en las dulces evocaciones de nuestros largos paseos por Central Park y las superficiales conversaciones que manteníamos a la luz de la luna, es lo que tenía: el rápido desgaste de las horas.

Como cada mañana de miércoles, día en que libraba en el spa, lo dediqué a limpiar el apartamento y hacer alguna que otra compra. Necesitaba llenar la nevera de algo más que de helados, sándwiches empacados, zumo de naranja y chocolates. También, y teniendo en cuenta el sobre sueldo que me saqué en esos días, decidí comprarme un portátil, de segunda mano claro, y renovar mi viejo y obsoleto móvil. Tenía que renovarme en lo referente a las nuevas tecnologías como me sugirieron las chicas.

Siguiendo sus consejos, adquirí en una tienda de tecnología próxima a mi apartamento, el mencionado portátil y un nuevo móvil a lo que se sumaba, por descontado, un contrato de telefonía e internet. Y dado que tardarían un par

de días en darme línea, decidí hacer un parón esa fructífera mañana de miércoles en un *cibercafé* a dos manzanas del que era mi hogar. Por suerte, a esa hora del día apenas había nadie en él. Así que decidí echar un vistazo a las páginas de contacto que Thania me había facilitado. Ojeé varias, así como un par de anuncios en agencias de Escorts, anoté algunas ideas en una servilleta de papel perfilando así el que debía ser mi anuncio. Por suerte contaba con mi Book Fotográfico gracias a Alina y su peculiar don para la fotografía, ahorrándome unos cien pavos.

Fue allí mismo, donde Channtel se abrió al mundo mediante un conciso anuncio:

**Hola. Soy CHANNTTEL. Una belleza de 20 años recién llegada a la ciudad. Deseo conocer a hombres que estén dispuestos a descubrirme todos los secretos y las virtudes de esta hermosa ciudad.*

Soy extrovertida, aventurera y divertida. Muy femenina, sensual, afectuosa, dulce y muy, pero que muy pasional, además de muy discreta.

Me gustan los hombres inteligentes, cultos, educados y con personalidad. Pero que además sean pasionales, cariñosos y muy generosos en sus regalos. Me encanta el arte, viajar, el lujo, así como vivir experiencias nuevas y sobre todo me gustan las aventuras.

Si lo que buscas es elegancia y exclusividad, así como discreción en una amiga, yo soy tu mejor elección. Prometo ser la cómplice perfecta.

- Edad: 20
- País: EE.UU. NY
- Profesión: Masajista
- Idiomas: Inglés, Francés, un poco de Italiano, Español y Ruso
- Pelo: castaño claro
- Color Ojos: ámbar
- Peso: 57 kg
- Altura: 1,87
- Medidas: 98-61-90

Si quieres quedar conmigo, estoy disponible sábados y domingos las 24 horas.

Teléfono de contacto: xxx xxxxxxxxxx

Una vez redactado, y después de revisarlo al menos unas diez veces y con los nervios recorriéndome de arriba abajo. Tras comprobar que el anuncio no hacía alusión a un servicio sexual (pues no quería líos con la ley), le di a “ENVIAR”. Ya solo quedaba esperar al sábado, día en el que mi anuncio sería público.

El jueves de esa semana se presentó de lo más tonto. Tonto porque, lo mismo llovía que salía el sol. Tiempo más que perfecto para pillar un buen constipado.

Con referencia a mi trabajo en el spa, la mañana transcurrió de lo más normal al igual que la tarde. Ese jueves fue uno de esos días monótonos carente de aliciente alguno, por lo que el retraso de mi último cliente me desesperó. Ansiaba terminar la jornada para regresar a la comodidad de mi apartamento, sobre todo por aquel dolor de cabeza que irrumpió de improviso.

Un dolor de cabeza que junto con la impaciencia de la no llegada del que debía ser mi último cliente del día, comenzó a pasarme factura.

Al final, tuve que recurrir a Miss Tyler para solicitar algún tipo de analgésico con el que apaciguar aquel malestar. Aprovechando la oportunidad de tenerla enfrente, pregunté por aquel que no terminaba por hacer acto de presencia.

—Gracias. Espero que me sean de ayuda —pronuncié antes de tragar aquella insípida píldora—. Por cierto, Miss Tyler, ¿tardará mucho en llegar mi último cliente?

Ojeó el reloj de su muñeca.

—No te preocupes cielo. Si en diez minutos no da señales de vida, te vas para casa.

Oír aquello fue todo un alivio.

—Ok. Sólo espero que este maldito dolor de cabeza me dé una tregua en el caso de que mi cliente aparezca.

Masajeándome las sienas, regresé al silencio de mi cabina.

Solo diez minutos me separaban del mullido sofá de mi apartamento. Tan sólo diez minutos de espera. Minutos que comenzaron a descontarse

segundo tras segundo mientras sentada en el futón de mi cabina ataviada para él un sexy salto de cama negro —que no dejaba mucho a la imaginación—, albergué la errada creencia de que el señor Bender no haría acto de presencia.

A escasos tres minutos para que mi espera terminara, el sonido de unos nudillos que repicaron en la puerta de mi cabina me hizo saltar como un resorte.

«¡Mierda!», protesté.

—Adelante. Pase —dije con media sonrisa.

—Buenas tardes. Siento la demora. —Aquella voz.

La piel se me erizó por completo.

Me giré y...

No, no me lo podía creer.

¿Él?

Pero, ¿qué diablos hacía él en el spa donde yo trabajaba, en mi cabina?

—¿Tú...? —Fue lo único que logré pronunciar.

—Vaya, vaya. ¿Catherine Wayne aquí? Increíble. Al final si va a ser verdad de que el mundo es un pañuelo —dijo sonriéndome como solo él sabía hacerlo.

—¿Tú? —Repetí incrédula por lo que mis ojos me mostraban.

—Hola, Cat.

—No, no. No... Esto, esto tiene que ser una jodida broma.

—No, creo que no. creo que más bien es una, excepcional coincidencia.

—No, no. —Me negaba a que él, precisamente él, fuera mi cliente.

—Si quieres —se giró para señalar la puerta—, puedes preguntarle a Miss Tyler. Ella te confirmará que efectivamente, yo soy tu última cita del día.

—Pero..., tú no eres el señor Bender. —La precaución se comió mi lengua. Literalmente me la tragué

—¡Por supuesto niña! —Rio—. En lugares como estos, no se suele dar el nombre real. Al menos los que contamos con dos dedos de frente, no lo hacemos por obvios motivos que creo que alcanzarás a entender. —Volvió a sonreír de aquella forma tan familiar para mí—. ¡Vaya, vaya! La dulce, cándida y preciosa Catherine Wayne, ¡aquí! Interesante, muy interesante a la paz que tentador. Y solo para mí. —Instintivamente, retrocedí los mismos pasos que él avanzó hacia mí—. ¿A qué no adivinas que es lo mejor de todo?, ¿eh? Adivínalo, venga. ¿No? —Su risa, dolía—. Pues el haber logrado dejarte

sin palabras. Joder, eso es todo un logro—. Su cínica risa se cebó con mi arrojo, con mi propia voluntad—. ¡Increíble! No me puedo creer que te tenga frente a mí y aquí.

Un pesado e incómodo silencio se alzó entre él y yo como un infranqueable muro. Pero éste se volatilizó en cuestión de segundos cuando comencé a proferir algún que otro improprio en su contra.

Sin más, con voluntad propia. Las palabras salían solas de mi boca.

Simplemente las vomitaba.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —No lo podía creer. ¿En serio Jeff Paterson iba a ser mi último cliente?

Eso, fue demasiado para mí.

Me vi perdida. Sin vía de escape.

—Pues ya ves. Aquí me tienes. Quién nos lo iba a decir, ¿verdad? Joder, pero mira que es pequeño el mundo. Es que, no sé ni que decir. —Mientras hablaba, comenzó a deshacerse de su chaqueta para seguir con su corbata—. Nunca imaginé, pero ni lo más mínimo, que tú, precisamente tú, formabas parte del selecto elenco de señoritas que Miss Tyler posee. —La ironía con la que regó cada una de sus palabras elevaron al máximo mis ganas de lanzarme directamente a su yugular. En mi garganta, aquel nudo comenzó a ser insoportable—. Es que ni tan siquiera se me hubiera pasado por la cabeza algo así. Pero ya ves, aquí estamos, el uno frente al otro. Y desde luego —dijo desbotonando su camisa, la cual relegó al suelo sin apreciación alguna por su valor—, no voy a perder esta gran oportunidad.

—No, no pienso tocarte. ¡No voy a tocarte! Nunca te tocaré. ¡NUNCA!
—La voz se me rompió.

Todo mi cuerpo se estremeció de arriba abajo.

Decidida, me dirigí en dirección a la puerta, pero él actuó rápido cortándome el paso. Interponiéndose frente a mi única escapatoria posible.

Sí, quería huir de allí. Necesitaba hacerlo.

—¡Hey! Espera. Cualquiera diría que no te alegras de volver a verme. Yo esperaba un recibimiento, no sé. Más caluroso, más familiar. Ya que en parte somos casi familia ¿no? —«¡Cerdo!»—. ¿Puedo, seguir desnudándome? —Su descarado me cohibió, en suma. Y mientras se desnudaba, sus ojos permanecían clavados en mí.

Dios. ¿Cómo podía ser tan cínico, tan asqueroso, tan, sumamente repúgnate?

«¡Maldito cabrón!»

—No voy a tocarlo.

—¿Perdona?, ¿qué has dicho?

—No pienso tocarlo. ¡No pienso poner uno solo de mis dedos sobre ti! Te recuerdo que aún me sigues produciendo náuseas. _Todo mi interior se revolvió en una absoluta renuncia ante la sola idea de... No, no podía ni quería y mucho menos debía caer una vez más en su sucio juego—. Vete. Vete ahora mismo antes de que yo misma te saque a ¡patadas de aquí!

El burbujeo constante de su risa me saturó.

—¡Huy, huy, huy! Creo que vuelves a equivocarte, preciosa —Aun más que su risa, el retintín que empleaba al hablarme resultaba punzante—. Sé que no me creerás, pero de veras siento, y mucho, ser yo, precisamente yo. Quien te provoque ese malestar. El cual, desde luego, no es recíproco.

—Serás... ¡cabrón! ¿Cómo puedes ser tan cínico?

—¿Cínico? No, no puedo serlo cuando no tengo ni idea de por qué dices eso.

—Oh, por favor —gemí molesta—. ¿Me vas a decir, a mí, que no sabes de que hablo?

—No —dijo con expresión seria.

¿Me estaba tomando el pelo? Sí, no había de ello.

Sentí náuseas.

—¿Cuántas fueron las veces que te jactaste reprobándome una y otra vez lo inmoral de mi procedencia? ¿Cuántas? —Jeff Patterson volvió a sonreír—. ¿Cuántas fueron las veces que me hiciste sacar de tu honorable casa, cuántas? Y todo, porque según tú, yo no era bienvenida en ella, y mucho menos digna para pisarla. Y ahora, me vienes con el cuento de que te alegras de verme. Eres un maldito cabrón malnacido.

Su semblante se ensombreció.

—Yo no he venido hasta aquí —el tono de su voz fue in crescendo—, para escuchar los desvaríos y estupideces de una niña mal criada. Yo he pagado por una hora de masajes. Y eso es lo que quiero ¡ahora! —Inevitable me resulto no dirigir mi mirada hacia la bragueta de su pantalón, cuando, con total seguridad, comenzó a desabrocharla. La forma en la que lo hacía; despacio, acreditaba la burla de su conducta hacia mí—. Es más. Quiero el más placentero de los que hasta el momento haya podido recibir. —Sus

pantalones descendieron en caída rápida hasta sus tobillos—. Por otro lado. No creo que a Miss Tyler le guste mucho que una de sus chicas, como creo que lo eres tú, desatienda a uno de sus socios más ilustres. Sí, su socio. Lo que has oído.

—No pienso...

—Y mucho menos —prosiguió hablando mientras lo que ahora lo que descendía en caída libre eran sus bóxers—, que sea la chica nueva quien lo haga. A caso, ¿estoy equivocado, Cat? —¡Por Dios, como lo odiaba! Detestaba a ese hombre mucho más de lo que hubiera alcanzado a imaginar—. Dime Cat, ¿de veras estás dispuesta a perder tu trabajo por mí?

Mordí mi labio inferior mientras apretaba mis puños con fuerza sintiendo en mi piel el hiriente dolor que en ella provocaban mis uñas al clavarse.

—No. No pienso tocarte —dije apostando mi mano izquierda en el pomo de la puerta—. Prefiero que me despidan, a tener que tocarte.

—Espera, espera. Venga. ¿En serio quieres poner en riesgo tu trabajo aquí, por mí? ¡Wow! No sabía que yo fuera tan importante para ti como para tal renuncia.

—¡Vete a la mierda! —Mascullé manteniendo las distancias—. Por si no te has dado cuenta, yo no soy mi madre. Ni nunca me asemejaré a ser, ni lo más mínimo, el repugnante ser en el que se ha convertido por y para ti. —Le increpé—. Ni hoy, ni nunca, óyeme bien, voy a acceder a tus chantajes. No. Yo no soy ella, y nunca lo seré. Nunca...

—Por supuesto que no lo eres —dijo dándose la vuelta y mostrándome así toda la erección de su desnudez—. Eso salta a la vista, cariño. Ni yo pretendo que lo seas. —Joder, no soportaba que me mirara como lo estaba haciendo. Me hacía sentir, sucia—. Pero al final, tú al igual que ella en su día, terminarás por acceder a mis caprichos. Oh, sí. Créeme que lo harás. Además, si no lo hicieras, tus días de disfrute en Nueva York terminarán aquí y ahora. Te lo puedo asegurar, preciosa. Tengo suficientes contactos para hacértelo pasar muy, pero muy mal. ¿Puedes llegar a comprender lo que te digo?, ¿verdad? claro que sí. Tú siempre fuiste la más avispada del grupo.

—No me das miedo, Jeff Patterson. En verdad, nunca me lo has dado. No soy mi madre. No, no lo soy. Y por eso puedo asegurarte con toda la certeza del mundo, que nunca, ¿me oyes? Nunca caeré en tus sucias artimañas. No me das miedo.

Despacio, hice girar el pomo entre mis dedos.

—¿Estás segura de lo que dices? —Me detuve—. ¿En serio te crees mejor que ella? Por dios Cat. Echa un vistazo a tu alrededor. Mira dónde estás. Mira a dónde has llegado y lo que tienes que hacer por unos míseros pavos. ¿Qué diferencia existe ahora entre tú y ella? Ninguna. Sois tal para cual. —Diciendo esto, me agarró del brazo con fuerza y tiró de mí hacia él. Sentí como su pene, perfectamente circuncidado, se embutía entre mis muslos. Pude apreciar como palpitaba, al igual que todo él. Sólo la vaporosa tela del *Negligees* que vestía, así como el delgado encaje del tanga, lo separaba de la sedosa abertura de mi sexo—. Pero no ves que todo esto te queda grande. Sí Catherine. Aunque no lo quieras reconocer, al final sí que eres igual que tu madre.

—No, lo, soy.

—No. entonces, ¿qué demonios haces aquí? —Me tuve que morder la lengua—. Pues exactamente lo mismo que ella, pero con la diferencia de que tú lo haces en un sitio algo más elegante y limpio. —Sus baldíos ojos me recorrieron de arriba abajo, y elevando una ceja, puntualizó algo que me crispó—: Bueno, corrijo. Puede que tú seas mejor que ella. ¿No?

Me revolví, traté de zafarme de su enganche. Pero él se empeñaba en mantenerme presa ya no sólo de sus manos, sino de su cinismo. Lo más hiriente.

—¡Suéltame, suéltame! Que me sueltes... ¡Me das asco!

—No sois nada. Ninguna de las dos. Y al igual que ella, tú seguirás su camino. Sí, no hay duda de que eres igual que la zorra de tu madre. ¿Es que no lo ves? —Me zarandeó con vaga violencia—. Debiste haberte quedado allí, junto a ella, y así haberla relevado ahora que ya no puede ni con su cuerpo.

—Suéltame, suéltame, suéltame... Yo no soy ella. ¡No lo soy! —Sollocé como cuando era una niña.

—Pues demuéstramelo, y trágate ese orgullo de niña estúpida y haz el trabajo por el cual se te paga.

—¡No! No, no. Suéltame, suéltame por favor.

Cuando al fin logré liberarme, salí de mi cabina con la clara intención de explicarle a Miss Tyler que por nada del mundo atendería a aquel indeseable. Pero antes de haberme planteado siquiera cómo abordar el tema, ella me salió al paso.

—¿Sucede algo Chanttel? He oído gritos. ¿Qué ocurre? —La fuerza

con la que sus manos me sujetaban de antebrazos, dejaban entrever que algo no iba bien. Eso, y la forma en la que me miraban directo a los ojos, casi sin parpadear—. Antes de que digas nada, déjame decirte que no es plato de buen gusto para mí, tener que presenciar ese tipo de comportamiento en mi negocio. Este es un lugar serio. Y como tal, ese tipo de actuaciones no son muy apropiadas i propicias. Nunca, y óyeme bien, nunca he permitido ni voy a tolerar este tipo de comportamientos. Y mucho menos ante un cliente como lo es el señor...

—¡Oh, Miss Tyler! Yo... —La interrumpí—. Lo lamento. Pero, me es imposible atender a... ¡a ese hombre! Y no puedo hacerlo porque, sencillamente, no puedo. No puedo.

La mueca que adoptó su rostro no resultaba nada agradable.

—Entiendo. —Suspiré aliviada. Pero tras su nuevo—: Entiendo — advertí que no le agradaba en nada mi decisión—. No hay problema. Si eso es lo que quieres, perfecto. —Advertí la evidencia de un serio problema, que se sumaba al que ya tenía dentro de mi cabina. Miss Tyler tenía escrito con letras mayúsculas en su cara el disgusto de mi renuncia. Lo podía leer entre los rígidos surcos fraguados en su ceño—. Voy a pedirle a Melissa que se haga cargo de este trabajo—. ¿Melissa? No. Ella no.

Desde luego la cosa no pintaba nada bien. Al menos para mí.

—Miss Tyler, creo que, es preciso e imprescindible que le dé una explicación. Permítame que...

—¿En serio crees que me importa, Cat? —Dios, había empleado mi nombre de pila. Mal asunto—. No, la verdad es que no me interesa lo que puedas decirme. Lo que sí que me importa, lo que realmente me molesta, es el hecho de saber que ahí dentro —su huesudo dedo índice terminado en una elegante y esculpida uña, señaló en dirección a la puerta de mi cabina—, hay un cliente desatendido que quizás lleve perdidos algo más de cinco minutos del tiempo que ha pagado. ¡Eso es lo que realmente me importa! Esa es la única explicación que entiendo. —Bajé la mirada. Tal situación me estaba superando con creces—. Lo que tú quieras o no, a mí me importa... ¡una mierda! Hay otras formas de actuar, de proceder. ¿Qué pasaría si todas mis chicas se negaran a atender a algún cliente por esto o por aquello?, ¿qué clase de reputación crees que tendría mi negocio?, ¿eh? ¡Habla!

—Miss Tyler, yo, yo...

—¡Habla! Te he hecho una pregunta. ¿Qué clase de reputación crees

que tendría mi negocio? ¿Qué pensarían de mí, de mi Spa?

—...

Joder, ¿qué respuesta podía darle?

—No te he oído, Cat.

—... Mala.

—¿Mala, crees que sólo sería, mala? Sería ¡nefasta!

—Miss Tyler, por favor —apelé en mi defensa.

—¡Cállate! Ahora quiero que me escuches. —La tensión aumentó por momentos—. En este Spa, como en este negocio, mi negocio, los clientes son lo primero. ¿Me has oído?

Quedé en silencio, con la mirada clavada en el vacío.

—¿Me has oído? Te pregunto que si me has oído.

—Sí.

—Bien. Ahora quiero que entiendas que, si son lo primero, es porque es su dinero el que nos da de comer, el que nos paga las facturas, así como esos fabulosos modelitos que tanto nos gusta comprarnos, y cada una de las copas que os tomáis en los locales de moda. —Lejos de calmarse, la situación empeoró—. Y creo que eso es algo que se te ha olvidado. ¡Joder Cata, mírame cuando te hablo! —Me tomó de la barbilla y me obligó a mirarla a la cara. Sentí sus afiladas uñas en mi piel—. Solo te digo una cosa, y espero que lo entiendas. Si no sabes ser consecuente con tu trabajo y con lo que él conlleva, no me vales. No me sirves.

Mi semblante se quebró al igual que mi resolución. Que mi voz.

—Yo...

—Las señales que me estás enviando ahora mismo, me dicen que no quieres trabajar aquí. Y si no te gusta este trabajo, yo te pregunto. ¿Qué demonios haces aquí?

—Miss Tyler...

—Escúchame bien Cat —su voz se relajó—. Debes aprender a superar el pasado, así como tus miedos e inseguridades. Todo lo que cargues a tus espaldas se debe quedar atrás, como lo han hecho todas las demás. Si no, no podrás avanzar. Y así no me sirves. —De nuevo, el tono de su voz se dulcificó, al igual que su agarre. Que pasó a ser una caricia—. Chanttel, tienes que cambiar, o esta maldita ciudad terminará por engullirte para después escupirte sin más. Deja que sea Melissa quien haga el trabajo. Ella mejor que nadie sabe desenvolverse con el señor Bender. Ahora toma tus cosas y

marcharte. Pero antes de que te marches, déjame que te haga una pregunta. ¿Es eso lo que quieres? —Sentí correr las lágrimas por mi rostro—. No sabes cómo me jode el saber que me he equivocado contigo —aquel, su suspiro me desarmó—. Esperaba grandes cosas de ti.

—Lo siento.

—Cariño. Necesito que despiertes, que salgas del cascarón donde te has encerrado, y que te veas dispuesta a todo. Y más cuando este negocio; en el cual te recuerdo que tú solita te has metido y por propia voluntad, nunca se sabe a ciencia cierta qué es lo que nos espera cada vez que se abre nuestra puerta. Pero en este negocio como en la propia vida. Hay que saber coger al toro por los cuernos. Cariño, soy de Texas, y sé bien de que te hablo —su sonrisa irónica dulcificó un poco la expresión cargada de su rostro—. Más de una vez me he tenido que enfrentar y tragar, no sólo mi propio orgullo. También otras tantas cosas... —Silencio—. Y te puedo asegurar que cada vez será peor. Pero todo depende de ti. Por eso te repito, que debes dejar atrás el pasado y avanzar. Puede que no te hayas dado cuenta, pero pierdes un tiempo precioso volcándote en lo que realmente no merece la pena. Mírame a mí. — Se apartó unos centímetros de mí, e hizo ese gesto con sus manos para que yo la mirara de arriba abajo—. En esta vida, la nuestra, hay que aprender a superar las dificultades que el destino nos pone. Dime, ¿realmente estás dispuesta a avanzar, a ser Channtel, o llamo a Melissa?

Guardé silencio durante la brevedad de unos pocos segundos —No. No es necesario.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Bien. Está bien. —Me tomó las manos—. Ahora quiero que entres ahí y hagas tu trabajo. Espero que sepas recompensarle a ese hombre todo el tiempo que ha perdido. No sé cómo lo harás, y la verdad tampoco quiero saberlo —su sonrisa lo decía todo—, pero hazlo.

Antes de marcharse, apretó mis manos con fuerza haciendo que me sintiera bien. Me transmitió la fuerza y el arrojo necesario para enfrentarme a Jeff Patterson de una maldita vez.

Miss Tyler tenía razón.

Necesitaba superar el pasado y enfrentarme a mis miedos. A él.

Pero, sobre todo, debía demostrarle a ese hombre y a mí misma de una vez por todas, que yo no era mi madre.

Yo era mucho mejor que ella, y en muchos aspectos.
Más de los que yo misma nunca hubiera imaginado.

Desde luego, no era mi intención quedar mal ante Miss Tyler. Y, por otro lado, ¿de verdad estaba dispuesta a perder todo lo que tenía y todo lo que hasta el momento había conseguido por él, por ese indeseable de Jeff Patterson? ¿No me había hecho ya suficiente daño cómo para seguir permitiéndoselo? ¿De veras estaba dispuesta a someterme una vez más a su yugo?

No. Desde luego que no.

Sin lugar a dudas esa era mi oportunidad de dejarle claro a ese maldito bastardo, que yo era tan cualificada en mi trabajo como la que más. Y que este, mi trabajo, no tenía nada de vergonzoso ni humillante. Y por supuesto, podía afrontar el tener que...

¡Dios! El solo recordarlo, aun me hace temblar.

*Me tragué cada una de mis lágrimas, borrando de un solo trazo las que erraban por mi rostro. Hasta mi propio orgullo tuve que ingerir.
Tomé aire, abrí con cierto recelo aquella puerta y me enfrenté a su pesada presencia, mientras reposaba en silencio sobre el futón, esperándome.*

CAPÍTULO 25

—Vaya, vaya. Veo que al final te lo has pensado mejor. O acaso, ¿te han abierto los ojos o te han obligado a ello?

Silencio por mi parte.

Eso es lo único que obtuvo.

—¿El señor desea algún aceite en especial, o por el contrario prefiere una crema de masaje? ¿Alguna esencia en particular? —Pregunté—. ¿O desea la ausencia de fragancia?

—Romero. El aceite de romero estaría bien. —Apuntó con ironía—. Necesito que me descargues lo hombros. Los siento muy rígidos. Espero que me lo trabajes bien. Por cierto, ¿desde cuándo sabes tú dar masajes?

—Es una más de mis habilidades. La cual he consolidado con alguna que otra clase.

—Vaya. Eres toda una caja de sorpresas, Catherine Wayne.

Tomé el frasco con el aceite de romero y me coloqué junto a él. Abrí el frasco y deposité una pequeña cantidad de aceite en la palma de mi mano derecha. Acto seguido, y tras dejar de lado el frasco, froté mis manos para otorgarle un poco de calor al aceite y comenzar así a masajearle los hombros, para después pasar a la espalda.

No pude evitar sentir cierta aversión por tocarlo.

Lo aborrecía.

Más que eso.

—Humm. La verdad es que no lo haces nada mal. Pero aprieta un poco más fuerte. No voy a romperme. Así, así. ¡Dios, que gusto!

Cuando se giró, sin quererlo, no puede evitar reparar en su miembro. Este estaba ya erguido, preparado para su minuto de gloria. Aparté la mirada y continué con el masaje.

Imposible apartar de mi cabeza el momento en que tendría que aliviarlo.

Una apreciación que hizo emerger de mi interior el intento vago de una náusea.

Tras finalizar el masaje corporal, tocaba el otro.

—Cariño.

—No me llame así. Por favor. —Lo interrumpí—. No soy “su cariño”. Así que resérvese ese derecho. Por favor.

—Vaya. Cuanta formalidad de repente. Veo que te están aleccionando muy bien aquí. En serio Cat, no deberías dejar este trabajo. Están haciendo milagros contigo y con tu carácter —¡Dios! Como lo detestaba—. Lo que te iba a decir antes de que me interrumpieras, es solo una pequeña apreciación que creo que deberías alcanzar a saber. He pagado por un final feliz, pero el ser conocedor de que mi masajista era nada y menos que Catherine Wayne, me ha llevado a desear otra forma de alivio. —Levantó levemente su torso del futón, y apoyando sus codos en él, clavó sus ojos en los míos—. Ahora quiero que me hagas una mamada. Así podré comparar. —No fue precisamente su risa la que me provocó aquella arcada que me hizo estremecer—. No te preocupes, sabré pagar la diferencia del trato a mi salida. —No soportaba que me mirara como lo estaba haciendo—. Eso sí. Sólo espero que merezca la pena el precio a pagar.

Se incorporó para arrodillarse, sentándose sobre sus talones.

Al verlo, comprendí como deseaba que se la hiciera.

Me coloqué entre sus piernas, agarré con mi mano su...

Todo mi cuerpo tembló por la repulsión que me provocaba el tener que mamársela.

Casi sin pensarlo, y después de habérsela masajado un poco, me la metí en la boca y empecé a chupársela despacio, agasajando la redondez de su anchura con mi lengua. Las náuseas, así como intermitentes arqueadas empezaron a acosarme. Un sudor frío recorría todo mi cuerpo. Y más cuando mi garganta, así como mi boca, empezó a sufrir pequeñas convulsiones debido a las persistentes arcadas. Para colmo, aquel sudor frío recorriendo mi espalda en pequeñas gotas frías, no resultaba precisamente agradable. Como tampoco lo eran el encadenamiento que tales convulsiones promovían en mi boca, obligándola a contraerse, convulsionando casi involuntariamente. Hecho que no hacía otra cosa que excitarlo más si cabe a él.

Pareciera que tales convulsiones no hicieran otra cosa que incrementara su placer. Desde luego, era de esperar en un hombre como él.

Traté de evadirme, de huir de allí. Pero me resultaba del todo imposible cuando ese maldito cerdo no para de alabar el buen hacer de mi trabajo, y de establecer odiosas comparaciones con la zorra de mi madre.

Cuánto los odiaba. A él y ella.

Por lo que nos hizo a mí y a mi padre.

Por ese momento...

—Huummm... ¡Dios! Nunca antes me la habían chupado de esta forma.

Huummm... Lo haces genial preciosa, sigue así. Sí, no te detengas. —Sus continuados suspiros me desquiciaban por momentos, como las elocuciones, a cuál más grosera, que empleaba al hablar de mi buen hacer—. Te aseguro que lo haces mejor que tu madre ¡Oh, sí! Desde luego que sí. ¡Aaaahhhh... Dios! Tú sí que sabes mamarla. Así, así. Más fuerte, más fuerte cariño. Aaaaahhhh. Oh, sí. Sí, sí... Sigue, sigue así. —Los espasmos y los vahídos comenzaban a acosarme una y otra vez a la par que sentía como cientos de gotas descendían por todo lo largo de mi espalda—. Huummm. Así, así...

El oír una y otra vez sus gemidos comenzaron a volverme loca.

Estos se repetían en mi cabeza y me martirizaban mucho más que saber que al final terminé haciendo lo mismo que mi madre solía hacer por unos pocos pavos con los que pagarse su chute de turno, o unas cuantas cervezas con las que acallar su sed. Pero lo peor es que se lo estaba haciendo el mismo hombre al que tanto odiaba. El que me obligaba a salir de mi casa a su llegada.

La secuencia de sus gemidos comenzaron a enajenarme, al igual que la perpetuidad con la que me confirmaba lo bien que se la estaba chupando.

Intenté en vano, huir de allí.

Necesitaba evadirme de cada uno de sus sátiros comentarios.

En un momento, no recuerdo bien cuando, Jeff colocó su mano derecha sobre mi cabeza para obligarla a bajar más, y con ello engullir un poco más de él. Al mismo tiempo, le insufló fuerza a mis movimientos. Con esto, su pene llegó a entrar más de una vez por completo en mi boca. Rozando así el límite de mi cordura y aguante, obrando el detestable y nauseabundo hecho de que mis labios colisionasen con sus rasurados huevos.

Indudablemente, una cosa y otra, provocó reiteradas arcadas que agravaron la horrible sensación de ansiedad que recorría ya mi cuerpo.

Los ojos me quemaban por el gotear continuo de mis lágrimas.

El sudor frío se apropió de mi cuerpo al igual que intermitentes temblores que me recorrían de arriba abajo mientras él seguía marcando el ritmo por media de su mano al agarrarme del pelo.

—No pares Cat. Sigue así, sigue así. No dejes de mamármela. ¡Oh Dios, como me gusta! —Su gruesa polla me llenaba por entero la boca, y podía sentir en mi lengua, así como en el cielo del paladar, lo venoso de su roce—. ¡Dios mío! Esta es la mejor mamada de mi vida. ¡Chúpamela más, más...! Así, así. Tócame los huevos cielo. —Su excitación fue a más cuando llevé a cabo el ejercicio que me fue solicitado. De pronto—: Mmm.. Espera,

espera. —Tirando de mi cabello hacia arriba, me obligó a levantar la cabeza. Tomándome por la barbilla fijó sus fieros ojos en los míos. Rojos por el mudo llanto que me asolaba. Mientras me miraba y me hablaba, yo continuaba con su pene en mi boca—. Estoy a punto de correrme cariño, y quiero que te lo tragues todo.

Todo. Y quiero ver como lo haces.

Cerré los ojos.

Los apreté con fuerza. Tanta, que creía que terminarían por estallarme.

Cuando sentí el manar cálido y pringoso de su semen en mi boca. Cuando oí la repetición de su petición una y otra vez: *«Trágate, trágate todo preciosa. Te va a gustar. Te lo aseguro. Venga. Quiero ver cómo te lo tragas»*. Sin más, me enajené y apreté los dientes con todas mis fuerzas.

Segundos después, un grito agudo y profundo inundó todo el espacio de mi cabina. En mi boca, el sabor metálico de su sangre se expandió.

—¡Aaaaaggggrrrrrhhh! ¡Dios! ¿Qué demonios has hecho? —Sus gritos de dolor se sucedían los unos a los otros—. ¡Joder! Me la has... me la has arrancado... ¡Maldita zorra!

Fui plenamente consciente del pedazo de carne inerte que tenía dentro de mi boca, cuando me empujó para apartarse de mí. Tal consciencia pronto tuvo respuesta: infinitas arcadas que me obligaron a escupir lo que, de él, había en mi boca.

El sabor de su sangre en mi boca me llevó a vomitar.

Tras de mí, el continuaba gritando de dolor y miedo.

Sus fuerzas ya habían menguado por la pérdida de sangre.

Joder. Sus gritos me estaban volviendo loca.

Quería que simplemente se callara. ¡Que se callara de una jodida vez!

—¡Cállate, cállate! —Sin pensarlo, tomé aquel trozo de carne inerte, me arrimé a él y se lo metí en la boca. Se lo embutí dentro, todo lo que pude y más. Al hacerlo, vi como sus ojos se bloqueaban. Ya no sólo por el dolor, sino por el miedo.

—¡Trágate, trágate! Quiero que te la tragues. —Sí. Quería verlo ahogarse con su propia polla.

Los sonidos guturales que emanaban de su garganta, no hacían otra cosa que ponerme más nerviosa, como el temblor que asolaba su cuerpo. Cegada por la locura, agarré el frasco de aceite y lo golpeé repetidas veces en la cara con él. Cerré los ojos, no quería ver lo que mi mano ejecutaba con tanta saña. Lo golpeé una y otra vez, hasta que llegó el momento en que aquel

frasco de cristal se fragmentó entre mis manos. Pero, aun así, sintiendo como el cristal se hundía en mi carne, yo continué golpeándolo una y otra vez, una y otra vez.

Perdí la noción de mis actos.

Los que iban y venían sin un punto fijo mientras le gritaba:

—Cállate, cállate. ¡CÁLLATE!

Ni siquiera me di cuenta cuando su voz se apagó.

Mis gritos lo inundaban todo.

Ni el olor metálico ligeramente acerado; tan peculiar de la sangre, ni el mismo dolor, me devolvió la cordura.

De pronto, la puerta de mi cabina se abrió de par en par...

—¡Dios mío! Pero, ¿qué demonios has hecho? —Ni tan siquiera los gritos de Miss Tyler consiguieron frenarme. Yo seguía enajenada en mi acto de violencia. Hundiendo una y otra vez aquel improvisado puñal en ese maldito cerdo, mientras sentía como su cuerpo dejaba de agitarse, de luchar. Pero en cada embestida, hería mi propia carne, la de mi mano con aquel cristal. Pero no sentía dolor. No había dolor en mi cuerpo. Sólo asco, rabia, ira, resentimiento por todo lo que ese malnacido me había hecho.

—¡Socorro, socorrooo! ¡Oh Dios mío, Dios mío Cat! ¿Qué has hecho?

Las voces de unas y otras se fueron sucediendo tras de mí.

Todo había sucedido en cuestión de segundos.

—¡Oh, dios mío Cat! —Gritó una de las chicas, y después otra y otra.

Todo a mi alrededor parecía desarrollarse a cámara lenta.

—¡Llamad a una ambulancia!

Fueron necesarias tres de las chicas para separarme de él.

—No, no. —Gruñí.

Tuvieron que arrancarme de las manos aquel trozo sangriento de cristal casi incrustado ya en mi mano.

Ajena a todo y a todos, quedé arrinconada contra el gran espejo que presidía mi cabina, mientras observaba como todo se desarrollaba ante mí a cámara lenta.

Ni las voces parecían tener sentido en mis oídos.

Todo se fue desvaneciendo ante mis ojos.

No fue la consciencia lo que perdí. No. Creo que perdí la razón.

Me perdí a mí misma mientras veía entrar y salir gente, gritando, con aquellas estrambóticas muecas en sus caras por el horror de lo que habían visto. A pesar de todo, mis ojos permanecieron clavados en los suyos. En

vacíos de vida que habitaba en ellos.

—Cat, Cat... —Solo Alina, y la contundencia de sus sacudidas, consiguió devolverme a la realidad que yo misma había trazado.

«¡Dios! ¿Qué había hecho?», comencé a gritar al contemplar mis manos manchadas de su sangre.

Traté de huir en un imposible retroceso. Y con ello, presionaba más y más mi espalda contra el espejo. Un ilusorio abandono que dio pie a que aquel crujir del espejo que se encontraba tras de mí, pasase a mayores. Así, los resultantes trozos comenzaron a delineaban dolientes heridas en la piel de mi espalda.

Comencé a gritar, a gritar con todas mis ganas. Tan fuerte, que aquella punzada en mi garganta se asemejaba al dolor de su propio desgarró. Un dolor que dio paso a fuertes convulsiones seguidas de intensas e incontrolables náuseas, las que se sucedieron una encima de la otra sin opción al desahogo. Apenas me dejaban respirar.

—Quiero que te lo tragues todo. Sí. Y quiero ver cómo te lo tragas. Huuummm... ¡Oh, dios! Sí, sí. Trágate. Venga. Trágate.

Al abrir los ojos, lo vi frente a mí.

Clavando su sucia mirada en mi boca mientras con sus manos me agarraba la cabeza impidiéndome escapar, obligándome a tragarme lo nauseabundo de semen.

El renacer de un nuevo vahído me asaltó.

Su asqueroso semen comenzó a inundar mi boca mientras su repugnante voz hacía lo mismo con mis oídos.

Por fortuna, todo aquello, aquel horrible desvarío, había quedado en una mera alucinación de la idealización un tanto desequilibrada, que se había alineado en mi cabeza.

Horrible, sí.

Pero tan válida ésta como cualquier otra.

—Quiero ver cómo te lo tragas todo, venga. Te aseguro que te va a gustar preciosa. Te lo prometo. —Sacudí la cabeza de un lado a otro para tratar de librarme. Y cuando al fin pude escaparme, no dudé en hacer otra cosa que escupirle a la cara su repulsivo semen. El muy cerdo, pereció adivinar cuales iban a ser mis intenciones, y logró esquivarme—. Ja, ja, ja. Estaba seguro que terminarías haciéndolo.

—Cerdo.

Mascullé entre dientes.

—Déjame que te diga que eres realmente única, preciosa. Incluso mejor que tu madre. De eso no me cabe duda. ¡Mil veces mejor que ella! —
Rio.

Las náuseas regresaron.

Rauda, corrí en dirección al pequeño aseo de mi cabina. Allí, frente al inodoro, una tras otra y sin dejar tregua ni siquiera a la entrada de aire en mis pulmones, se fueron sucediendo.

Tras una nueva noche de viernes con las chicas, la ducha fue mi mejor aliado una vez llegué a casa. Tan caliente como pude, dejé que el descendiera por mi cuerpo grabando en mi piel la marca inequívoca de su abrasador beso. Era mil veces preferible eso, que seguir recurriendo de manera irreflexiva al recuerdo de su mirada, al de su voz. De su... ¡puag!

Una nueva náusea asaltó mi boca y me llevó al abandono de la ducha para acoplar un abrazo a mi inodoro.

Sin estarlo o merecerlo, Jeff Patterson me hizo sentirme sucia. Creó en mí el alojo involuntario de una desgarradora sensación. La que me impulsaba a creer que, de alguna forma, sin serlo, que había sido forzada. Aunque, en parte, y sólo en parte, lo había sido. Para que mentir.

¡Dios! Por más que frotaba y frotaba mi piel, no conseguía borrar de ella su pestilencia. Esta se negaba a abandonarme. Pero no solo eso. Por más que traté y traté de apartar de mi cabeza aquella escena en la que ese maldito perro se apoderaba hasta de mí misma voluntad (la que yo misma le entregué en bandeja de plata) esta, no se marchaba.

Súbitamente, el sabor metálico de la sangre se presentó en mi boca. Pero esta vez, era mi propia sangre la que condimentaba mi paladar. Sí. Era la sangre que a floraba de mis encías, prueba inequívoca del daño que le estaba infringiendo a mi boca mientras ejecutaba las duras fricciones a las que estaba sometiendo por medio de mi cepillo de dientes. Cesé sólo cuando advertí la llegada de una nueva náusea. La que se apoderó por competo de mí. Y allí mismo, en el lavabo, dejé salir lo poco o mucho que de ese bastardo quedaba dentro de mí.

¡Dios, como lo detestaba!

Tras recuperarme, tocaba limpiar aquel desastre.

Sin quererlo, fijé mi mirada, antes huidiza, en el reflejo que el espejo que tenía frente a mí, proyectaba de mí misma. Volvía a sentirme sucia, porque él sencillamente regresó a mí. Regresaba una y otra vez a mi mente sin dar tregua al olvido, ni a la misma acción de olvidarlo. Así que una vez más me sumergí en el aturdimiento que me provocaba el agua caliente de la ducha.

A lo lejos en el salón, oía el incesante repicar de mi móvil.

Su timbreo continuo me estaba volviendo loca.

Salí corriendo a cogerlo, efectuando algún resbalón que otro en el corto trayecto que separaba mi baño del salón. Mi primera intención al tomarlo, fue la de lanzarlo contra el suelo y hacerlo no mil pedazos, sino un millón. Pero hubiera sido una completa estupidez. Para qué negarlo. ¿Qué iba a ganar con eso, con arrojar mi móvil? Pues nada. Absolutamente nada. Bueno sí. El tener que invertir unos cuantos de cientos de dólares más en uno nuevo.

Antes de apagarlo, miré de reojo los numerosos mensajes que se encontraban alojados en la pantalla y que no paraban de parpadear como queriendo llamar mi atención. Y lo consiguieron. No sé qué fue lo que me llevó a mirar la procedencia de tales mensajes. Cuál no fue mi sorpresa al comprobar que eran avisos de posibles clientes. Más de siete sólo para la noche del sábado y cuatro para el domingo. Dos concretamente para el domingo completo.

«¡Uf!», me derrumbé en el sofá entre lágrimas con esa extraña sensación en mi interior. Me cubrí la cara con un cojín y dejé que toda mi rabia saliera fuera. Al menos en forma de lágrimas y algún que otro grito.

Fue la primera vez en mi vida, y quizá la última, en la que sentí como lo que tantas veces yo misma le había gritado a mi madre: como una puta.

La única vez que renegué de la senda que había trazado para mi vida. La primera vez que odié ser Channtel.

Con la nariz completamente taponada por las secreciones de un absurdo dolor emocional, así como con los ojos hinchados y la sonrisa rota; al igual que el corazón —que además se escondía tras las sombras de la vergüenza—, fui borrando uno tras otro los mensajes, pero uno en cuestión llamó mi atención sobre los demás.

Lo abrí y leí su breve pero reclamante contenido.

Un tal Ian Frostt me pedía una cita con urgencia, y por lo que pude comprobar, ese no era el único de los mensajes que me había enviado ese

mismo día. Fueron algo más de once.

Y en todos decía lo mismo:

Necesito que me concedas una cita hoy mismo.

Hoy es mi último día en Nueva York antes de regresar a la rutina de mi vida cotidiana. Aunque solo sea por una noche, necesito sentirme otra persona. Y creo que "TÚ" eres la chica apropiada.

Por favor. Te necesito.

Ayúdame a ser feliz al menos una noche

«Te necesito. Necesito sentirme otra persona al menos por esta noche. Ayúdame a ser feliz al menos una noche», esas frases seguían circulando por mi cabeza incluso media hora después de haber leído aquel mensaje.

«Necesito sentirme otra persona», creo que eso es lo que yo necesitaba en ese preciso momento: sentirme otra persona. Huir de Catherine Wayne y ampararme en el libertino refugio que sólo Chanttel me podía ofrecer. Sólo ella sería capaz de aliviar mi dolor y lamer mis heridas empleando para ello la boca de otro.

No sé lo que realmente me llevó a ello. Pero casi una hora después de haberlo leído, terminé por aceptar dicha cita. El encuentro tendría lugar en un lujoso hotel próximo este a Central Park.

Me atavié con mis mejores galas, engalané mi cabello en un recogido informal al igual que hice con mi maquillaje, tomé mi gabardina; pues la noche amenazaba con lluvia, y salí en dirección a la que sería mi gran oportunidad de escapar de la piel de Cat para vestirme por unas horas con la de Chanttel.

Durante el viaje en taxi a mi incierto destino, Cat trató de aflorar y con ella el difícil momento vivido horas atrás. Pero Chanttel la hizo callar y la arrastró entre las sombras donde la guareció de todo dolor. Donde la dejó adormecida con las dulces promesas que se fundaban en el principio del fin de su dolor, de su padecer por ser quien era. Por descender de quien provenía. Pero claro, esto suponía que Chanttel debería hacerse con el control por completo del cuerpo que la abrigaba. Por supuesto, el haberlo hecho ya alguna que otra vez, facilitó la incautación absoluta de todo mi ser. Incluido cada uno de mis sentimientos, los que despedazó con más o menos dificultad.

Muy probablemente (sin ser yo plenamente consciente de ello)

Channtel ya moraba en mí interior desde mi mismo nacimiento, y en lo más recóndito de mi interior, permaneció a la espera de ser llamada. Y así fue. Incluso puede que en más de una ocasión ya hubiera hecho uso y disfrute de mi identidad, así como de mi propia esencia sin que yo fuera consciente plena de ello. Pero así era y debía ser Channtel.

En esa idea se fundamentó el hecho de que me resultara tan fácil vestirme con su piel. Llevar colgada su sonrisa como la mejor y la más brillante de las joyas. Perfumar mi cuerpo (que a fin de cuentas también era el suyo) con su esencia vital, tan vital como salvaje y desmedida. Porque así era Channtel. Desmedida al máximo en todo lo que ambicionaba, en todo lo que deseaba y soñaba. Para ella no existía el “NO”. Solo el “NO” que ella pronunciaba. El que salía de sus labios (mis labios) y que negaba para siempre lo que simplemente no le complacía o quería.

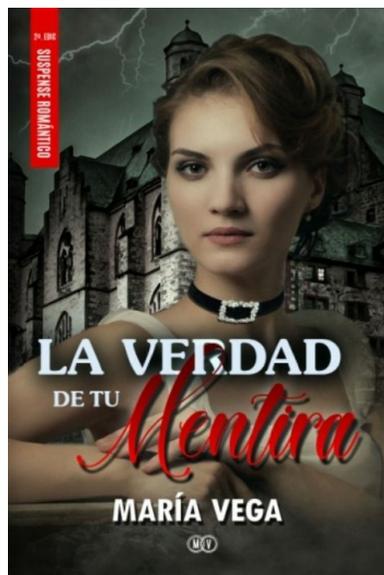
Pero todo en esta vida se pone a prueba, ¿verdad?

Y un simple NO, más que nada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE...

SUGERENCIA DE LA AUTORA

Si te ha gustado este libro, también te gustarán estas apasionantes historias de romance paranormal con inquietantes giros, que te atraparán desde la primera hasta la última página de sus páginas.



AMAZON.ES

AMAZON.COM
AMAZON.COM.MX
GOOGLE PLAY/BOOKS

AGRADECIMIENTOS

Siempre me resulta complicado agradecer, más que nada porque nunca sé si me olvido de alguien. Espero no hacerlo esta vez...

En primer lugar quiero dar las gracias a mi familia, por estar siempre ahí, por soportarme, por su apoyo, por todo.

Os amo.

Gracias a Bárbara Padrón Santana por el maravilloso trabajo que has hecho en la corrección de esta obra y por tus sabios consejos. Gracias a mi Loli Sánchez por todo lo que me das aunque no te lo pida, gracias por estar ahí siempre, aun en silencio. Gracias a López de Val por tus consejos, por tu ayuda y por tu amistad. Os quiero chicas.

Gracias, gracias a Pilar Colom Escandell, porque sin ti nada sería lo mismo (y lo sabes). Gracias por haber confiado en mí y mi trabajo, por haber inyectado vida a cada una de mis ideas, por haberte embarcado en esta loca aventura conmigo. Sinceramente no sabría como agradecerte toda tu ayuda, tus sabios consejos y “esos empujones” que me has dado (reiteradamente) cuando yo comenzaba a perder la ilusión. Gracias por convertirte en mi Musa, por tu santa paciencia y por hacer que me sienta mejor escritora. Ya sabes que si sigo aquí, es buena parte culpa tuya. Te adorooooo...

También quiero agradecer enormemente a “Mis Chicas de Oro”: Ana Salvaje, Arancha Caballero S. y Victoria María Bosch F. tantoooo. Hermanitas, me faltan palabras para daros las gracias. Os quiero.

Gracias en especial a mi Gemma Riancho por todo, por ser como eres. No cambies nunca.

Gracias a mi Amiga Paty Hernández por estar en mi vida, por ser como es conmigo, por su cariño, por esa llamada inesperada que me colmó de felicidad. Gracias.

Gracias a mis queridas amigas: Mónica Archimedes, Noelia Tejada Casero, Pilar CE, Emy Enzowashere, Lluïsa Pastor, Monica Hdez. Bello, Alina Covalschi, Elizabeth Bermúdez, Arantxa Murugarren, Tania Lighling-Tucker, Martha Herrera, Arenillas, Elisenda Fuentes Juan, Pepi Jimenez Campo, Sara Martín, Aramil Pattinson, Ester FG, Contxa Ventura, Dolores Domínguez, Aurora Salas, Camila Winter, Aure Hernández, Caridad Barba

Romero, Presentación Ramírez, Ana Rey Avi, Silvia Alonsogonzalez, Sandra Pagan, Ashley Bree, Vivi Miriam, Marimar Moreno y a muchas más..., por TODO lo que me dais. Por estar siempre ahí. Por enriquecer mi vida. Os quiero.

Una vez más, quiero dar las gracias de corazón, a todas las que me habéis seguido y seguís a mi lado (ya sabéis quienes sois). Sin vosotras NADA sería posible. Gracias por creer en mis novelas, en mí. Gracias por vuestra amistad. ¡Se os quiere, muuuucho!

Y por último, quiero dar las gracias a todas mis lecto-amigas; al fin y al cabo terminamos siendo eso: Amigas. Gracias Mis Niñas por vuestro apoyo incondicional, por vuestras palabras de ánimo y por vuestra amistad. Pues gracias a todo ello, María Vega es posible. Gracias por vuestra persistente insistencia para ver publicado cada uno de mis trabajos. Os quieroooo...

Y por supuesto gracias a ti. Gracias por haber apostado por mi novela. Espero de corazón que la hayas disfrutado.

María Vega

ACERCA DEL AUTORA

María Vega; áter ego de Regla María Pérez García, nació en Jerez de la Frontera un 3 de Julio de 1975, aunque es natural y reside en Sanlúcar de Barrameda, Cádiz. Estudió la Diplomada de Psicopedagogía Terapéutica en la Universidad de Huelva.

*Autora colaboradora dentro del proyecto del Libro A (Escribe a diez bandas) perteneciente a la página web “El Relato del mes”, y cuya finalidad no es otra que la de escribir un libro entre varios participantes. Dos de sus capítulos propuestos para tal proyecto, han sido seleccionados: capítulo 2 y capítulo 4.

*Cuenta en su haber, con ser una de las autoras que componen la antología “150 Rosas” de Divalentis Editorial, con dos relatos publicados en la misma antología y que se encuentran recogidos en las páginas 88 y 160 de la misma antología.

*En el primer trimestre de 2014 (Febrero/14) publicó su primera novela “Tú, mi vida” bajo el sello de Ediciones Ortiz.

*Ha colaborado con la revista digital La liga humana 3.0 así como también en la revista Escribe Romántica.

*Forma parte junto con otros autores del libro de relatos eróticos de Editorial Edisi: “EXPLORADORES DEL PLACER”.

*Forma parte junto con otros autores del libro de relatos de romántica-histórica “152 ROSAS BLANCAS” de Divalentis Editorial y que se encuentra recogido en la página 202.

*Ganadora del Primer Concurso Literario de la Revista Letras Enlazadas-2014, con su relato: “La interpretadora de Quimeras”.

*Primera Finalista en el Concurso Literario de Relatos Navideños de Ediciones Ortiz-2014, con su relato: “Cuestiones del Alma”.

*Forma parte junto con 16 autoras de la nueva Antología “Pasión y Lujuria” de El club de las escritoras, con su relato: “Secretas tentaciones”.

*Autora seleccionada en el I Concurso de Microrrelatos de Terror “Microterrores” promovido por Diversidad Literaria.

*Ganadora del I Concurso de Microrrelatos solidarios ISEKIN (a nivel mundial) promovido por Diversidad Literaria.